



**ANTHONY BERKELEY**  
El crimen de las medias de seda

Lectulandia

Miembro, junto a Dorothy L. Sayers o Agatha Christie, del selecto club de escritores de misterio de los años treinta, Anthony Berkeley aportó al género hondura y refinamiento psicológicos y creó un detective atípico e inolvidable: Roger Sheringham, novelista de éxito y detective amateur a sus horas. En esta ocasión, Sheringham se ve envuelto en un estremecedor y complejo caso que une el suicidio de la hija de una corista, la desaparición de la hija de un párroco de pueblo y la muerte de tres chicas que aparecen ahorcadas con medias de seda. Con su sagacidad psicológica y su original método deductivo, Sheringham acabará desvelando el mapa de los asesinatos que se esconden tras el misterio.

Lectulandia

Anthony Berkeley

# El crimen de las medias de seda

Roger Sheringham - 4

ePub r1.0  
algarri 08.07.14

Título original: *The silk stocking murders*

Anthony Berkeley, 1928

Traducción: Miguel Temprano García

Editor digital: algarri

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## (1)

### Una carta para el señor Sheringham

Roger Sheringham se detuvo ante la pequeña garita que había justo a la entrada del enorme edificio de *The Daily Courier*, detrás de Fleet Street. Su ocupante, atento a que no se colara ningún intruso sin que él se diera cuenta, inclinó la cabeza con amabilidad.

—Esta mañana solo ha recibido usted una —dijo, y sacó una carta.

Con un movimiento de cabeza que trató (inútilmente) de que fuese tan condescendiente como el del portero, Roger entró en el ascensor y se elevó suavemente a las regiones superiores. Carta en mano, se abrió paso por laberínticos pasillos empavesados de mármol hasta llegar al oscuro cuartito reservado para su uso personal. Roger Sheringham, cuya verdadera ocupación era la de novelista de éxito, había insistido, cuando aceptó trabajar para *The Daily Courier* como experto criminólogo y redactor de artículos informales sobre asesinatos, en tener despacho propio. Solo lo utilizaba dos veces por semana, pero había logrado salirse con la suya. Ventajas de ser amigo personal del director del periódico.

Dejó su deliberadamente desaliñado sombrero en un rincón, arrojó el periódico sobre el escritorio y rasgó el sobre.

Roger siempre disfrutaba de aquel momento semanal. A pesar de su larga familiaridad con ellas, que se remontaba a casi diez años atrás, todavía era capaz de sentir una leve emoción al recibir cartas de completos desconocidos. Le encantaban las alabanzas que hacían de su trabajo y las críticas le llenaban de alegría combativa. Siempre respondía a todo el mundo con sumo cuidado. A los corresponsales que encabezaban sus cartas con cohibidas disculpas por escribirle (y nueve de cada diez así lo hacían) les habría alegrado mucho ver lo bien recibidos que eran sus esfuerzos. Todos los autores son iguales, y siempre se aseguran de quejarse a sus amigos de lo molesto que resulta tener que perder tanto tiempo respondiendo cartas y de cuánto les gustaría no tener que hacerlo. De hecho, los autores son todos unos... Pero ya hemos dicho suficiente sobre los autores.

No hará falta decir que, desde que empezó a trabajar en *The Daily Courier*, el cupo de desconocidos de Roger había aumentado de forma considerable. Por lo que esa mañana había sentido cierta decepción al recibir aquel espécimen solitario de manos del portero. Levemente resentido, lo sacó del sobre. Al leerlo, desapareció su resentimiento. Un leve frunce se dibujó entre sus cejas. La carta, sin duda, era muy poco habitual.

Decía lo siguiente:

Querido señor:

Espero que disculpe usted mi presunción al escribirle, aunque confío en que acepte usted como excusa lo apremiante de mis motivos. He leído sus interesantísimos artículos en *The Daily Courier* y, estudiándolos entre líneas, he tenido la sensación de que no le molestará, pese a que pueda hacer recaer sobre usted parte de la responsabilidad y eso no deje de ser una molestia. Habría ido a verle a Londres en persona, pero el coste de dicho viaje es, para alguien en mi posición, casi prohibitivo.

Le diré para abreviar que tengo cinco hijas y hace ocho años que enviudé. La mayor, Anne, ha llevado sobre sus hombros las obligaciones de mi querida esposa, que murió cuando Anne tenía dieciséis años; y, hasta hace diez meses, contaba para ello con la ayuda de Janet, que le sigue en edad. No necesito decirle que, con el sueldo de un párroco rural, no me ha sido fácil alimentar, vestir y educar a cinco niñas. Por ello Janet, a quien, si se me permite decirlo, hemos considerado siempre la belleza de la familia, decidió buscar fortuna en otra parte. Hicimos todo lo posible por disuadirla, pero es una chica con mucho carácter y, una vez tomada su decisión, no hubo forma de convencerla. También señaló que no solo sería una boca menos que alimentar, sino que, en caso de que encontrase un trabajo de naturaleza moderadamente lucrativa, podría hacer una pequeña, pero sin duda valiosa, contribución a los gastos de la familia.

Janet puso en práctica su plan y se marchó para ir, supuestamente, a Londres. Escribo «supuestamente» porque se negó con la mayor rotundidad a darnos su dirección, alegando que hasta que no estuviese sólidamente establecida en su nueva vida, fuese la que fuese, no nos permitiría comunicarnos con ella para que no intentáramos persuadirla de que abandonara y volviese con nosotros, en caso de que al principio no tuviera éxito. No obstante, nos escribió alguna que otra vez y el matasellos siempre era de Londres, aunque el distrito postal variaba casi con cada carta. Por dichas misivas, supimos que, aunque seguía alegre y confiada, no había conseguido todavía el puesto al que aspiraba. Sin embargo, nos aseguró que había encontrado un empleo lo bastante bien remunerado para poder subsistir con relativa comodidad, aunque nunca precisó la naturaleza exacta de dicho trabajo.

Adoptó la costumbre de escribirnos una o dos veces por semana, pero hace seis que cesaron sus cartas y no hemos vuelto a saber nada de ella desde entonces. Puede que no haya por qué alarmarse, pero el caso es que

*estoy preocupado. Janet es una chica cariñosa y una buena hija, y me cuesta creer que, sabiendo la inquietud que eso nos causaría, haya dejado de escribirnos. No puedo sino pensar que o bien sus cartas se han extraviado, o la pobre chica ha sufrido un accidente.*

*Mis razones, señor, para molestarle con todo esto son las siguientes. Tal vez me considere usted anticuado, pero no quiero acudir a la policía para que busquen a Janet, pues es probable que sean solo las preocupaciones de un viejo chocho, y estoy seguro de que, suponiendo que dichas preocupaciones carezcan de fundamento, a Janet le disgustaría que la policía metiera la nariz en sus asuntos. Por otro lado, si se ha producido un accidente, es casi seguro que acabe sabiéndose en la redacción de un periódico como The Daily Courier. Por eso he decidido, después de mucho pensarlo, abusar de su amabilidad, aunque no tenga derecho a hacerlo, y pedirle que haga discretas averiguaciones entre sus colegas y me informe de lo que pueda averiguar. Así no tendré que recurrir a la policía y podré saber de mi pobre niña sin pasar por desagradables trámites oficiales ni dar publicidad al asunto.*

*Si prefiere no atender a mi petición, le ruego que me lo haga saber para poner el asunto en manos de la policía cuanto antes. Si, por el contrario, es tan amable de complacer a un anciano, cualquier palabra de gratitud por mi parte será casi superflua.*

*Sinceramente suyo,*

*A. E. Manners.*

*P. D. Incluyo la única instantánea de Janet que tenemos; se tomó hace dos años.*

¡Pobre viejo!, pensó Roger al llegar al final de la larga misiva, escrita con una letra tan apretada y diminuta que no era nada fácil descifrarla. Pero quisiera saber si es consciente de que en las calles de Londres se producen ocho mil accidentes al año. Va a ser un trabajo muy difícil. Volvió a mirar el interior del sobre y sacó la instantánea.

Las instantáneas de aficionado no tienen buena reputación, pero no suelen ser tan malas como se dice. Ésta era bastante buena y mostraba a cuatro chicas, de edades comprendidas entre los diez y los veintitantos años, sentadas a la orilla del mar. Debajo de una de ellas estaba escrita la palabra «Janet» con la misma letra apretada. Roger observó a la chica. Desde luego era muy guapa y, al ver su alegre sonrisa, pensó que si tuviera la suerte de encontrarla podría reconocerla por la fotografía.

Desde el primer momento estuvo claro que trataría de encontrarla. Ni siquiera se le pasó por la cabeza no hacerlo. Independientemente de cómo fuera Roger para otras

cosas, era un hombre de simpatías rápidas y esa carta tan afectada, en cuyas frases formales se adivinaba tan claramente la tragedia, le había conmovido mucho. Si no hubiese tenido que entregar un artículo antes de comer, se habría puesto a buscarla en ese mismo instante, aunque no supiera ni por dónde empezar.

La cuestión es que, debido a las circunstancias, no pudo dedicar su atención al caso hasta al cabo de hora y media, y entonces su cerebro había trazado un plan a la vez que escribía. Estaba casi convencido de que la chica seguía en Londres, sana y salva, y de que había dejado de escribir a su familia a medida que los vínculos que la unían a Dorsetshire se iban aflojando; sin duda, la preocupación del anciano carecía de fundamento, pero eso no significaba que no debiera ayudarle. Además, la búsqueda le serviría para ejercitar las dotes de sabueso que creía poseer. De todos modos, por muy convencido que estuviera de que la chica no había sufrido ningún daño y de que tan solo había descuidado sus deberes filiales, era mejor empezar suponiendo lo contrario. Si hubiese tenido un accidente, sería mucho más fácil localizarla, y al descartarlo podría tranquilizar antes al pastor. La única pista que tenía era la instantánea, así que lo mejor sería empezar por ahí.

Por eso, en lugar de ir a Piccadilly Circus, confiado en que Janet Manners, como todos los londinenses, acabaría pasando por allí, subió dos tramos de escaleras en el edificio e, instantánea en mano, entró en el departamento de fotografía de *The Daily Picture*, la hermana ilustrada de *The Daily Courier*.

—Hola, Ben —saludó al joven serio con gafas de concha que dirigía el estudio y pasaba la mayor parte del día fotografiando a modelos que le dejaban indiferente, aunque fuesen vestidas con tan poca ropa que siempre cogían frío—. Por casualidad no habrá caído en tus manos ninguna fotografía de esta chica, ¿verdad? La que lleva el nombre de Janet escrito debajo.

El joven de las gafas estudió la instantánea con atención. Todas las fotografías que se publicaban en *The Daily Picture* pasaban antes o después por sus manos, y tenía una memoria prodigiosa.

—Me resulta vagamente familiar —admitió.

—¿Ah, sí? —exclamó Roger con súbita aprensión—. Buen chico. Exprímete el cerebro. Necesito localizarla.

El otro volvió a inclinarse sobre la fotografía.

—¿No podrías darme más pistas? —preguntó—. ¿Cuándo crees que podría haberla visto? ¿Es actriz, o modelo, o ha ganado un título de belleza?

—Solo puedo decirte que no ha ganado un título de belleza, pero podría ser cualquiera de las otras dos cosas. No tengo ni la menor idea de a qué se dedica.

—Entonces, ¿por qué quieres saber si su foto ha pasado por aquí?

—¡Oh! Es un asunto personal —respondió con una evasiva Roger—. Hace una semana o dos que su familia no tiene noticias suyas y les preocupa que haya podido



atropellada un autobús o algo parecido. Ya sabes lo aprensivos que son los padres de estas chicas.

El otro movió la cabeza y le devolvió la instantánea.

—No, lo siento, pero no consigo ubicarla. Estoy seguro de haberla visto, pero eres demasiado vago. Si me dijeras que de verdad la ha atropellado un autobús, que ha sufrido cualquier otro accidente o que ha trabajado de alguna cosa (cualquier cosa que me ayude a recordarla), podría... aunque, ¡espera un momento! —Le quitó la fotografía de las manos y volvió a observarla de nuevo. Roger lo miró con expresión tensa—. ¡Ya lo tengo! —exclamó triunfal el joven de las gafas—. La palabra accidente me ha dado la clave. ¿Nunca te has parado a pensar en lo rara que es la memoria, Sheringham? Si no le das ninguna ayuda, pasa de largo sin reparar en nada, pero dale algo en lo que basarse y...

—¿Quién es la chica? —le interrumpió Roger.

El otro lo miró pestañeando.

—¡Ah, sí, la chica! Era corista en una de las grandes revistas (lo siento he olvidado en cuál) y se llamaba Unity no sé qué. Dios mío, ¿de verdad no lo sabes?

Roger negó con la cabeza.

—No. ¿Qué?

—¿Era amiga tuya? —insistió el otro.

—No la he visto en mi vida. ¿Por qué?

—Verás, se ahorcó hace cuatro o cinco semanas con su propia media.

Roger lo miró fijamente.

—¡Demonios! —exclamó en tono inexpresivo.

Ambos se miraron.

—Oye —dijo el fotógrafo—, no estoy seguro de que sea la misma chica. Además, por lo visto ésta se llama Janet. Pero te diré una cosa: *The Picture* publicó una foto de Unity no sé cuántos cuando sucedió, una foto profesional. Puedes echarle un vistazo.

—Sí —respondió Roger, pensando en la carta que tendría que enviar a Dorset si aquello resultaba ser cierto.

—Y ahora que lo pienso, me parece recordar que fue un caso un poco raro. Creo que tuvieron dificultades para identificar a la chica. No se presentó ningún pariente, o algo por el estilo.

—¡Oh!

—Aparte de publicar su foto, *The Picture* no le prestó mucha atención y, por supuesto, se aparta mucho de lo que hacemos nosotros. Pero supongo que *The Courier* publicaría la noticia de la investigación. En todo caso, no des por sentado que estoy en lo cierto, es muy posible que me equivoque. Baja y comprueba los archivos.

—Sí —respondió taciturno Roger girando sobre sus talones—. Lo haré.

(2)

## El señor Sheringham se sorprende

Contrariado, y no poco sorprendido, Roger bajó las escaleras. Sus pensamientos estaban con la conmovida familia de Dorsetshire a la que tendría que comunicar aquella tragedia por carta; pero Roger, como la mayoría, aunque capaz de compadecerse de los demás, era en el fondo un egoísta, y era esa faceta de su naturaleza la que le causaba aquella sensación de contrariedad. No podía sino sentir que era muy mala suerte que justo cuando solicitaban su ayuda igual que si fuese un hábil criminólogo, el misterio se le escapara entre los dedos de aquel modo tan inevitable.

Lo cierto es que Roger llevaba un tiempo deseando dar con una oportunidad de volver a poner en práctica sus habilidades detectivescas. La carta había sido una especie de acicate, y más viniendo de alguien que evidentemente respetaba mucho dichas habilidades, pues no podía ocultársele que los demás eran tan obtusos que no compartían la misma opinión. El inspector Moresby, por ejemplo. Habían pasado ya nueve meses desde que se despidieron en Ludmouth, después del caso Vane, y Roger seguía dolido.

Esos nueve meses habían sido aburridísimos desde el punto de vista de un criminólogo. No se había cometido un solo asesinato interesante, ni siquiera le habían robado sus joyas a ninguna actriz. Aunque no había ido tan lejos como para preguntarse si no se estaría oxidando un poco, Roger deseaba con toda su alma tener la oportunidad de volver a pasar a la acción. Y ahora que lo había hecho, había vuelto a desaparecer.

Empezó a pasar tristemente las páginas del archivo de *The Daily Picture*.

No tardó en encontrar lo que buscaba. En un número de hacía solo cinco semanas aparecía, arrinconada en la última página, una fotografía de una joven, el titular decía escuetamente: «Ahorcada con su propia media de seda». La nota de prensa era igual de sucinta: «La señorita Unity Ransome, de profesión actriz, se ahorcó con su propia media de seda en su piso de Sutherland Avenue el martes pasado».

Roger observó la foto. Al igual que ocurre con las instantáneas de aficionado, las fotos de una revista ilustrada suelen ser objeto de las bromas de los graciosos, que cada vez que se refieren a ellas utilizan dos epítetos: «borrosa» y «movida». Sin embargo, hoy en día, las fotos de las revistas ilustradas no están ni borrosas ni movidas. Es cierto que antes, hará cosa de unos diez años, cuando el arte de la impresión fotográfica estaba todavía en mantillas, sí lo estaban; pero hoy son sorprendentemente claras. A veces uno desearía que los graciosos estuviesen un poco más al día. Roger no tuvo dificultad para decidir que los dos rostros que tenía delante eran de la misma persona.

Hojeó el *The Daily Courier* de la misma fecha.

Allí encontró, incluida humildemente en una página llena de anuncios, un lacónico resumen de la investigación. La señorita Unity Ransome, al parecer, había sido corista en una de las revistas londinenses menos importantes. Había pruebas de que aquél era su primer empleo en el teatro y de que lo había obtenido, a pesar de su inexperiencia, gracias a su hermosura y a su vivaz aire de felicidad. Antes de aquel trabajo no se sabía nada de ella. Compartía un minúsculo piso en Sutherland Avenue con otra chica de la misma compañía, pero las dos se habían conocido en el teatro. La chica, una tal Moira Carruthers, había testificado que apenas sabía nada de los antecedentes de su amiga. Unity Ransome no solo no le había contado nada sobre sí misma, sino que prefería no responder a preguntas sobre el asunto. «Era muy reservada», explicó la señorita Carruthers.

El juez instructor no había pasado por alto aquellas evasivas, pues no parecía haber razón para el suicidio. La señorita Carruthers había subrayado en sus declaraciones que, por lo que ella sabía, Unity jamás había barajado esa posibilidad. Parecía muy feliz e incluso encantada de haber conseguido un trabajo en Londres. Su sueldo, aunque no muy alto, bastaba para satisfacer sus necesidades. Al presionarla, la señorita Carruthers había admitido que su amiga había expresado varias veces su deseo de ganar más dinero cuanto antes; pero, como había señalado la señorita Carruthers: «Unity era lo que se dice toda una dama y tal vez estuviera acostumbrada a tener cosas con más estilo que la mayoría de nosotras». En cualquier caso, no se había quejado demasiado.

La policía había hecho esfuerzos rutinarios por identificarla, intuyó Roger, y se habían hecho intentos, aparte de la publicación de su retrato profesional, para entrar en contacto con algún pariente o antiguo conocido, aunque sin éxito. El juez instructor también destacaba este punto. En sus conclusiones, sugería con mucha delicadeza que parecía probable que hubiese discutido con su familia, se hubiera ido de casa (aunque no necesariamente por motivos deshonorosos, añadía el juez, dando a entender que eso era justo lo que pensaba), y tratase de hacer carrera en el teatro; y, aunque pudiera dar la impresión de haber tenido un éxito inesperado, ¿quién iba a decir qué desdichas y remordimientos podrían agobiar a una joven privada así de las comodidades a las que, al parecer, estaba acostumbrada? También era posible que fuese huérfana y estuviera sin un penique, y que la embargase una soledad que ella juzgara, con razón o sin ella, insoportable. En otras palabras, el juez instructor lo había sentido mucho por la joven, pero también quería llegar a casa a la hora de comer y el mejor modo de lograrlo era emitir el acostumbrado veredicto sin complicaciones.

Se salió con la suya. De hecho habría sido improbable que hiciese otra cosa porque Unity Ransome había simplificado mucho las cosas al dejar una nota que

decía: «*Estoy harta y cansada de todo y voy a ponerle fin del único modo posible*». No estaba firmada, pero había pruebas de sobra de que la había escrito ella. Un veredicto de suicidio por enajenación mental transitoria era inevitable.

De manera más bien ilegal Roger recortó el párrafo del archivo y lo guardó dentro de su bloc de notas. Luego volvió al piso de arriba y buscó al redactor jefe, con quien iba a almorzar a menudo.

Por alguna razón, Roger no le dijo nada sobre sus actividades de esa mañana. Los redactores jefe, aunque privadamente sean personas excelentes y fieles a sus mujeres, cuando se trata de una noticia se convierten en bandidos insensibles y sin conciencia. Las reticencias de Roger eran instintivas, pero, si se hubiera molestado en investigar la causa, sin duda habría descubierto que se debían al hecho de que bastante afligidos iban a estar los próximos días en la casa del párroco de Dorsetshire para tener que soportar además una publicidad despiadada y morbosa. Al menos les ahorraría pasar por ese trago.

De modo que, a su regreso a la redacción de *The Courier*, seguía sin desvelar el secreto de la identidad de Unity Ransome; consiguió del joven de las gafas una copia de la fotografía que había aparecido en *The Daily Picture* y se dispuso a escribir al señor Manners y a preguntarle, con la mayor delicadeza posible, si reconocía a su hija en el retrato de la joven que se había suicidado en el piso de Sutherland Avenue.

Sin embargo, al sentarse pluma en mano en el escritorio delante del papel Roger se sintió incapaz de empezar. El papel siguió en blanco, la pluma trazó una serie de claros pero ininteligibles garabatos en los bordes del papel secante y el cerebro de Roger no cesó de dar vueltas. Lo que le impedía escribir siquiera el «Querido señor» del inicio de la carta no era la dificultad de su labor, sino algo muy diferente.

—¡Qué demonios! —estalló de pronto Roger dando un puñetazo en el escritorio—. ¡Qué demonios, no es natural!

Era una expresión típica de él y en el pasado había sido prelude de grandes cosas. Sus propias palabras le hicieron aguzar el oído. Soltó ausente la pluma, sacó la pipa y se arrellanó en el asiento.

Minutos más tarde encendió la cerilla que había estado sujetando todo ese rato entre los dedos. Cinco minutos después encendió otra. Al cabo de otros tres minutos acercó la tercera cerilla a la pipa.

¿Qué mosca me ha picado?, pensó Roger al tiempo que cruzaba las piernas y aspiraba el humo de la pipa recién encendida, ¿me estaré obsesionando, o es que hay algo raro en este asunto? Me inclino (sí, sin duda) a pensar que lo hay. Recapitulemos los hechos y veamos adónde nos llevan.

Volvió a coger la pluma y empezó a escribir por fin.

«Suponiendo que Janet Manners y Unity Ransome sean la misma persona»:

»1). Janet no solo era una hija obediente y afectuosa, sino que se esforzaba por

enviar cartas alegres a su casa cada semana. Hizo cuanto estuvo en sus manos por no preocupar a su padre, hasta el punto de ocultarle que había encontrado trabajo en el teatro, pues sabía que era probable que no le gustara. ¿No es, por tanto, casi inconcebible que pusiera fin a su vida sin al menos advertirle de que no sabría de ella en una larga temporada? La única explicación posible es que actuase movida por un impulso repentino fruto del pánico.

»2). Que sepamos, Janet no tenía motivos para suicidarse. Había tenido la suerte de encontrar un buen trabajo. Su objetivo era, en primer lugar, poder mantenerse y, en segundo, contribuir a los gastos familiares. Había conseguido lo primero e iba camino de lo segundo. No solo no tenía motivos para suicidarse, sino que los tenía para no hacerlo. En suma, por lo que sabemos, la única explicación para el suicidio de Janet es que enloqueciera de repente. Esto coincide con el impulso fruto del pánico y ambas cosas parecen indicar que no conocemos todos los hechos.

»3). Nos consta que Janet se suicidó porque ella misma así nos lo dice. Pero ¡qué fórmula tan estereotipada! ¿Se expresaría de un modo tan convencional una joven que había tenido la iniciativa de dejar la casa del párroco rural y ponerse a trabajar en el teatro? ¿Y de qué estaba tan «harta y cansada»? Una vez más, eso solo puede indicar que no conocemos todos los hechos.

»4). ¿Por qué no firmó Janet esa nota? La omisión no es solo significativa: es antinatural. Firmar una nota semejante, o al menos escribir las iniciales, es casi una condición *sine qua non*. No parece haber ninguna explicación evidente, excepto, tal vez, el pánico y la precipitación.

»5). ¿Qué sabemos de Janet? Que era una joven decidida y con mucho carácter. Las jóvenes decididas no se suicidan. Además, dejando aparte los prejuicios de su padre, su fotografía deja bien claro que no era una suicida. Una vez más, llegamos a la conclusión de que hay sucesos de enorme importancia que todavía no han salido a la luz.

»6). Janet se ahorcó con su propia media. Pero ¿por qué, en nombre de Dios? ¿Es que no tenía nada más apropiado? De hecho, el método escogido es, más que raro, antinatural. Una chica que va a suicidarse, recurriría al ahorcamiento solo como último recurso. Los hombres se ahorcan, las chicas no. Sin embargo, Janet lo hizo. ¿Por qué?

»7). ¿Es que Roger Sheringham está viendo visiones? No. Entonces, ¿qué va a hacer al respecto? ¡Pues averiguar qué le pasó en realidad a esa pobre chica!».

Roger dejó la pluma y leyó lo que había escrito.

—Recapitulados los hechos, ¿adónde nos llevan? —murmuró—. Sin duda a la señorita Moira Carruthers. Se puso el sombrero y salió a toda prisa.

### (3)

## La señorita Carruthers se pone melodramática

Sin ningún plan ni sospecha claros, Roger subió a un taxi y pidió que lo llevaran a Sutherland Avenue. Lo único que sabía es que ahí había algo misterioso, y cualquier cosa misteriosa despertaba la curiosidad de Roger hasta tal punto que solo su completa elucidación podía calmarla. Estaba dispuesto a admitir que los asuntos de Janet Manners no eran de su incumbencia y que era más que probable que la interesada, si es que seguía con vida, se ofendiera al verle meter la nariz en ellos. Tranquilizó su conciencia (o lo que, en «esos casos», le servía como tal) fingiendo que el verdadero motivo de aquella expedición era confirmar sin ningún lugar a dudas que Unity Ransome era Janet Manners antes de escribir a Dorsetshire. No se dejó engañar ni por un momento.

El taxi se detuvo delante de uno de esos edificios altos y deprimentes que se alinean en Sutherland Avenue, y una minúscula placa de latón junto a la puerta le informó de que la señorita Carruthers residía en el cuarto piso. No había ascensor, y Roger subió por las escaleras para descubrir, con más suerte de la que merecía, que la señorita Carruthers estaba en casa. De hecho, salió de una habitación justo cuando él llegaba a lo alto de las escaleras, porque el piso no tenía puerta principal propia.

Las coristas (o las damas del coro, como se llaman ahora) se dividen en tres categorías: las coquetas, las guapas y las orgullosas, y estas últimas son las criaturas más crueles de la creación. Roger sintió alivio al ver que la señorita Carruthers, con su melena rubia y su rostro redondo e infantil, pertenecía claramente a la categoría de las guapas y por tanto no había nada que temer de ella.

—¡Oh! —dijo graciosa y lo miró con delicada sorpresa. Por lo visto, encontrarse con un desconocido en las escaleras era uno de los sucesos más terroríficos acontecidos en la joven vida de la señorita Carruthers.

—Buenas tardes —dijo Roger, acomodando su sonrisa a la compañía—. Siento mucho molestarla, pero ¿podría dedicarme unos minutos, señorita Carruthers?

—¡Oh! —repitió nerviosa la señorita Carruthers—. ¿Es... es muy importante?

—Trabajo para *The Daily Courier* —respondió Roger.

—Pase —dijo la señorita Carruthers. Entraron en una sala de estar, cuyos muebles era evidente que iban incluidos en el alquiler. Roger se instaló cómodamente en un sillón desvencijado y la señorita Carruthers se posó con mucho encanto en el brazo de un sofá viejo—. ¿Sí? —suspiró.

Roger fue directo al grano.

—Vengo por la señorita Ransome —le espetó sin más.

—¡Oh! —dijo la señorita Carruthers, ocultándole con valentía su decepción.

—Estoy haciendo ciertas averiguaciones para *The Courier* —prosiguió Roger

jugando delicadamente con la verdad—. No estamos muy convencidos, ¿sabe? — Adoptó una expresión temible.

Los grandes ojos de la señorita Carruthers se volvieron aún más grandes.

—¿De qué no? —preguntó con tanta decepción como mala gramática.

—De nada —respondió con grandilocuencia Roger. Cruzó las piernas y pensó de qué no debería estar convencido en primer lugar—. ¿Qué motivos tenía para suicidarse? —preguntó, al fin y al cabo eso era lo que menos le convencía...

—¡Bueno, pues la verdad es que...! —dijo la señorita Carruthers. Y empezó a hablar.

Roger escuchó con atención, consciente de que estaba oyendo una historia muchas veces repetida, pero no por eso era menos interesante. Dejó que se explayara a su manera.

Uny, le explicó la señorita Carruthers («¡Uny!», exclamó mentalmente Roger con un escalofrío), no tenía motivos para hacer una cosa así. ¡Ninguno! Había tenido mucha suerte de conseguir trabajo tan fácilmente en un espectáculo londinense; siempre estaba feliz y contenta («más feliz que una perdiz, como suele decirse», afirmó la señorita Carruthers); todos estaban contentos con ella en el teatro, y, lo que es más, todo el mundo coincidía en que llegaría lejos y se daba por supuesto que no tardarían en darle un papel con algo de texto. Uny estaba llamada a triunfar. Así que ¿por qué iba a hacer algo así...?

De hecho, la señorita Carruthers apenas podía dar crédito a sus ojos cuando la vio aquella tarde. Colgada del gancho de la puerta del dormitorio con la media alrededor del cuello, y una pinta que..., bueno a la señorita Carruthers se le revolvió el estómago al verla. ¡Horrible! No lo describiría por nada en el mundo, se ponía enferma solo de pensarlo. Y ahí la señorita Carruthers se embarcó en una minuciosa descripción de la apariencia de su desdichada amiga, en la que los ojos saltones, los labios morados y la lengua mordida figuraban con desagradable prominencia.

Aun así, la señorita Carruthers no era tan tonta como parecía gustarle insinuar. En lugar de salir corriendo a la calle y ponerse a gritar inútilmente como, reflexionó Roger, habrían hecho tres cuartas partes de las mujeres del mundo, tuvo el sentido común de sujetar a Janet y desenganchar la media. Pero ya era demasiado tarde: estaba muerta.

—No obstante, acababa de morir —lloriqueó la señorita Carruthers, con lágrimas auténticas en los ojos—. El médico dijo que si hubiese llegado un cuarto de hora antes podría haberla salvado. ¿No le parece el colmo de la mala suerte?

Roger admitió sinceramente que lo era.

—Pero ¡qué curioso que se suicidara sabiendo que podía llegar usted en cualquier momento! —observó—. ¿No será —añadió frotándose pensativo la barbilla— que pretendía que la salvara?

La señorita Carruthers negó con la rubia cabeza.

—¡No, no! Le había dicho que no iba a volver. Había quedado a tomar el té con un chico y le dije a Uny que no me esperase y que iría directa al teatro. Bueno, ahora ya sabe usted tanto como yo, señor... señor...

—Sheringham.

—Señor Sheringham. ¿Por qué cree usted que lo haría? ¡Oh, pobre Uny! Le aseguro, señor Sheringham, que no soporto seguir en este piso. Si pudiese encontrar algo decente en otra parte no me quedaría.

Roger miró compasivo a la chica. Las lágrimas le corrían por las mejillas y estaba claro que, por muy artificial que fuese para otras cosas, sus sentimientos por su amiga fallecida eran sinceros. Habló por impulso.

—¿Que por qué creo que lo hizo? No tengo ni idea. Pero le diré lo que creo, señorita Carruthers: que detrás de todo esto hay más de lo que usted o yo sospechamos.

—¿Qué...? ¿A qué se refiere?

Roger se sacó la pipa del bolsillo.

—¿Le importa si fumo? —preguntó ganando así unos segundos. Tenía que tomar una decisión rápida. ¿Debía confiar o no en aquella joven frívola? ¿Sería una ayuda o un estorbo? ¿Era una cabeza hueca que había tenido un momento de lucidez o su aparente estupidez era solo una pose adoptada a beneficio del otro sexo? Roger era dolorosamente consciente de que la mayoría de los hombres con quienes se relacionaría preferirían que sus mujeres fuesen estúpidas. Llegó a una solución de compromiso: confiaría en ella siempre que eso no supusiera traicionar la confianza de nadie.

—Me refiero —dijo con mucha calma mientras llenaba la pipa— a que, por lo que he podido deducir, la señorita Ransome no era de las que se suicidan...

—¡Desde luego que no! —exclamó la señorita Carruthers casi con violencia.

—... y a que, si lo hizo, fue obligada por fuerzas que, por decirlo suavemente, debieron de ser insuperables. Y también a que pienso averiguar qué fuerzas fueron ésas.

—¡Oh! ¡Ah, sí! ¿Quiere decir que...?

—De momento —añadió Roger con firmeza—, nada más que eso.

Se miraron un momento en silencio. Luego la señorita Carruthers dijo algo inesperado:

—¿Trabaja usted para *The Courier*? —preguntó en tono de duda—. ¿Hace usted esto para ellos? ¿Piensa publicar todo lo que descubra, tanto... tanto si Uny lo hubiera querido como si no?

Roger notó que cada vez le era más simpática.

—¡No! —dijo con franqueza—. Tengo relación con *The Courier*, pero no estoy



en plantilla. Haré esto por mi cuenta, y tiene usted mi palabra de que no se publicará nada que perjudique la reputación de la señorita Ransome... y tal vez ni siquiera en caso contrario. Lo decía usted, claro, porque no me ayudará a menos que sea en esas condiciones.

La señorita Carruthers asintió.

—Me siento obligada con Uny, y no permitiré que la arrastren por el lodo, tanto si se lo merece como si no. Pero, si de verdad me da usted su palabra, le ayudaré en todo lo que pueda. Créame, señor Sheringham —añadió con apasionamiento la señorita Carruthers—, si detrás de todo esto se esconde algún canalla (y más de una vez he pensado que así es), haré todo lo que esté en mi mano hasta verlo igual que la pobre Uny.

—En ese caso estamos de acuerdo —respondió Roger. Lo malo del teatro, pensó, es que hace que los actores se pongan melodramáticos, y el melodrama en la vida privada es peor que la inmoralidad—. Venga esa mano para cerrar el trato.

—Oiga —dijo ella quitándose la vestimenta emocional con tanta facilidad como se la había puesto—. Le diré una cosa. Quédese aquí fumando mientras le preparo una taza de té, y luego hablaremos largo y tendido. Tengo un par de cosas que decirle —añadió en tono siniestro— que le interesará saber.

Roger aceptó encantado. Había comprobado muchas veces que no hay nada como el té para soltarle la lengua a una mujer, ni siquiera el alcohol.

En un tiempo sorprendentemente breve para una persona en apariencia tan desvalida, la señorita Carruthers volvió con la bandeja, que Roger le ayudó a llevar. Se sentaron, la señorita Carruthers sirvió el té y Roger tuvo por fin la sensación de que había llegado el momento de embarcarse en la serie de preguntas que había ido a hacerle.

La señorita Carruthers respondió a sus preguntas de buen grado, arrellanada en su asiento con un cigarrillo entre los labios, que incluso entonces seguía frunciendo de vez en cuando. De hecho, respondió demasiado de buen grado. No obstante, Roger pudo extraer de aquella verborrea unos cuantos hechos.

En general, sus respuestas confirmaban el breve resumen del testimonio prestado en la instrucción, aunque eran mucho más detalladas, y la señorita Carruthers insistía en su teoría de que su amiga estaba «un poco por encima de las demás, como suele decirse. Era una auténtica dama». Al principio, la señorita Carruthers respondió con vaguedad a las calculadas preguntas de Roger sobre la verdadera identidad de Unity Ransome. Luego soltó, como por casualidad, la información más importante que le había dado hasta el momento.

—Lo único que sé —dijo— fue que tal vez se llamara Janet o tuviese una amiga que se llamase así.

—¡Ah! —respondió Roger sin perder la compostura—. ¿Y qué le hace pensar

eso?

—Su libro de oraciones. No me di cuenta hasta el otro día. ¿Quiere usted verlo?

—Desde luego —repuso él. Amablemente, la señorita Carruthers corrió a buscarlo. Al volver, lo abrió por la primera página y se lo entregó a Roger, quien leyó:

*«A mi querida Janet, en el día de su confirmación, 14 de marzo de 1920.*

*“Bienaventurados los limpios de espíritu”».*

La letra era pequeña y apretada.

—Comprendo —dijo Roger, y aprovechó la primera ocasión para metérselo en el bolsillo. En todo caso, la señorita Carruthers había aclarado la cuestión principal.

Encauzó sus preguntas hacia otra parte. Al igual que la señorita Carruthers, Roger tenía la impresión de que debía de haber un hombre detrás de aquello. Sondeó minuciosamente los recuerdos de su informadora en busca de alguna pista sobre su posible identidad. Pero la señorita Carruthers fue incapaz de ayudarle. Por lo visto Uny no estaba interesada en los chicos. Nunca había salido sola con ninguno y únicamente a regañadientes había accedido con alguno en compañía de otras parejas. Decía con franqueza que los chicos la aburrían mortalmente. Por lo que sabía la señorita Carruthers no solo no tenía novio, sino que ni siquiera tenía amigos.

—¡Bah! —dijo Roger abandonando esa línea de la investigación. Se quedaron fumando en silencio—. Si quisiera suicidarse, señorita Carruthers —preguntó de pronto—, ¿se ahorcaría usted?

Su interlocutora se estremeció con delicadeza.

—No. Es lo último que haría.

—Entonces, ¿por qué lo hizo la señorita Ransome?

—Puede que no imaginara el aspecto que tendría —sugirió muy seria la señorita Carruthers.

—¡Bah! —respondió Roger, y volvieron a ponerse a fumar.

—Y con una de las medias que llevaba puestas —murmuró la señorita Carruthers—. Qué raro, ¿verdad?

Roger se incorporó.

—¿Cómo? ¿Fue con una de las medias que llevaba puestas?

—Sí. ¿No lo sabía?

—No, no he visto que se diga en ninguna parte. ¿Quiere usted decir —preguntó Roger con aire incrédulo— que se quitó una de las medias que llevaba puestas y se ahorcó con ella?

La señorita Carruthers asintió.

—Sí. Llevaba una media en una pierna y en la otra no. Me pareció muy raro. En esa misma puerta, todavía se ve el agujero del tornillo al otro lado. El gancho lo quité, claro. No habría podido verlo cada vez que entraba en el cuarto.

—¿Qué gancho? —preguntó perplejo Roger.

—Pues el que había al otro lado de la puerta y donde anudó el lazo.

—No lo sabía. Suponía que lo habría enganchado en un perchero o algo parecido.

—Bueno, a mí también me extrañó —respondió la señorita Carruthers—, aunque supongo que sería porque el perchero del dormitorio es demasiado bajo. Y una media es bastante larga, ¿no cree?

Roger se había levantado y estaba inspeccionando la puerta.

—Dígame exactamente cómo la encontró, ¿quiere? —dijo.

Con muchos escalofríos, algunos de los cuales debían de ser sinceros, la señorita Carruthers se lo explicó. Al parecer, había encontrado a Janet al otro lado de la puerta del salón, colgada de un pequeño gancho atornillado en ángulo recto para soportar el peso. La media estaba atada con fuerza por los extremos. Debía de habérsela puesto alrededor del cuello, retorcido el lazo dos o tres veces y enganchado en el gancho en lo alto de la puerta. Se había subido a una silla y la había derribado de una patada con tanta violencia que la puerta se había cerrado y ella había quedado suspendida del gancho, que estaba totalmente fuera de su alcance, por lo que no habría podido salvarse aunque hubiese querido. Era la obvia reconstrucción de los dos hechos: que la señorita Carruthers hubiera encontrado la puerta cerrada al llegar y que la silla estuviera volcada en el suelo a casi dos metros de distancia.

—¡Dios mío! —exclamó Roger, espantado ante semejantes pruebas de la determinación de la muchacha de poner fin a su vida. Pero enseguida reparó en que esa versión no coincidía con su teoría del impulso producido por el pánico. Quien actúa movido por el pánico no pierde el tiempo preparándolo todo con tanto cuidado, atornillando ganchos a la altura necesaria y dando muestras de meditada deliberación: simplemente se lanza por la ventana más próxima—. ¿No le pareció esto raro a la policía? —preguntó pensativo.

—No, no creo. Me dio la impresión de que lo daban todo por sentado. Después de todo, si Uny se suicidó, ¿qué más da cómo lo hiciera?

Roger se vio obligado a darle la razón. Pero cuando se despidió unos minutos más tarde, para ir a escribir aquella carta a Dorsetshire destinada a acabar con las esperanzas del pobre párroco, estaba totalmente convencido de que detrás de aquel asunto había mucho más de lo que insinuaban las apariencias. Y más decidido que nunca a descubrir lo que era.

Antes, la idea de que aquella joven feliz y sonriente de la fotografía se hubiese visto empujada al suicidio por un ataque de pánico le había impresionado de manera

indecible. Imaginarla ahora preparando metódica y cuidadosamente un suicidio tan lento le pareció infinitamente más horrible. Roger estaba seguro de que alguien había empujado a aquella pobre chica al suicidio y también de que alguien tendría que pagar por ello.

## (4)

### **Dos muertes y un viaje**

No obstante, en los días siguientes el caso no experimentó ningún avance. Roger recibió de Dorsetshire una respuesta a su carta, que sirvió para inflamar sus deseos de llegar al fondo del asunto, pero sus esfuerzos parecieron chocar contra una barrera insalvable. A pesar de todos sus esfuerzos, no logró vincular a Unity Ransome con ningún hombre.

Lo intentó en el teatro. Acompañado de la anhelosa señorita Carruthers, interrogó a todas las chicas que la habían conocido. Bajo su protección sondeó también a los porteros, ayudantes de escena, directores, productores, estrellas y a todo el mundo que se le ocurrió hasta tener suficientes testimonios teatrales para una vida entera. Pero fue inútil. Nadie recordaba haber visto a Unity Ransome con el mismo hombre más de una o dos veces, y nunca había pronunciado el nombre de ningún conocido como no fuese de pasada.

Lanzó la red aún más lejos. Pertrechado con media docena de fotografías de Janet investigó entre los dueños de restaurantes, camareros, hoteleros y propietarios de salones de té cuyos establecimientos podría haber frecuentado Janet. En algunos sitios la reconocieron, pero la cosa no pasó de ahí. Roger empezó a desanimarse.

No obstante, en esa semana tan agitada salió a relucir algo que nada tenía que ver con su investigación. La señorita Carruthers se había convertido en su amiga y guía en el mundillo del teatro, y Roger adoptó la costumbre de pasar a verla de vez en cuando a la hora del té para informarle de sus avances. Aquella joven de nombre tan ridículo (por aquel entonces ya le había confesado que en realidad se llamaba Sally Briggs, «¿Dónde demonios voy a ir con semejante nombre?», le había preguntado en tono pensativo) le divertía e interesaba. Le gustaba ver cómo, incluso en sus momentos más sinceros, no podía evitar ponerse trágica y verter lágrimas por la suerte corrida por su amiga, aunque tratara de contenerlas para admiración de un público invisible. De hecho, Roger pensaba que por franca que fuese era muy artificial.

En una de esas visitas aprovechó que ella fue a la cocina para inspeccionar minuciosamente la puerta fatídica. Lo que vio le disgustó mucho. Pues era evidente que, por muy impaciente que hubiese estado antes, llegado el momento Janet no había querido morir. En la base de la puerta, a pocos centímetros del suelo había una maraña de profundos arañazos en la pintura, como si un par de tacones altos hubiesen tratado desesperadamente de encontrar algún apoyo con el que esquivar a la eternidad.

Roger tenía una imaginación muy vivida. Sintió náuseas.

Pero ¿por qué, se preguntó frunciendo el ceño, no sujetó la media y tiró de ella,

aunque solo fuese por unos minutos? Podría haberse salvado. Aunque supongo que no había mucho donde agarrarse.

Concentró su atención en lo alto de la puerta. Allí, a los lados y también un poco más abajo, había otros arañazos, más superficiales, pero inconfundibles. Entró en la cocina.

—Moira —dijo de pronto—, ¿recuerda cómo estaban las uñas de Unity cuando la encontraron?

—Sí —respondió la señorita Carruthers con un leve escalofrío—. Rotas y llenas de pintura.

—¡Ah! —dijo Roger.

—Y ella siempre las llevaba muy cuidadas...

Ya que Londres había sido un fracaso, Roger decidió probar suerte en el campo. Le cohibía un poco molestar a la apesadumbrada familia y no sabía si hacer partícipe de sus sospechas al párroco. Al final, optó por no hacerlo hasta tener más pruebas que las apoyaran, lo contrario solo serviría para entristecer aún más al anciano. Confió en que su proverbial buena suerte le permitiría conseguir la información que necesitaba por otros medios.

Una vez tomada la decisión, Roger actuó con su habitual impulsividad. Puestos a ir, iría al día siguiente. Pero al día siguiente era viernes, y los martes y los viernes siempre pasaba las mañanas en la redacción de *The Courier*. Bueno, en ese caso escribiría el artículo esa misma tarde, pasaría a dejarlo en el edificio de *The Courier*, recogería el correo y luego tomaría el primer tren a Dorsetshire. Excelente.

Escribir dos artículos sobre muertes imprevistas por semana a lo largo de varios meses deja de ser tarea fácil a partir del sexto o séptimo mes. Una vez agotados los asuntos sobre los que quería extenderse, a Roger empezaba a parecerle extenuante encontrar nuevos temas. Y ahora que quería escribir un artículo a toda prisa, no se le ocurría nada. Después de mordisquear la pluma más de media hora, Roger salió a la calle a comprar un periódico vespertino. Cuando falla la inspiración, a veces un periódico hace maravillas.

Este ciertamente cumplió con sus expectativas. En la primera página, en tipos medianos, como si quisieran mostrar que, aunque sorprendente, el hecho carecía de verdadera importancia, leyó el siguiente titular:

«TRAGEDIA EN UN PISO DE LONDRES: JOVEN SE AHORCA CON SU PROPIA MEDIA, PATÉTICA CARTA».

Roger pudo escribir un artículo muy informativo sobre la sugestión de las masas, la neurosis, la predisposición al suicidio y la tendencia a la imitación, y la falta de originalidad de la mayoría. «A las pocas semanas de que el primer genio descubriese que podía poner fin a su vida metiendo la cabeza en el horno —escribió Roger—,

más de una docena habían seguido su ejemplo». Y continuó demostrando que cualquier método novedoso de acabar con la vida de alguien, ya fuese la propia o la ajena, constituye un auténtico y mortífero estímulo para cierto tipo de personas. Puso como ejemplo al doctor Palmer, al doctor Dove, a Patrick Mahon y a Norman Thorne, y, por supuesto, las dos tragedias de las medias. En conjunto, el artículo estaba muy inspirado y Roger quedó muy satisfecho.

Al día siguiente, partió para Dorsetshire.

En el periódico matutino (no *The Daily Courier*), que había reservado para leer en el tren, había información más detallada de la tragedia, aunque relegada a las últimas páginas. A Roger le gustó comprobar que los detalles coincidían casi exactamente con los del caso de Janet; era evidente que quien había cometido aquel suicidio se correspondía con el tipo que había descrito de forma tan minuciosa la noche anterior. Independientemente de lo que pudiera sentir por Janet, aquella otra chica no le resultó simpática a Roger: era de las que están mejor fuera de este mundo que dentro de él. Y había copiado a la pobre Janet con un servilismo que daba náuseas: la media de seda atada con un único lazo y retorcida sobre la puerta, el gancho atornillado al otro lado, la pierna desnuda, la nota sin firmar... no faltaba detalle.

Se llamaba Elsie Benham «supuesta actriz», como decía cautamente el periódico. (Y, claro, ya se sabe lo que eso significa, pensó cáustico Roger. ¿Por qué siempre se harán pasar por actrices? Es muy ofensivo para las de verdad). Era una habitual de los clubes nocturnos (Eso ya es más creíble) y la habían visto con vida a la una de la noche. Estaba sola y una amiga que habló con ella afirmó que parecía deprimida. Se fue sola a las dos de la mañana y debió de matarse poco después de llegar al piso que compartía con una amiga que en ese momento estaba fuera de Londres (Un eufemismo para no decir que estaba pasando el fin de semana en París, observó el sarcástico lector), pues cuando la encontró ayer por la tarde un hombre que tenía llave del piso (Lo que yo decía), el médico que acudió enseguida fue de la opinión de que llevaba muerta al menos doce horas. (No es mala frase para un periodicucho como éste, pensó Roger). Leyó por encima el resto del artículo, dejó el periódico a un lado y abrió una novela.

Hasta dos horas más tarde, mientras contemplaba ocioso los campos que pasaban por la ventanilla, Roger no reparó en dos cosas. El periódico vespertino había exagerado al hablar de la patética carta dejada por la difunta. No era una carta, sino tan solo una cita. «¡Qué maravillosa es la muerte! —había escrito en una hoja de papel—. La muerte y su hermano, el sueño». Roger murmuró:

«Qué maravillosa es la muerte.

La muerte y su hermano, el sueño».

Qué curioso que una «supuesta actriz», habitual de los clubes nocturnos escoja citar *La reina Mab* en semejante ocasión, qué curioso que cite a Shelley y que lo haga correctamente; habría apostado cualquier cosa a que una «supuesta actriz» que conociera de oídas a Shelley diría: «Qué hermosa es la muerte». Es curioso, pero, al parecer, no imposible. En fin, Sheringham, debe de haber más cosas en nuestros clubes nocturnos de las que imaginas.

Vio pasar unos cuantos campos más.

Y hay otra cosa rara, pensó Roger. Esta vez todos los periódicos recogen lo de la pierna desnuda. Pero antes no lo leí en ninguno. Cuando Moira me lo contó fue toda una novedad para mí. Quisiera saber cómo se enteraría esta otra mujer. Supongo que debió de publicarlo algún periódico que a mí se me pasó por alto, aunque juraría haberlos leído todos con mucha atención. ¡Qué curioso!

Siguió contemplando los campos y empezó a preguntarse qué le diría al señor Manners. Cuanto más cerca estaba de Dorsetshire más impertinente le parecía su misión.

Al final decidió no probar suerte en la taberna del pueblo de Little Mitcham, como había sido su primera intención, sino apearse en el pueblo vecino de Monckton Regis. Así no parecería tan entrometido. Luego, ya que estaba tan cerca de la casa del señor Manners, podría pasar a presentarle sus respetos con total propiedad.

Así lo hizo. El señor Manners le dio la bienvenida, lo llevó a su despacho y le hizo numerosas preguntas que a Roger le costó mucho responder con el tacto suficiente. El anciano parecía muy triste, como era de esperar, pero su dolor era digno y nada embarazoso. Cuando le insistió afectuosamente en que se quedara a comer y conociera al resto de la familia, Roger accedió tras muchas protestas, y acalló su conciencia pensando que en un momento así la presencia de un desconocido podría ser una bendición para la apenada familia: al menos les ayudaría a sobrellevar su pérdida aunque solo fuese por unas horas.

Las otras cuatro hijas tenían respectivamente veinticuatro, diecisiete, catorce y doce años y Roger trabó amistad casi de inmediato con Anne, la hija mayor. Era una de esas chicas capaces que a menudo parecen ser fruto de la necesidad, y, a diferencia de la mayoría de las chicas capaces, también era guapa. Tal vez no tanto como lo había sido Janet, pero en cierto sentido más hermosa, como si estuviese hecha en miniatura; y su aire de tranquila eficiencia (no la eficiencia asertiva que poseen la mayoría de las chicas capaces) le pareció muy atractivo a Roger. Decidiéndose con su habitual rapidez, aprovechó una oportunidad después de la comida para llevarla aparte y, con el pretexto de ir a admirar el jardín revestido de capullos primaverales, procedió a contárselo todo.

Si Anne se sorprendió, no lo demostró lo más mínimo; si se disgustó, ocultó sus sentimientos. Se limitó a replicar con solemnidad:



—Comprendo. Ha sido usted muy amable, señor Sheringham. Le agradezco mucho que me lo haya contado, prefiero saberlo. Estoy bastante de acuerdo con sus conclusiones, y haré todo lo que esté en mi mano por ayudarle a confirmarlas.

—¿Y puede usted hacerlo?

Anne movió la cabeza. Era pequeña, de huesos delicados y rasgos más bien serios en un rostro pequeño y ovalado.

—De momento —confesó—, no lo veo posible. Janet conocía a muchos hombres aquí, claro, y puedo darle una lista de sus mejores amigos, pero estoy bastante segura de que ninguno de ellos tiene nada que ver con esto.

—En todo caso siempre podemos averiguar cuál de ellos ha estado en Londres desde que ella se marchó —dijo Roger, reacio a descartar la idea en que había basado todas sus esperanzas.

—Desde luego —dijo Anne—, y lo haremos si a usted le parece necesario. Pero estoy convencida, señor Sheringham, de que no es aquí donde debemos buscar la causa de la muerte de mi hermana. Me consta que cuando se fue no tenía la menor preocupación. Janet y yo... —la voz se le quebró un momento, aunque enseguida volvió a dominarse— éramos mucho más que hermanas, éramos amigas íntimas. Si hubiese estado preocupada antes de marcharse, estoy segura de que me lo habría dicho.

—Bueno —dijo Roger con más ánimos de los que sentía en realidad—, veremos qué se puede hacer y ya está.

El resultado fue que Roger pasó un fin de semana muy agradable en Dorsetshire, conversó mucho con Anne, que, para su gran alegría, no parecía tener ningunas ganas de hablar con él de sus libros, y volvió a Londres el lunes sin haberse acercado lo más mínimo a su objetivo.

—Todo el mundo debería pasar un fin de semana en Dorsetshire a principios de abril —le dijo a la mujer del mostrador mientras pagaba la cuenta del hotel.

—Cierto —coincidió la joven.

Roger fue dando un paseo a la estación. Había tenido la precaución de decirle a Anne la hora a la que partía su tren por si surgía algo que quisiera comunicarle en el último momento. Al llegar al andén echó un vistazo a uno y otro lado por si la veía. No estaba allí.

Con una sensación de decepción que no recordaba haber experimentado al menos en los últimos diez años y de la que enseguida se avergonzó, hasta donde podía avergonzarse Roger de cualquier cosa relacionada con su vida, se encaminó hacia el quiosco y compró un periódico. Al abrirlo unos minutos después, su mirada se posó sobre cierto titular en las páginas centrales. Leyó lo siguiente:

«OTRA TRAGEDIA CON UNA MEDIA DE SEDA».

«SE AHORCA BELLEZA DE LA ALTA SOCIEDAD; EL TERRIBLE

DESTINO DE LADY URSULA GRAEME».

—Esto —dijo Roger— ya pasa de castaño oscuro.

(5)

## Entra el inspector jefe Moresby

En su asiento del tren, Roger empezó a leer la información sobre la muerte de lady Ursula. Ahora que se trataba de la hija de un conde y no de una oscura habitual de los clubes nocturnos, le habían concedido a la historia dos columnas en las páginas centrales, en las que habían incluido hasta el más mínimo detalle, relacionado con ella o no, que habían podido reunir. Brevemente, los hechos eran los siguientes:

Lady Ursula había salido de su casa en Eaton Square, donde vivía con su madre viuda (el conde actual, su hermano mayor, estaba en el Cuerpo Diplomático en el extranjero), un poco antes de las ocho. Había cenado con un grupo de amigos en un club de baile del West End, donde se había quedado hasta eso de las once. Luego empezó a quejarse de que le dolía la cabeza e intentó convencer a alguno de sus acompañantes de que la llevaran a dar un paseo en coche; no obstante, nadie se ofreció porque estaba lloviendo y el coche era un biplaza descapotable. Lady Ursula salió del club, diciendo que, ya que nadie quería acompañarla, iría a dar una vuelta hasta que se le pasara la jaqueca.

A las dos y media de la mañana, una chica llamada Irene Macklane, artista y amiga de lady Ursula, volvió a su estudio en Kensington de una fiesta en otro estudio cercano y encontró el coche de lady Ursula aparcado en la puerta. No le extrañó porque ésta acostumbraba a visitar a sus amigos a horas intempestivas. No obstante, cuando entró la llamó y al principio no vio ni rastro de ella.

El estudio estaba construido en unos antiguos establos y en el centro había una enorme viga de roble, a unos dos metros y medio del suelo, en mitad de la cual, por la parte de abajo, pendía un enorme gancho del que la señorita Macklane había colgado un farol pasado de moda. En dicho farol había una bombilla eléctrica que estaba conectada por un cable a un interruptor de la habitación. Al dar la luz, a la señorita Macklane le extrañó ver el farol en el suelo. Lo recogió y en ese momento fue cuando se horrorizó al ver a lady Ursula colgando del gancho de la viga.

Los detalles de su muerte se correspondían casi exactamente con los de la de Janet y la otra mujer. Había una mesa volcada a pocos metros y lady Ursula había utilizado una de las medias que llevaba puestas; la pierna de la que se la había quitado estaba desnuda, aunque todavía llevaba en el pie una zapatilla de brocado. Lady Ursula había hecho un lazo atando los extremos de la media y se lo había pasado por encima de la cabeza, luego lo había retorcido varias veces y había hecho un lazo más pequeño que había atado al gancho. Después había volcado la mesa de una patada y fallecido lentamente por asfixia, como las otras dos.

No obstante, la nota que había dejado para la señorita Macklane era un poco más explícita que las de las demás, aunque el modo en que estaba redactada daba pie a la

conjetura. Decía:

*Siento tener que hacer esto aquí, pero no tengo otro sitio adonde ir, y a mamá le daría un ataque si lo hiciese en casa. ¡No te enfades mucho conmigo!*

U.

Seguía una elogiosa necrológica, escrita «por un amigo» que hablaba de su originalidad, su desprecio por los convencionalismos y su reciente compromiso con el acaudalado hijo de un no menos acaudalado banquero. Al escritor le costaba decidir si había sido dicho compromiso, o su determinación de ser original a toda costa, lo que había empujado a lady Ursula a poner fin a una vida, de la que, según contaba siempre a sus amigos, estaba hastiada desde hacía muchos años.

Roger se puso el periódico sobre las rodillas y empezó a llenar la pipa con aire ausente. Como había dicho, aquello pasaba de castaño oscuro. Se estaba convirtiendo en una auténtica epidemia. Por su imaginación flotaron imágenes descabelladas en las que se convertía en una manía de sociedad y todas las debutantes se ahorcaban una tras otra con sus propias medias. Se dominó.

La verdadera dificultad, claro, estribaba en que no encajaba con el artículo que había escrito antes de irse de Londres. Lo embrollaba todo por completo. Pues, aunque la desconocida habitual de los clubes nocturnos podía haber tenido esa predisposición al suicidio sobre la que se había extendido tan elocuentemente, estaba seguro de que lady Ursula Graeme no la compartía. Y, por lo que sabía de dicha señora, incluso dejando aparte el artículo del amigo, aún estaba más convencido de que si, por alguna extraña casualidad, hubiese decidido matarse, sin duda no habría imitado el método de una insignificante corista o de una desdichada prostituta. Si hubiese querido imitar a alguien, lo habría hecho a lo grande. Se habría cortado las venas en un baño de agua caliente, por ejemplo. Pero lo más probable es que hubiera recurrido a un método de suicidio poco convencional que le proporcionara después de su muerte aún más publicidad que cuando estaba con vida. Lady Ursula, en suma, crearía una moda, no la seguiría.

Y luego estaba la carta. Tal vez fuese un poco más explícita que las otras dos, pero era mucho más desconcertante. Independientemente de la opinión que nos merezcan nuestros aristócratas, hay que admitir que al menos son educados, y la buena etiqueta no incluye en ningún caso colgarse de una media en el estudio de otra persona. Dado el carácter de la dama en cuestión habría sido mucho más apropiado que se hubiese colgado de una farola. ¿O es que la viuda se disgustaría menos si su hija no se ahorcaba en Eaton Square?

Todo era muy raro. Pero de nada servía seguir dándole vueltas, decidió Roger abriendo el periódico por otra página, pues estaba claro que lady Ursula había hecho todo aquello que parecía tan impropio de ella.

Siguió hojeando decidido los artículos de opinión.

La muerte de lady Ursula causó, claro, conmoción durante tres días. La instrucción se fijó para el miércoles por la mañana y Roger decidió asistir. Estaba deseando ver si alguno de aquellos detalles que habían llamado su atención —tan nimios en sí mismos, pero tan interesantes en su conjunto— despertaban la curiosidad de alguien más.

Por desgracia, Roger no fue el único a quien se le ocurrió esa idea. Quedándonos cortos, también decidieron hacerlo otras tres mil personas. No obstante, a ellas no se les ocurrió conseguir un pase de prensa, por lo que al final Roger, magullado pero más o menos intacto, pudo abrirse paso hasta dentro más o menos cuando la instrucción iba por la mitad. La primera mirada con la que se cruzaron sus ojos fue la del inspector jefe Moresby.

El inspector jefe estaba discretamente sentado al fondo del tribunal como cualquier otra persona y era evidente que no había ido allí en misión oficial. Entonces, ¿qué demonios está haciendo aquí?, pensó Roger un poco tenso mientras se abría paso hacia él. Los inspectores jefe no asistían a una instrucción de un caso de suicidio solo para pasar el rato.

Esbozó una sonrisa amistosa al ver llegar a Roger (tan amistosa que éste torció levemente el gesto al recordar lo que debía de inspirarla), pero se limitó a mover la cabeza en respuesta a las cejas enarcadas e interrogantes de Roger. Obligado a detenerse unos pasos más adelante, no tuvo más remedio que descartar la idea de seguir avanzando y dedicó toda su atención a la instrucción.

En el estrado de los testigos había un hombre de unos treinta años, moreno, alto, apuesto y con cierto aire semítico en el semblante; a Roger le bastaron una o dos preguntas y respuestas para comprender que era el prometido a quien habían aludido. Roger lo observó con interés. Si alguien había conocido a lady Ursula era aquel hombre. ¿Dejaría traslucir que, a su entender, había algo extraño en el caso?

Al observarlo de cerca, a Roger le resultó difícil preverlo. Era evidente que estaba muy apenado (¡Pobre hombre!, pensó. Y, por si fuera poco, tiene que exhibirse ahí delante de todo el mundo), sin embargo había cierta reserva en sus respuestas. Una o dos veces pareció estar a punto de hacer un comentario esclarecedor, pero siempre se contuvo a tiempo. Llevaba su pérdida con una dignidad pesarosa que a Roger le recordó la actitud de Anne en el jardín cuando le puso al corriente de sus sospechas; no obstante estaba claro que había varias cosas sobre las que estaba totalmente perplejo: la principal, el motivo por el que su prometida se había suicidado.

—Nunca hizo la menor insinuación —dijo en voz baja, en respuesta a una

pregunta del juez instructor—. Siempre me pareció que era feliz.

Hablaba como un niño pequeño al que han dado unos azotes y enviado a la cama por algo que no acierta a comprender que esté mal.

El instructor lo trataba con el mayor tacto posible, pero tenía que hacerle varias preguntas.

—Ya ha oído que tenía la costumbre de decir que estaba hastiada de vivir. ¿Se lo dijo a usted alguna vez?

—Muchas —replicó el otro con una vaga imitación de una sonrisa—. Decía cosas así a menudo. Era una especie de pose. Al menos —añadió en voz tan baja que Roger apenas pudo oírle— eso pensábamos todos.

—¿Iban ustedes a casarse en junio, dentro de dos meses?

—Sí.

El juez miró un papel que tenía en la mano.

—Veamos, la noche de autos, tengo entendido que fue usted al teatro y luego estuvo en su club...

—Así es...

—¿Quiere decir que no vio a lady Ursula en toda la noche?

—No.

—Entonces, ¿no podrá opinar sobre su estado de ánimo a partir de las cinco, cuando la dejó después de tomar el té?

—No. Pero cuando me fui eran más bien las cinco y media.

—Entiendo. Ya ha oído a los testigos que pasaron la tarde con ella. ¿Coincide usted con ellos en que parecía tan saludable y animada como siempre cuando la vio a la hora del té?

—Totalmente.

—¿No le dio a entender que algo podía estar rondándole por la cabeza?

—No.

—Bueno, no le entretendré más, señor Pleydell. Sé lo desagradable que debe de ser para usted todo esto. Solo le haré una última pregunta: ¿puede decirnos algo que arroje algo de luz sobre los motivos por los que lady Ursula decidió quitarse la vida? Me temo que no —respondió el otro en el mismo tono grave y contenido en que había prestado testimonio, y luego añadió con una emoción inesperada—: ¡Ojalá pudiera!

Desde luego algo le huele a chamusquina, se dijo Roger mientras Pleydell abandonaba el estrado. No es solo que desconozca el motivo por el que pudo hacer algo así, sino que hay otros detalles. Quisiera saber... quisiera saber qué está haciendo aquí Moresby.

Los siguientes veinte minutos no salió a relucir nada de importancia. Era evidente que el juez instructor estaba tratando de hacer que el caso fuese lo menos doloroso

posible para la condesa viuda y para Pleydell, y, dado que todo parecía tan claro, no había motivos para alargar innecesariamente la investigación. El jurado debió de opinar lo mismo, pues el veredicto fue rápido: «Suicidio por enajenación mental transitoria causada por las condiciones extenuantes de la vida moderna», que era un modo amable de decir «de la vida de lady Ursula».

Se produjo primero el silencio y luego la breve agitación que siempre siguen a la emisión de un veredicto, y la gente empezó a abandonar lentamente la sala.

Roger procuró acercarse a Moresby al salir. Antes ya había tenido ocasión de poner a prueba las reticencias de dicho oficial, y no tenía la menor esperanza de poder sonsacarle algo, pero por intentarlo no se perdía nada.

—Caramba, señor Sheringham —le saludó cordialmente el inspector jefe cuando por fin se encontraron—. Hacía mucho que no le veía.

—Sí, desde el verano pasado —asintió Roger—. Y le agradeceré que no me recuerde ese verano mientras tomamos una copa. Puede usted hablarme de cualquier otro menos de éste.

El inspector sonrió aún más, pero prometió no hacerlo. Anduvieron tranquilamente hacia un local que conocía Roger; no al más cercano, porque todo el mundo iría allí. El inspector jefe sabía perfectamente por qué le había invitado a tomar una copa; Roger sabía que lo sabía; el inspector jefe sabía que Roger sabía que lo sabía. Era muy divertido y ambos lo estaban pasando en grande.

También sabían que tendría que ser Roger quien sacara a relucir la cuestión, si es que iban a hablar de eso. Pero Roger no hizo nada semejante. Bebieron una cerveza charlando tranquilamente de esto, lo otro y lo de más allá, pero no hicieron la menor alusión a instrucciones judiciales a las que asistían inspectores de Scotland Yard; Moresby pagó la segunda ronda, y luego tomaron una tercera a costa de Roger. Tanto a Roger como a Moresby les gustaba la cerveza.

Por fin Roger disparó su andanada. Fue una andanada inesperada que había estado planeando mientras apuraba los vasos. A mitad de conversación sobre el cultivo del guisante, Roger observó como de pasada:

—Así que usted también opina que lady Ursula fue asesinada, ¿eh, Moresby?

## (6)

### El detective Sheringham, de Scotland Yard

En este mundo pocas personas tienen el privilegio de ver sobresaltarse violentamente a un inspector jefe de Scotland Yard, sin embargo eso fue lo que ocurrió tras la andanada de Roger. Con gran placer vio cómo el rostro del inspector se estremecía de manera visible, cómo todo él se ponía rígido, la cerveza estaba a punto de salirse del vaso y en ese momento sintió que las afrentas del pasado estaban vengadas.

—Caramba, señor Sheringham —dijo el inspector jefe tratando sin éxito de adoptar un gesto inexpresivo—, ¿cómo se le ocurre decir algo así?

Roger no respondió enseguida. Una vez recuperado del leve aturdimiento que siguió al éxito de su pequeño truco (había pensado que como mucho lograría que al inspector le temblara un poco el párpado, pero poco más) lo embargó una sorpresa tan sincera y de dimensiones similares a la que Moresby estaba tratando de disimular tan valientemente. Si había afirmado que lady Ursula había muerto asesinada no lo había hecho tanto por probar suerte como por decir intencionadamente lo más descabellado que se le había pasado por la cabeza para tratar de coger desprevenido al inspector y obligarle a revelar el motivo de su presencia en el tribunal. Pero, tal vez por primera vez en su vida, el inspector jefe se había dejado sorprender con armas y bagajes. El que estuviese sobre aviso tan solo había servido para contribuir al desastre, pues había protegido la vanguardia y Roger le había atacado por la retaguardia.

Entretanto, el cerebro de Roger, saliendo bruscamente del coma en que lo había sumido momentáneamente el sobresalto del inspector, se esforzaba por recuperar el tiempo perdido. Más que pensar, repasó a toda prisa una serie de imágenes. Y, en un instante, lo que antes había sido un misterio se volvió evidente. A Roger le dio rabia haber tenido que sobresaltar a un inspector para caer en algo tan obvio. ¡El asesinato era la única explicación posible para que encajaran aquellos hechos tan desconcertantes!

—¡Caramba! —dijo un poco asustado.

El inspector jefe lo observaba con inquietud.

—¡Qué idea tan extraordinaria! —observó soltando una risa hueca.

Roger apuró la cerveza, miró su reloj y cogió al inspector del brazo en un único movimiento.

—Vamos —dijo—. Es hora de comer. Comerá usted conmigo.

Y, sin esperar una respuesta, salió del local.

El inspector jefe, totalmente en desventaja, no tuvo más remedio que seguirle.

Temblando de pies a cabeza, Roger llamó un taxi y le indicó al taxista las señas de su piso.



—¿Adónde vamos, señor Sheringham? —preguntó el inspector jefe, cuyo rostro no exhibía el gesto expectante de quienes van a comer a costa de otro.

—A mi apartamento —replicó Roger, por una vez parco en palabras—. Allí no nos oírán nadie.

El gemido con que replicó el inspector tampoco lo oyó nadie. Fue un gemido espiritual y al mismo tiempo muy revelador.

Hacía unos meses que, llevado por un impulso extravagante, Roger había entrado en el Albany animado por una visita a su editor y el informe de las ventas de su última novela y había pedido habitaciones. Quiso la suerte que acabara de quedarse libre un apartamento y pudiese mudarse de inmediato. Condujo allí al pobre inspector que ahora estaba empapado de sudor, le invitó a sentarse en un sillón, le preparó una bebida, a pesar de sus protestas en las que la palabra «cerveza» fue la más oída, y salió a encargarse de la comida. El rato que pasó entre su regreso y la llegada del almuerzo entretuvo a su víctima con una vívida descripción del cultivo del café en el Brasil, negocio al que se dedicaba uno de sus primos pequeños.

—Se llama Anthony Walton —observó con descuido—. Creo que lo conoció usted, ¿no?

Al inspector jefe no le quedaban fuerzas para recordar su promesa y responderle de la forma apropiada.

Que nadie vaya a pensar que el inspector jefe aparece aquí cogido en falta. Roger lo tenía a su merced y Moresby lo sabía. En el transcurso de una investigación policial que requiere el más absoluto secreto, la menor insinuación a la prensa sobre su existencia puede bastar para echar a perder la paciente labor de varias semanas. La prensa, a la que a veces puede acosarse con impunidad, requiere en otras ocasiones que un meticuloso funcionario de Scotland Yard la corteje con tanta delicadeza como a la más tímida de las enamoradas. Roger lo sabía y el inspector jefe sabía muy bien que Roger sabía que lo sabía. Aunque esta vez la situación no tenía nada de divertida.

De manera ortodoxa, Roger evitó hacer la menor alusión al caso hasta después de que les sirviesen el café y hubieran encendido los cigarrillos, igual que hacen en las novelas los grandes hombres de negocios (en la vida real abordan la cuestión nada más empezar los entremeses y no se andan por las ramas para no desperdiciar un tiempo precioso).

—¡Y ahora —dijo Roger, una vez llegado ese momento—, amigo Moresby, vayamos al grano!

—¿Al grano? —repitió el inspector jefe Moresby, todavía perplejo.

—Sí, no juegue conmigo, Moresby. Las tornas han cambiado. ¿Qué quiere que hagamos ahora?

El inspector jefe apuró cuidadosamente los posos de café de su taza.

—Eso —dijo, midiendo las palabras— depende de qué estemos hablando, señor

Sheringham.

—Muy bien. —Roger esbozó una sonrisa desagradable—. Lo plantearé con mayor claridad. ¿Quiere que escriba un artículo para *The Courier* demostrando que lady Ursula murió asesinada... y no solo ella, sino también Elsie Benham y Unity Ransome? ¿Quiere que exija a la policía que empiece a trabajar y siga esa pista? Estoy deseando escribirlo...

—¿Ah, sí? ¿Y por qué...?

—Porque he seguido el caso Ransome desde el día siguiente de producirse la muerte —respondió Roger con énfasis, pero sin mucha sinceridad.

Muy a su pesar, y a las tradiciones de Scotland Yard con respecto a los aficionados, el inspector jefe estaba impresionado y no se tomó la molestia de disimularlo.

—¿De verdad? —dijo con admiración—. Muy inteligente por su parte. ¿Y ya reparó entonces en que se trataba de un asesinato?

—Sí —respondió Roger sin inmutarse—. ¡Ah!, ahora empezamos a entendernos. ¿De modo que coincide usted en que fue un asesinato?

—Ya que insiste en saberlo —repuso presionado el inspector jefe—, ésa es mi opinión.

—Pero no lo descubrió tan pronto como yo —insistió sin sonrojarse Roger—. La verdad es que no cayó en la cuenta hasta que topó con el caso de lady Ursula.

—Incluso ahora no son más que meras conjeturas —replicó Moresby evitando hábilmente darle una respuesta directa.

Roger fumó un rato su cigarrillo.

—Lamento que Scotland Yard haya reparado en que es posible que sea un asesinato —dijo después de una pausa—. Considero este caso un asunto personal y le he dedicado muchos esfuerzos. Más vale que no crea que pienso dejarlo porque ustedes vayan a investigarlo. Estoy decidido a llegar al fondo del caso (ya le he dicho que me lo he tomado como una cuestión personal) con o sin ayuda de la policía. Ahora mismo les llevo mucha ventaja.

—¿Qué quiere decir, señor Sheringham?

—Bueno, por decir solo una cosa, ¿conocen ustedes la verdadera identidad de Unity Ransome?

—No, todavía no —se vio obligado a confesar el inspector.

—Pues yo sí —dijo escuetamente Roger.

Se hizo otra pausa.

—¿Qué le ronda por la cabeza, señor Sheringham? —preguntó Moresby—. No sé qué es, pero hay algo.

—Pues sí —asintió Roger—. Se trata de lo siguiente: quiero que trabajemos juntos. Ya se lo propuse el verano pasado en Ludmouth, pero usted se negó. Ahora

estoy en una posición mucho más fuerte. No olvide que puedo serle muy útil como ayudante. No me importa que me considere su ayudante —añadió magnánimo.

—Así que podría serme útil, ¿eh, señor Sheringham? —meditó el inspector—. Quisiera saber cómo...

—Lo sabe usted perfectamente. En primer lugar, está el material que he reunido ya. Pero además está la cuestión del asesino. Por las circunstancias del caso de lady Ursula me parece evidente que es un hombre de elevada posición, o, al menos, uno de sus conocidos (y todos los amigos de lady Ursula gozan de buena posición social). Pues bien, creo que éste va a ser un caso muy difícil. Nos enfrentamos a un maníaco homicida que probablemente esté muy cuerdo en todos los demás aspectos. Solo hay dos maneras de atraparlo: una es pillarle con las manos en la masa, la otra ganarse su confianza y sorprenderle por la retaguardia (no creo que haya por qué tener muchos escrúpulos en este caso). ¿Está usted de acuerdo?

—Lo que dice parece bastante razonable —concedió Moresby.

—Desde luego. Veamos, con respecto al primer método, ¿suele uno atrapar a los maníacos homicidas de tipo sexual con las manos en la masa? Sus amigos de Scotland Yard deberían saberlo después de lo de Jack el Destripador. Y estoy dando por sentado que nuestro hombre no sea tan imbécil como Neill Cream, que casi llegó a pedir a la policía que le investigaran. En tal caso, solo nos quedaría el segundo método. En fin, Moresby, no quiero parecer ofensivo, pero ¿se cree usted capaz de ganarse la confianza de un hombre así? Pensémoslo de forma razonable. Digamos que reducimos nuestras sospechas a un antiguo alumno de Eton que tal vez sea miembro del club de Oxford y Cambridge. ¿De verdad cree que podría inducir a un hombre semejante a confiar en usted? No puede ingresar en su club y abordarlo sin más, ¿no cree?

—Entiendo su punto de vista, señor Sheringham —repuso Moresby con una sonrisa—. Y no le falta razón. Pero lo cierto es que hay mucha gente en Scotland Yard que sí podría. ¿Qué me dice del ayudante del comisionado? Él también estudió en Eton.

—¿Acaso cree —respondió Roger con fino desdén— que un hombre que ha cometido al menos tres asesinatos va a confiar en el ayudante del comisionado de Scotland Yard? No finja ser tan pueril, Moresby. Sabe de sobra que nadie que esté remotamente relacionado con Scotland Yard serviría para ese trabajo. Por eso puedo serle útil. Porque no lo estoy. La gente me conoce solo como escritor. El hombre a quien estamos buscando probablemente no haya visto un ejemplar de *The Courier* en toda su vida.

—Bueno, como le he dicho, no le falta a usted razón, señor Sheringham. Y supongo que, si me niego a aceptarlo como ayudante, descubrirá usted el pastel y hará lo posible por entrometerse.

—Me consideraré libre de escribir lo que mejor me parezca sobre estos casos —le corrigió con dignidad Roger.

—¡Hum! —El inspector jefe dio unos golpecitos en la mesa con aire pensativo—. Yo me encargo de esta investigación, claro. Pero ni siquiera estamos seguros de que se haya cometido ningún asesinato. Puede que sea lo que decía usted en *The Courier* el otro día sobre lo sugestionables que son ciertas personas.

—¡Ah, así que lee usted mis artículos...! —dijo Roger con una alegría infantil—. Sin embargo, lady Ursula no era nada sugestionable. Ahí está la clave. Pero ya hablaremos de eso después. ¿Va a aceptarme usted o no?

—No podemos hacer una cosa así sin autorización —objetó el inspector jefe.

—Sí, y también sé que podría conseguir la autorización con solo pedirla —replicó Roger sin la menor modestia.

El inspector jefe siguió un poco meditabundo.

—Bueno —dijo por fin—, supongo que en este caso concreto podría serme de gran ayuda, señor Sheringham. Sin duda. Y está claro que no es usted ningún idiota —añadió con amabilidad—. Lo pensé en Ludmouth, aunque allí se pasó usted un poco de listo. No obstante, ha sido muy inteligente al reparar antes que nadie en que el caso Ransome podía ser un asesinato. Admito que no se nos había ocurrido. Sí, muy bien, señor; trato hecho. Pediré permiso para incluirle en la investigación en cuanto vuelva a Scotland Yard.

—¡Así se habla! —exclamó encantado Roger—. Abriremos una botella de mi excelente brandy del 67 para celebrar mi nombramiento oficial.

Mientras apuraban un par de copas de brandy del 67, Roger reveló a su nuevo colega el resultado de sus investigaciones en el caso de Unity Ransome, aunque no sin estipular previamente que su verdadera identidad no se haría pública a menos que las circunstancias lo requiriesen; estaba decidido a utilizar todas sus influencias con tal de ahorrar nuevos pesares a aquella desdichada familia. El inspector jefe aceptó de buen grado y, ahora que ya no era cuestión de rivalidad sino de colaboración, felicitó sinceramente a su compañero por su astucia. Él también había visitado un par de veces el piso de Sutherland Avenue, pero no había hecho grandes avances en aquel caso tan complicado.

—¿Qué hizo sospechar a Scotland Yard que pudiera tratarse de un asesinato? —preguntó Roger, después de contarle todo lo que sabía.

—Algo que queda fuera de su alcance, señor Sheringham —respondió el inspector jefe—. Al examinar el cadáver de lady Ursula, el forense informó de que tenía moratones en las muñecas. Yo los vi y, aunque eran muy débiles, estaría dispuesto a jurar que alguien le ató las manos. Y no es probable que se las atara ella misma, ¿verdad?

Roger movió la cabeza.

—¿Y los demás casos?

—No notamos nada raro, pero estamos dando los pasos necesarios para averiguarlo.

—¿La exhumación? Sí. Bueno, Moresby, oigamos qué teoría tienen ustedes sobre el asunto.

—¿Teoría? Bueno, supongo que tenemos algunas teorías, pero Scotland Yard trabaja más con pistas que con teorías. La policía francesa sí lo hace, porque les permiten llegar muy lejos en sus investigaciones. Ellos pueden echarse faroles y nosotros no. Hemos de limitarnos a seguir las pistas y ver adónde nos llevan.

—Pues estudiemos las pistas. ¿Por dónde cree que deberíamos empezar?

El inspector Moresby miró el reloj.

—¡Dios mío, señor! —exclamó con sincera sorpresa—. No tenía ni idea de que fuese tan tarde. Deben de estar preguntándose qué me ha ocurrido. Tendrá que perdonarme, señor Sheringham. Tengo que volver cuanto antes a Scotland Yard.

Roger comprendió que hasta no tener permiso oficial el inspector jefe no seguiría discutiendo el caso con él. Sonrió satisfecho del resultado de aquel almuerzo.

## (7)

### Familiarizándose con el caso

Esa misma tarde, poco después de las ocho, en respuesta a una sugerencia telefónica de Roger, el inspector jefe Moresby volvió a visitar el Albany, después de obtener la autorización oficial para abandonar sus reticencias. Roger le recibió dándole a elegir entre whisky o cerveza y tabaco de pipa o cigarrillos y los dos se sentaron al calor de la chimenea con las pipas encendidas y una jarra de peltre junto al codo, dispuestos a estudiar seriamente el caso.

—A propósito, ¿ha leído *The Evening Clarion*? —preguntó Moresby antes de nada, sacando el periódico del bolsillo—. Ustedes los periodistas siempre dándonos trabajo.

Se lo alcanzó señalando cierto pasaje con el pulgar.

El pasaje estaba al final de un relato de la investigación sobre el caso de lady Ursula de aquella mañana. Roger leyó:

«La discreta presencia de cierto alto funcionario de Scotland Yard entre los espectadores del fondo de la sala nos lleva a deducir que la policía no acaba de estar satisfecha con el caso. Desde luego parece haber muchos puntos oscuros que requieren aclaración. No debe suponerse que el interés de dicho funcionario por las actuaciones judiciales signifique necesariamente que Scotland Yard sospeche que hay gato encerrado, pero tampoco es descabellado pensar que volveremos a oír hablar de este trágico asunto».

—No se puede explicar mejor —fue el comentario profesional de Roger—. ¡Maldita sea su estampa! —añadió en tono mucho menos profesional.

—Es una lata —asintió su compañero—. Por supuesto, lo he arreglado para que no publiquen nada más y no creo que hayan hecho mucho daño, pero estas cosas son un auténtico fastidio cuando uno está haciendo todo lo posible por mantener algo en secreto. De todos modos, en una cosa sí hemos tenido suerte: nadie ha sacado a relucir aún lo de Montecarlo.

—¿Lo de Montecarlo? ¿A qué se refiere?

—¡Oh!, ¿es que no se ha enterado, señor Sheringham? —preguntó el inspector jefe con los ojos brillantes—. Pensaba que estaría usted al cabo de la calle. El caso es que una chica francesa, una *croquette*, o comoquiera que las llamen...

—Una *cocotte* —le corrigió Roger sin sonreír—. Una especie de actriz. ¿Y bien?

—En febrero encontraron a una *cocotte* francesa muerta en su dormitorio justo del mismo modo. Había perdido un montón de dinero en el casino, por lo que todo el mundo pensó que se había ahorcado. Lo silenciaron lo mejor que pudieron (es lo que hacen siempre) y no creo que los periódicos de aquí llegaran a publicarlo. Nosotros

nos enteramos extraoficialmente.

—En febrero y en Montecarlo, ¿eh? —repitió pensativo Roger—. Eso debería sernos de ayuda.

—Es casi lo único que tenemos —dijo el inspector jefe—. Suponiendo que se trate de un asesinato y que lo haya cometido la misma persona. Bueno, y también la nota.

—¿La nota? ¡Ah!, se refiere a la nota que dejó lady Ursula. Sí, ya había pensado que, si se trataba de un asesinato, las notas tenían que tener un significado muy distinto del que les dio después todo el mundo. El asesino es un hombre inteligente, Moresby, eso es innegable.

—Desde luego, señor Sheringham. Pero podemos sacar más información de la de lady Ursula que de las otras. Si fue un asesinato, la nota tiene que tener un significado muy distinto, como usted dice. Pero lo importante es que estaba toda arrugada. Puede verla en Scotland Yard cuando quiera.

—Comprendo —dijo Roger—. Se refiere usted a que no la habían metido en el sobre. En otras palabras, que debió de estar en otro sobre y por tanto no se escribió en esa ocasión.

—O en el bolsillo de alguien. El papel está un poco rozado en los pliegues, como si hubiese estado en un bolsillo. En fin, señor Sheringham, encontremos a la persona a quien iba dedicada la nota y estaremos mucho más cerca de resolver el misterio. Es la única pista que tenemos, pero no me sorprendería que fuese la única necesaria. Recuerde mis palabras, amigo mío: si logramos averiguar a quién iba dirigida la nota podremos resolver el caso.

—No me extrañaría —replicó Roger sin mucha convicción. En el fondo no estaba nada seguro. Sabía que Scotland Yard iba a considerar la carta la prueba principal, pero el método de la prueba principal, aunque a menudo fuese deslumbrante y eficaz (aunque no tan deslumbrante como fatigoso), podía irse al traste si la pista no era correcta. Scotland Yard había fracasado muchas veces en casos parecidos por descuidar los aspectos secundarios, mientras que con un método más amplio de miras, como el de los franceses y su razonamiento inductivo, casi seguro se habrían resuelto; y de nada servía decir que lo contrario también era verdad y que en los archivos franceses hay misterios sin resolver que probablemente se habrían resuelto con los métodos más laboriosos de Scotland Yard.

Hacía mucho que Roger tenía muy claro que un cuerpo de detectives como es debido no debía limitarse a un único método, sino utilizarlos todos a la vez; y decidió que eso es lo que harían Moresby y él. El inspector seguiría la pista principal y pediría ayuda a Scotland Yard y él consideraría el problema en su conjunto, desde todos los puntos de vista posibles, y haría todo lo que pudiera por combinar los impresionantes poderes deductivos de los profesores de criminología austríacos con

la brillantez imaginativa de los detectives franceses más famosos. Es típico de Roger que se echara aquella enorme tarea sobre los hombros sin perder la compostura, entre dos sorbos de cerveza.

Siguieron conversando.

Roger se quedó muy impresionado con el sentido común de su colega, a quien siempre había considerado un poco obtuso en cuanto a su percepción de los matices de la criminología científica debido a su tendencia a centrarse exclusivamente en la pista principal. También le desanimó comprobar que el conocimiento de la historia criminal de Moresby era incluso más completo que el suyo.

Roger no fue el único en llevarse una sorpresa. Al inspector jefe, que hasta entonces había tenido a Roger por un aficionado con la cabeza llena de pájaros y empeñado en demostrar toda suerte de teorías imposibles, le asombró su aguda comprensión de los aspectos esenciales del caso y la vivida imaginación con que los abordaba. Sus reticencias por haber hecho como en las novelas al incluir a un aficionado en la investigación no tardaron en desaparecer. Al cabo de media hora, su acuerdo se asentaba sobre una base mucho más sólida.

Roger se levantó y llenó las jarras. Vale la pena subrayar que la cerveza era una estupenda «XXXX» de un color oscuro y afrutado, de un barril que Roger tenía en su despacho en la habitación de al lado. ¡Ay, jovencitas, desconfiad de un hombre que le haga ascos a una buena «XXXX», exactamente igual que desconfiaríais de cualquier miembro de vuestro sexo que no se empolvase la nariz!

—Tengo la impresión —dijo Roger cuando volvieron a sentarse— de que estamos hablando por hablar. Llamemos a las cosas por su nombre y vayamos paso a paso. En primer lugar están las propias muertes. Ambos estamos de acuerdo en que cualquier otra hipótesis que no sea la del asesinato requeriría demasiadas coincidencias, ¿no es así? Pues hagamos como los franceses y reconstruyamos el crimen.

—Muy bien señor Sheringham. Me encantará ver cómo lo hace.

—Pues he aquí cómo lo veo: en primer lugar, el asesino escoge a sus víctimas con mucho cuidado. Deben cumplir ciertos requisitos. Por ejemplo, estar lo suficientemente familiarizadas con él para que no se asusten al verle. La ocasión la elige con no menos astucia. Debe ser cuando la víctima esté sola y sea probable que vaya a estarlo al menos media hora. Pero todo esto es muy elemental.

—No tiene nada de malo repasar lo más elemental con lo demás —dijo el inspector mirando abstraído el fuego.

—Una vez escogidos la chica y el momento, procede a inmovilizarla. Lo digo, porque ninguna chica permitirá que la ahorquen sin resistirse, y menos aún va a quitarse una media y a ofrecérsela al asesino; sin embargo, ninguna de ellas tenía indicios de violencia. Ni siquiera las marcas en las muñecas de lady Ursula pueden



considerarse como tales. Pues bien, ¿cómo las sometió entonces?

—Eso es —observó el inspector jefe Moresby.

—Fue diabólicamente inteligente —continuó Roger cada vez más animado—. Trate usted de inmovilizar a una chica normal y que goce de buena salud y dígame si no ofrecerá una resistencia endiablada. Así que lo más sencillo es suponer que debe de ser un hombre muy fuerte y probablemente muy corpulento. Y ni siquiera gritaron, por lo que es evidente que debió de impedirselo. No soy tan pueril para sugerir algo tan tonto como el cloroformo, cualquiera que no sea un escritor de novelas de quiosco sabe que no actúa así, por no hablar del olor que queda después. No, lo que sugiero es una bufanda de lana que se pasa inesperadamente sobre la boca y se aprieta con fuerza. ¿Qué le parece?

—La verdad es que no se me ocurre nada mejor.

—Pues bien un hombre fuerte podría atársela con facilidad a la nuca, cogerla de las muñecas (instintivamente intentaría quitarse la bufanda de la boca) y retorcerlas para atárselas a la espalda. Admito que no es tarea fácil, pero unos conocimientos elementales de jiu-jitsu podrían serle de ayuda: quiero decir que la dejaría en una postura en la que no pudiera moverse sin romperse un brazo, le sujetaría las dos muñecas con una mano y se las ataría con la otra. Y, como los moretones son muy leves, debió de atárselas con algo que no le cortara la piel..., con un extremo de la bufanda de lana, por ejemplo. —Roger hizo una pausa y dio un par de chupadas a la pipa.

—Continúe, señor Sheringham —le animó Moresby con mucha educación.

—Después, claro, la tendría a su merced. Supongo que no le costaría mucho quitarle una media y seguir tranquilamente con sus preparativos, atornillando el gancho a la pared, acercando una silla donde subirla y demás. Después de ahorcarla solo tendría que desatarle la bufanda y los tobillos.

El inspector jefe asintió.

—No cabe duda de que debió de ocurrir así.

—Bueno, he ahí la reconstrucción, y no veo que nos aporte nada nuevo, a no ser la bufanda de lana, que es una pura especulación. Es un loco, claro. Su único motivo posible, que sepamos, es el placer de matar. Manía homicida convertida en una obsesión incontrolable. Como las medias de la víctima, por ejemplo. Y supongo que deben ser de seda. Sí, ha de ser por fuerza un tipo retorcido, la idea de ahorcar a una chica con una media de hilo de Escocia debe de parecerle tan horrible como a usted o a mí.

—Al estilo de Jack el Destripador, tiene usted razón —comentó el inspector jefe.

—Ése es otro enfoque posible: los paralelismos criminológicos. Como dice, tenemos a Jack el Destripador y también a Neill Cream, aunque él era psicológicamente distinto. Nunca entendí que no quisiera ver morir a sus víctimas.

Cualquiera diría que ése y no otro era el objetivo de ese tipo de asesino. ¿Se le ocurren a usted otros casos similares?

—¿Quiere usted decir asesinos sexuales o lujuriosos, como los llaman los psicólogos? Bueno, no son muy frecuentes en este país. La mayoría de los extranjeros también se parecen a Jack el Destripador. En lo del apuñalamiento, quiero decir. Supongo que los más conocidos son Andreas Bickel, Menesclou, Alton, Gruyo y Verzeni. Luego hubo una epidemia de apuñalamientos en Nueva York en julio de 1902 y otra en Berlín, curiosamente ese mismo mes. Después está Wilhelm Damián en Ludwigshafen en Alemania, en 1901 y...

—¡Caramba, Moresby! —le interrumpió un sorprendido Roger—. Sí que se ha aplicado usted desde que lo ascendieron a inspector jefe. ¿Cómo demonios sabe usted todo eso?

—Es mi trabajo, señor Sheringham —replicó el inspector jefe con laconismo, y ahogó su sonrisa con un trago de «XXXX».

—Bueno, a lo que me refería —prosiguió Roger en tono sumiso— es a si podemos o no sacar algo en claro de esos paralelismos.

—Lo dudo, señor, como no sea que de todos los asesinos éstos son los más difíciles de atrapar; me temo que no hacen falta muchos paralelismos criminológicos para saber eso.

—Pues pasemos al apartado siguiente: las víctimas. ¿Qué podemos sacar de ellas? ¿Sabe ya algo de la mujer de Montecarlo?

—Aún no. He escrito solicitando todos los detalles. Pero si fue la misma persona, podemos deducir que estuvo en Montecarlo, claro.

—Sí, eso puede sernos de mucha ayuda. ¿Es posible conseguir una lista de los ingleses que visitaron Montecarlo el pasado mes de febrero?

—Ya la tengo, señor Sheringham —replicó el inspector jefe con una sonrisa tolerante; ningún aficionado iba a darle lecciones sobre los procedimientos de rutina—. Y también la de los que estuvieron en Niza, Cannes y los demás sitios de la Riviera.

—Bien hecho —dijo Roger sin dejarse impresionar—. Después está Janet Manners, o Unity Ransome, como creo que deberíamos seguir llamándola. Lo único que se me ocurre es que debía de conocerlo muy bien, o mucho me equivoco o de lo contrario no le habría llevado a su cuarto de estar cuando no había nadie más en el piso. Tal vez nos sea de ayuda.

—Nada más cierto.

—De Elsie Benham no sacaremos nada en claro, puede que la conociera y puede que no. En el segundo caso pudo abordarla en Tottenham Court Road cuando volvía del club a su piso y en el primero haberla esperado en el piso. La única esperanza es que los viera juntos algún oficial de patrulla...

—Y no lo hizo —le interrumpió el inspector—. Ya lo he comprobado. Estoy haciendo averiguaciones para comprobar que nadie más los vio, pero no creo que haya muchas esperanzas.

—Pues solo nos queda lady Ursula... y no creo que podamos averiguar gran cosa. Bien mirado, no tenía por qué conocerla. Pudo presentarse en la calle diciendo que era amigo de un amigo, eso no habría inquietado a lady Ursula. O puede que fuese amigo de la dueña del estudio y que llamase al ver encendida la luz. No se me ocurren muchas más posibilidades.

—Tenemos la nota, señor Sheringham —le recordó el inspector jefe—. En mi opinión demuestra que fue premeditado y que llevó la nota adrede.

—Pero ¿cómo supo que iba a ir al estudio? Lady Ursula no dijo nada a sus amigos. Es probable que no lo supiera ni ella, sino que pasase por allí y entrara a preguntarle a la chica si quería salir un rato.

—Es posible, claro, pero no debemos perder de vista la idea de que lady Ursula podría haberse citado allí con alguien, y más sabiendo que su amiga estaría fuera, y que lo de ir a dar una vuelta lo dijese solo para despistar a los demás. Tal vez supiera que ninguno querría acompañarla.

—¡Bah! —dijo Roger, que estaba más que dispuesto a descartar esa idea en la que no creía ni por un momento—. A propósito —continuó al recordar una cosa—. He tenido la impresión de que ese tipo con el que estaba prometida..., ¿cómo se llama? Pleydell..., también alberga sus sospechas. ¿Lo ha visto usted en el tribunal esta mañana? Más de media docena de veces me ha dado la impresión de que estaba a punto de decir algo importante.

—Sí, creo que algo le ronda por la cabeza. Pensaba hablar con él mañana por la mañana.

—No quisiera estar en el lugar de ese hombre —dijo pensativo Roger—. Y menos si sospecha que hay gato encerrado. Ya es bastante malo que se te suicide la novia, ¡pero que la asesinen...! Oiga, Moresby, ¿por qué no retrasa su charla con él uno o dos días?

—¿Por qué, señor Sheringham?

—Buena pregunta. Si sospecha algo, ¿cree usted que dejará las cosas como están, para ahorrarse otro escándalo a su familia, o que hará todo lo posible por descubrir la verdad? En mi opinión, optará por lo segundo. Pero al principio no sabrá por dónde empezar. Si le interroga usted antes de que haya tomado una decisión podría negarse a hablar. Por una especie de instinto de conservación, ya sabe. Y, si tiene algo que contar, eso sería una pena. Por otro lado, si esperamos hasta que se haya decidido no me extrañaría que acudiera a usted; y en ese caso averiguaríamos mucho más que del otro modo. Siempre que sospeche algo, claro, porque también es posible que no lo haga.

El inspector jefe bebió un poco más de cerveza.

—No le falta razón —admitió secándose delicadamente la boca con un enorme pañuelo de seda—. Sí, tal vez no debería haberme precipitado tanto. De acuerdo, le daré tres días y veremos si está usted en lo cierto. Si es así, se habrá ganado una pluma para su sombrero.

Roger hojeó las notas que había tomado de la conversación.

—Bueno, por lo visto buscamos a un hombre que ha rozado nuestro círculo varias veces, incluyendo Montecarlo el pasado febrero. Es probable que sea un tipo corpulento, y un caballero (o que se haga pasar por uno), y no hay por qué suponer que su conducta tenga nada de anormal excepto en este particular. Si conseguimos reducir la lista a un único sospechoso, trataré de tirarle de la lengua (aunque no será fácil sacar el asunto a colación) y, si se delata, sabremos con seguridad que estamos sobre la pista correcta.

—Y luego habrá que reunir pruebas contra él —añadió sombrío el inspector—, y eso será lo más difícil. Si llevase usted tanto tiempo como yo en Scotland Yard, señor Sheringham, sabría que... Oiga, ¿no es ése su teléfono?

Roger se incorporó y fue a descolgar dicho aparato al cuarto de al lado. Al cabo de un momento regresó.

—Para usted, Moresby —dijo—. Scotland Yard.

Moresby salió de la habitación.

Cuando regresó, unos minutos más tarde, su rostro tenía una expresión de admiración más bien reticente.

—Señor Sheringham, hace unos minutos ha hecho usted una deducción psicológica muy brillante —dijo.

—¿A qué se refiere? —preguntó con curiosidad Roger.

El inspector jefe se agachó y sacó una pluma que asomaba de un cojín de la silla.

—Aquí tiene, señor —dijo—. Póngasela en el sombrero. En este mismo instante, el señor Pleydell me espera en Scotland Yard. ¿Le apetece a usted venir?

—¡Y tanto que sí! —respondió Roger con fervor.

(8)

## Una visita a Scotland Yard

Pleydell estaba en una sala de espera cuando Roger y el inspector jefe llegaron a Scotland Yard. De camino, habían discutido la conveniencia de que Roger estuviese o no presente en esa primera entrevista; y habían decidido que, como era probable que Pleydell siguiera teniendo sus reservas, la presencia de una tercera persona podría desanimarle a hablar. No obstante, para no perderse la conversación, Roger se ocultaría detrás de un biombo en un rincón de la sala.

Moresby había dado instrucciones por teléfono de que no le diesen a entender a Pleydell que la policía estaba interesada en la muerte de su prometida a fin de que lo que tuviera que decirles fuese totalmente espontáneo. Así que Roger corrió a ocultarse en su rincón, donde comprobó con satisfacción que mirando por una ranura del biombo podía no solo oír, sino también ver lo que ocurría. Al cabo de un instante, entró Pleydell.

Al principio, Roger se preguntó si aquellas precauciones no habrían sido innecesarias, pues Pleydell parecía totalmente dueño de sí mismo.

—Buenas tardes, señor —dijo en respuesta al saludo de Moresby—, desconozco el procedimiento habitual, pero querría hablar con alguien de un asunto muy delicado.

—Lo sé, caballero —le tranquilizó Moresby—. Puede contármelo a mí.

Pleydell parecía poco convencido.

—Pensaba que tal vez el ayudante del comisionado...

—Esta tarde sir Paul está fuera de la ciudad, caballero —replicó no muy sinceramente Moresby—. De momento, estoy al mando. Puede contarme todo lo que desee. Tome usted asiento, por favor.

Pleydell dudó un momento, como si no se contentara con un mero inspector jefe, luego pareció resignarse a lo inevitable. Cuando se dio la vuelta para sentarse, Roger ya no estuvo tan seguro de su compostura, había unas arruguitas en las comisuras de los labios y en los ojos que parecían indicar tensión. Su dominio de sí mismo, no obstante, era notable. Ahora que Roger podía observarlo más de cerca que en la sala del tribunal se convenció de que por sus venas corría sangre judía. Pleydell era un judío de pura cepa, alto, apuesto y digno como lo son a veces los judíos puros. A Roger le gustó su aspecto nada más verlo.

—En fin, señor mío —continuó Moresby una vez se sentaron—, ¿qué es lo que quería usted decirme? —Hablaban en tono informal como si aquel visitante hubiera ido, que él supiera, a venderle un tresillo a plazos.

—Me llamo Pleydell —dijo el otro—. Supongo que eso no le dirá nada, pero estoy... estaba... —se corrigió haciendo un esfuerzo— prometido con lady Ursula

Graeme.

El rostro del inspector jefe dibujó un apropiado gesto de condolencia.

—¡Ah, sí! Un asunto muy triste, señor. No hace falta que le diga lo mucho que lo lamento.

—Gracias. —Pleydell se movió inquieto en la silla y luego desaparecieron su compostura y su dominio de sí mismo—. Oiga —le espetó bruscamente—, por eso he venido. No me lo creo.

—¿No se lo cree? —La voz del inspector jefe era un modelo de sorpresa educada—. ¿A qué se refiere?

—No me creo lo de la muerte de mi prometida. Estoy seguro de que lady Ursula era la última persona en el mundo capaz de matarse así sin motivo. Es... ¡grotesco! Quiero que lo investiguen.

El inspector jefe tamborileó en la mesa con los nudillos.

—¿Que lo investiguemos? —repitió. En casos así, el inspector jefe respondía siempre repitiendo en tono interrogativo las dos o tres últimas palabras que hubiera pronunciado su interlocutor. Era un buen método, pues le evitaba tener que quedarse sin decir nada o tener que aportar algo a la conversación. Además, es un modo excelente de tirar de la lengua a los demás.

—Sí. —Después de aquel estallido Pleydell se había quitado un peso de encima, y empezó a recobrar la calma—. Mi prometida tuvo que tener muy buenos motivos para hacer lo que hizo. Alguien debía haberla amenazado, o chantajeado, o... algo horrible. Quiero que la policía averigüe cuáles fueron esos motivos.

—Comprendo, caballero —dijo Moresby sin dejar de tamborilear en la mesa con aire ausente—. Pero eso no es exactamente asunto nuestro, ¿no cree?

—¿Cómo que no? —replicó Pleydell indignado—. Le estoy diciendo que alguien debió obligar a lady Ursula a quitarse la vida. La empujaron al suicidio. Seguro. ¿No equivale eso a un asesinato? Suponiendo que la chantajearan, por ejemplo. Está claro que es asunto suyo.

—Desde luego, señor, si lo plantea usted así. A lo que me refiero es a que el asunto es muy vago. Después de todo es solo su opinión. Si pudiera darnos alguna prueba que apoyara lo que dice... la cosa sería muy distinta.

Roger sonrió. Apreciaba el método del inspector jefe: estaba fingiendo tomarse a la ligera las sospechas de su visitante con la esperanza de arrancarle nuevas revelaciones sobre la muerte de su prometida que de otro modo podía haberse callado.

No obstante, daba la impresión de que las sutilezas de Moresby no iban a tener su recompensa.

—¿Alguna prueba? —dijo Pleydell con más calma—. Lo veo difícil. No creo tener ninguna. Lady Ursula nunca me dio a entender que nada fuese mal. Este terrible

asunto es un auténtico misterio. Lo único que sé es que jamás habría hecho algo así sin motivo, y no conocemos ninguno. Por tanto es necesario averiguarlo. Es usted quien tiene que buscar las pruebas, no yo.

Roger pensó que, hasta el momento, las sospechas de Pleydell se correspondían casi exactamente con sus propias reservas sobre Janet Manners. De no ser por la eficacia de aquella indirecta que le hizo a Moresby casi al azar y que barrió las telarañas de su cerebro, probablemente seguiría teniéndolas. ¿Y qué diría Pleydell cuando descubriera que no se trataba de un caso de suicidio por razones desconocidas sino sencillamente de un asesinato?

Lo observó con cuidado por la pequeña ranura. No había duda de que, debajo de ese aspecto frío e impasible, el fuego de la pasión podía arder tan intensamente como en cualquier sitio. Tal vez incluso más, pues los estallidos de emoción suelen ser más violentos en quienes controlan tanto sus sentimientos que en la gente normal. Y después de todo en este caso, por muy remoto que fuese su origen, no dejaba de tener sangre oriental. El ansia de venganza que le dominaría cuando supiera la verdad podía convertir a Pleydell en una ayuda para la investigación. Roger decidió que lo mejor sería contársela cuanto antes.

El inspector jefe estaba abordando el asunto sin prisas.

—¿Y cree que a la condesa le gustará que haya llamado usted a Scotland Yard? —estaba preguntándole—. Ahora que todo está arreglado, ¿no sería mejor dejar las cosas como están y no remover lo que podría acabar siendo un desagradable escándalo?

Pleydell se ruborizó.

—No es exactamente que les esté «llamando» —replicó—. Supongo que eso se hace si se tienen auténticos motivos. Tan solo he venido aquí después de mucho pensarlo para informarles de que, en mi opinión, aquí hay gato encerrado. Por supuesto, pueden ustedes sugerir que mi prometida estaba implicada en un «escándalo desagradable»; yo creo que fue víctima de una horrible conspiración que terminó empujándola a poner fin a su vida. En mi opinión, deberían ustedes investigarlo. Creo que no tenemos más que hablar. —Se puso en pie, cogió el sombrero y los guantes y se dirigió hacia la puerta—. Buenas tardes —añadió secamente.

Moresby se puso también en pie.

—Un minuto, caballero. Si no tiene usted prisa, quisiera pedirle que esperase usted un instante en el pasillo. Es posible que no le falte a usted razón y tal vez hagamos algunas comprobaciones. Me gustaría hablar con uno de mis colegas que quizá quiera hablar con usted. En casos así, tenemos que tener cuidado de no...

Su voz retumbó en el pasillo a medida que se alejaba.

Al cabo de un instante estaba de vuelta.

—Bueno, señor Sheringham. ¿Qué opinión le merece a usted?

—Que le pasa exactamente lo mismo que me ocurrió a mí con Unity Ransome. Sabe que hay algo que no encaja, pero no sabe qué. Deberíamos decírselo.

El inspector jefe hizo un gesto de duda.

—¿Que se trata de un asesinato?

—Sí. Podría sernos muy útil. Yo diría que es nuestra mejor herramienta para descubrir al asesino de lady Ursula.

—¡Hum! Aun así, si no le importa, creo que es mejor no decirle directamente lo que pensamos, señor Sheringham. Nunca lo hacemos a menos que veamos ventajas muy claras, y en este caso no acabo de verlas. No obstante, no tengo objeción en decirle que estamos investigando el caso.

—Muy bien. Y pregúntele también si puede arrojar alguna luz sobre la nota que escribió lady Ursula.

—Desde luego. Bueno, iré a buscarle.

Al volver, el inspector jefe presentó a Roger como «el señor Sheringham, que va a estudiar el caso conmigo».

Pleydell saltó de inmediato:

—¡Ah! —dijo—. De modo que van a estudiarlo.

El inspector jefe esbozó una sonrisa de disculpa en la que no había ninguna disculpa.

—Me temo que no he sido del todo franco con usted, señor. Espero que no se ofenda, aquí somos muy dados a los secretos. —Le guiñó un ojo con picardía a Roger—. Para serle sincero, estamos investigando discretamente el caso. Desde hace dos días, para ser más exactos.

—¡Ah! —Pleydell se acarició pensativo la barbilla—. ¿Así que mi visita no les ha cogido de sorpresa?

—Suponíamos que vendría usted —reconoció Moresby—. Hace un momento el señor Sheringham me decía que tenía la impresión de que le habían extrañado a usted las mismas cosas que a él.

Pleydell se volvió de pronto hacia Roger con una levísima sonrisa en los labios.

—Desde luego que me han extrañado, señor Sheringham, y mucho. Llevo media hora tratando de convencer al inspector jefe de que investigaran oficialmente el caso, sin éxito según creía.

—Bueno, bueno —dijo paternalmente el culpable—, sentémonos a hablarlo con calma. El señor Sheringham le explicará que el secretismo es uno de mis vicios. Pero ahora que he sacado la lengua a paseo, por así decirlo, no me cabe duda de que nos será usted de mucha ayuda.

Como metáfora aplicada a las circunstancias de la muerte de lady Ursula, Roger no pudo sino pensar que era muy poco afortunada. Roger y el inspector jefe se



sentaron a un lado de la mesa, y Pleydell, quitándose el abrigo, se sentó enfrente en una silla. Llevaba un traje de etiqueta que realzaba su figura alta y apuesta, muy diferente de la de casi todos los banqueros a quienes había visto Roger. Moresby empezó haciendo unas preguntas que el otro respondió lo mejor que pudo, y Roger aprovechó la ocasión, mientras volvían sobre lo mismo sin que pareciese que fuera a revelar nada nuevo, para estudiar una vez más al visitante.

El término «banquero» evoca una imagen levemente repulsiva. Es triste que los banqueros, en abstracto, evoquen algo repulsivo, pero así es. Aunque no hay duda de que deben de sobrellevarlo con paciencia. El banquero ideal es bajito, rollizo, con dedos rechonchos, ojos pequeños, calvo y de estómago prominente. Pleydell no tenía ninguna de las marcas de la tribu, considerado como espécimen de la humanidad era de aspecto agradable, con rasgos marcados y claros, ojos castaños tal vez un poco fríos, aunque solo si uno los miraba atentamente, y una abundante mata de pelo negro y crespo; para ser un banquero era un Apolo. Su edad estaría entre los veintiocho y los treinta y cinco años. Por supuesto, Roger había oído hablar de él antes de producirse la tragedia, igual que había oído hablar de lady Ursula Graeme. El padre de Pleydell pertenecía al rango financiero de los «banqueros del rey», lo que en estos días equivale a decir los «banqueros del partido», hacía años que se rumoreaba que su hijo, que contaba ya con varios éxitos en el campo de batalla de las finanzas, sería su digno sucesor. Padre e hijo destacaban también por otra razón: eran escrupulosamente honrados, no se involucraban en asuntos turbios y solo golpeaban si les atacaban sin motivo.

Al reparar en el perfil de la mandíbula del joven Pleydell, el brillo de sus ojos oscuros y las minúsculas arrugas de las comisuras de sus labios, Roger resumió su impresión en una frase: En cuanto este hombre sepa que murió asesinada, no descansará hasta oír pronunciar al juez una sentencia de muerte. Le recorrió un escalofrío nada desagradable. Aunque era seis años más joven, lo miró igual que miraba de adolescente al capitán de su equipo de fútbol. Pocas veces sufría Roger complejo de culpabilidad, pero en ese momento estuvo a punto de hacerlo.

Moresby, consciente de que hasta entonces no había conseguido sacarle nada útil, estaba preguntando a Pleydell por la nota que había dejado lady Ursula; con rodeos, porque no quería que se percatara de que sospechaban que fuese un asesinato. Roger comprendió que el inspector pensaba que podrían sacar más en claro si Pleydell continuaba ignorándolo. El asesinato, sobre todo cuando se trata de la prometida de uno, puede hacer que se pierda el sentido de la proporción.

—No —dijo Pleydell—. Coincido con usted en que la redacción es un poco extraña, pero no puedo serle de ayuda. Es su letra, desde luego, de lo contrario me habría atrevido a sugerir que no tiene nada que ver con el caso.

—¿Está usted seguro? —preguntó Moresby—. De que es su letra, quiero decir.

¿Totalmente seguro?

—Por supuesto —respondió sorprendido Pleydell—. ¿Cómo si no...? ¡Oh! ¿Quiere decir que tal vez no la dejara ella?

—Algo así. Mírelo de este modo. La redacción es tan extraña que casi parece que la escribiera en otra ocasión y la hubiese dejado allí por error, ¿no le parece? En fin, ¿se le ocurre algo que pueda sernos de ayuda en ese sentido? ¿La había visto antes o había oído hablar de ella?

Pleydell pareció quedarse perplejo.

—No, la verdad es que no. Pero ¿cómo iba a haberla visto? Quiero decir, si se la hubiese dejado a la señorita Macklane en otro momento.

—Pero no fue así. Lo he comprobado. Entonces, ¿está usted seguro de no poder ayudarnos con la nota?

—Sí. Aunque estoy de acuerdo en que la redacción es tan peculiar que podría referirse a una ocasión diferente.

El inspector jefe se quedó mirando fijamente al techo.

—Lady Ursula y usted estuvieron en Montecarlo el pasado mes de febrero, ¿no? —preguntó como de pasada.

—Así es —dijo Pleydell nuevamente sorprendido.

Roger aguzó el oído. Moresby no le había dicho nada y al principio no entendió a qué venía esa pregunta. Un momento después lo comprendió.

—¿Recuerda usted qué día llegaron?

Roger escuchó con atención. La *croquette* francesa había muerto el 9 de febrero.

Pleydell estaba consultando su agenda.

—Yo llegué el 14 de febrero. Pero lady Ursula llegó al menos quince días antes. —Pasó las páginas—. Sí, partió de Londres el 27 de enero.

—Quisiera saber si sería mucha molestia que me hiciese una lista de los amigos y conocidos de lady Ursula que estaban en Montecarlo o los alrededores cuando llegó usted.

—Por supuesto, cuente usted con ello —dijo Pleydell cada vez más confuso—. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Es necesario —le espetó sin más el inspector jefe.

A Pleydell no pareció ofenderle aquel desaire, aunque quedó claro que no tenía ni idea de a qué venía y éstos son los desaires más irritantes de todos.

—¿Cuando llegué? —preguntó—. ¿Los que llegaron después no? Dicho sea de paso, lady Ursula se quedó bastante más tiempo. Yo me fui el 3 de marzo y ella se quedó quince días más.

—Me basta con la segunda semana de febrero, señor Pleydell —dijo Moresby con aparente descuido—. Los que estaban allí cuando usted llegó o cualquiera que se marchara la semana anterior. Lo más completa posible. Con eso bastará.

Unos minutos más tarde informaron a Pleydell de que podía marcharse y de que la policía se haría cargo del caso. Si se le ocurría alguna cosa podía ponerse en contacto con el inspector jefe por teléfono.

—Bueno, no hemos sacado tanto en claro como esperábamos —dijo pesaroso Roger en cuanto se quedaron solos.

—Salvo lo de Montecarlo —observó Moresby—. En eso hemos tenido suerte, señor Sheringham. En esa época llevaban muy poco tiempo prometidos y debió de fijarse en los amigos de lady Ursula, ni nosotros mismos habríamos estado tan atentos. Fíjese en lo que le digo, no olvidará a uno solo de los hombres con quien lady Ursula habló en esos quince días.

—¡Ah!, hablando de listas, olvidé decirle una cosa —dijo muy animado Roger y pasó a hablarle de la lista de amigos que tenía Janet en Dorsetshire que le había proporcionado Anne.

—¡Ah! —exclamó elocuentemente Moresby.

—En otras palabras —señaló Roger—, ¿si tenemos la suerte de que algún nombre figure en las dos listas tendremos a nuestro hombre!

—Sabremos quién es —le corrigió el inspector jefe y no dijo más...

(9)

## Notas y pesquisas

De vuelta en el Albany, y mientras se preparaba una copa antes de dormir, Roger estuvo muy pensativo. Este caso era tan peculiar que corría el peligro de sentirse un poco perdido. En los demás casos que había investigado siempre se había enfrentado a diversos motivos y posibles criminales y tan solo había tenido que ir reduciendo las posibilidades hasta que las pruebas apuntaran sin dejar lugar a dudas a uno de los sospechosos.

Este caso era todo lo contrario. No solo no había ningún motivo razonable, excepto el del crimen sexual cometido por un depravado, sino que la valiosa pista que proporciona siempre el móvil, y que en nueve de cada diez casos es lo que atrae la atención de la policía sobre el culpable, sencillamente no existía. Además, en lugar de un grupo de sospechosos no había nada. Nadie era sospechoso y todo el mundo lo era. El lienzo que tenía que considerar Roger era tan vasto que podía considerarse infinito. El mundo entero era sospechoso.

Se metió en la cama y trató de dormir, pero el cerebro le zumbaba y no paraba de darle vueltas a las infinitas posibilidades del caso. El optimismo con que se había despedido de Moresby había desaparecido: a altas horas de la madrugada no hay sitio para el optimismo. Apenas treinta minutos después de meterse en la cama ya había decidido que no había la más remota posibilidad de que el mismo nombre apareciera en las listas de Anne Manners y Pleydell. Esas coincidencias solo ocurrían en las novelas, en la vida real las cosas nunca eran así. No, debía abandonar esa leve esperanza y buscar otra perspectiva desde la que abordar aquel misterio.

Lo más irritante era que de todos los enigmas que había investigado, era precisamente aquél, el más desconcertante de todos, el que más ansiaba resolver; pues si no contribuía con algo verdaderamente valioso a la sociedad que había conseguido establecer, estaba seguro de que ni Moresby ni las autoridades de Scotland Yard volverían a dejarle intervenir en un caso verdaderamente interesante. Y lo que más anhelaba Roger era intervenir en casos verdaderamente interesantes.

Dio vueltas y más vueltas. Sería absurdo pretender resolver el caso él solo, y más con Moresby investigándolo también con todos los recursos de Scotland Yard, pero sí quería proporcionar las líneas maestras de las pesquisas. Estaba claro que Moresby iba a concentrar sus esfuerzos en la nota de lady Ursula; y si por un azar lograba averiguar quién la había escrito, el caso estaría prácticamente resuelto. Pero ¿cómo iba a hacerlo? ¿Valía la pena que Roger se concentrara también en la nota? No. Scotland Yard no tenía rival a la hora de seguir una pista concreta y un aficionado que intentara competir con ellos no haría más que perder el tiempo.

No, dejaría eso para Moresby y si, en contra de toda probabilidad, lograba tener

éxito, que se llevase él todo el mérito; mientras tanto Roger investigaría de un modo muy diferente: recopilaría todos los datos infinitesimales que Moresby tendía a pasar por alto e intentaría deducir algo de ellos. ¡Y si era él quien daba en el blanco no solo sería él quien se llevase el mérito, sino que se aseguraría de que las autoridades de Scotland Yard tomasen buena nota! Después de lo de Ludmouth, Roger no tendría la tentación de quedarse modestamente en segundo plano tras dar con una solución brillante al estilo de los detectives de novela y dejar que un torpe policía se colgase todas las medallas.

Pasó dos horas y media estudiando dichos datos infinitesimales y no pudo deducir nada. Luego se levantó, se tomó tres aspirinas con un whisky con soda y volvió a la cama. Esta vez se quedó dormido.

Al pasar por Scotland Yard a las once de la mañana siguiente (sintió una especie de emoción infantil al saludar con un movimiento de cabeza al guardia de la puerta y ver que lo dejaban pasar sin más al despacho de Moresby) encontró al inspector jefe sentado a su mesa muy concentrado. Enfrente tenía la nota. Roger sonrió para sus adentros. Era como si el prosaico Moresby estuviese invocando su esencia y pidiéndole que se alzara y proclamase su secreto.

—Buenos días, señor Sheringham —dijo con un gesto abstraído—. Échele un vistazo a esta carta, ¿quiere? ¿Nota algo extraño?

—Aparte de lo que dijo de que parece un poco rasgada y manoseada, no.

—¿Y qué me dice del papel en que la han escrito?

—No sé nada de papeles —sonrió Roger sentándose en el borde de la mesa—. Ésa es su especialidad. No pretenderá darme un trozo de papel y que reconstruya su historia desde el momento en que era una camiseta de Celanese o cualquier otra cosa con la que fabriquen esa clase de papel.

El rostro más bien impasible del inspector jefe se iluminó de manera triunfal.

—¿Así que un trozo de papel? Fíjese, señor Sheringham, eso es justo lo que no es.

—¡Ah! —respondió educadamente Roger. Estaba claro que Moresby concedía la mayor importancia a que aquel trozo de papel no fuese un trozo de papel, pero Roger no acertaba a entender por qué—. Le creo —dijo—. Ahora explíqueme por qué.

—De vez en cuando los pobres policías de Scotland Yard también sabemos deducir alguna que otra cosa —respondió con una sonrisa desagradable—, aunque no escribamos inteligentes artículos sobre psicología criminal para los periódicos. Vuelva a observar ese trozo de papel, señor Sheringham. Sopéselo. No es un trozo de papel normal, sino un papel muy caro.

—¡Ah! —dijo Roger.

—Sí, y lo han recortado —prosiguió Moresby—. Y quien lo recortó tenía sus motivos. ¿Me explico?

—Sí. Han recortado la dirección. Muy inteligente por su parte. Casi seguro que se trataba de un membrete y usted...

—Y también recortaron otra cosa —le interrumpió el inspector jefe, que no disimulaba lo mucho que estaba disfrutando con su propia perspicacia; ya hemos dicho en algún otro sitio que incluso los inspectores jefe son humanos. Hizo una meditada pausa.

—Ya le he dicho que le creo —le insistió Roger con humildad.

—Me sorprende usted, señor Sheringham —se burló el inspector jefe—. Pensaba que las deducciones inteligentes eran su especialidad. ¿Sigue sin comprenderlo? ¡Bueno, bueno! Piense lo que haría usted si estuviese escribiendo una nota a un amigo con mucha precipitación, en su propio apartamento, como demuestra la nota. ¿No escribiría usted...?

—¡El nombre de mi amigo subrayado en lo alto! —exclamó Roger—. Pues claro. Moresby, es usted un genio.

—Bueno, por fin ha caído en la cuenta —dijo el inspector jefe en tono decepcionado—. No negaré que es inteligente por su parte haber reparado en ello —añadió con elegancia—, aunque haya tardado un poco. Mire la parte de arriba, justo ahí...

Roger examinó la parte del papel que señalaba el grueso pulgar de Moresby. Se distinguía claramente el extremo de una línea trazada a lápiz. Asintió.

—Y han recortado cuidadosamente el papel con un cuchillo —observó contemplando el borde.

El inspector jefe se arrellanó en su silla.

—Eso mismo opino yo, señor Sheringham. Si estudia las arrugas del papel, verá que el pliegue del centro no lo divide exactamente en dos. Mire, faltan casi tres centímetros. En fin, es raro, no...

—No es natural —le interrumpió Roger.

—No. Es casi instintivo doblar un trozo de papel con la mayor exactitud posible. Por tanto el papel debieron de doblarlo antes de recortar la parte de arriba. Por tanto podemos deducir el tamaño exacto del trozo que falta y también el tamaño exacto de la hoja original.

—Comprendo —dijo Roger.

Moresby apretó un botón que había sobre su mesa.

—En esto es en lo que Scotland Yard les lleva ventaja a los aficionados —dijo, y le entregó la hoja de papel.

Cuando llegó un ordenanza en respuesta al timbre, Moresby le envió en busca del sargento Burrows.

—Buenos días, Burrows —saludó con la cabeza a un hombre de expresión particularmente despierta que entró un minuto después en su despacho—. Éste es el

señor Sheringham, que trabajará con nosotros por un tiempo. Tengo un encargo para usted, Burrows. Quiero que averigüe todo lo que pueda sobre el papel en que se ha escrito esta nota. Mírelo bien. Le he apuntado aquí la descripción y la marca al agua, así como el tamaño de la hoja original; como verá, ésta la han recortado. Dígame quién lo fabrica, en qué papelerías de Londres se vende, sobre todo en el West End, y averigüe también el nombre de los clientes que lo compran y si se hacen imprimir un membrete. Se lo he apuntado todo aquí. Le va a costar un tiempo, así que ponga a cinco hombres a trabajar en ello. Quiero la lista completa lo antes posible.

—Muy bien, señor —dijo el sargento Burrows y se marchó a toda prisa.

—Sí —admitió Roger—. En esto Scotland Yard nos lleva clara ventaja.

El inspector jefe sacó su pipa y Roger le ofreció su petaca. Estaba impresionado. Moresby iba a investigar esa nota hasta las últimas consecuencias, y Roger no pudo evitar la sensación de que conduciría a descubrimientos en los que él no tendría ni arte ni parte.

—A propósito —dijo, pensando que ya iba siendo hora de que sus propias averiguaciones adquiriesen más relevancia—, aquí tiene la lista de nombres de la que le hablé y que me dio la señorita Manners. —Sacó la lista del bolsillo y se la alcanzó—. Es una copia para usted. Yo tengo el original.

El inspector jefe echó un vistazo a los treinta y tantos nombres de la lista mientras llenaba la pipa.

—¡Caramba! —observó—. Parece haber frecuentado mucho la buena sociedad cuando estaba en casa. Lord no sé qué, sir no sé cuántos y el honorable no sé quién.

—Era de buena familia y supongo que deben de conocer a todos los grandes personajes del condado —respondió Roger con despreocupación—. Hay muchas casas solariegas en la vecindad y los niños debían de jugar juntos.

—Qué raro que ninguno de esos peces gordos hiciera nada por ayudarla cuando vino a Londres en busca de empleo.

—No creo que ella se lo pidiera. Lo más probable es que ni siquiera lo supiesen. Puede que los Manners sean pobres, pero, si no me equivoco, también son muy orgullosos.

—Aunque no tanto como para rechazar un empleo de corista en los escenarios —objetó Moresby aplicando una cerilla al tabaco de Roger.

—¿Y qué es eso hoy en día? —replicó Roger ligeramente irritado—. No sea tan Victoriano, Moresby.

Sin embargo, pensó que lamentaría mucho que Anne siguiera los pasos de su hermana pequeña.

—¡Uf! —gruñó Moresby, y siguió estudiando la lista en silencio.

Roger dio pataditas contra la pata de la mesa. Tenía la sensación de que debería salir a hacer algo, pero no se le ocurría qué. Moresby parecía haber hecho todo lo que

podía hacerse. Esa condenada nota. ¿Terminaría segándole la hierba debajo de los pies y serviría para resolver el misterio? Roger tenía la desagradable premonición de que sí. Exasperado, la cogió de la mesa y volvió a examinarla.

—Sí, han cortado el borde cuidadosamente con un cuchillo —anunció—. Eso indica premeditación, ¿no cree?

El inspector jefe levantó la mirada de la lista.

—¿Premeditación? —repitió—. Sí, claro... Ya se lo dije anoche.

—Cierto. Aunque no acabó usted de convencerme. En fin, no hay duda de que esto refuerza lo de la premeditación, pero sigo pensando que el lugar escogido no fue premeditado aunque el crimen si lo fuera. Diría que quien asesinó a lady Ursula hacía días que tenía la intención de hacerlo y llevaba la nota consigo con la intención de utilizarla cuando surgiera la ocasión. La elección del estudio fue puramente fortuita.

—Es muy probable —coincidió Moresby—. A mí tampoco me convencía mucho lo del estudio. Tan solo lo propuse como una posibilidad que no debíamos pasar por alto. Bueno, eso puede sernos de ayuda. ¿Quiere usted decir que podemos buscar a alguien que tuviese buenos motivos para asesinar a lady Ursula?

—No. —Roger golpeó la mesa con enfado—. Es lo malo de este caso: ¡identificar el motivo no nos sirve de nada! Ya tenemos el motivo de la muerte de lady Ursula. Lo tiene ahí delante: es esa nota. En el momento en que lady Ursula la escribió firmó su propia sentencia de muerte, como dicen las novelas.

—¡Ah! —dijo interesado el inspector jefe—. Sí, no lo había considerado de ese modo. Muy ingenioso, señor Sheringham.

—Pero también muy evidente —repuso Roger complacido—. Ese maníaco está buscando nuevas víctimas constantemente. Una chica cuya muerte no pueda disfrazar de suicidio no le sirve de nada. Le gusta matar, pero no correr riesgos, si es que puede evitarlos. ¡Y hay que reconocer que se le da de maravilla! Por supuesto, el suicidio es el mejor camuflaje para sus métodos. En fin, cuando esa nota de lady Ursula cayó en sus manos debió de venirle que ni pintada ¿no cree? Ya tenía a su próxima víctima. Le bastaba con esperar su oportunidad y llevar siempre consigo la nota para no desperdiciarla. Elemental, mi querido Moresby.

—Pero seguimos donde estábamos, señor Holmes. Aunque tiene usted razón respecto a los motivos del caso, señor Sheringham; significa que solo tendremos pruebas circunstanciales sobre sus movimientos y esa clase de cosas para basar el caso. Lo cierto es que por muy seguros que lleguemos a estar un día de quién es el culpable lo único que podremos demostrar es que tuvo la oportunidad de cometer el crimen. ¿Y de qué nos serviría eso?

—De muy poco —confesó Roger.

Se miraron desazonados.

—Siempre, claro está —añadió el inspector jefe—, que no tengamos un poco más



de suerte la próxima vez.

—¿La próxima vez? —repitió Roger.

—Sí —dijo con frialdad el inspector—. La próxima vez que asesine a una chica.

—¡Ah! —exclamó Roger.

El timbre del teléfono interrumpió tan negras reflexiones.

—¿Sí? —respondió Moresby—. Sí, le habla el inspector jefe Moresby... ¡Ah, sí! Buenos días, señor... ¿Ya la tiene...? Si no le importa. Sí, cuando usted quiera..., muy bien, señor. —Colgó el auricular—. Pleydell —dijo—. Va a venir a traer la lista.

—¡Ah! Bueno, ojalá tengamos suerte. No me gusta estar aquí sin hacer nada sabiendo que ese salvaje puede estar ahora mismo planeando asesinar a otra chica.

—Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? —señaló juiciosamente Moresby—, si ni siquiera sabemos quién es...

—¡Bah! —dijo Roger. No hay nada tan irritante como la razón cuando no coincide con nuestros deseos—. ¿Podemos suponer que intentará asesinar a otra joven?

—No me cabe la menor duda —respondió alegremente el inspector jefe—. Es casi seguro, siempre lo hacen. Sobre todo llegado a este punto. Le excita la idea de matar, aún no ha tenido tiempo de tranquilizarse. Siempre asesinan al menos a una docena —añadió el inspector con aire judicial— antes de hartarse.

—¡Demonios! —respondió con violencia Roger—. Pero, oiga, no puede dejar a ese maníaco suelto sin advertir a la gente. Al menos debe usted advertir a esas pobres chicas.

—¿Y ponerle sobre aviso también a él? No, no me parece buena idea. Así nunca lo atraparemos y es demasiado peligroso para dejarlo en libertad. Aunque el precio es que tenga que morir otra chica antes de atraparlo, su muerte podría evitar una docena de asesinatos. Tenemos que detenerle cuanto antes y, ahora que estoy convencido de que nos enfrentamos a un maníaco homicida voy a acelerar todo lo que pueda mis pesquisas.

Roger no estaba tan seguro. Pensaba que debía emitirse algún tipo de advertencia, aunque fuese solo para las chicas desprotegidas, las chicas que vivían solas, las prostitutas y demás, y defendió su opinión con convencimiento. El inspector jefe se mostró inflexible y afirmó que su larga experiencia demostraba que no sirve de nada advertir a las prostitutas, pues casi nunca hacían el menor caso. En mitad de la discusión anunciaron a Pleydell.

Les saludó con su habitual cortesía solemne y sosegada que parecía un poco anticuada en un hombre tan joven y sacó la lista que les había llevado. Sin mirarla siquiera, Moresby la dejó sobre su escritorio y se puso a conversar con Pleydell y a preguntarle lo que pensaba hacer ese día en caso de que necesitara ponerse en contacto con él. Pleydell se lo explicó brevemente y prometió llamar a Scotland Yard

si cambiaba de planes. Pareció sorprenderle la pregunta, pero respondió casi en el acto. Roger al verlo reparó en que todavía no había comprendido la verdad sobre la muerte de su prometida.

Apenas se quedó cinco minutos y nada más cerrarse la puerta a sus espaldas, los dos se pusieron a cotejar ansiosamente las dos listas.

—¡Ah! —dijo Roger un instante después.

—¡Caramba! —exclamó Moresby al momento.

—¡Mil demonios! —gritó Roger al cabo de un segundo.

No había un único nombre repetido en las dos listas, sino tres.

## (10)

### Almuerzo para dos

Después de todo —estaba diciendo Roger unos minutos después—, no es tanta coincidencia como nos pareció a primera vista. La mitad de los que aparecen en la lista de Dorsetshire son de los que van a Montecarlo en temporada. Si se para uno a pensarlo, lo raro habría sido que no hubiera coincidido ningún nombre.

—En cualquier caso no me esperaba que coincidieran tres —dijo Moresby.

—Más extraño es que yo conozca a dos de los tres. Quienes frecuentan Ascot, Goodwood, Hurlingham y Montecarlo son un grupo reducido, y cuando uno se relaciona con ellos no suele tardar en volver a encontrárselos. Tampoco es que los haya tratado mucho, pero he visto a algunos en diversas ocasiones y da la casualidad de que Beverley es uno de ellos. Claro que no lo conozco muy bien. La verdad es que me parece un tipo insoportable.

—¡Ah! —dijo interesado el inspector jefe—. ¿Y cómo es eso, señor Sheringham?

—¡Oh, no es por nada! Solo que es un poco afectado. Es muy alto, muy delgado, muy apuesto, con el pelo muy rubio y los ojos muy azules y también insufriblemente engreído. Escribe poesía. No es que yo tenga prejuicios contra la poesía, Moresby, ni siquiera contra los poetas (también hice mis pinitos antes de descubrir que la naturaleza no me había llamado por ese camino), lo que ocurre es que él afirma que escribe poesías y yo no lo llamaría así.

—¿Cómo lo llamaría usted, señor Sheringham?

—Majaderías. Y, por si eso fuera poco, el tipo lleva barba, cosa que ningún poeta moderno que se precie debería hacer. En fin, Moresby, no quiero ocultarle que es un hombre inaguantable, aunque mucho me temo que también sea totalmente inofensivo. Lo único que diría a su favor es que no mataría a una mosca ni para salvar su vida. No, ojalá fuese nuestro hombre, pero es imposible. Es hijo de lord Beverley, por supuesto.

—¡Hum! —exclamó el inspector jefe Moresby—. ¿Y ese otro al que usted conoce, el tal Gerald Newsome?

—¿Jerry Newsome? Éramos muy buenos amigos. Fuimos juntos al colegio y después a Oxford. Sí, ahora recuerdo que era de Dorsetshire. Jerry está descartado. Es un tipo encantador y totalmente sin fisuras. Recuerdo que ganó varios torneos de tenis. Golpeaba la pelota con muy mala intención.

—¡Ah! —dijo Moresby con gesto inexpresivo—. ¿Un tipo fuerte?

—Muy nervudo, sí; no particularmente grande, pero...

¡Ah, ya comprendo! No, Moresby, no creo que tenga que preocuparse por Jerry, está todavía más descartado que Beverley.

—Pues solo nos queda George Dunning —dijo el inspector jefe consultando las

listas.

—Entonces tendrá que ser él —replicó Roger muy convencido—. Concentraremos nuestros esfuerzos en George Dunning.

—¡Hum! —dijo el inspector cogiendo el *Quién es quién*.

De los tres sospechosos solo Beverley figuraba en el *Quién es quién*, pero, aparte del hecho de que el poeta había estudiado en Eton y en Christ Church, Oxford, y había publicado dos volúmenes de versos y uno de obras de teatro, dicho omnisciente volumen no les informó de mucho más. En cuanto a Newsome, últimamente Roger había perdido el contacto con él, aunque le sonaba que a la muerte de su padre se había retirado a cuidar sus fincas en Dorsetshire. Un volante enviado por Moresby a algún destino desconocido les procuró la información al cabo de muy poco tiempo de que así era y que el lugar en cuestión estaba a unos quince kilómetros de Little Monckton. El mismo volante también les informó de que George Dunning era soltero, de unos treinta años, con unas rentas muy elevadas y ocupaba un apartamento en una de las calles más caras de Piccadilly; era miembro de varios clubes y había estudiado en Rugby y en Cambridge y había jugado al rugby en el equipo de la universidad, aunque no había ganado ningún trofeo.

—Vaya —dijo Roger, estudiando atentamente el informe—, es miembro del club de Oxford y Cambridge. Me pregunto si va mucho por allí. Tal vez tengamos algún amigo común.

—Intente averiguar lo que pueda —aprobó Moresby—. Pero tenga cuidado de no delatarse —añadió no sin cierta preocupación—. No debe saber que vamos tras él. —Roger miró con aire digno a su colega—. Y no trate de sonsacarle hasta que yo se lo diga —añadió el inspector jefe sin dejarse amedrentar por su mirada—. No quiero que se asuste. Recuerde que aún no hemos completado nuestras comprobaciones. Todavía tienen que llegar los resultados de las pesquisas sobre el papel en que se escribió la nota y lo más probable es que eliminen a dos de los sospechosos.

—Y nos quede solo George Dunning... —repuso Roger—. Muy bien, Moresby, trataré de contenerme y no decirle todo a las primeras de cambio, no sabe cuánto le agradezco su confianza.

El inspector jefe Moresby le miró con aire paternal.

Roger se marchó poco después y, dominado por la impaciencia de seguirle la pista al señor Dunning, fue a almorzar al club de Oxford y Cambridge. Mientras andaba a grandes zancadas no le quedó ninguna duda de haber identificado al asesino; ahora solo faltaba demostrarlo. Y Roger se alegró de no verse entorpecido por las restricciones habituales de los detectives profesionales. Con tal fin urdió uno o dos pequeños planes que sin duda no habrían contado con aprobación oficial.

Por el portero supo que el señor Dunning no se encontraba en el club en ese momento. Sonsacándole más se enteró de que el señor Dunning no iba mucho por

allí, a lo sumo dos o tres veces al mes. Fue un poco decepcionante. No obstante, Roger no cambió de planes, pues hacía más de un año que no almorzaba en el club de Oxford y Cambridge, y no tardó en estar sentado solo en el comedor. Escogió un bistec con patatas fritas y una pinta de cerveza y miró a su alrededor con gesto amistoso. No había ni un alma.

No obstante, Roger no iba a comer solo ese día. Justo diez minutos más tarde, cuando le estaban sirviendo el bistec, una voz le saludó en tono dubitativo desde detrás de su hombro izquierdo. Al volverse, vio a Pleydell de pie junto a su silla y se puso en pie de un salto.

—Me ha salvado usted —dijo apresuradamente, aprovechando la oportunidad antes de que se le escapara—. Estaba muerto de miedo de tener que comer solo y en silencio, cosa que aborrezco. Si no ha quedado con nadie, venga a comer conmigo, ¿le apetece?

—Me encantaría —replicó cortésmente Pleydell, y se sentó en la silla que había enfrente.

—Es usted Roger Sheringham, el novelista, ¿verdad? —prosiguió cuando se sentaron—. Ya decía yo que su cara me resultaba familiar cuando le vi ayer en Scotland Yard.

—Yo también tenía la vaga idea de haberle visto a usted antes —asintió Roger—. Ahora lo recuerdo: había sido aquí, claro, aunque no le conocía. ¿No echamos una partida de bridge hará ahora dos años? Recuerdo que estaba Frank Merriman.

—Cierto —reconoció Pleydell con una sonrisa—. Es extraordinario cómo uno se relaciona con gente por un tiempo sin llegar a saber siquiera sus nombres y luego no vuelve a verlos en varios años, ¿no le parece?

Intercambiaron algunos recuerdos convencionales y Roger supo que su invitado había estudiado en Cambridge pero había abandonado los estudios por culpa de la guerra. Agotados los recuerdos, la conversación empezó a divagar aunque la imaginación de ambos bullía de cosas que estaban deseando decirse. Roger sabía que el otro debía de estar preguntándose cómo averiguar educadamente qué demonios hacía alguien como Roger Sheringham implicado en la investigación policial de las circunstancias de la trágica muerte de su prometida; y el propio Roger estaba preguntándose qué demonios le diría cuando inevitablemente tratara de sonsacarle.

Pleydell abordó la cuestión dando un rodeo.

—Ese inspector jefe al que conocí en Scotland Yard —observó casi con desgana cuando la conversación empezó a avanzar a trompicones, se estancó, trató desesperadamente de seguir adelante y se atascó por fin— se llama Moresby, ¿no? ¿Le parece a usted un tipo sensato?

—¡Oh, sí! —dijo Roger con similar desenfado—. Muy sensato, diría yo.

—No pareció muy sorprendido cuando fui a verle ayer por la tarde.

—No —respondió ambigüamente Roger—. Ya imaginábamos que lo haría.

Está usted relacionado con Scotland Yard —dijo Pleydell afirmando más que preguntando—. Debe de ser muy interesante.

—Lo es —asintió Roger aceptando lo que eso implicaba, ya que no tenía otro remedio.

Pleydell lo miró a la cara.

—Es usted un hombre con sentido común. ¿Qué opina de la muerte de mi prometida?

En esta ocasión, Roger rechazó sus avances.

—Nos pareció lo bastante extraña para requerir una pequeña investigación —replicó tratando de recuperar el tono impersonal.

—Desde luego que lo es —murmuró Pleydell—. ¿Cree que puede haber un hombre detrás de todo? —insistió—. Es lo que parece por la lista que me pidió Moresby.

—Siempre es una posibilidad, ¿no le parece? —se escabulló Roger.

—¿Por qué no es usted franco conmigo, Sheringham? —dijo Pleydell en tono un poco conmovido—. ¿Acaso no ve que para mí es una tortura insoportable? Si no se aclara pronto este asunto creo que me volveré loco.

A Roger le pilló desprevenido. Lo último que esperaba del circunspecto e impasible Pleydell era una apelación a sus emociones. Comprendió lo que debía estar sufriendo aquel hombre para exponerle así sus sentimientos más íntimos a un completo desconocido, y pensó que tal vez ninguna otra persona del mundo hubiese visto el fuego que se ocultaba tras aquella apariencia tan fría, a excepción, claro está, de lady Ursula.

—¿No creerá que habría ido a Scotland Yard a hablarle de ella a un maldito policía —prosiguió Pleydell desmigajando el pan en su plato con dedos temblorosos — si no estuviese al límite de mi aguante? Por el amor de Dios, dígame lo que opinan y lo que piensan hacer al respecto.

Roger se alarmó. Aún se convenció más de que, en cuanto Pleydell supiera la verdad, su venganza sería terrible. Cuando se saca de sus casillas a una persona tan circunspecta, puede volverse muy peligrosa. En su propio interés deberían contenerle.

Y, no obstante, si se enteraba por sí mismo de la verdad (como sin duda acabaría ocurriendo tarde o temprano), ¿no sería tanto más peligroso precisamente por estar fuera de control? ¿No sería mejor insinuarle lo ocurrido y asegurarse de que no intentara hacer nada por su cuenta? Si lograba que le diera su palabra, Roger se inclinaba a pensar que la cumpliría. Y en cualquier caso Moresby tendría que decírselo al día siguiente para proseguir con el interrogatorio. Adelantarse veinticuatro horas no supondría una gran diferencia y daría al pobre tipo un poco de consuelo: saber lo peor siempre es mejor que temerlo.

Roger tenía que tomar una decisión y lo hizo.

—Antes de nada, ¿qué opina usted, Pleydell? —preguntó sin ponerse a la defensiva como hasta entonces.

Pleydell lo miró y la expresión que leyó en su interlocutor le indicó que no era momento de andarse con evasivas.

—¿Yo? No sé si decírselo. Le parecería descabellado.

—Pongámoslo de otro modo —dijo bruscamente Roger, convencido de que las sospechas del otro se acercaban más a la verdad de lo que había supuesto hasta entonces—. ¿Cree usted que lady Ursula se quitó la vida?

Pleydell no se inmutó. Fue como si se temiera la insinuación que le había hecho Roger y no le hubiese cogido de sorpresa.

—Así que la asesinaron, ¿eh?

Roger se sintió aliviado. Contaba con que el hombre se lo tomara con entereza, pero estaba claro que no le había extrañado su pregunta. Después de todo Pleydell no era ningún idiota. Era una posibilidad que debía habersele ocurrido.

—No estamos seguros —dijo con una voz que no dejaba mucho lugar a la esperanza.

Pleydell asintió. Ahora que las sospechas se habían convertido en certeza, hizo un esfuerzo por dominarse y habló casi con desapego. Roger volvió a maravillarse de tanto comedimiento.

—Sí —dijo—, me lo temí en cuanto reparé en ello. Por eso fui a Scotland Yard. Pero luego no me atreví a plantearlo con tanta claridad. Parecía descabellado. Ya sabe..., pensar que habían asesinado a Ursula... Era tan incongruente que rozaba el absurdo —suspiró—. Aunque supongo que el asesinato siempre lo parece cuando se trata de alguien de tu propio círculo. ¿Tienen alguna pista?

—Muy pocas —dijo apesadumbrado Roger—. Antes o después le echaremos el guante, se lo prometo; aunque no será tarea fácil. A propósito, Pleydell... —Se interrumpió cohibido.

Pleydell alzó la vista.

—¿Sí?

—Oiga —dijo Roger un poco cortado—, no debe usted olvidar que se trata de un loco...

—¿Un loco?

—Sí. Un maníaco sexual. Me refiero a que no es un caso de asesinato normal, en el que uno puede sentir rencor contra el asesino. No sé si la ley considerará a ese hombre responsable de sus actos, pero lo dudo mucho.

—¿Eso cree? —respondió Pleydell en tono seco y sombrío—. En cualquier caso es imprescindible atraparlo.

—Sí, sí, desde luego. Pero...

—Y no hace falta que le diga —le interrumpió Pleydell, como si no se diera cuenta de que Roger le estaba hablando— que si necesitan ustedes dinero no tienen más que decírmelo. Soy un hombre rico y daría casi todo lo que tengo por ver a ese animal en el patíbulo.

—¡Oh, sí! —murmuró cada vez más incómodo Roger—. Desde luego.

—Y, si puedo ayudarles de cualquier otro modo...

—Sí —exclamó bruscamente Roger—. Hay un modo en el que puede usted ayudarnos. Scotland Yard está investigando el caso y no hay en el mundo entero una maquinaria mejor dedicada a la caza del hombre. Quiero que lo tenga presente. En otras palabras, quiero que me prometa que no intentará nada por su cuenta. No conseguiría nada y lo más probable es que echara usted a perder nuestra investigación. —Era notable cómo Roger, ahora que gozaba de una posición oficial, parecía haber aceptado como propias las ideas oficiales sobre los aficionados entusiastas y sus buenas intenciones. No obstante, Pleydell parecía muy poco inclinado a comprometerse—. Le he contado mucho más de lo que debería —insistió Roger— y quiero que corresponda usted dándome su palabra. Le aseguro que es importante.

Pleydell pareció considerarlo.

—De acuerdo —dijo despacio—. Le daré mi palabra con una condición, y es que me tenga usted informado de todo lo que descubran. De lo contrario, me consideraré en mi derecho de contratar a detectives privados para complementar sus esfuerzos.

—¡Oh, no lo haga! —exclamó Roger, horrorizado por la idea—. Sí, le mantendré informado (de forma extraoficial, claro, y siempre que usted prometa guardar el secreto), pero, por el amor de Dios, no nos eche encima a un montón de detectives privados. Aparte de Scotland Yard solo usted sabe que estamos investigando estos casos. Nuestra mejor baza es coger a ese tipo desprevenido.

—Muy bien —respondió escuetamente Pleydell—. Trato hecho. Dígame con exactitud lo que saben del caso.

Mientras lo hacía, Roger tuvo la sensación de haber convertido una situación delicada en otra muy útil. No había duda de que, si sabía manejar y lograba contener a Pleydell, podría serles de gran ayuda en la investigación.

Después de resumirle al otro lo que habían averiguado y las esperanzas que albergaban, procedió a hacer lo que había pensado cuando invitó a Pleydell a compartir su mesa.

—En fin —concluyó—, ya ve usted que todo depende de esos tres hombres que aparecen en las dos listas. Es decir, de uno de ellos, porque, en mi opinión, tanto Newsome como Beverley están descartados. A propósito, supongo que conocerá usted muy bien a casi todos los hombres de la lista que nos dio, ¿no?

—A la mayoría, sí, más o menos... Ahora entiendo para qué la quería el inspector



jefe, tengo que admitir que me dejó muy desconcertado; es una lástima no haber estado en Montecarlo cuando murió esa chica. Ese tipo debió de marcharse antes de que yo llegara.

—Es posible, desde luego. Aunque no me parece muy probable. Solo son cinco días. Por supuesto, siempre es posible que se asustara y se fuese corriendo, pero sería fácil averiguar quién se marchó en esos cinco días. Personalmente, soy de la opinión de que se quedó.

Pleydell se puso solemne.

—Todo esto me coge de sorpresa, Sheringham. No se me había ocurrido que esa bestia pudiera ser uno de nuestros amigos.

—Pues parece que así es. Recuerde que, quitando su perversión, lo más probable es que ese tipo parezca de lo más cuerdo. Sin duda Jack el Destripador debía de parecer a sus amigos un ciudadano modélico.

—Es horrible —murmuró Pleydell.

—Bueno —prosiguió Roger—, hay varias personas en su lista cuya carrera me gustaría repasar con usted. ¿Le importaría hacerlo?

—Desde luego que no, siempre que los conozca. Ojalá pudiera encomendarme alguna tarea más difícil. Le aseguro, Sheringham, que estoy deseando echarle el guante a ese tipo.

—De acuerdo —dijo Roger sin prestar atención a los guantes de su compañero—. Me gustaría empezar por George Dunning. ¿Lo conoce?

—¿A George? ¡Oh, sí! ¿Pero no pensará usted que...?

—¿Por qué?

Pleydell miró su reloj.

—Ya lo verá. En cuanto acabemos de comer le llevaré a sus habitaciones con algún pretexto y le dejaré con él. No sospechará nada. Pero se lo advierto, Sheringham —añadió con una leve sonrisa—, si de verdad sospecha de Dunning se equivoca usted de medio a medio. Por mucho que se esfuerce, George es incapaz de tener ninguna perversión.

—¡Ah! —respondió Roger un tanto decepcionado.

## (11)

### Una conversación y un asesinato

Circunstancias que, aplicadas a nosotros mismos, admiten una única interpretación posible, adquieren otra muy diferente cuando se aplican a otras personas. Al descubrir el nombre de Gerald Newsome en la lista de sospechosos Roger no había dudado en afirmar y en dar crédito a su propia afirmación de que no podía ser culpable porque él sabía que no podía serlo, y había contado con que los demás lo considerasen un argumento de peso. Sin embargo, cuando Pleydell afirmó con idéntica certeza que George Dunning no podía ser culpable y que le parecía sencillamente imposible, Roger lo tomó de inmediato por un mero prejuicio personal. No obstante, es preciso admitir que cuando una hora después vio al caballero en cuestión Roger sintió una oleada de desánimo. En lugar de la criatura potencialmente siniestra y secretamente viciosa que su imaginación le había hecho imaginar, se encontró cara a cara con una montaña de transparente ingenuidad y benevolencia inocente. Si las apariencias sirven de algo en este mundo, George Dunning podía ser un asesino a sangre fría tanto como el propio Roger. Menos aún, pues mientras Roger era capaz de ponerse en el lugar del asesino y entender vagamente el horrible placer que experimentaba su retorcido cerebro, era evidente que George Dunning era incapaz de ponerse en el lugar de nadie que no fuese él y tal vez ni siquiera ahí.

Solo una cosa le extrañó un poco y fue la evidente falta de desenvoltura que pareció demostrar Dunning en presencia de Pleydell. Pero también eso se aclaró cuando Pleydell expuso el pretexto que lo había llevado allí, una cena de solteros que debía cancelar a causa del luto, y se marchó de pronto sin pedirle a Roger que lo acompañara.

Dunning se volvió hacia su inesperado invitado con el aire de un sorprendido pero bienintencionado carnero al ver a su nuevo pastor. Estaba claro que, aunque su intención era ser hospitalario, no tenía ni idea de qué hacer con la carga que le había impuesto Pleydell.

Su rostro se despejó.

—¿Qué tal una copa, eh? —dijo con alivio.

—Está bien, gracias —aceptó Roger. Una copa le proporcionaría la excusa para quedarse al menos veinte minutos.

—Un gran tipo, el bueno de Pleydell —observó George Dunning mientras preparaba con habilidad las bebidas—. ¿Le conoce usted bien?

—Sí, bastante bien —respondió Roger de espaldas a la lumbre. Contempló la comodísima habitación, en la que se exhibían cañas de pescar, un remo y otros trofeos. Como casi todas las habitaciones de soltero parecía típica de su dueño. Las habitaciones de las mujeres, como su figura, rara vez son tan particulares.

—Un desdichado asunto lo de la pobre Ursula, ¿eh? —observó Dunning sirviendo la soda—. Usted dirá basta... Uno se siente torpe con Pleydell. No sabe qué decirle a un tipo cuya prometida acaba de ahorcarse. Es muy incómodo.

—Mucho —asintió Roger—. Basta.

Dunning se le acercó con un vaso medio lleno.

—Bueno, chin-chin —dijo el sospechoso.

—Buena suerte —dijo el hombre de Scotland Yard.

Se instalaron en unas sillas delante de la chimenea.

—Jugaba usted al rugby, ¿no? —dijo Roger en tono conversacional—. Conocerá a J. B. Fotherington...

—¿El jugador? —respondió Dunning casi con entusiasmo—. Pues sí. Lo conozco bastante bien. Caramba, si fue él quien me enseñó a jugar al rugby.

—¿Ah, sí? Lo traté mucho en Oxford. Teníamos habitaciones en la misma escalera.

Una vez establecida la confianza, Roger hizo que aumentara gracias a una juiciosa conversación sobre deportes, durante la cual dejó que el señor Dunning dedujera que había ganado un trofeo jugando al golf contra Cambridge.

—Y ahora escribe usted libros, ¿eh? —prosiguió el señor Dunning en el curso de su torpe interrogatorio—. Pleydell dijo que era usted el Sheringham que escribe novelas, ¿no? —Roger admitió modestamente que así era—. Y muy buenas —añadió educadamente Dunning—. He leído una o dos. Muy interesantes. Oiga, termínese esa copa y tomemos otra.

Roger sospechó que había sido el trofeo más que su arte lo que había motivado aquella invitación, pero aceptó sin dudarlo.

—Sí —dijo en tono pensativo cuando Dunning volvió con las bebidas—. He estado comiendo con Pleydell. Parece muy afectado.

—Bueno, es natural —señaló con razón Dunning.

—Conocía usted muy bien a lady Ursula, ¿no? —preguntó inocentemente Roger.

—Así, así... No tanto. No era exactamente mi tipo.

—No —dijo Roger. Sin que nadie se lo dijera, supo que el tipo de Dunning sería bajita, rolliza, de ojos azules y muy pegajosa; se estremeció: no era su propio tipo—. Una mujer muy moderna, ¿no?

—¡Oh, sí!, un poco tarambana. Muy buena persona, desde luego, pero un poco..., en fin, alocada. No es que fuese ruidosa, pero sí... alocada.

—Comprendo —dijo solemne Roger—. Alocada. De las que llaman «querido» a todo el mundo tanto si los conocen desde hace diez minutos como diez años.

—Eso es, exactamente.

—Se notaba —observó Roger mirando su vaso— en la nota que dejó.

—Cierto. Era típica de ella. No me extraña que la dejase. A mamá le daría un

ataque, ¿eh? Muy bueno.

—Pero ¿también le parece típico de ella lo que hizo?

—¿Qué? ¿Ahorcarse? No, que me cuelguen si lo es. Al principio, no me lo creía. Si quiere saber mi opinión, es lo último que haría Ursula.

—Eso me había parecido —dijo Roger.

Guardaron silencio unos minutos.

De pronto Roger dio un respingo.

—¡Dios mío! Acabo de recordar que tenía que escribir una nota. Tengo que ir a mi club y enviarla y redactarla cuanto antes.

—Tonterías —dijo el hospitalario señor Dunning—. No es necesario. ¿Por qué no la escribe aquí?

—Es usted muy amable —murmuró Roger—. Gracias. Me hace usted un gran favor.

Momentos después estaba sentado al escritorio de su anfitrión, delante de una hoja de papel tan distinta como se temía del papel gris azulado utilizado por lady Ursula. Impresa en la parte superior estaba la dirección del señor Dunning. Era imposible que se tratase de un lote nuevo encargado a toda prisa.

Roger garabateó algo en el papel, lo metió en un sobre y se lo guardó en el bolsillo.

—Si quiere, puedo pedir que vayan a echarlo al correo por usted —sugirió Dunning al ver levantarse a Roger.

—¡Oh, no, gracias! —replicó con displicencia Roger—. Es solo un recordatorio y me pillará de paso. Puedo echarlo yo al volver.

Volvió a ocupar su asiento. Estaba pensando para sus adentros: «No hay ninguna posibilidad, pero probaré una última baza. ¿Cómo iniciar una conversación sobre semejante asunto con un tipo tan simple?».

—¿Sabe, Dunning?, últimamente he estado leyendo a Freud —observó con cierta brusquedad—. Es muy interesante. ¿Lo ha leído usted?

—Dios mío, no —replicó aquel caballero muy azorado.

Poco después, Roger se despidió convencido de que cada vez que su nombre se mencionara en presencia del señor Dunning, éste respondería con la misma fórmula: «¿Ese tipo? ¡Ah, sí, no parece mala persona! Ganó un trofeo de golf contra Cambridge. Pero es un poco aburrido. Se pasa el tiempo hablando de sexo y esas cosas. Hoy en día ya está un poco pasado de moda, ¿no le parece?».

Pero si de algo estaba seguro en este mundo era de que podían borrar al señor Dunning de la lista de sospechosos.

Eso dejaba al honorable Arnold Beverley y a Gerald Newsome. Y ninguno de los dos podía haber hecho algo así.

Cogió un taxi y volvió a Scotland Yard para informar de su falta de progresos.

Moresby había salido y, tras dejar aviso de que lo llamaran cuando volviera, Roger regresó desconsolado a sus habitaciones para meditar a sus anchas las otras posibilidades que ofrecía aquel caso tan irritante.

Una hora después, seguía sin salir del atolladero. George Dunning no podía haber sido, y Jerry Newsome tampoco, por lo que, si había sido uno de los tres, debía ser Arnold Beverley. Y Arnold Beverley no podía ser. La única conclusión parecía ser que ninguno de los tres era culpable y debían empezar desde el principio. Cuando el inspector jefe Moresby pasó a verle de camino a Scotland Yard encontró a su colega a punto de pedir la prisión preventiva para todas las personas de ambas listas.

—¿Y no habrá sido una mujer? —preguntó desesperanzado, tras contarle los resultados de aquel día—. No habíamos considerado esa posibilidad...

—Vamos, señor Sheringham —lo consoló el inspector jefe—, no se enfade por no haber dado enseguida con la solución. No me extrañaría que no obtuviéramos resultados hasta dentro de un mes. En estas cosas hay que ir poco a poco, señor Sheringham.

—¡Y un cuerno poco a poco! —replicó bruscamente su colaborador.

Sin inmutarse, Moresby le puso al corriente de sus actividades desde el momento en que se despidieron. Había puesto a varios hombres a investigar los movimientos de los tres sospechosos en las fechas en cuestión y había investigado personalmente la nota de papel. Habían identificado a los fabricantes y Moresby había ido a verlos y les había pedido una lista de las papelerías minoristas y al por mayor a las que se lo habían suministrado. Seguía convencido de que conseguirían buenos resultados de esa investigación.

—Es la única pista que tenemos que merezca ese nombre, señor Sheringham —señaló—. Debemos seguirla hasta el final.

—Sin duda —apuntó pensativo Roger— la lista de Montecarlo es la verdaderamente importante. El tipo tuvo que estar en Montecarlo y, suponiendo que conociera a lady Ursula (lo cual parece lo más probable), debería figurar en esa lista. Pero no tiene por qué aparecer en la otra. No hay razón por la que la señorita Manners tuviese que conocer los nombres de todos los amigos de su hermana, por muy íntima que fuese su relación.

—Sí, y lo que es más, aunque no figurase en la lista del señor Pleydell, sí estará en la de los residentes ingleses de Montecarlo y sus alrededores el 9 de febrero que nos están preparando las autoridades francesas. Con eso deberíamos tener suficiente para cotejar los resultados de la nota.

—¿Supone usted que es inglés? —preguntó Roger.

El inspector jefe se echó a reír.

—¡Oh, no me venga ahora con ésas, señor Sheringham! Bastante grande es Inglaterra como para tener que buscar en todo el mundo.

—Tenemos que buscarlo en todo el mundo —replicó lúgubre el señor Sheringham—. No olvide que los alemanes son más proclives a este tipo de asesinato que ninguna otra nación, con la posible salvedad de Estados Unidos.

El inspector jefe prometió tenerlo presente.

Siguieron discutiendo, pero no parecieron sacar nada en limpio de la conversación.

—En fin —dijo Moresby poniéndose en pie—. Más vale que vuelva a Scotland Yard. Puede que haya llegado ya algún informe, aunque es un poco pronto. ¿Quiere usted acompañarme por si acaso, señor Sheringham?

Roger miró su reloj.

—Son las cuatro menos diez. Sí, le acompañaré, supongo que los contribuyentes británicos pueden permitirse invitarme a un té en su despacho. No hay nada como... Disculpe un minuto, tengo que atender al teléfono. —Cruzó la habitación hasta donde estaba dicho aparato—. Es para usted, Moresby —dijo alcanzándole el auricular—, de Scotland Yard. Espero que hayan averiguado algo.

Moresby se puso al teléfono.

—¿Sí? Sí, al habla el inspector jefe Moresby. ¡Oh, sí, señor! Dios mío, señor, ¿de verdad? —Sacó un bloc y un lápiz y empezó a tomar notas—. Sí. Sí. ¿El número seis de Pelham Mansions en Gray's Inn Road? Sí. El inspector Tucker, sí. Muy bien, señor. Será mejor enviar al doctor Pilkington, ¿no cree? El superintendente Green se encargará de lo demás. Muy bien, estaré allí en veinte minutos. ¡Ah!, no le importará que lleve también al señor Sheringham, ¿verdad? Lo digo porque ha estado ayudándome con los demás casos. Sí, exactamente. Muy bien, señor. En veinte minutos. —Colgó el auricular.

Roger, que a duras penas se había contenido, le asaeteó a preguntas.

—Sí, señor Sheringham, es un mal asunto. Han asesinado a otra chica exactamente del mismo modo en uno de esos bloques de pisos de Gray's Inn Road. Vayamos ahora mismo.

Por absurdo que fuera, Roger abrió la puerta sintiéndose personalmente responsable de la muerte de esta última víctima.

El inspector jefe, no obstante, se las arregló para conservar su compostura profesional.

—¿Sabe, señor Sheringham? No es fácil dar con estos asesinos múltiples —dijo como si tal cosa mientras se ponían los abrigos—. Es una vivencia interesante. Me alegro de estar al frente de la investigación.

(12)

## Scotland Yard en acción

Para quien, como Roger, no haya visto nunca en acción la maquinaria de caza de criminales de este país, el espectáculo de Scotland Yard acudiendo al escenario de un crimen es extraordinario e impresionante. A menudo se ha dicho que la investigación del asesinato se ha reducido a pura ciencia, pero tal vez sería más revelador añadir que se ha convertido en un negocio, con sus tarjetas, sus jefes de departamento, sus expertos en diversas ramas y su bien engrasada eficiencia; la forma en que está organizado se parece más a la de una empresa comercial que a la eficacia más rígida y menos imaginativa del ejército o cualquier otro departamento administrativo gubernamental. Si el asesino pudiera vislumbrar las actividades que se llevan a cabo en el lugar que acaba de abandonar, desaparecerían de inmediato todas las esperanzas que pudiera tener de escapar bien librado y vería con desánimo los metódicos y hábiles esfuerzos encaminados a garantizar su captura.

Cuando llegaron Roger y Moresby dichas actividades empezaban a ponerse en marcha. Desde el momento en que una nerviosa muchacha había salido corriendo a Gray's Inn Road, había cogido del brazo al primer policía con quien se encontró y balbucido que la amiga con quien compartía el piso se había ahorcado en el salón aprovechando que ella había salido a almorzar, la maquinaria se había puesto en movimiento. El policía había informado de inmediato al oficial al mando antes de acompañar a la chica a su piso, y él se había puesto en contacto con la comisaría; el sargento de guardia se había comunicado inmediatamente con Scotland Yard antes de subir a un coche e ir en persona al edificio. Scotland Yard se lo había notificado al inspector jefe encargado de las otras investigaciones, por suerte lo habían encontrado en el primer número al que llamaron, y había enviado a los expertos necesarios; un oficial superior o dos, incluyendo tal vez el ayudante del comisionado, acudieron pocos minutos después. Llamaron al forense y pusieron a varios policías a vigilar la entrada del piso.

El policía que llegó primero había descolgado cuidadosamente el cadáver de la puerta, no sin antes tomar la precaución de hacerse una imagen mental de su posición y apariencia exactas, y lo había dejado sobre un diván que había en un rincón del cuarto, por lo demás no había tocado nada. Todo el mundo estaba muy nervioso. Las comisarías estaban informadas de las conclusiones preliminares a las que había llegado el cuartel general en los demás casos y se había emitido aviso de que cualquier muerte similar debía considerarse *prima facie* un asesinato, independientemente de que el fallecido hubiese dejado o no una carta de despedida. Así que se produjo un gran revuelo por si este caso proporcionaba por fin una pista definitiva.

Al entrar en el saloncito detrás de Moresby, Roger tuvo la sensación de que entre tanto desorden no quedaría ni una sola pista. Tardó treinta segundos en darse cuenta de que era exactamente al revés: era cierto que el cuarto estaba abarrotado de gente, pero no había ningún desorden, cada cual tenía asignada una labor y la desempeñaba silenciosa y metódicamente sin molestar a nadie. Roger, sintiéndose muy poco importante en mitad de aquel bullicio científico, se apartó discretamente a un rincón, desde donde podría observar lo que ocurría sin entorpecer la investigación.

Moresby había ido a ver al inspector de la división y los dos estaban inclinados sobre el cadáver que yacía en el diván; un fotógrafo estaba instalando la cámara junto a ellos; un experto en huellas dactilares examinaba las superficies de la habitación; un oficial, evidentemente habituado a hacer ese trabajo, tomaba notas para dibujar un plano; habían enviado a un policía al dormitorio contiguo para que procurase ofrecer algún consuelo a la amiga de la fallecida.

Cuanto más miraba Roger, más insignificante se sentía. Viendo aquello no era difícil entender el desdén con que consideraba Scotland Yard a los detectives aficionados.

Roger dedujo por la conversación que las circunstancias de la muerte eran casi exactamente iguales a las de las demás, con la excepción de lady Ursula. El gancho atornillado en la parte superior de la puerta, la silla volcada en el suelo, la media de seda y la pierna desnuda, el modo en que la habían dispuesto en torno al cuello de la víctima, todo igual. Las únicas diferencias, por lo que pudo oír, eran que la chica solo llevaba puesta la ropa interior y que la acostumbrada nota de despedida no estaba escrita a mano sino que eran uno o dos versos recortados de un libro y enganchados a la ropa con un broche. En el respaldo de un sillón había extendida una manta de seda de color malva.

La solitaria vigilancia de Roger no duró mucho. Apenas había tenido tiempo de comprender lo que ocurría a su alrededor cuando Moresby le pidió que acudiera junto al diván, donde le presentó al inspector de la división, un tipo de aspecto marcial con el bigote muy bien cuidado.

—Échele usted un vistazo, señor Sheringham —dijo el inspector jefe—, y vea si puede sacar algo en claro, porque a mí no se me ocurre nada.

Roger había presenciado muchas muertes violentas en Francia durante la guerra, pero ver a hombres muertos no es lo mismo que ver a chicas muertas, y menos si han fallecido estranguladas lentamente. A pesar de sus esfuerzos se estremeció al posar la mirada en su rostro distorsionado. Puede que hubiera sido muy hermosa cuando estaba con vida, pero desde luego muerta no lo era. Tenía las manos apretadas contra los costados.

Era una joven menuda de poco más de un metro y medio de altura y de complexión frágil, y llevaba puesta solo la ropa interior y una media de color claro; la



otra seguía anudada en torno a su cuello.

—¿Quién era? —preguntó Roger en voz baja.

Le respondió el inspector de la división.

—Una tal Dorothy Fielder —dijo en tono tajante—. Al parecer era actriz. Interpretaba un papel secundario en esa obra que representan en el teatro *The Princess*, *La mujer de su marido*. La otra chica, Zelma Deeping, también trabaja allí, de suplente, creo.

—Comprendo —dijo Roger.

Se inclinó sobre el cadáver y leyó las palabras del pedacito de papel que llevaba clavado en el pecho:

*Una infortunada más  
cansada ya de respirar,  
temeraria e impaciente,  
se fue a la muerte.*

—Hood —añadió—. *El puente de los suspiros*. Bueno, sin duda es más conocido que *La reina Mab*, pero no veo que vaya a sernos de mucha ayuda.

—Ya ve las ventajas de contar con la ayuda de un literato, Tucker —le dijo Moresby en tono jovial al inspector de la división, que se limitó a sonreír con educación—. Así que es de un poeta llamado Hood, ¿eh, señor Sheringham? Quisiera saber si tendrán un volumen de sus obras por aquí. Mire en esa estantería, Tucker. Y, por supuesto, tenga cuidado si lo encuentra.

Tucker asintió con un gesto y fue al otro lado de la habitación.

El fotógrafo se les acercó.

—El médico llegará de un momento a otro, inspector. ¿Quiere que tome ahora las fotografías?

—Sí, Bland, puede usted hacerlas. Necesito lo mismo de siempre y también un par de primeros planos de la cara y el cuello. No la toque hasta que haya terminado el forense, claro. Y no se marche, tal vez necesitemos alguna más si encontramos moratones en el cuerpo.

Roger ya había reparado en que aunque los dos inspectores se habían inclinado sobre el cadáver y lo habían examinado de cerca, ambos habían tenido la precaución de no tocarlo.

—Es detestable, ¿no cree? —murmuró Roger mientras el fotógrafo, que ya había enfocado la cámara, tomaba las fotografías.

—Sí, señor Sheringham. Pero seguimos sin poder demostrar que sea un asesinato. Todavía podría tratarse de un suicidio...

—Podría, pero no lo es —le interrumpió Roger cuyos nervios empezaban a sufrir los efectos de la tensión.

—En fin, Tucker me ha dicho que es posible que venga el superintendente Green (el superintendente de este distrito: uno de los cuatro peces gordos de los que hablan siempre los periodistas). Y no me sorprendería que viniera también el ayudante del comisionado (fue él quien me llamó por teléfono). Si se trata de asesinatos, y no digo que no esté usted en lo cierto, en Scotland Yard tendremos que ponernos manos a la obra. No conoce usted a sir Paul Graham, ¿verdad?

—¿El ayudante del comisionado? No. Es nuevo, ¿no? A quien conocí fue a sir Charles Merriman, a raíz de aquel asunto de Wychford, hace dieciocho meses. ¿Qué tal es?

—Le caerá a usted bien, señor Sheringham. Es un caballero muy amable. Aunque acaba de llegar al puesto. Vaya, ahí está el forense. Me temo que tendrá usted que disculparme, señor Sheringham. Buenas tardes, doctor Pilkington. Un feo asunto, por lo que parece.

Roger se volvió y vio al inspector Tucker que llegaba con un libro en la mano.

—¿Es éste, señor?

Roger echó un vistazo al título y asintió.

—Sí, éste es. Veamos si ha recortado el pasaje de este ejemplar.

—Un minuto, señor, si no le importa. —Tucker hizo un gesto al experto en huellas dactilares y le alcanzó el ejemplar—. Échele un vistazo a esto, ¿quiere, Andrews?

Andrews cogió el libro y lo examinó con cuidado. Espolvoreó un poco de polvillo gris que sacó de un receptáculo parecido a un bote de pimienta, y observó el resultado, luego movió tristemente la cabeza y se lo devolvió.

—Nada, me temo. Ni tampoco en ningún otro sitio, solo las de las dos chicas. ¿Por qué, es que creen que pudo manipularlo?

—Espere medio minuto y se lo diré. ¿Podría usted indicarnos dónde está el poema, señor Sheringham?

Roger hojeó el índice y buscó la página. Habían recortado limpiamente los versos. Señaló el espacio en blanco sin decir nada.

Andrews asintió e hizo una triste mueca.

—En fin, al menos sabemos que usó guantes. Y esas deben de ser las tijeras con las que lo recortó. —Señaló unas tijeras de uñas que había en una mesita—. Ya las he examinado y no hay ninguna huella. No, me temo que no tengo mucho más que hacer aquí.

—Parece dar usted por supuesto que fue otra persona —observó Roger—. Pensaba que en Scotland Yard todavía no habían tomado una decisión al respecto.

Andrews lo miró con una sonrisa divertida y Tucker hizo lo propio. Roger tuvo la

sensación de haberse puesto en ridículo, pero no supo por qué. Andrews procedió a aclarárselo.

—No hay una sola huella en el libro, señor —le dijo amablemente—. Si lo hubiese recortado la chica, sin duda habría dejado huellas, igual que cualquier otra persona. Pero alguien debió recortarlo, ¿no? Por tanto, quienquiera que fuese debió de usar guantes —le habló como si fuese un niño pequeño que empezara a vérselas con el abecedario.

—¡Oh, sí! —asintió Roger—. Claro, así se explica... ¿no?

—Desde luego, señor —dijo tristemente el inspector de la división y fue a informar a Moresby, que estaba hablando con el forense acerca del cadáver.

Un minuto después, se abrió la puerta y entraron otros tres hombres. Roger reconoció a dos de ellos: el detective superintendente Green, a quien había visto en una ocasión, y sir Paul Graham; el otro, según le explicó Andrews, era un inspector especialista en casos de estrangulamiento. Roger comprendió que, por mucho que tratasen de disimularlo, en Scotland Yard estaban muy preocupados por aquel maníaco desconocido y sus siniestras andanzas.

Escuchó la conversación que se produjo después.

—¿Ha descubierto usted algo, Moresby? —preguntó lacónico el superintendente, después de echar un breve vistazo al cadáver.

Moresby negó con la cabeza.

—Acabo de llegar. Tucker me ha dicho que ha hecho algunas comprobaciones antes de venir yo, pero no ha podido sacar nada en limpio.

—Veamos si encuentro algo —respondió el superintendente, un hombre muy grande que empezaba a mostrar indicios de corpulencia. Sin más preámbulos se puso a cuatro patas—. Veo que todavía no le han abierto las manos —resolló.

—Estábamos esperando al forense —explicó Moresby—. Ha venido hace un momento.

Roger observó el corpachón del superintendente con interés. Mientras sir Paul iba a ver al forense y a Moresby junto al diván, empezó a arrastrarse con sorprendente agilidad por la alfombra sometiendo cada centímetro cuadrado a una inspección minuciosa; y cuando terminó con la alfombra examinó las tablas del suelo con idéntico cuidado, metiendo la nariz debajo de las sillas y las mesas, pero sin mover un solo mueble. Al cabo de siete u ocho minutos, se puso en pie y le hizo un gesto a Moresby con la cabeza.

—Nada —suspiró.

Entretanto el forense había completado su primer examen, flexionándole los brazos al cadáver, moviéndole la cabeza entre las manos y tomando buena nota del estado de la piel del cuello y la condición de los rasgos. Luego procedió a abrirle los dedos. Moresby y el ayudante del comisionado se inclinaron ansiosos hacia delante,

pero volvieron a echarse atrás entre gestos de profunda decepción. Las delicadas manos estaban vacías.

—No veo que haya el menor indicio de lucha —musitó el médico examinando las uñas de la fallecida—. Miren..., nada en absoluto.

—¡Demonios! —murmuró Moresby. Como Roger sabía, las pruebas más valiosas cuando ha habido pelea suelen estar en las manos—. En fin —añadió el inspector jefe—, necesito saber si el cadáver tiene algún moratón.

—¿Ahora? —preguntó el forense—. Por supuesto, más tarde lo examinaré con atención.

—Creo que prefiero saberlo cuanto antes, doctor. Es muy importante comprobar si hay algún indicio de lucha en el cadáver.

—Muy bien —dijo el médico—. La desnudaré. Pero, a juzgar por las manos, no creo que los haya.

El superintendente Green que, tras arrastrarse por el suelo, había ido con los demás junto al diván (Roger seguía un poco apartado, sin saber muy bien qué hacer), se dio la vuelta.

—Muy bien, Bland —le dijo al fotógrafo—, puede usted esperar en el vestíbulo, y usted también, Andrews. —Dio instrucciones similares al oficial que estaba dibujando el plano y a los demás subordinados, que se fueron inmediatamente—. No hay por qué celebrar una reunión de la escuela dominical mientras el médico la está examinando, ¿no cree? —le dijo con un gruñido al ayudante del comisionado. Era la primera vez que demostraba tener sentimientos.

El forense procedió a examinar el cadáver con manos expertas.

—Antes de nada le tomaré la temperatura —dijo.

Se hizo un profundo silencio que duró casi medio minuto.

—No hay indicios de moratones en la parte delantera, ¿verdad, doctor? —dijo Moresby.

El forense, que estaba agachado sobre el cadáver, alzó la mirada.

—Por ahora no he visto ninguno, pero tendré que examinarla más de cerca. Aquí tampoco parece haber ninguno. No hubo forcejeo. Aunque, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Haciendo un esfuerzo por superar sus reticencias, Roger se acercó. Los cuatro observaron dos marcas transversales no demasiado claras en la parte posterior del muslo de la chica, a un tercio de su altura. Eran heridas muy leves, sin descolorar, y debían de medir unos diez o doce centímetros.

—Es curioso —observó el médico—. ¿Qué opina usted, superintendente? Deben de ser recientes. Se las hicieron poco antes de su fallecimiento, o estarían descoloridas. Demasiado tarde para que le salieran moratones y demasiado pronto para una equimosis *post mortem*.

El superintendente Green parecía perplejo. Es casi como si la hubieran golpeado

en las piernas, ¿no le parece? Con un bastón muy fino o algo parecido.

El forense frunció el ceño.

—¡Oh, no! Es imposible que esa sea la causa. Tiene que haber sido una presión continua y aplicada un largo rato; de lo contrario ya habrían desaparecido. Si se fijan, verán que apenas tienen un centímetro de ancho. Yo diría que pasó al menos media hora sentada en una silla que tenía un borde de metal que sobresalía unos dos centímetros por la parte delantera.

—¿Y por qué demonios iba a hacer algo así? —preguntó perplejo Moresby.

—A mí no me lo pregunte —replicó el forense—. La causa de la muerte no puede ser más evidente: estrangulación por ahorcamiento. En fin, echémosle un vistazo al termómetro. —Lo sacó, lo examinó y se limitó a soltar un ¡ajá!

—¿Y la parte delantera, doctor? —insistió Moresby, que parecía estar deseando aclarar ese aspecto.

El médico le dio la vuelta al cadáver e inspeccionó la piel con atención.

—¡Ni una sola marca! —anunció por fin—. Si usted quiere, le haré la autopsia, sir Paul, aunque no creo que averigüemos nada.

—Será lo mejor —murmuró el ayudante del comisionado—. Así que no ha visto usted indicios de lucha...

—Ni uno solo. Es imposible que forcejeara. No tiene moraduras en las muñecas, ni en los tobillos. Diría que lleva muerta unas tres horas. Tres y media como mucho. ¿Qué hora es? Yo diría que murió entre la una y veinte y la una treinta y cinco; estoy casi seguro de que a la una seguía con vida y de que a las dos menos cuarto había muerto. Todavía no se nota el *rigor mortis*. Bueno, poco más puedo hacer. Supongo que después enviarán ustedes el cadáver al depósito.

—¿Ha terminado, doctor? —dijo el superintendente—. ¿Le importaría volver a darle la vuelta? Quiero que fotografíen esas marcas de las piernas.

El doctor asintió y le dio la vuelta, luego la cubrió con la vaporosa prenda antes de marcharse.

Roger estaba mirando fijamente aquella forma inmóvil. ¡La una!, estaba pensando. ¡A la una!, cuando aún estaba viva, yo estaba pidiendo el filete de Pleydell; a la una y media, mientras ella moría, pedí otra media pinta de cerveza; a las dos, cuando ya estaba muerta, pedí la cuenta. Le parecía horrible que él y Pleydell hubiesen estado almorzando mientras alguien asesinaba a aquella desdichada. Pero la gente come y muere...

Roger se dijo, sin demasiada convicción, que era un idiota sentimental.

## (13)

### Un caso complicadísimo

Cuando se marchó el médico el grupo que había en torno al diván se dispersó. Volvieron a llamar al fotógrafo y, mientras Moresby y el inspector Tucker conferenciaban en voz baja allí cerca, el superintendente Green le ordenó:

—¿Ve usted esas marcas? —preguntó volviendo a exponer la parte trasera de los muslos de la difunta, pero sin desvestir del todo al cadáver—. Quiero la mejor fotografía que pueda conseguir. Mueva el diván si la luz le molesta, pero vuelva a dejarlo donde estaba. Luego puede ir a revelar las placas; no hay ninguna otra marca en el cadáver. —Volvió con Moresby y Tucker—. Como ha dicho el médico, no creo que tengan importancia —observó—, pero es mejor sacar fotografías, por si acaso.

—Si es que lo consigue —asintió Moresby—. No es fácil de fotografiar.

Siguieron hablando.

Roger cruzó la habitación y examinó la puerta. Había reparado en que no había arañazos en la parte de abajo hechos por unos tacones altos cuando la víctima se debatía desesperadamente, igual que había ocurrido en el caso de Janet Manners; ahora comprobó que tampoco los había en la parte superior, lo cual corroboraba la afirmación del forense de que no sacarían nada en claro de las uñas de la chica. Al menos era evidente que la pobre Dorothy Fielder había muerto tranquila y no podía decirse lo mismo de Janet y (por lo que había oído) de Elsie Benham.

Enfrente de la puerta, volcada con el respaldo hacia la entrada, estaba la silla. Roger la observó de cerca, pero no vio que pudiera deducir nada de ella. Era una silla estilo *prie-dieu* de asiento bajo y respaldo alto con una moldura en la parte superior; de hecho el asiento era tan bajo que a Roger le sorprendió que pudiera haber servido a aquel propósito. Su superficie apenas se alzaba treinta centímetros del suelo y a menos que la chica hubiera estado de puntillas, la media habría cedido lo suficiente para que pudiera apoyar los pies en el suelo. Luego se dijo que, después de todo, la silla era solo parte del decorado de un suicidio y no tenía mayor importancia. Pero aun así era curioso que el asesino, tan meticoloso en todo lo demás, hubiese escogido la silla que peor se ajustaba a sus intenciones.

Dio media vuelta y vio al ayudante del comisionado que acudía a su encuentro.

—Es usted Sheringham, ¿no? —dijo amablemente sir Paul tendiéndole la mano—. Disculpe que no le haya saludado antes, pero he estado muy ocupado. Mi predecesor me habló de su brillante labor en Wychford. Bueno, ¿qué opina usted de todo esto?

—Que no sé qué hago aquí —replicó enseguida Roger—. No me he sentido tan insignificante en toda mi vida.

—¡Oh!, no crea, todos somos dientes insignificantes del mismo engranaje —se

rio el otro. Echó un vistazo a la sala y sus ojos volvieron a ponerse serios al posarse sobre la chica muerta—. Un asunto terrible, ¿verdad? Suponiendo que se trate de un asesinato, claro. Es el primer caso de importancia al que me enfrento desde mi nombramiento, por supuesto, y no me gusta lo más mínimo. Si no conseguimos atrapar a ese tipo, se va a organizar un buen revuelo cuando los periódicos se enteren. ¿Recuerda lo que dijeron de nosotros cuando lo de Jack el Destripador?

—Sí, pero no fue culpa de Scotland Yard. No tenían ni por dónde empezar.

—Ni ahora tampoco —respondió tristemente sir Paul—. Todavía no hemos dado con una sola pista. Ese hombre debe ser un genio criminal. No hay ni una mísera huella dactilar.

—Es un demonio —murmuró Roger.

—Desde luego —coincidió el ayudante del comisionado—, desde luego...

Observaron a los demás en silencio. La habitación empezaba a vaciarse. El fotógrafo se había ido y el inspector de la división fue a dar instrucciones a sus hombres de que montaran guardia en el piso hasta el levantamiento del cadáver. El especialista en huellas dactilares había vuelto y seguía pululando por el cuarto, pero su rostro había perdido la expresión esperanzada. Moresby y el superintendente seguían conferenciando en un rincón.

—Y yo almorzando en mi club mientras esto sucedía —murmuró Roger—. ¡Demonios! Y nada menos que con Pleydell; el prometido de lady Ursula, ya sabe...

—Sí, lo conozco de vista. No creo que tarde en olerse algo raro.

—Ya se lo ha olido.

—No podremos impedir mucho más tiempo que los periódicos se enteren —suspiró el ayudante del comisionado.

Volvieron a guardar silencio.

—Y esta vez no hay el menor indicio de lucha —musitó Roger—. Es raro.

—Ya ve que no los hay en la habitación y, por lo que ha podido ver el forense, tampoco en el cadáver. Va a hacerle la autopsia, pero no creo que descubra nada nuevo. La causa de la muerte es evidente incluso para un profano.

—Y no hay moraduras en las muñecas...

—Al parecer no, y tampoco en los tobillos.

Roger se quedó pensando un momento.

—Lady Ursula tenía las muñecas levemente amoratadas, ¿verdad? Sí, ahora lo recuerdo. Y los tobillos también, ¿no?

—Sí, muy poco. Es evidente que la ató, si es eso a lo que se refiere.

—¿Y a esta otra no? Es raro. Aunque tal vez utilizase algo que no dejara marcas.

—No creo que usara exactamente el mismo método cada vez —dijo el ayudante del comisionado—. ¿No sabe que las muñecas de las otras dos chicas tampoco tenían moraduras?

—No, no lo sabía. Moresby me dijo que iban a examinarlas.

—Sí, recibí el informe esta mañana. No hay moraduras en ninguno de los dos cadáveres; en otras palabras, al parecer no hubo lucha. ¿Sí, superintendente?

El superintendente se había aproximado. Saludó con un leve movimiento de cabeza a Roger como para darle a entender que, aunque acabaran de conocerse, sabía lo bastante de él para que no le incomodara su presencia; no obstante, no fue un saludo excesivamente cordial.

—Me temo que este caso no va a sernos de mucha ayuda, señor —dijo—. Ni Moresby ni yo hemos encontrado nada. Ese tipo sabe lo que se hace, aunque juraría que no es ninguno de nuestros sospechosos habituales.

—No —coincidió sir Paul—. No pensaba que lo fuese. En fin, será mejor que usted y Moresby vuelvan a echar un vistazo para asegurarse de que no se les pasa nada por alto. Tenemos que atrapar a ese tipo como sea, ahora que la ausencia de huellas en el libro parece probar por fin su existencia. —El superintendente pareció ofenderse, era evidente que no le había gustado la insinuación de que pudiera haber pasado algo por alto. Roger se sintió inclinado a ponerse de su lado. No parecía de los que hacen las cosas mal—. Y ahora los periódicos se nos echarán encima —añadió tristemente sir Paul—. Me extraña que no haya por aquí ningún periodista.

El superintendente miró a Roger como si no estuviese muy seguro de que no lo hubiera.

—¿Qué quiere que les digamos si se presentan, señor? —preguntó—. Conviene no levantar la liebre dándole a entender que vamos tras él.

—No, desde luego. Será mejor enviar una nota a los directores advirtiéndoles que no hagan comentarios sobre el caso. Puede usted limitarse a decir con mucho tacto que Scotland Yard no está muy convencido, pero no quiere despertar el interés de la opinión pública mientras duran las investigaciones. Ya sabe, lo habitual.

—Sí, señor. Yo me ocuparé.

—Y a propósito, superintendente, ¿qué hay de la otra línea de investigación? Está claro que este tipo es un loco, como dice Moresby. Creo que lo mejor sería investigar si sabemos algo de algún maníaco homicida que anduviera suelto estos últimos meses.

—Sí, señor, podemos hacerlo, claro —admitió el superintendente con condescendencia—. Pero mucho me temo que si usted y yo nos lo encontráramos sin saber quién es, nos parecería tan cuerdo como cualquiera...

—Eso mismo es lo que llevo diciendo todo el tiempo —le interrumpió Roger.

—¿Ah, sí, señor Sheringham? —dijo el superintendente con mucha educación, pero sin el menor interés, y volviéndose hacia Moresby.

El ayudante del comisionado templó gaitas. Conocía al superintendente Green.

—En fin, Sheringham —dijo—, poco más podemos hacer aquí. Venga a mi club y



tomemos una taza de té. Me gustaría charlar con usted sobre el caso y saber lo que opina.

—Gracias —replicó Roger—, será un placer.

Roger nunca rechazaba una invitación a hablar.

Al pasar por el rellano de piedra sir Paul echó la cabeza atrás.

—Está la otra chica, claro, pero dejaremos que ellos la interroguen. Saben hacer bien su trabajo y si hay demasiada gente no haremos más que molestar; la pobre ya está medio histérica. Aunque no creo que nos diga nada de importancia. ¡Demonios! Qué caso más endiablado.

Subieron a un taxi y se encaminaron a Pall Mall.

Buscaron una mesa apartada en el gran salón comedor, sir Paul pidió que les sirvieran el té y se sentaron. Roger le explicó lo que había despertado sus sospechas y detalló las conclusiones a las que había llegado. Sir Paul sabía escuchar. Roger expresó también sus dudas sobre la conveniencia de centrar todos los esfuerzos en la nota de suicidio. Pero sir Paul no estuvo de acuerdo.

—Al fin y al cabo —dijo exactamente igual que había hecho Moresby—, es la única pista de que disponemos. Debemos seguirla hasta las últimas consecuencias.

—Tengo la sensación —respondió Roger— de que este caso no se resolverá con los métodos tradicionales. La pista no es lo bastante importante. Recuerde que ya les pasó lo mismo con Jack el Destripador. Siempre he sido de la opinión de que los métodos de investigación de los franceses habrían logrado mejores resultados.

—Tenemos que utilizar los nuestros —replicó sir Paul—. La sociedad británica no toleraría otra cosa. Recuerde el alboroto que se organizó hace poco con lo de tomar las huellas dactilares a los sospechosos. Nadie tenía nada que perder si era inocente y sí mucho que ganar, pero la sociedad británica lo consideró una violación de sus libertades y los periódicos dijeron un montón de bobadas sobre los métodos no ingleses, así que tenemos las manos atadas y no podemos hacer nada parecido. No, Sheringham, es inútil que me pida que cambiemos nuestros métodos, aunque sea para atrapar a un asesino. La sociedad británica preferiría que todos los asesinos siguieran libres antes que cambiar los métodos para atraparlos. Aunque usted ya debe de saberlo.

Era evidente que sir Paul se tomaba aquello muy en serio.

—Supongo que no le falta razón —tuvo que admitir Roger.

—Desde luego —respondió sir Paul con vehemencia—. Además, debe recordar que un jurado británico no es igual que uno francés. En los tribunales británicos solo las pruebas concluyentes sirven de algo. A los franceses les encantan los razonamientos inteligentes, pero a los británicos les traen sin cuidado. Ya puede uno intentar apabullarles con brillantes razonamientos y astutas deducciones, que a menos que el caso esté fundamentado en una base firme y en datos sólidos, ni siquiera

parpadearán. Lo que tenemos que llevar a los tribunales son hechos incontestables y no solo ingeniosos.

—Sí —se vio obligado a decir Roger—. Moresby siempre me está insistiendo en la diferencia entre estar seguro de quién es el asesino y reunir pruebas suficientes contra él. Y, por lo visto, es de la opinión de que cuando lo encontremos nos será difícil demostrar los cargos.

—Apuesto a que sí —convino tristemente sir Paul—. El muy desgraciado no deja ni una sola prueba a la que podamos asirnos. Mire este último caso. Aparte del detalle de que no hubiera huellas dactilares en el libro, que a nosotros puede parecer muy convincente pero no tiene por qué convencer a un jurado, aparte de ese detalle, digo, no hay nada que demuestre que no se trata de un suicidio. Sabemos que no puede serlo, pero ¿cómo demonios vamos a probar que es un asesinato sin tener siquiera un sospechoso? Lo tenemos difícil.

—Desde luego —dijo Roger, y volvió a pensar para sus adentros que, tal como estaba el caso, los métodos habituales de la policía no servirían de nada. Y, siendo así, ¿qué podía hacer? La respuesta estaba clara: Scotland Yard podía tener las manos atadas, pero él no.

Siguieron conversando con desánimo sobre el crimen desde el punto de vista de la criminología, de la que sir Paul, como Roger, era un devoto estudioso.

—Es casi perfecto —dijo sir Paul encendiendo otro cigarrillo—. Hasta donde llego a ver, no ha cometido un solo fallo. Es casi el crimen perfecto... y ha tenido que cometerlo un loco. No deja en buen lugar a los criminales profesionales.

—¿Casi perfecto? —repitió Roger—. ¿Y por qué no perfecto del todo?

—Sin duda el crimen perfecto es el que nadie sospecha que pueda ser un crimen —dijo sir Paul con una sonrisa.

—Sí, puede usted apuntarse el tanto. Y, a propósito, ¿ha reparado usted en que muy pocos de estos asesinos sexuales llegan a ser detenidos?

—Sí, desde luego; a menos que ellos mismos se delaten, como hizo Neill Cream, no hay ninguna pista. No hay por dónde empezar. En otras palabras, no hay un motivo que conduzca a ninguna parte. Después de todo, en nueve de cada diez casos eso es lo que envía a la gente a la cárcel. Lo que más alegra a un detective profesional es encontrar un motivo y una oportunidad, sabe que casi equivale a la detención del culpable.

—Será que soy un aficionado —suspiró Roger—, pero tengo que decir que prefiero los resultados rápidos. Me angustia tener que quedarme tranquilamente sentado mientras ese salvaje asesina a otra media docena de chicas antes de que podamos echarle el guante, y no me cabe duda de que lo hará.

—Debe usted tener en cuenta, Sheringham, el inmenso y paciente trabajo que requiere un caso como éste antes de que se pueda practicar alguna detención. ¡Es

increíble! ¿Sabía que al superintendente Neill le costó casi un año de arduos esfuerzos fundamentar su caso contra Smith, «el asesino de novias en la bañera», como lo bautizaron los periódicos?

Roger asintió.

—Sí, lo sabía. Pero aun así las demoras me impacientan horriblemente. Me temo que no sería un buen detective profesional. Oiga, ¿piensa pasar otra vez por Gray's Inn Road?

—¿Es que va usted a volver?

—La verdad es que sí. Ya deben haber terminado de interrogar a la otra chica, y estoy deseando saber si han conseguido averiguar algo. Y además están todas las demás averiguaciones, si alguien lo vio entrar o salir y esas cosas. Supongo que lo habrán investigado, ¿no?

—¡Oh, sí! Tucker se habrá ocupado de eso. Es pura rutina, claro. En fin, vaya usted, si quiere, Sheringham. Me temo que no puedo acompañarle; tengo que volver a Scotland Yard.

—Una cosa más, sir Paul —añadió muy serio Roger—. No pretendo entrometerme ni molestar, pero, si pudiera dar orden de que telefonaran a mi piso con cualquier información que pudiera surgir, le quedaría muy agradecido. ¿Cree usted que es posible?

Sir Paul sonrió.

—Sí, eso creo.

Las locuaces expresiones de agradecimiento de Roger se vieron interrumpidas por un conserje del club que les informó de que llamaban a sir Paul por teléfono. Sir Paul se excusó y Roger lo acompañó hasta el vestíbulo, donde se despidieron y Roger fue a buscar su abrigo y su sombrero. Tenía la sospecha de que no le habían hecho salir del piso por casualidad, sino para que la investigación rutinaria oficial pudiera llevarse a cabo sin la presencia de un colega no oficial. En tal caso, pensó que habían tenido tiempo suficiente y que no les molestaría su regreso. Y en caso contrario, a Roger no le sobrecogería tanto el pesar como para salir corriendo.

Estaba bajando las escaleras del club cuando oyó pronunciar su nombre. Sir Paul estaba de pie en el umbral haciéndole señas. Roger dio media vuelta y corrió a su encuentro.

—¡Ha recibido usted noticias! —exclamó.

Sir Paul asintió con la cabeza.

—Por fin un poco de suerte —dijo en voz baja para que no le oyera el portero—. Pensé que le gustaría saberlo. Moresby acaba de decirme que ha conseguido una buena descripción del hombre al que buscamos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó encantado Roger, y salió disparado a coger un taxi.

(14)

## El detective Sheringham brilla con luz propia

Moresby saludó muy amable a Roger (aunque el superintendente siguió mostrándose un poco distante) y le contó lo ocurrido. No le habían sacado nada a la otra chica. Que ella supiera, Dorothy Fielder no esperaba ninguna visita y tampoco se le ocurría quién podía haber ido a verla; había tantos hombres, en su mayoría relacionados con la profesión, que se dejaban caer por allí de vez en cuando, que era imposible saber quién pudiera ser.

En suma, su información fue meramente negativa. Dorothy no esperaba visita, no estaba comprometida y no salía con nadie. Zelma Deeping (y Moresby le echó una significativa mirada a Roger) tampoco le había oído hablar nunca de George Dunning o de Gerald Newsome. Le sonaba que le había hablado de Arnold Beverley, aunque no recordaba a propósito de qué; en todo caso estaba segura de no haberlo visto nunca. Después de advertirle que no dijera nada de lo sucedido esa tarde, la dejaron marchar, bajo vigilancia policial, a casa de una amiga casada, en Hampstead, donde se alojaría hasta que la policía hubiese terminado de registrar su piso.

No obstante, gracias al portero del edificio habían conseguido información valiosa. El portero vivía en un sótano, a la izquierda de la entrada, y la parte superior de sus ventanas quedaba por encima del nivel de la acera. Para acceder al edificio había que subir un tramo de escaleras que conducía al vestíbulo y a la escalera. Y, a menos que uno trepara por los tejados, ése era el único modo de llegar a cualquiera de los apartamentos.

Por fortuna el portero, cuando no tenía otra cosa que hacer, acostumbraba a sentarse a última hora de la mañana a leer el periódico en el salón de su apartamento, desde donde podía ver a cualquiera que bajara o subiera por las escaleras. Había adoptado aquella costumbre porque había aprendido a adivinar por los andares de la gente si necesitaban o no de sus servicios, y desde allí podía ver muy bien a todos los que llegaban, aunque, si no se daban la vuelta, solo acertaba a ver la espalda de los que se marchaban. El hombre había sido sargento en el ejército, era miembro del cuerpo de veteranos y a Moresby le había parecido no solo fiable, sino sorprendentemente inteligente.

El portero les había proporcionado una lista de los desconocidos a quienes había visto entrar en el edificio desde que se instaló en su sillón poco antes de las doce hasta la una, cuando le llamaron a comer. Aunque no había podido garantizarlo con exactitud, sí afirmó tener buena memoria. Moresby, en todo caso, parecía convencido de ello.

Justo antes de las doce había entrado una chica a quien enseguida tomó por una actriz y que apenas se quedó unos minutos. A las doce y cinco había entrado un joven

con pinta de operario a quien no había visto salir. Justo después había entrado una mujer mayor y luego, a eso de las doce y cuarto, un anciano con gafas doradas, perilla y sombrero de copa que parecía un abogado, se había quedado unos veinte minutos y luego se había ido en un taxi. Durante su estancia había llegado otro hombre, a eso de las doce y media, y había salido diez minutos después acompañado de una de las jóvenes que vivían en el edificio. Entre las doce y media y la una habían llegado una o dos mujeres más, y luego, justo antes de la una, había llegado un caballero que parecía tener mucha prisa. Se apeó de un taxi, pagó al chófer y subió rápidamente los escalones, aunque no tanto como para que el portero no pudiera echarle un buen vistazo.

Aparentaba entre treinta y cuarenta años, era un hombre fuerte y bien vestido, apuesto y con un bigotito negro, llevaba una gabardina azul, sombrero hongo y unos guantes de gamuza en la mano, no era muy alto, pero tampoco bajo, más bien de estatura media y al portero no le cabía ninguna duda de que podría reconocerlo si volviera a verlo. No le había visto salir, porque le habían llamado a comer unos minutos antes.

—He ahí a nuestro hombre, señor Sheringham —dijo en tono autoritario Moresby.

—¡Buen trabajo! —exclamó Roger.

Se encontraban en el saloncito del apartamento. Habían retirado ya el cadáver y levantado la prohibición de mover los muebles. Solo quedaban allí Moresby y el superintendente; incluso el inspector Tucker se había ido a redactar su informe. Era evidente que no contaban con encontrar nada más en el piso. No obstante, seguía habiendo un oficial de guardia a la entrada.

El superintendente Green, que había estado mirando a Roger sin parpadear, se unió a la conversación.

—Sí, ya solo nos falta identificarlo. ¿Se le ocurre algún modo de hacerlo, señor Sheringham?

—¡Oh!, sin duda eso es pura rutina —respondió Roger con una sonrisa—. Será mejor dejárselo a ustedes.

—¡Bah! —exclamó el superintendente Green, y le dio la espalda. No le devolvió la sonrisa a Roger. Tal vez no fuese muy sociable, pero Roger sabía que era un detective muy inteligente, por mucho que le costara reconocerlo.

Roger se volvió hacia Moresby.

—¿Qué me dice del taxi en que llegó? Supongo que podrán localizarlo, ¿no?

—Sí, desde luego, nos pondremos en contacto con él. Es posible que pueda ayudarnos. Es nuestra principal esperanza. Pero, señor Sheringham...

—¿Sí? —Roger reparó con sorpresa en que el inspector jefe Moresby estaba visiblemente incómodo. Casi parecía cohibido. Un inspector jefe cohibido son casi

términos contradictorios y Roger se extrañó mucho—. ¿Sí? —repitió, al ver que a Moresby le costaba seguir...

—En fin, creo saber quién puede ser nuestro hombre dijo el inspector jefe casi como un niño que balbucea una confesión.

Roger pensó que Moresby se estaba disculpando por habersele adelantado al descubrir la solución, aunque nunca a irles hubiera sido tan delicado.

—¿Ah, sí? ¿Ya? —replicó muy cordial, como si dijera: «No pasa nada, hijo, pero no lo vuelvas a hacer». Tal vez sintiera algo parecido, pues acto seguido añadió—: ¡Muy brillante por su parte!

—Sí, ¿verdad? —respondió muy triste el inspector jefe.

Roger lo miró perplejo.

—Bueno, ¿y quién es?

Las sorpresas de Roger no habían terminado. En un tono tan culpable como si hubiese sido él quien hubiera cometido los asesinatos, Moresby replicó:

—No sé, señor Sheringham, ¿le importa si no se lo digo todavía? Quiero decir, hasta que lo haya comprobado. Claro que, si insiste, tendré que decírselo en virtud de nuestro acuerdo, pero honradamente prefiero no hacerlo todavía. Me temo que lo entenderá a su debido momento.

—Muy bien —dijo confundido Roger—. No sé adónde quiere llegar a parar, pero no me lo diga si no quiere... —Pensó que sir Paul no tendría tantos escrúpulos a la hora de divulgar una noticia tan crucial—. Pero, oiga —añadió de pronto—, si es por miedo a que lo publique, pensaba que me conocía usted lo suficientemente bien para...

—No, señor Sheringham —le interrumpió atropelladamente el inspector jefe—, no tiene nada que ver con eso. En fin, se lo agradezco mucho. Lo pospondremos hasta que haya hecho unas comprobaciones. Será lo mejor.

—Hablando de comprobaciones —observó Roger, que pensó que sería mejor cambiar de tema—. Supongo que investigarán también a los demás hombres que vinieron a esas horas, ¿no? Para estar seguros, quiero decir.

—¡Oh, sí! —asintió Moresby con una expresión de alivio casi cómica—. Por supuesto que sí. No queremos dejar ningún cabo suelto.

—Cabos sueltos —gruñó el superintendente desde el otro extremo de la habitación—. En mi opinión es lo único que tenemos, aunque prendidos con un par de hilos a los que llamamos pruebas. Lo que me gustaría saber es cómo vamos a demostrar que fue él quien lo hizo cuando le detengamos...

Se hizo una breve pausa en la que los tres se preguntaron evidentemente lo mismo.

—Sin embargo, con el testimonio del portero... —dudó Roger.

—¿Y qué le impedirá decir que subió para invitar a comer a la chica y que, como

no la encontró, se marchó? —objetó el superintendente Green—. Porque eso es lo que dirá y no podremos demostrar lo contrario. ¿De qué servirá entonces el testimonio del portero?

—Comprendo —murmuró abatido Roger.

—¿Cómo vamos a demostrar siquiera que estuvo en este piso? —preguntó el superintendente aprovechando la ventaja—. No hay una sola cosa que lo relacione con él. Ni una huella dactilar. Lo único que demuestra el testimonio del portero es que tuvo ocasión de hacerlo después de que saliera la otra chica, y ¿de qué nos sirve?

—Cierto —coincidió humillado el señor Sheringham.

—Suponiendo que diga que llamó a otra puerta sin obtener respuesta —remachó el superintendente—. La de esa chica a la que el portero vio salir a las doce y media. No podremos rebatirlo. Tan solo podremos decir: «Sí, señor, es posible. Pero nosotros no lo creemos, así que...». —El tono escogido por el superintendente para imitar lo que diría Scotland Yard no podía ser más irónico—. Y eso será de lo más concluyente, ¿verdad, señor Sheringham?

—Sí —respondió atropelladamente Roger—. Quiero decir, no..., ¿a qué hora se fue la otra chica... Zelma Deeping, Moresby? Antes no me lo ha dicho.

—¡Oh!, muy pronto —replicó el inspector jefe, que al parecer había olvidado su anterior inseguridad y había estado observando la incomodidad de su colega con una sonrisa—. Dejó a la otra sola no mucho después de las once. Dijo que tenía que hacer unas compras antes de ir a comer con no sé quién a la una.

—Ya veo. Y solo contamos con el testimonio del portero a partir de las doce. Lo que deja un margen de una hora, ¿no?

—¿Se refiere a que alguien pudo llegar entre las once y las doce y no asesinar a la chica hasta un par de horas después? —preguntó con aire tolerante Moresby—. Bueno, siempre es posible, pero no creo que tengamos que preocuparnos por eso.

—Pensaba que el abogado defensor tendría algo que decir al respecto —señaló tímidamente Roger.

—Bueno, no cabe duda de que es un cabo suelto. Pero, como dice el superintendente, el caso está lleno de cabos sueltos.

El superintendente seguía husmeando por ahí con una enorme lupa y gruñó como para subrayar que así era.

A Roger se le ocurrió una idea.

—¿Y qué hay del tipo con aspecto de abogado, el de la perilla y las gafas doradas?

—¿Qué pasa con él, señor Sheringham?

—Pues que se parece más al tipo que estamos buscando que el joven apuesto y atlético al que acusa usted. ¿Lo han comprobado? ¿Hay alguien en el edificio que haya dado razón de un abogado con perilla y sombrero de copa?

—No, todavía no lo hemos comprobado. Tucker se encargará en cuanto tenga un momento. Pero de todos modos, Sheringham —señaló Moresby—, no veo por qué dice que el otro no se parece al tipo al que buscamos. Tenemos que basarnos en los hechos, no en los tipos. El anciano no pudo hacerlo porque se marchó justo después de las doce y media y el asesinato no se cometió hasta la una en punto como muy pronto, y más probablemente a la una y media. No, debemos centrarnos en el operario y sobre todo en el otro, porque no me cabe duda de que mañana Tucker lo habrá averiguado todo del operario.

—Supongo que sí —coincidió Roger con unas dudas que le sorprendieron a él mismo—. Sin embargo, hay algo que no encaja.

—Ya encajará cuando le atrapemos —dijo Moresby con feliz optimismo.

—Bueno —refunfuñó una voz desde el otro extremo de la habitación—, si han terminado de discutir, creo que volveré a Scotland Yard. Será mejor que venga conmigo, Moresby. Quiero ver qué tal han salido esas fotos.

—Ya no hay mucho que podamos hacer aquí —dijo Moresby—. Dejará usted a un hombre de guardia en la puerta, ¿no?

—Sí, claro. No dejaremos entrar a nadie por un tiempo. Nunca se sabe. En fin, me temo que esto ha sido una pérdida de tiempo. ¿Viene usted, Sheringham? —Era evidente que no querían dejar investigar a Roger sin supervisión.

Roger estaba pensando en las huellas dactilares, en la frecuencia con que aparecen en las novelas y su irritante escasez en la vida real.

—Sí —dijo—. Será mejor que les acompañe... ¡Un momento! ¡Creo que tengo una idea!

Los dos detectives lo miraron sin mucho entusiasmo. Al parecer las ideas de Roger les dejaban fríos.

—¿Ah, sí, señor Sheringham? —dijo Moresby por seguir con la conversación.

—Sí. El superintendente ha dicho antes que no había huellas que relacionaran a ese hombre con el apartamento. Admito que no haya ninguna dentro, pero ¿se les ha ocurrido comprobarlo fuera?

—¿Y dónde —preguntó cansado el superintendente— pudo nuestro hombre dejar huellas que nos sean de utilidad si están fuera del apartamento, señor Sheringham?

—Pues en el timbre, superintendente —respondió amablemente Roger, que pensó que el superintendente merecía aquella consideración.

—Vaya, no es mala idea —admitió con elegancia Moresby.

El superintendente le echó una mirada amarga. Tenía por norma no alabar las ocurrencias de los aficionados en su presencia. Estaba convencido de que las alabanzas no son buenas para los aficionados.

No obstante, accedió a echarle un vistazo al timbre.

—Debió de ser el último en llamar —explicó satisfecho Roger mientras pasaban



al recibidor—. La señorita Deeping sin duda utilizó su llave. Y luego la puerta ha estado siempre abierta. Además, recordará usted que el portero dijo que nuestro hombre llevaba unos guantes de gamuza en la mano, no que los llevara puestos. Cabe la posibilidad de que no se los pusiera hasta después de entrar.

Una vez en el rellano, el superintendente se agachó y examinó el botón del timbre con la lupa.

—¡Bah! —gruñó, y sacó una latita de polvo negro. Echó un poco en la palma de la mano, lo sopló levemente contra el botón y eliminó el polvo restante. Sobre la porcelana apareció el negro relieve de la huella de un pulgar, con las líneas claramente marcadas. Volvió a agacharse y la estudió un largo minuto—. No es de ninguna de las chicas —anunció por fin, sin demostrar emoción—. Ya puede apuntarse un tanto, señor Sheringham. Moresby, asegúrese de que nadie la toca y mande que la fotografíen lo antes posible, ¿quiere?

Roger adoptó una expresión de humildad y no dijo nada.

(15)

## El señor Sheringham discrepa

Esa noche Roger lo pasó fatal. Le parecía una sosería quedarse solo en casa repasando los acontecimientos de aquel día tan importante y salir a divertirse, ir al teatro o a un concierto, sería un auténtico anticlímax. Estaba deseando comentar el caso con alguien, pero no quería molestar más a Moresby ni a nadie de Scotland Yard, sobre todo teniendo en cuenta que había dejado de ser una especie de socio para convertirse en una mera excrecencia en la vasta organización que había tomado por fin el asunto en sus manos. A Roger le disgustaba ser una mera excrecencia.

Fantaseó con la idea de visitar a la pobre chica que había compartido el piso con Janet, Moira Carruthers. Llevaba unos días sin verla, y después de lo mucho que le había ayudado al principio del caso no quería que pensara que la había olvidado ahora que había pasado a un nivel más alto. Luego recordó que estaría en el teatro y descartó la idea aliviado. ¿Con quién más podría discutir aquel asunto sin tener que medir demasiado sus palabras?

¡Pues claro! Se levantó de la silla con un respingo, cogió la guía telefónica y buscó el número de Pleydell.

Por suerte Pleydell estaba en casa y respondió afirmativamente a la pregunta cuidadosamente formulada por Roger de si le importaría pasar por el Albany a charlar de una cuestión de importancia que había surgido desde la última vez que comieron juntos, añadió con cierto acaloramiento que llegaría en menos de veinte minutos. Roger comprendió el motivo de su precipitación. Los periódicos vespertinos habían sido discretos, pero todos habían informado de la nueva tragedia, aunque, por supuesto, sin aludir al interés de Scotland Yard por el caso.

Mientras esperaba a Pleydell, Roger aprovechó para añadir los acontecimientos del día al sucinto diario que llevaba del caso, así como todo lo averiguado gracias al portero y la señorita Deeping. También anotó lo del hallazgo de la huella dactilar y gracias a quién la habían descubierto.

Pleydell llegó puntualmente a los veinte minutos y preguntó a Roger qué cuestión era aquélla. Su agitación, tratándose de un hombre tan imperturbable, era evidente. Repitió sus amenazas de contratar a los mejores detectives que pudiera pagar, incluso habló de traer de Estados Unidos a algunos hombres de Pinkerton, que tenían fama de ser los mejores detectives privados del mundo. La narración del testimonio del portero y el hallazgo de la huella dactilar (por la que felicitó a Roger con un apasionamiento que contrastaba mucho con la frialdad oficial del superintendente Green) sirvió para aplacarlo un poco y Roger se esforzó por hacer el resto.

—¡No lo eche todo a perder, Pleydell! —le insistió—. Prometió no hacer nada si le tenía informado y eso es lo que estoy haciendo. Llegaremos al fondo de este

asunto. Moresby me ha asegurado que ya tiene una teoría sobre la identidad de quien dejó la huella.

—¿Ah, sí? —preguntó ansioso Pleydell dejando de deambular por la habitación—. ¿Y quién cree que es?

—Bueno, no quiso decirme su nombre —respondió un tanto avergonzado Roger. Después de subrayar que uno es uña y carne con Scotland Yard, es difícil admitir que la uña no siempre está tocando la carne—. No quiso decírmelo hasta haber hecho no sé qué absurdas comprobaciones. Creo que el superintendente le ha hablado mal de mí. Es obvio que no le gusta la idea de que colabore oficialmente con Scotland Yard. —Roger se las arregló para insinuar que Scotland Yard tenía celos de los aficionados brillantes.

—Pero cree saberlo, ¿eh? —dijo Pleydell sin prestar la menor atención a los aficionados brillantes y a los celos profesionales que tienen que sufrir—. En fin, ya es algo. Dios mío, Sheringham, ojalá se den prisa en atrapar a ese tipo. No descansaré hasta que lo hagan. La desdichada de esta tarde..., no pude evitar sentirme responsable de su muerte. Debería haberlo impedido de algún modo; sabía que esa bestia andaba suelta y no hice nada por atraparla.

Roger asintió.

—Lo sé. Yo me siento exactamente igual. Es absurdo, claro, pero me parecía el colmo de la insensibilidad haber estado cenando tan tranquilo con usted mientras asesinaban a esa pobre chica. Recuerdo habérselo dicho al ayudante del comisionado.

Roger no pretendía sugerir que, aunque los superintendentes iletrados pudieran llevarse mal con él, los ayudantes del comisionado comían de su mano, pero las palabras le salían casi sin pensar.

—¿El ayudante del comisionado? ¡Ah!, sir Paul Graham, claro; ahora es el ayudante del comisionado, ¿no? Le conozco un poco.

—Sí, ya me lo dijo. Oiga, Pleydell —le pidió con firmeza Roger—, deje de ir y venir como un león enjaulado, sírvase un whisky con soda y siéntese aquí junto al fuego. Quiero hablarle de una cosa y así no hay manera de concentrarse.

—¿De qué quiere hablarme?

—Pues del caso, claro. Necesito hablar de estas cosas con alguien —dijo con franqueza Roger—. Es una terrible molestia para mis víctimas, desde luego, pero me ayuda mucho; se me aclaran las ideas mucho más que pensando.

—Pues puede usted utilizarme como interlocutor hasta la madrugada —dijo Pleydell con una vaga sonrisa—, y cuanto más hable, mejor. Y para demostrarle que lo digo en serio me sentaré y me serviré ese whisky con soda.

Así lo hizo.

Roger volvió a llenar la pipa y la encendió con cuidado. Quería organizar sus ideas.

—Lo que quiero contarle es lo siguiente —empezó—, y espero que entienda por qué la policía, incluyendo a mi excelente amigo el inspector jefe Moresby, no sirve como confidente en este asunto: tengo la sensación de que en Scotland Yard no están siguiendo las pistas adecuadas.

—¿Ah, no? —preguntó Pleydell con el interés de un Watson.

—No. Es lo que he dicho siempre sobre esa nota en la que depositaron todas sus esperanzas, y con este caso me ocurre exactamente lo mismo. En mi opinión, no es un crimen de los que se resuelven con los métodos policiales de nuestro país. Tiene una base psicológica que estoy convencido de que solo podrá desentrañarse mediante la aplicación de métodos psicológicos más imaginativos.

—Creo que en eso coincido con usted —dijo Pleydell.

Roger se quedó pensando un momento.

—Piense, por ejemplo, en esa huella dactilar. ¿De qué sirve una huella dactilar si no pueden encontrar el dedo que la dejó allí? No constará en sus registros, como probablemente ocurriría si se tratase de un caso de robo. Solo servirá para confirmar sus sospechas de que han dado con su hombre, pero no les ayudará a dar con él. Y la descripción que les ha dado el portero del hombre de la gabardina azul y los guantes de gamuza podría aplicarse a varios miles de jóvenes solo en Londres. No, cuanto más lo pienso, más me convengo de que este último crimen no nos ayudará a encontrar a ese tipo. Lo que significa que la policía volverá a encontrarse más o menos donde estaba antes y seguirá concentrando sus esfuerzos en la nota con la esperanza de conseguir resultados. Y puede que lo consigan, claro —admitió de buena gana Roger—, aunque lo dudo mucho.

—¿Y bien?

—Bueno, en tal caso, creo que Scotland Yard y yo acabaremos siguiendo líneas de investigación diferentes. No me considero obligado a seguirles. Como no creo que vayan por el camino correcto, tendré que abrirme yo el mío.

—Desde luego.

—Y necesito que usted me ayude —añadió Roger echándole una mirada al otro.

—Nada me gustaría más —dijo Pleydell en voz baja—. Le agradezco mucho que me dé la oportunidad. Sabe que estoy deseando atrapar a ese demonio. Y también —añadió con sobriedad— que me mueven motivos mucho más personales que a usted.

Roger asintió. No había sido una oferta impulsiva. Lo había pensado mucho antes de telefonar a Pleydell. Había decidido que no había nada de malo en que aceptara (no había dudado ni por un momento de que lo haría) y que lo más probable era que diese muy buenos resultados. Pleydell era muy inteligente y sin duda sabía juzgar a las personas, por lo que su cooperación podría serle de gran ayuda. Además, al dejarlo participar de forma oficial en la investigación se aseguraría de que no intentaría nada por su cuenta y Roger temía que un número excesivo de cocineros

podiera echar a perder el caldo.

—Cada vez lo veo más claro —añadió fumando pensativo—. La maquinaria de Scotland Yard es una excelente organización cuando se trata de atrapar criminales, no creo que la haya mejor. Pero en este caso es como si tuviese arena en los engranajes. El asesino corriente en cierto sentido no es un criminal; quiero decir que a menudo no tiene una mentalidad criminal. Y no me refiero al ladrón que pierde la cabeza al verse atrapado y dispara presa del pánico, sino al asesino no premeditado corriente, pues en casi ningún asesinato hay premeditación.

—Supongo que sí —murmuró Pleydell.

—En fin, si estudia usted los registros de los crímenes resueltos en nuestro país —prosiguió Roger dejándose llevar por su argumentación—, verá que al criminal conocido por la policía que se convierte en asesino casi siempre acaban atrapándolo; una vez entra en los archivos de Scotland Yard, las posibilidades de que salga bien librado de un asesinato son casi nulas. En los asesinatos de ese tipo nuestro servicio de detectives cuenta con los mejores archivos del mundo. Los datos no pueden ser más completos e incluyen no solo las características físicas, sino también las idiosincrasias psicológicas: a Bill Jones le gusta coger un poco de mermelada de frambuesa de la despensa una vez concluido el robo; Al Smith entra siempre en la casa por una trampilla del tejado; Joe Robinson besa a la criada a quien secuestra a punta de pistola, y otras cosas por el estilo. Los asesinos criminales dejan una docena de indicios característicos, aparte de las demás pistas que permiten a la policía identificarlos de inmediato.

—¿Ah, sí? —preguntó interesado Pleydell—. No tenía ni idea de que los registros fuesen tan exhaustivos.

—Sí —dijo Roger—, en cambio cuando la policía tiene que vérselas con el otro tipo de asesino, el hombre de quien no saben nada de antemano, verá que, a menos que haya dejado una pista muy clara o alguien descubra una prueba concluyente, casi nunca llegan a atraparlo. Lo que significa que casi nunca deja tras de sí ni pistas ni pruebas.

—Supongo que el asesino medio debe de ser un poco idiota —asintió Pleydell—. De lo contrario no asesinaría.

—Exacto. En una palabra, si estudiase usted los crímenes sin resolver de los últimos cincuenta años, descubriría que todos entran dentro de esta última categoría: o bien no había pistas ni pruebas concluyentes, o la única pista que siguió la policía no condujo a ningún sitio. Pues yo le pregunto: si esa nota no les condujera a ninguna parte, ¿no entraría también este caso en la misma categoría?

—Desde luego, yo diría que sí.

—Exacto. Y estoy seguro de que la policía acabará estrellándose. En suma, si queremos que alguien detenga a ese hombre tendremos que atraparlo nosotros.

Alcanzado aquel punto culminante, Roger volvió a encender su pipa, que se había apagado durante su arenga, y se puso a fumar sumido en un impresionante silencio.

Se quedaron unos minutos mirando el fuego.

—Me alegra que me haya invitado a cooperar, Sheringham —observó por fin Pleydell—, porque tengo una idea que vale la pena considerar. Si no me hubiese dicho nada, lo habría investigado por mi cuenta, pero, aunque tal vez carezca de importancia, me gustaría conocer su opinión.

—Me encantará escucharla —dijo Roger con sinceridad, cualquier idea proveniente de Pleydell merecía ser tenida en consideración.

—En fin —dijo lentamente Pleydell—, ¿no se le ha ocurrido pensar que tal vez pudiésemos atrapar a ese tipo por su profesión? Si pudiésemos averiguar que es un médico y luego comprobar la lista de turistas en la Riviera el pasado febrero fijándonos en los médicos, habríamos dado un gran paso para identificar a nuestro hombre.

—Desde luego —asintió calurosamente Roger—. ¿Insinúa que conoce su profesión?

—¡Oh, no!, no de forma tan clara. Lo que ocurre es que se me ha ocurrido que podría ejercer cierta profesión. Veamos si opina usted igual si se lo planteo de este modo. Exceptuando a la mujer de Montecarlo, Unity Ransome era actriz, Dorothy Fielder también, y, según tengo entendido, la mujer del club nocturno también había pisado los escenarios, en cualquier caso, probablemente se había relacionado con los individuos más turbios de la profesión. Añádale a eso que el asesino conocía a las víctimas ¿y a qué cree que podía dedicarse?

—¡Un actor! —exclamó sin dudarle Roger.

—Exacto.

Siguieron fumando en silencio un minuto o dos.

—Es muy interesante —dijo Roger.

—Eso me pareció —admitió con modestia Pleydell.

—Debemos seguir esa pista.

—Me alegra que lo diga. Iba a hacerlo yo mismo. Y la verdad es que estoy en situación de hacerlo.

—Pues ya es más de lo que puedo decir yo —respondió Roger, pensando en la señorita Carruthers, uno de sus escasos vínculos con el mundillo del teatro.

—Sí —explicó Pleydell—, estoy participando financieramente en una o dos producciones y mi padre también. Sin duda puedo conseguir que me presenten a cualquiera y obtener información útil.

—Excelente. Bueno, lo primero que hay que hacer es conseguir la lista de turistas ingleses en la Riviera. Puedo pedirle un ejemplar a Moresby, pero hasta que la tengamos no creo que podamos hacer nada.

—No, me temo que no, salvo hacer algunas averiguaciones sobre los amigos actores de esas pobres chicas.

—Se lo sugeriré a Moresby. La policía puede ocuparse de eso mucho mejor que nosotros. Sus investigaciones cubren todos los campos posibles y nunca se olvidan de nadie. Supongo que ahora se lo tomarán más en serio. Interrogarán a todos los amigos íntimos de las chicas asesinadas, a todas las personas de quienes hablen, a todos aquéllos de quienes hablen éstos y así hasta conseguir algún resultado. La paciencia de la policía es impresionante. Moresby me ha contado que normalmente interrogan a docenas de personas y que, en los casos particularmente difíciles, pueden llegar a interrogar a más de cien antes de obtener información relevante, pero cuando consiguen algo se aferran a ello igual que un bulldog.

—Es una imagen muy gráfica —dijo Pleydell con una sonrisita—. No me gustaría asesinar a alguien y que azuzaran contra mí una jauría de bulldogs.

—Lo he pensado a menudo —coincidió Roger—. Debe de quitarle a uno el sueño. La descripción del tipo al que vio el portero ya debe estar en todas las comisarías del país, imagino que el superintendente la habrá enviado por teléfono nada más llegar a Scotland Yard. Las estaciones de tren están vigiladas, los puertos en estado de alerta y los policías de patrulla estarán atentos por si ven unos guantes de gamuza amarillos. Caramba, no me gustaría tener unos guantes de gamuza.

—¿Y cree que lo atraparán?

—Eso es diferente. No estoy tan seguro, si es mínimamente sensato, no lo creo. La descripción es demasiado vaga y puede aplicarse a demasiada gente. Cambie uno o dos detalles y tendrá a un hombre totalmente distinto. No —dijo solemnemente Roger—. No creo que vayan a capturarlo por la descripción. Pero aun así no me gustaría ser el dueño de esos guantes.

—Y gracias a usted tenemos sus huellas dactilares —señaló Pleydell con satisfacción.

—Eso también es cierto —admitió Roger.

Se quedaron hablando hasta la madrugada, pero el caso no avanzó ni un ápice.

## (16)

### Anne interviene

De hecho, en lo que a Roger se refiere, el caso no avanzó en varios días, Moresby se fue volviendo cada vez más reticente en sus respuestas. Al principio Roger se lo tomó con humor, luego se ofendió, después se enfadó y por fin se resignó, pero ninguno de esos estados de ánimo sirvió para que Moresby discutiera el asunto con la misma franqueza que al principio. Roger creía saber la razón y culpó amargamente al superintendente Green. La discrepancia que había anticipado se convirtió en un hecho.

No obstante, le permitieron acceder a una copia de los turistas ingleses de la Riviera en esas fechas cruciales y, en cuanto cayó en sus manos se la entregó a Pleydell, quien se dedicó a investigar a los actores que aparecían en ella. También le informó de que en esa lista no figuraban más amigos de lady Ursula que los que había en la suya. A Roger también le dejaron ver el informe de la policía francesa sobre la muerte de Montecarlo, aunque le dieron a entender sutilmente que no era tanto un derecho como un favor; en todo caso no le sirvió de nada. La policía francesa no había dudado de que se tratara de un suicidio, y al parecer seguía pensándolo; todo apuntaba a un suicidio y no veían motivos para sospechar lo contrario.

Sin duda, si el caso se consideraba por separado, la policía francesa tenía razón; como de costumbre, no había indicios de lucha, la muerte no tenía moratones en el cuerpo o las muñecas y la carta de despedida había sido mucho más explícita que las inglesas, estaba firmada y al parecer era muy convincente. Adjuntaron una copia y Roger tuvo que admitir que, aunque un poco vaga, era posible que fuese auténtica. En suma, la policía francesa no solo pensaba que se trataba de un caso de suicidio, sino que sugería con mucha delicadeza que tal vez lo fueran también las muertes producidas en Inglaterra (tenían el tacto suficiente para no escribir «probablemente») y añadían algunas observaciones muy útiles sobre las mujeres neuróticas y el poder de la sugestión.

—Mi artículo era mucho mejor, comentó disgustado Roger. En fin, no parece que vaya a sacar nada en limpio de esto.

Basado en el principio de responder al mal con el bien, Roger le habló a Moresby de la teoría de que el hombre a quien buscaban pudiera ser un actor. Moresby recibió la sugerencia con agradecimiento, pero echó a perder el efecto añadiendo que la idea ya se les había ocurrido al superintendente Green y a él.

—En tal caso, supongo que estarán investigándolo —observó Roger.

—Estamos investigando todas las posibilidades, señor Sheringham —respondió con mucha educación el inspector jefe, y se puso a charlar del tiempo.

—Al diablo con el tiempo —dijo Roger con mucha menos educación—, y al



diablo con usted, Moresby.

En otra ocasión, Roger quiso saber cómo iban las pesquisas sobre la nota de papel.

Moresby se mostró tan esquivo como siempre.

—Todavía no tenemos todos los informes, señor Sheringham —dijo.

—Bueno, ¿puedo ver los que ya tienen?

—Será mejor que espere; así podrá verlos todos juntos.

—¡Qué demonios!, dígame solo si han averiguado algo.

—Siempre he dicho que la nota nos permitiría desentrañar el caso, señor Sheringham —respondió con una radiante sonrisa el inspector jefe Moresby.

Roger se marchó muy enfadado.

Pero eso no le ofuscó lo más mínimo. Moresby había descubierto algo importante. Y no quería compartir la información con él. ¿Por qué? Debía de haber alguna razón aparte de los caprichos y preferencias del superintendente Green.

Fue a ver a sir Paul y le preguntó por qué le habían apartado de la investigación. ¿Acaso Scotland Yard le había ofrecido la zanahoria de colaborar con él solo para averiguar lo que sabía y, una vez descubierto, lo habían dejado de lado como un pañuelo usado?, preguntó con acaloramiento Roger.

—Ni muchísimo menos —replicó sir Paul con manifiesta incomodidad—. ¡Oh, no! ¡Dios mío, no debe pensar algo así!

—Entonces, ¿qué debo pensar? —quiso saber Roger.

Sir Paul se puso a la defensiva. Las investigaciones habían entrado en una fase muy delicada; los detectives oficiales habían creído mejor no decir nada de momento; el Ministerio del Interior se había mostrado de acuerdo; si a Sheringham no le importaba quedarse en segundo plano unos días...

A Sheringham le importaba, y mucho; pero comprendió que no unía otra posibilidad. Así que se quedó en segundo plano convertido en un personaje airado, pero impotente.

Una mañana, tres días después de su conversación para ser exactos, sonó el teléfono. Al responder, Roger oyó una voz femenina y soltó un gemido, pues las voces femeninas en su teléfono equivalían casi invariablemente a invitaciones a cenar, bailes u otra forma de tortura social, que Roger habría pagado por evitar, e implicaban la invención al instante de una excusa creíble.

—¡Hola! —dijo la voz femenina—. ¿Es usted, señor Sheringham?

—Sí —gimió Roger.

—Soy Anne Manners —dijo la voz.

Roger dejó de gimotear.

—¿Señorita Manners? ¡Dios mío! ¿Llama usted de Dorsetshire?

—No, desde Londres; estoy a quinientos metros de su apartamento, señor

Sheringham, ¿tiene usted algo que hacer esta mañana?

—Nada —respondió enseguida Roger, y era cierto.

—En fin, siento mucho molestarle, pero necesito verle. Lo cierto es que he venido a propósito a Londres para eso. ¿No podríamos quedar en algún sitio, tomar una taza de café y charlar un rato?

—Me encantaría —dijo Roger—. ¿Dónde le apetece?

Quedaron en verse al cabo de un cuarto de hora en el restaurante de unos grandes almacenes cerca de Piccadilly Circus (el lugar lo eligió Anne).

Roger era un soltero empedernido. Sabía muy poco de las mujeres y no sentía curiosidad; sus heroínas eran siempre el punto débil de sus libros; quedar con una chica en el restaurante de unos grandes almacenes no le pareció muy emocionante.

Pero, quince minutos más tarde, incluso él tuvo que admitir que ver a Anne Manners era muy agradable, aunque fuese en el restaurante de unos grandes almacenes que solo vendían artículos femeninos. Llevaba un abrigo entallado, una falda de color gris oscuro y un sombrero de fieltro gris sin adornos; parecía más diminuta que nunca en aquel enorme restaurante. Roger descubrió que le gustaban las mujeres menudas. Hacían que sintiera una grata sensación de superioridad masculina y le inspiraban mayor confianza en su capacidad de protegerlas.

Sin embargo, Anne Manners no parecía necesitar protección. En todo caso la habría necesitado Roger, pues en cuanto la camarera les sirvió el café y unas pastas. Anne procedió a atacar con vigorosa calma a su compañero.

—¿Por qué no me ha escrito para hablarme de Janet, señor Sheringham? —preguntó—. Prometió usted hacerlo.

Roger afrontó el ataque con valentía.

—Lo sé, debería haberlo hecho.

—Desde luego —insistió Anne con severidad.

—Estaba esperando a que se aclarasen ciertos detalles —prosiguió tímidamente Roger.

Anne dio un respingo.

—¡Ah! ¿De manera que ha averiguado usted algo?

—Al... alguna cosa, sí —balbució Roger. Iba a ser muy difícil. ¿Qué iba a decirle a aquella pobre chica? La verdad no. Al menos aún no.

—¿Qué? —le espetó Anne casi a bocajarro.

—Bueno, no mucho, ya sabe... Nada definitivo. Aún no hemos..., quiero decir que no he podido identificar al hombre que hay detrás de todo esto.

—¿O sea que hay un hombre?

—¡Oh, creo que sí! Al menos es lo más probable, ¿no le parece? Es decir..., en fin, siempre me ha parecido la explicación más probable. —Muy pocas veces Roger se había sentido tan incómodo y hay quien (sin ir más lejos, un tal Alexander

Grierson) habría disfrutado al verlo así. De haber estado presente en el restaurante de los almacenes en aquel momento, Alec habría considerado olvidados algunos antiguos agravios.

Anne miró a su interlocutor directamente a los ojos.

—No soy una niña, señor Sheringham —dijo, tamborileando impaciente con los delicados dedos sobre la mesa—. Por favor, no juegue conmigo de un modo tan pueril. Necesito que me lo diga usted directamente: ¿murió asesinada mi hermana?

Roger la miró boquiabierto. Había empleado aquel mismo método para coger a Moresby desprevenido, y ahora que lo habían utilizado contra él se quedó igual de perplejo.

—Pero... ¿cómo se le ha podido ocurrir semejante idea, señorita Manners? —dijo tratando de ganar tiempo.

—Pues sumando dos más dos —respondió con descaro Anne—. Además, no sé si sabe que circulan ciertos rumores...

—¿Ah, sí? —respondió Roger frunciendo el ceño—. ¿Quién se lo ha dicho? —preguntó tras recobrar la compostura.

—Esa chica, Moira Carruthers, la que vivía con Janet.

—¿Ah, sí? ¿Ha ido usted a verla?

—Estoy viviendo en su casa —repuso Anne.

—¡No me diga! ¡Dios mío! ¿Por qué?

Anne no respondió enseguida. Sus dedos siguieron tamborileando un rato, mientras daba la impresión de decidir qué camino seguir. Luego tomó aliento.

—Oiga, señor Sheringham —dijo en voz baja—, no está siendo usted sincero conmigo. Si alguien tiene derecho a saber la verdad de la muerte de mi hermana, soy yo. Y pienso averiguarla. Por esa razón he venido a Londres y he dejado a Mary a cargo de la casa, aunque apenas tiene dieciocho años cumplidos. Por favor, déjese de evasivas. Estoy convencida de que a Janet la asesinaron. ¿No es así?

—Sí —repuso sin más Roger—. Me temo que sí.

El rostro ovalado de la muchacha empalideció por un instante.

—Gracias —dijo mordiéndose el labio. Roger miró hacia otra parte para darle tiempo a dominarse—. Estaba segura —dijo tras una breve pausa—, pero le agradezco que haya sido sincero conmigo. ¿Han averiguado quién... la mató?

—No, todavía no. La policía lo está investigando, claro. Les he ayudado cuanto he podido.

—Entonces, las demás chicas ¿también murieron asesinadas?

—Eso me temo. ¿Lo sospechaba usted antes de salir de casa, señorita Manners?

—¡Oh, no! Pero sabía que usted tenía razón cuando dijo que debía de haber algo detrás de todo el asunto y, como no tuve noticias tuyas, vine a ver si podía averiguar de qué se trataba. Luego Moira me contó lo que se rumoreaba en el teatro, y sentí que

tenía que preguntarle a usted si era cierto.

—¿De modo que eso es lo que se rumorea en el teatro? —preguntó enseguida Roger.

—Creo que es lo que se rumorea en todas partes —replicó Anne con una triste sonrisita—. Excepto en los periódicos, aunque algunos lo han insinuado. Por supuesto, nadie en el teatro me ha dicho nada, pero Moira me lo contó porque pensaba que tenía que saberlo. A su manera, le tenía mucho cariño a Janet y tiene casi tanto interés como yo en que se aclare este horrible asunto y atrapen al asesino (si es que Janet murió asesinada).

—Sí —murmuró Roger—, es una buena persona, a su manera, como usted dice. Al principio, hizo todo lo que estaba en su mano por ayudarme, aunque no pude sacar nada en claro.

—Sí, me lo contó. Y creo que los demás, al menos el director del teatro, sospechan lo que quiero hacer, porque me contrató como corista en cuanto supo que era la hermana de Janet. Por suerte, una chica acababa de pedir un permiso por matrimonio y había una vacante, aunque normalmente se habría quedado hasta el final. Supongo que ella también lo imaginó.

—No me diga que es usted una de las coristas de *Thumbs Up!* —preguntó Roger perplejo y un poco desazonado. De todas las chicas del mundo, Anne Manners parecía la menos dotada para ser corista en una revista de segunda.

Anne asintió con la cabeza.

—Pienso meterme en los zapatos de Janet tanto dentro como fuera del escenario y ahí me quedaré hasta que atrapen al demonio que la mató.

—Pero..., pero ¿por qué?

—Porque siempre cabe la posibilidad de que pueda intentar atacarme a mí, y así averiguaré quién es. Es mi mayor esperanza. Quiero atraparlo yo misma. ¡Oh, señor Sheringham, ojalá lo consiguiera!

Su rostro casi siempre encantador exhibió la feroz expresión de una tigresa a punto de hacer pedazos a un cazador que hubiera disparado a uno de sus cachorros.

Roger sintió respeto por su ansia de venganza. No le convencía esa teoría lacrimógena de que uno no debería buscar venganza. También él deseaba vengarse de aquel bárbaro, aunque de forma muy impersonal, en nombre de la sociedad en general, y aplaudía aquel mismo sentimiento en otros que, como Anne y Pleydell, tenían más motivos. Y puesto que, cada uno a su modo, ambos parecían decididos a conseguirlo, si podía hacer algo por ayudarles tanto mejor.

Habló llevado por un impulso.

—¿Quiere que le diga cómo está el caso en este momento hasta donde yo sé?

—Sí, por favor —dijo Anne en voz baja como si tuviera derecho a saberlo, y de hecho Roger pensaba que lo tenía: ella y Pleydell y cualquier otro que tuviera que

vestir luto por aquel asunto. No tuvo el menor reparo en contárselo. El modo en que había actuado la policía le había dejado las manos libres; a partir de ahora tendría que trabajar en el caso de forma independiente y pediría ayuda a todo aquél que le pareciera conveniente. Ya se la había pedido a Pleydell; ahora se la pediría a Anne Manners.

Le informó brevemente del estado de la cuestión hasta el momento y de las esperanzas, oficiales y no, para el futuro. Ella solo le interrumpió una vez, cuando aludió a los tres sospechosos que habían aparecido en su lista y la de Pleydell.

—Conozco al señor Dunning y también un poco al señor Newsome —dijo—. Es imposible que haya sido ninguno de ellos. Y una vez me presentaron al señor Beverley, tampoco es nuestro hombre. No, no es ninguno de los tres.

—Justo lo que yo dije: si las posibilidades se reducen a esos tres es que seguimos una pista equivocada, estoy convencido de que no puede ser ninguno de ellos —coincidió Roger, y prosiguió con su resumen.

Cuando terminó, Anne se quedó pensando un momento con la barbilla apoyada en las manos. Por lo visto, nada de lo que le había contado la había cogido de sorpresa, pero quería asimilar lo que acababa de oír antes de tomar ninguna decisión.

—Mi intención al irme a vivir con Moira y ocupar el puesto de Janet en el teatro —dijo por fin muy despacio— era ofrecerme como una especie de cebo. Quería convertirme en una chica como las que parecen gustarle a ese tipo. Creo que seguiré con mi plan.

—Pero, señorita Manners —la interrumpió Roger—, podría exponerse a un grave peligro. No veo que...

—Solo que ahora —continuó Anne como si no le hubiera oído— me pondré también a su disposición. A sus órdenes, si lo prefiere. Coincido con usted en que Scotland Yard está atado de pies y manos y acabará fracasando, pero creo que entre usted, el señor Pleydell y yo, que no tenemos ningún tipo de ataduras, algo podremos hacer. En todo caso, vale la pena intentarlo.

—Pero... —volvió a empezar Roger.

—Usted estará al mando, claro, tal como ha hecho hasta ahora; estoy segura de que al señor Pleydell le parecerá bien. Y yo estaré disponible cuando me necesite. Tal vez tenga razón en lo del actor y, si entre ustedes dos consiguen reducir las sospechas hasta unas cuantas personas, podrán recurrir a mí para descartar a los últimos sospechosos.

—Pero, señorita Manners..., ¡qué demonios, Anne! No puedo permitir que...

—Lo que quiero decir es que divulgaremos disimuladamente entre los posibles sospechosos la información de que, en ciertos momentos del día (digamos a última hora de la mañana y de la tarde) estaré sola en el piso. Pediremos a Moira que salga y yo esperaré a que pique el anzuelo. Ya comprenderá que no me dejaré sorprender, por

lo que no correré ningún peligro. Y aunque sea así, ¿qué importa? No creo que haya nada que temer.

—Pero la responsabilidad...

—Usted estará siempre cerca. Podemos inventar un código de señales, o algo por el estilo. En fin, señor Sheringham, ¿se le ocurre un plan mejor? ¿Está de acuerdo en colaborar conmigo? Porque si no lo está, sencillamente lo haré por mi cuenta y será mucho más peligroso.

—Me pone en una posición muy difícil, Anne —dijo Roger un poco alterado.

—Es justo lo que pretendía —replicó con mucha calma Anne—. ¿Trato hecho? ¿Me deja entrar en su sociedad?

—¡Desde luego que sí! —exclamó Roger enviando al demonio todos sus escrúpulos—. Entre los tres seguiremos los métodos franceses y les daremos a esos tipos de Scotland Yard una buena lección.

(17)

## Una sociedad extraoficial

Antes de despedirse, Roger quedó con Anne en que volverían a verse a la hora del té y en que trataría de encontrar a Pleydell para que los dos nuevos miembros de su sociedad pudieran conocerse; pero el destino lo impidió como hace a veces en esos casos. Poco después de almorzar con Pleydell, de informarle de los nuevos acontecimientos y de garantizar su presencia a la hora del té, Roger se encontró mientras iban por Piccadilly con Anne y la señorita Carruthers, y le presentó a Pleydell a la primera allí mismo. Y puesto que la señorita Carruthers también estaba presente, no pudo por menos que presentárselo a ella también.

—Encantada de conocerlo —dijo lánguidamente la señorita Carruthers, con la respetuosa deferencia de una corista por un soltero joven y extremadamente rico—. ¡Imagínate! ¡Así que es usted el señor Pleydell!

—Y usted es la señorita Carruthers —respondió con galantería Pleydell—. La habría reconocido en cualquier parte.

—¿De verdad? —sonrió con afectación la señorita Carruthers, adoptando un aire increíblemente joven e inocente.

—Vaya, ¿ya se conocían? —preguntó Roger.

—No exactamente —murmuró la señorita Carruthers en tono señorial—. Pero he visto a menudo al señor Pleydell en el patio de butacas mientras ensayamos.

Pleydell asintió.

—Ya le dije que tengo intereses en el teatro —le explicó a Roger—. *Thumbs Up!*, es una de las obras en que estoy participando. Pero, por el amor de Dios, que no salga de aquí —añadió con una sonrisa— o mi reputación como hombre de negocios se arruinará para siempre. Ningún hombre de negocios que se precie invierte nunca en el teatro.

—Bueno, desde luego yo nunca habría imaginado que era usted ese mismo señor Pleydell —pestañeó la señorita Carruthers.

—Ni usted, ni el portero, ni la taquillera, ni siquiera el productor —se rio Pleydell—. Le aseguro que siempre que voy al teatro lo hago de incógnito. Ahora están ustedes en posesión de un gran secreto. Si los periódicos se enterasen de que he invertido en una revista teatral, me arruinaría en menos de veinticuatro horas.

—¡Jamás haría tal cosa! —dijo muy impresionada la señorita Carruthers.

Roger aprovechó aquella conversación para confirmar la cita con Anne, luego se despidieron de las dos jóvenes y siguieron su camino.

—Ahora —dijo Pleydell en cuanto estuvieron lo bastante lejos para que no pudieran oírle— comprenderá por qué la señorita Manners consiguió un papel en *Thumbs Up!* con tanta facilidad. Pero hablo muy en serio cuando digo que guardo un

absoluto secreto sobre mis intereses teatrales, así que sea buen chico y no se lo diga a nadie, ni siquiera en broma.

—Desde luego —asintió Roger—. Sí, he de admitir que me tenía un poco perplejo. Me pareció un poco raro cuando me lo contó. ¿De modo que dedujo usted cuáles eran sus planes?

—¡Oh, no! Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Pero recordé que me había contado usted que la familia estaba muy afectada y pensé que tal vez viniera huyendo de la presión familiar o en busca de un poco de consuelo, así que cuando me enteré de que la hermana de Unity Ransome había ido a pedir trabajo, les pedí que se lo dieran.

—¿Tanta influencia tiene usted en *Thumbs Up!*?

—Soy el principal inversor en esa dichosa obra —dijo con naturalidad Pleydell.

Roger se quedó tan impresionado como la señorita Carruthers. Si él hubiese sido el principal inversor en una revista londinense, aunque fuese de segunda fila, no lo habría dicho con tanta despreocupación. Invitó a Pleydell a un trago en prueba de su respeto. Los respetuosos pobres siempre están dispuestos a invitar a una copa a los ricos despreocupados.

Pero el dinero tiene otros usos aparte de ahorrarle a su dueño tener que pagar sus propias bebidas y esa misma tarde, a la hora del té, pudieron comprobarlo.

Sentados en torno a una discreta mesita en el hotel más elegante y por tanto más caro de Londres, los tres discutieron en voz baja su estrategia.

—Parecemos auténticos conspiradores —observó Anne con una de sus escasas sonrisas. Roger había puesto en antecedentes a Pleydell del papel que pretendía desempeñar Anne en su recién fundada sociedad así como de sus propios reparos, y, tras meditarlo cuidadosamente, Pleydell se había declarado a favor de su propuesta.

—Tengo que decir que considero muy improbable que conduzca a ningún resultado —dijo—, pero, en caso contrario, sería tan valioso que creo que vale la pena intentarlo. Y, si tomamos las debidas precauciones, no creo que la señorita Manners corra verdadero peligro.

—Ni el más mínimo —dijo escuetamente Anne—. No soy ninguna estúpida. —No añadió que, aunque el peligro hubiese sido enorme, no habría dudado ni un instante porque le habría parecido una cobardía y lo que más odiaba Anne en este mundo era a los cobardes y la cobardía.

—Y, por supuesto —añadió Pleydell con naturalidad—, me haré cargo de las precauciones que tomemos; desde el punto de vista financiero, quiero decir. Quisiera que eso quedara claro desde el primer momento: la cuestión financiera corre de mi cuenta. Dios sabe que es solo una pequeña ayuda, pero tengo la sensación de que es el mejor modo de colaborar.

Roger accedió y Anne no puso objeciones. Comprendieron claramente que la



fortuna de Pleydell sería una gran ventaja para su sociedad y que, gracias a ella, podrían conseguir cosas que, para cualquier otro que desafiase abiertamente a la policía, serían imposibles. Además, tal como Anne le dijo después a Roger, casi parecía una deferencia dejarle gastar todo el dinero que quisiera en perseguir al asesino de su prometida; por muy imperturbable que pareciera, era evidente que estaba consumiéndose por dentro y deseando hacer algo, y gastar dinero siempre es una válvula de escape incluso para los millonarios.

Pasaron a concretar los detalles.

Enseguida decidieron que las tardes eran el momento más indicado para su experimento, y escogieron el período entre las dos y media y las cuatro y media. Cada tarde, puntualmente a las dos y media, Moira saldría de casa del modo más evidente posible y Anne pasaría dos horas sola en el salón. Después se marcharía ella también, pues a partir de las cuatro y media no podían protegerla.

La cuestión de cómo protegerla fue menos fácil de decidir. La primera consideración, por supuesto, fue que el asesino no debía sospechar lo que se traían entre manos y que, si veía a Roger o a Pleydell entrar en la casa justo cuando salía la señorita Carruthers, todo se echaría a perder. Tampoco era muy práctico que el guardián tuviera que llegar muy pronto para que no lo vieran entrar si vigilaban la casa.

Al final, Pleydell solucionó la cuestión a lo grande. Alquilarían una habitación en la casa contigua y, si no había ninguna disponible, lo más cerca posible, y o Roger o él se apostarían en ella durante esas dos horas cruciales. Instalarían un timbre en la habitación con un botón debajo de la alfombra del salón de Anne, para que pudiera apretarlo con el pie sin alertar a su visitante en cuanto quedaran claras sus intenciones. El vigilante correría escaleras abajo, entraría en la casa, subiría por las escaleras (en total tardaría unos noventa segundos) y lo atraparía con las manos en la masa.

—Excelente —aprobó Roger—. Pero también debemos estar preparados para un ataque por sorpresa. Sugiero que la señorita Manners apriete el botón cada diez minutos para indicarnos que todo va bien, un toque breve y rápido. Así, si no recibimos la señal, sabremos que algo va mal.

—Sí, y para distinguir esos timbrazos de la verdadera señal de peligro podría hacer una llamada más larga y prolongada —añadió Anne con las mejillas sonrosadas al ver que por fin iban a pasar a la acción.

—Exacto —coincidió Pleydell—. Bueno, creo que eso es todo, ¿no?

—Sí, siempre que todo vaya bien. Pero ¿conseguiremos encontrar una habitación? —preguntó Roger.

—Déjelo de mi cuenta —respondió con seguridad Pleydell—. Conseguiré una habitación. —Y a Roger no le cupo la menor duda de que lo haría.

—¿Y si no nos permiten instalar el timbre entre las dos casas? —sugirió Anne.

—No tienen por qué enterarse —respondió tranquilamente Pleydell—. Déjenlo también de mi cuenta. Me ocuparé de que se haga en secreto. Supongo que el cable podrá instalarse por el tejado o la pared exterior. Y, por supuesto —añadió como si hubiera caído de pronto en algo tan evidente que no valiera la pena expresarlo en palabras—, si hay algún problema con los caseros, compraré las dos casas.

Nadie planteó más objeciones ante tan suprema omnipotencia.

—Bueno, ¿y cómo vamos a dar a conocer nuestra pequeña trampa a los sospechosos? —preguntó Roger—. Supongo que tendremos que incluir a George Dunning, aunque me parece bastante innecesario.

—Hay que incluirlos a todos —respondió Pleydell con firmeza—, independientemente de lo probables o improbables que puedan parecer.

—Sí, supongo que sí. En fin, ¿se encargará usted de Dunning? Usted lo conoce mejor que yo, claro. Se lo dejaré caer a Jerry Newsome, aunque me parece totalmente..., pero... Y a propósito, quisiera saber qué ha sido de él. No he vuelto a verle desde antes de la guerra. Me alegrará recuperar el contacto con él.

—Tengo entendido que vive en Londres —respondió Anne—. Por lo que sé, solo pasa en el campo unos meses en verano.

—Bueno, no creo que me cueste mucho encontrarle. Y preferiría que se encargase usted también de esa sabandija de Arnold Beverley, Pleydell.

—Me temo que no lo conozco.

—Lo haré yo, señor Sheringham —dijo Anne con una vaga sonrisa—. Ya le conté esta mañana que lo he visto una o dos veces. Es muy puntilloso respecto a la gente que frecuenta cuando está en el campo (por supuesto, los Beverley son los grandes señores de la región), pero supongo que en Londres no será tan quisquilloso. En cualquier caso, le enviaré unas líneas y le diré con el mayor descaro que estoy sola entre las dos y media y las cuatro y media, ¿qué le parece?

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo Roger—. Apenas le conozco, pero desde que me lo presentaron siempre procuro poner tierra de por medio. Y de todos modos no veo cómo iba a decirle que está usted dispuesta a recibir visitas a esas horas por si quiere aprovechar la ocasión.

—Muy bien. Por supuesto, si se llega a saber (y por lo que sé del señor Beverley siempre es posible) mi reputación estará arruinada para siempre, pero no me importa.

—Pues a mí sí —objetó Roger—. Sobre todo teniendo en cuenta que es totalmente innecesario en el caso de Beverley. A ese tipo lo hemos descartado desde el primer momento. Ni siquiera me he molestado en investigarlo o comprobar sus movimientos. Si hay alguien incapaz de cometer un asesinato cualquiera, y no digamos uno como éste, es Arnold Beverley. ¿De verdad cree que debemos preocuparnos por él, Pleydell?

—Debemos tener en cuenta a todo el mundo —replicó Pleydell con una sonrisa no del todo carente de tristeza—. Y, ya que hablamos de eso, tengo otros dos candidatos.

—¿Otros dos sospechosos? —preguntó ansioso Roger.

Pleydell asintió.

—Los dos únicos actores que hay en las listas de la Riviera. Aquí los tienen: sir James Bannister y Billy Burton.

Roger adoptó una expresión desolada.

—¿Solo estos dos? Dios mío. Puede que Bannister interpretara a algún asesino en sus buenos tiempos, pero hoy es demasiado famoso para un papel así. Y, en cuanto a Billy Burton..., bueno ¿por qué no Charlie Chaplin?

—Sin embargo, estoy convencido de que tanto los trágicos como los comediantes son humanos fuera del escenario —observó secamente Pleydell.

—Sinceramente, Pleydell, ¿los imagina en un papel así? Y no me venga con que también son humanos, ese salvaje al que buscamos no tiene nada de humano.

—Sinceramente no. Pero no quiero dárme las de psicólogo. Cualquiera de ellos podría tener pulsiones ocultas que le obligasen a hacer cosas que luego le dieran escalofríos..., igual que, según tengo entendido, las hay en todos nosotros, solo que unos las controlamos mejor que otros.

—En fin, supongo que habrá que decírselo como a los demás, aunque... No obstante, lo cierto es que ninguno de nuestros cinco sospechosos hasta la fecha parece cumplir los requisitos necesarios. Si el asesino es uno de ellos...

—Lo es —le interrumpió convencido e imperturbable Pleydell—. Tiene que serlo. Todas las pruebas lo indican.

—Bueno, sí lo es, será el más inesperado del siglo. ¿Quién informará a estos dos? Yo no los conozco.

—Yo me encargaré. Conozco de vista a Bannister y me las arreglaré para que me presenten a Burton.

—Gracias. Procuraré investigar sus movimientos en esas fechas. Eso me recuerda que tengo que ir a Scotland Yard y sonsacarle a Moresby lo que ha descubierto de los movimientos de los otros tres. Y también de ese operario... Ese tipo no acaba de gustarme. Espero que la policía haya podido localizarlo. ¿Se ha dado cuenta, Pleydell, de que aunque un actor encaja muy bien, también lo hace un operario? Uno deja entrar en su casa al fontanero o a un empleado de la compañía eléctrica sin necesidad de que nadie nos lo presente. Tal vez deberíamos seguir también esa pista.

Pleydell se encogió de hombros.

—¿Y cómo hacerlo? Debe de haber varios miles de fontaneros solo en Londres, por no hablar de los empleados de la compañía eléctrica y demás. Esa investigación nos desborda.

—Supongo que sí —se vio obligado a admitir Roger—. Pero no estoy tan seguro de que no sea ahí donde se esconde la verdad.

Pleydell se puso en pie y se excusó para marcharse. Se había quedado ya más de la cuenta y tenía una cita importante al cabo de un rato.

Roger y Anne se quedaron unos minutos más.

—Nunca había conocido a un judío que me cayera tan simpático —observó Anne.

—El judío de pura cepa como Pleydell —respondió Roger— suele ser un tipo excelente. Quienes han desprestigiado la raza son los judíos mestizos, las variedades rusa, polaca y alemana.

—Parece tan reservado e impasible como un inglés —murmuró Anne—. Creía que los judíos de pura cepa conservaban casi intacto su apasionamiento oriental.

Roger a punto estuvo de besarla por aquel modo un poco pedante de hablar que, después de un exceso de patronas y jóvenes modernas y argóticas, le pareció sencillamente encantador.

—Supongo que tiene que ver con la educación y con la siniestra influencia de los colegios privados ingleses —dijo con frivolidad, recordando una ocasión en que Pleydell no había sido ni reservado ni impasible.

—Y no parece que el dinero lo haya echado a perder —concluyó Anne—. Es raro, ¿no cree?

—Sí —coincidió Roger sintiéndose absurdamente celoso del objeto de aquellos halagos. Aunque ¿qué era Anne para él o él para Anne?

Luego la joven descubrió que apenas le quedaba tiempo para llegar a Sutherland Avenue a recoger un pañuelo limpio, o algo igual de innecesario, si no quería llegar tarde al teatro. La oferta de Roger de comprarle una docena de pañuelos por cada cuarto de hora que se quedara allí con él recibió la severa respuesta que era de esperar.

Roger pagó la cuenta y se marcharon.

Tras dejar a Anne en el metro, que ella insistió en coger pese a que Roger se ofreció a pagarle un taxi, el rechazado novelista se dirigió a su club para averiguar el paradero de Gerald Newsome. Cuando encontró la dirección en la guía de teléfonos eran ya más de las siete, y al llamar al número le informaron de que Newsome había salido y no volvería hasta más tarde. Dejó un recado para verse con él a la hora del almuerzo y volvió a casa a cenar.

Sin saber muy bien qué hacer después de la cena, se le ocurrió probar suerte esa misma noche en Scotland Yard además de a la mañana siguiente. Llamó por probar suerte y tuvo la fortuna de encontrar a Moresby. Sin el menor tacto obligó al inspector jefe a invitarle a regañadientes a pasar por allí.

Roger fue sin mayor dilación.

Para su sorpresa, Moresby le recibió casi con la misma cordialidad de siempre. A

las preguntas de Roger sobre los movimientos de los tres sospechosos en las fechas de los crímenes, Moresby respondió que, aunque los informes todavía no estaban completos, daba la impresión de que cualquiera de ellos podía ser culpable. No se había podido confirmar ninguna de las coartadas para el momento de la muerte de Janet Manners; cuando murió Elsie Benham, los tres decían haber estado acostados (y Roger recordó que los tres eran solteros), y dos de ellos carecían de una coartada convincente para el caso de Dorothy Fielder, el informe sobre el tercero no había llegado todavía.

Por lo que pudo sonsacarle al inspector, las posibilidades seguían equilibradas.

—¡Pues vaya! —dijo Roger desconfiando de la ingenua inocencia con que le había dado aquella información. Estaba convencido de que seguían ocultándole algo, pero también lo estaba de que el inspector jefe no le diría de qué se trataba.

Acto seguido le preguntó por el operario y el abogado que habían visitado el edificio una hora antes del asesinato.

Moresby respondió que no les había costado lo más mínimo localizar al operario y le dio todos los detalles; Roger dedujo que la policía no sospechaba de él. Ni tampoco del anciano caballero con pinta de abogado, que había salido del edificio media hora antes de que se cometiera el crimen. Habían localizado el taxi al que se subió, y el taxista había informado de que lo dejó en Piccadilly Circus, aparte de eso poco más habían averiguado. Seguía sin dilucidarse qué había ido a hacer al edificio y nadie decía haber recibido su visita o saber nada de él, aunque era posible que hubiese ido a ver a Dorothy Fielder, que, por supuesto, a esa hora aún estaba viva. En todo caso, la policía no le había concedido mucha importancia pues era imposible que tuviera nada que ver con el asesinato.

—¿Y qué hay del taxi que trasladó a nuestro verdadero sospechoso, el hombre de los guantes de gamuza? —preguntó Roger.

—¡Ah, sí! Lo localizamos con facilidad —respondió el inspector jefe—. Lo recogió en..., ¡déjeme ver!, una de esas calles de Piccadilly. Half Moon Street u otra parecida. Pero eso —añadió el inspector jefe sin darle importancia— no nos sirve de mucha ayuda.

—¿No? —dijo pensativo Roger.

El inspector jefe añadió unas cuantas observaciones sobre la dificultad de seguir los movimientos de cualquiera, incluso antes de que se enfríe su rastro.

«Bueno —dijo Roger para sus adentros al salir—. Está claro que Moresby sabe algo de crucial importancia y de lo que no quiere que me entere. Y, lo que es más, está convencido de haber resuelto el misterio, o de estar a punto de resolverlo, todo señala a la inminencia de un arresto. ¿Por qué estará nuestro amigo Moresby tan pagado de sí mismo?»

La respuesta a esa pregunta estaría en la mesa del desayuno de Roger cuando, a la

mañana siguiente, se presentara con un batín de color púrpura y un pijama de seda malva dispuesto a dar cuenta de sus huevos con beicon.

(18)

## Una detención inminente

La carta que Roger abrió como si tal cosa a la mañana siguiente y que empezó a leer mientras se servía café con una mano decía lo siguiente:

*Querido Roger:*

*¿Qué ha sido de ti todos estos años y por qué demonios no me has llamado? Y no preguntes por qué no te he llamado yo a ti, porque te lo he preguntado yo primero. Enhorabuena por tus libros y demás, aunque no sé qué habrá sido del público si te has convertido en un autor de éxito. Dios mío, cuando pienso en... Aunque supongo que a ti esas cosas ya te dan igual.*

*Bueno, en caso de que quieras saber por qué he quebrantado nuestro voto de silencio, te lo diré. He leído lo que escribes en The Courier y se me ha ocurrido que tal vez te gustaría participar en una cause célebre antes de la detención, porque, si no me equivoco, no tardará en producirse una y yo seré el detenido.*

*La verdad, amigo, es que me parece que estoy metido en un buen lío. No lo creerás, pero estoy convencido de que la policía va a detenerme acusado nada menos que de asesinato. Por una desdichada coincidencia, estoy implicado en ese caso sobre el que guardan un sospechoso silencio todos los periódicos (supongo que habrás oído rumores); una chica llamada Dorothy Fielder que se ahorcó con una media en su piso en Gray's Inn Road hace una semana, después de que otras, entre ellas lady Ursula Graeme, hicieran lo mismo. Pero seguro que ya lo sabes.*

*En resumidas cuentas, la policía parece convencida de que no lo hizo ella, sino que yo la asesiné. Estupendo, ¿verdad? No me lo han dicho con tantas palabras, pero es evidente que lo creen. En todo caso, me han tomado declaración y las huellas dactilares, me han interrogado media docena de veces ¡e incluso se han llevado muestras de mi papel de cartas! De hecho, me han preguntado por mis movimientos desde principios de febrero y no estoy del todo seguro de que no sospechen que las asesinara a todas.*

*En fin, todo el mundo sabe lo que hiciste en Wychford, e incluso yo, que sé cómo eres, tengo que admitir que fue un buen trabajo. A lo que me refiero es a si te importaría mucho echarme una mano y ayudar a librarme del patíbulo. Porque, dicho sea entre tú y yo, Roger, la verdad es que, por*

*muy anticuado que te parezca, jamás he asesinado a nadie.*

*En cualquier caso, si te apetece, llámame mañana cuando leas esto y te daré todos los detalles. Mi número es Hyde 1266. He hablado con mi abogado, claro, pero ya sabes cómo es esa gente.*

*Tuyo moriturus,*

*Jerry Newsome.*

—¡Dios mío! —exclamó Roger y corrió al teléfono—. ¿Eres tú, Jerry? —preguntó en cuanto consiguió línea—. Soy Roger. ¿Estás vestido? ¿Sí? Pues ven para acá enseguida. No, no vale la pena esperar al almuerzo. Supongo que me escribiste antes de que te dieran anoche mi recado, ¿no? Sí, nos hemos cruzado. Enseguida, en taxi, avión o como quieras, pero date prisa. ¡Muy bien! —Colgó el receptor.

Conque por eso ha estado tan esquivo el bueno de Moresby, pensó Roger engullendo el beicon y los huevos a toda velocidad. No me extraña, después de decirle que Jerry era un gran amigo mío. No quería levantar la liebre. Y la verdad es que me habría puesto en una situación muy incómoda. Pero ahora tengo las manos libres para hacer lo que mejor me parezca. Dios mío, ¿sería Jerry el tipo de los guantes de gamuza? Esto promete ser un buen embrollo.

Después de dar cuenta de su desayuno en un tiempo récord, Roger encendió la mejor pipa del día y justo en ese momento hicieron pasar a Gerald Newsome. Era un hombre robusto y proporcionado de la edad de Roger —que rondaba los treinta y tantos— y conservaba el aire vigoroso y saludable de su atlética juventud; su cabello oscuro empezaba a clarear por encima de las sienes y era tan rubicundo como un campesino. Le estrechó la mano a Roger con tanta fuerza que éste torció el gesto.

—Caramba, Jerry —dijo Roger, tras intercambiar los primeros saludos después de catorce años sin verse—, te has metido en un buen lío, ¿eh?

Newsome pareció deprimirse.

—Roger —dijo con franqueza—, estoy metido en un lío de mil demonios.

—Pues sí —coincidió Roger con idéntica sinceridad—. Solo sería peor si de verdad hubieses cometido esos asesinatos tan interesantes. Y no es así, ¿verdad?

—Por supuesto que no —sonrió Newsome—. Tengo mala memoria, pero no tanto.

—En fin, siéntate y cuéntamelo todo. A propósito, antes de nada debo decirte que has ido a dar con el hombre adecuado, Jerry. Llevo metido en este asunto desde el principio.

—¡Qué me dices! —comentó el señor Newsome.

Ambos se sentaron y Roger le explicó brevemente el papel que había representado en el caso y la situación en que se encontraba en ese momento.

—... y así se explica que me hayan estado dando esquinazo —concluyó—. Y



menos mal, porque así puedo actuar como mejor me parezca. Y me parece que lo primero que debemos hacer es demostrar que no eres el hombre a quien buscan.

—Pues lo vas a tener difícil —opinó apesadumbrado Newsome—. Lo malo es que estuve todo el tiempo en ese condenado edificio.

—No me digas que el tipo de los guantes de gamuza eras tú.

—Sí, maldita sea. Y al parecer incluso tienen una huella dactilar mía.

—Cuéntame exactamente lo que pasó —dijo Roger.

Gerald Newsome empezó su relato.

No tenía mucho que contar. Conocía a la muerta, pero solo de vista. Se la habían presentado en una fiesta y había charlado con ella en la calle en un par de ocasiones. Por eso le sorprendió tanto que le telefonara la mañana del asesinato a eso de las doce y media y le diera a entender, sin demasiada delicadeza, que le encantaría que la llevara a comer para hablar de esa «idea tan interesante».

—¿Qué idea? —preguntó Roger.

—¡Vete a saber! Solo te cuento lo que me dijo. No sabía nada de una idea interesante ni de Dorothy Fielder, pero ella parecía dar por supuesto que sí, por lo que me pareció mejor tener tacto y fingir que sabía de lo que hablaba y dije: «¡Oh, sí, claro!». O algo por el estilo.

—Comprendo —dijo Roger—. Continúa.

—El caso es que me pidió que pasara a recogerla a la una en punto y yo acepté. Y lo hice. Llamé al timbre tres o cuatro veces, pero no obtuve respuesta. Esperé en el rellano unos diez minutos, pero no se presentó, así que pensé que habría cambiado de planes sin avisar, como hace siempre la gente del teatro, y que ya no quería que la invitaran a comer a la una en punto. Así que me fui y ya está.

—¿Te fuiste? ¿A qué hora?

—Poco después de la una. Entre la una y diez y la una y cuarto, supongo.

—Y dejaste tu huella dactilar en el timbre.

—¡Ah! ¿Fue ahí donde la encontraron?

—Sí, y fui yo quien la encontró, maldita sea. Ojalá no hubiese sido tan listo. Es una prueba muy comprometedor. No podrás negar haber estado en el edificio esa mañana.

—Ni tampoco quiero hacerlo. Cuando me interrogaron le dije a la policía que había estado allí. ¿Por qué iba a negarlo?

—Eso mismo digo yo... —respondió Roger—. ¿Y cogiste un taxi nada más salir del edificio?

—No, estuve paseando por Holborn y almorcé en un restaurante.

—Pues eso debería servirte de coartada.

—Es lo que pensé. Pero la policía no parece estar de acuerdo. Ellos no me lo han dicho, claro, pero cuando les conté que llegué al restaurante a eso de la una y veinte,

o en todo caso no más tarde de la una y media, dijeron: «Sí, sí», como si me siguieran la corriente, que es otro modo de decir: «Mientes». Al menos es lo que me pareció.

—Lo comprobaré —dijo Roger y tomó nota.

—Lo cierto es que no me atendieron enseguida, había mucha gente. Es uno de esos sitios donde comen los hombres de negocios en Kingsway. No creo que el camarero esté dispuesto a jurar a qué hora llegué. Al fin y al cabo, no creo que se diera ni cuenta. Pero lo malo es que no me identificó en la rueda de reconocimiento.

—¡Ay, Dios!, ¿te han hecho participar en una?

—Eso me temo. En la comisaría de Gray's Inn Road. Me pusieron con otros siete tipos y el portero del edificio me reconoció en el acto. Igual que el taxista que me llevó allí, aunque a él le costó un poco más. Y, claro, el camarero no me reconoció.

—¡Uf!, quisiera saber por qué no te han detenido todavía. Supongo que les deben de quedar algunos cabos sueltos. Saben que se va a organizar un buen revuelo y no quieren correr riesgos. Y saben que no intentarás darte a la fuga.

—De nada me serviría intentarlo. Es como si ya me hubiesen detenido, estoy en una especie de libertad vigilada. Me siguen constantemente y hay un hombre instalado delante de mi casa. Seguro que ya hay uno abajo.

—Pues tanto peor para él. Supongo que harías una declaración, ¿no?

—Sí, me llamaron una o dos veces a Scotland Yard para interrogarme. Respondí a todas sus preguntas, por supuesto; pensé que lo mejor en cualquier caso es siempre decir la verdad.

—Desde luego —asintió Roger.

—La última vez me preguntaron si tenía alguna objeción en firmar una declaración que incluyera todo lo que les había contado. Les dije que no me importaba lo más mínimo. Me dieron un documento que hojeé por encima y todo parecía en regla, así que lo firmé.

—Ya. ¿Y el documento se refería solo al caso de Dorothy Fielder?

—No. Se refería a todas. Estoy convencido de que creen que las despaché a todas, Roger.

—Bueno, está claro que quienquiera que matara a Dorothy Fielder mató a las demás. Pero no veo qué pueden tener contra ti respecto a las otras. Eso debe de ser lo que les contiene. A propósito, ¿qué pasó con el papel de cartas?

—¡Oh!, parecían muy interesados. Solo Dios sabe por qué. Empleo uno gris azulado con mi dirección de Clarges Street...

—No será Princess Bond Superfine, ¿verdad?

—Sí, creo que se llama así o algo parecido, ¿por qué?

Roger gruñó.

—Solo otra desagradable coincidencia en tu contra. De acuerdo, continúa. ¿Qué más te preguntaron?

Newsome se ruborizó y se movió incómodo en su silla.

—Me hicieron un montón de preguntas impertinentes sobre Ursula Graeme —respondió con voz ronca.

—Era de esperar, claro, pero tú no la conocías de nada.

—Al contrario —dijo Newsome a regañadientes—. La conocía muy bien.

Roger estuvo a punto de dar un respingo.

—¿Ah, sí? Dios, Jerry, esto se pone cada vez peor.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. ¿Por qué demonios no iba a conocer a Ursula? Eso no significa que la asesinara, ¿o sí?

—No, claro que no. Pero... es un poco raro. Dime hasta qué punto la conocías y dame todos los detalles.

—De acuerdo, supongo que a estas alturas ya poco importa. La policía parece enterada de todo. Bueno, por decirlo brevemente, Ursula y yo fuimos muy buenos amigos hace un tiempo. Supongo que debimos de dar pie a muchos cotilleos. Viejas brujas propagando la feliz noticia de que íbamos a casarnos y demás. Hasta que apareció Pleydell, claro.

—¡Dios mío! ¿Y Pleydell te la quitó?

—¡No, hombre, no! Eso no son más que bobadas. Nunca habíamos hablado de matrimonio. Salíamos mucho juntos y ya está. No estábamos enamorados ni nada. Fui el primero en alegrarme de que Ursula se prometiera con un tipo tan decente como Pleydell, aunque tenga un poco de sangre judía. Es un tipo estupendo, aunque tal vez un poco frío para una chica tan animada como Ursula. No, todo lo contrario, yo llevaba meses diciéndole que no perdiera tiempo en prometerse o perdería la ocasión.

—Lo cual demuestra mucho tacto por tu parte —observó Roger—. No obstante, si tenías esa relación con ella, supongo que no había nada de cierto en los rumores, pero la policía debe de haberse enterado y me temo que van a tratar de ponerte las cosas muy difíciles.

—¡Oh, ya me las arreglaré! —dijo Newsome, aunque sin mucha convicción.

—Claro —coincidió jovial Roger—. Seguro que nos las arreglaremos para sacarte de este lío. Pero tenemos que actuar cuanto antes. Bueno, ya hemos hablado de los dos últimos casos. En el anterior, el de Elsie Benham, la supuesta actriz, el asesino pudo ser cualquiera. ¿Y qué hay de la primera asesinada en Inglaterra? ¿No tienes coartada para la tarde en que mataron a Unity Ransome?

—No sé lo que hice esa tarde. ¿Cómo quieres que me acuerde? Apenas hacía una semana que había vuelto a Londres, es lo único que recuerdo. Pues claro que no tengo coartada.

Siguieron hablando. Roger le hizo cuantas preguntas se le ocurrieron, pero ya habían hablado de lo principal y no se les ocurrió nada nuevo. Newsome, a pesar de

sus esfuerzos por aparentar indiferencia, estaba muy preocupado y Roger le presionó para que se quedara a comer y aguardase el resultado de una visita que pensaba hacer cuanto antes a Scotland Yard, pues tuvo la sensación de que el mejor tónico que podía prescribir era un cambio de aires y un poco de camaradería.

Newsome aceptó en el acto y Roger fue a ponerse ropa más apropiada para una visita a Scotland Yard.

Media hora después estaba solicitando audiencia para ver a Moresby.

El inspector jefe le recibió con una especie de sonrisa avergonzada.

—Imaginaba que vendría usted, señor Sheringham —dijo—. Hace casi una hora que le espero.

—Sí. Supongo que su hombre le habrá telefoneado para advertirle de que estaba en el Albany. Bueno, inspector, ¿no tiene nada que decirme?

—Sabía que lo descubriría antes o después, señor Sheringham —dijo Moresby como un penitente que no estuviera muy arrepentido—, pero teníamos que mantenerle al margen el mayor tiempo posible. No queríamos que advirtiese usted a su amigo, pues eso habría entorpecido mucho la investigación.

—Está usted perdonado —dijo Roger con magnanimidad—. Supongo que no servirá de nada decirle que se equivocan de hombre, ¿verdad?

Moresby movió la cabeza.

—Temía que dijera eso, señor Sheringham. Ojalá fuese cierto, pues no parece encajar, como si duda habrá venido a decirme.

—Algo por el estilo —admitió Roger.

—Y reconocerá que le estamos dando muchas oportunidades. Con las pruebas que tenemos podíamos haberle detenido hace días, pero estamos violando algunas normas para estar totalmente seguros. No crea que quiero cargarle el mochuelo, Sheringham. Es un hombre agradable y un auténtico caballero y admito que casi parece imposible. ¡Pero fíjese en las pruebas! ¿Cómo no darles crédito?

—Sí, lo sé. En fin, demuestra usted tener mejores sentimientos de lo que imaginaba, y en correspondencia admitiré que las pruebas parecen irrefutables. De hecho lo son.

Roger se sentó en la esquina de la mesa del inspector jefe y se puso a balancear el pie con aire pensativo.

—No sé lo que habrá averiguado, señor Sheringham —prosiguió el inspector jefe desplomándose en su silla—, pero ahora que se ha destapado el pastel no tengo inconveniente en decirle todo lo que sabemos. Y, si puede usted demostrar que su amigo no es culpable y otro hombre sí, seré el primero en alegrarme.

—Moresby —dijo Roger—, es usted muy poco profesional. ¿Es que no ha leído novelas? Debería saber que ningún detective de Scotland Yard quiere que se escape su víctima. Bueno, ¿le importa exponerme las pruebas?

Así lo hizo Moresby y su relato siguió precisamente las líneas que había imaginado Roger. En ausencia de ningún otro desconocido en el edificio en el momento de la muerte de Dorothy Fielder, a excepción del operario cuya coartada era intachable, Newsome debía ser el asesino, tanto por eliminación como por las pruebas proporcionadas por el taxista y el portero que lo relacionaban directamente con aquel piso; la coartada que había dado no se tenía en pie, el camarero no podía jurar que hubiera llegado antes de las dos menos cuarto, y el forense había dicho que la muerte podía haber ocurrido a la una y cuarto. En lo tocante al caso Fielder, Newsome no tenía dónde agarrarse.

El caso Graeme era casi igual de concluyente y había además un móvil. Lady Ursula había dejado a Newsome por otro hombre: ¿cuántos asesinatos se habían cometido por ese motivo? —«Ya sabe, si no ha de ser mía, no será de nadie», explicó el inspector jefe—. Por si fuera poco, el único de los tres sospechosos que utilizaba aquel papel de carta era Newsome; y la policía podía demostrar que la nota que supuestamente había dejado lady Ursula en realidad la había escrito el propio Newsome un día antes de su muerte.

—¡Ah! —exclamó Roger—. No lo sabía. Qué interesante. ¿Y cómo van a probarlo?

En fin, admitió el inspector jefe, la prueba no era del todo concluyente, pero casi. El mayordomo de Newsome había declarado que lady Ursula iba con frecuencia a tomar el té, pero que después de su compromiso fue mucho más raramente. La tarde del día anterior a su fallecimiento, no obstante, llamó al timbre y le explicó al mayordomo que su perro, un sealyham blanco, se le había escapado de entre los brazos y había echado a correr hacia la calle, donde, aparte de estar a punto de morir atropellado varias veces, se había ensuciado de barro, y le preguntó si podía lavarlo en el cuarto de baño.

—Tengo la impresión —dijo el inspector jefe— de que cuando lady Ursula pedía permiso para algo era como si ya tuviera decidido hacerlo. En cualquier caso, no prestó atención a las objeciones del mayordomo, si es que puso alguna, entró directamente en el baño y lavó al perro. El mayordomo protestó un poco al ver lo sucio que lo estaba dejando todo, pero ella se burló y dijo que dejaría una nota para explicarle a Newsome que no había sido él quien había lavado a un perro en el baño de su amo.

—¡Ah! —dijo Roger, que había estado escuchando con gran interés.

—Pues bien —prosiguió Moresby—, el caso es que dejó la nota en el salón de Newsome, y el mayordomo recuerda haberla visto allí. Incluso ha testificado que la que dejó es la misma que le hemos enseñado. En cambio Newsome jura no haberla visto antes. Afirma que, si se la dejó, él no la recibió. ¿Qué me dice de eso, señor Sheringham?

—Voy a dar por sentado que Newsome dice la verdad, Moresby —respondió muy serio Roger—, y que si los hechos no encajan con lo que ha declarado, son ellos los que fallan. Lo que significa que todavía no los conocemos.

—¡Hum! —El inspector jefe se esforzó por no parecer escéptico, pues era un hombre sensible y vio que Roger estaba muy preocupado, pero no tuvo mucho éxito—. En fin, espero que averigüe usted más cosas, señor Sheringham —añadió con educación.

—¿Cuándo piensan detener a Newsome? —preguntó de pronto Roger.

—Eso depende. No estará pensando en escapar, ¿verdad? Ha adquirido usted una responsabilidad, Sheringham, y tendrá que responder por él.

—Me parece bien. No, no tratará de escapar.

—Entonces le diré lo que haremos: íbamos a detenerle hoy mismo, pero si me da usted su palabra de que estará a nuestra disposición, por así decirlo, y de que no saldrá de Londres bajo ningún concepto, lo retrasaré hasta pasado mañana para darle a usted una última oportunidad, señor Sheringham. Por mucho que fuerce las cosas, no puedo hacer más.

—Cuarenta y ocho horas para probar la inocencia de Jerry —murmuró Roger—. ¡Dios mío! De acuerdo, Moresby. Gracias. Trato hecho.

## (19)

### El señor Sheringham se afana

Moresby hizo prometer a Roger que la inminente detención de Newsome seguiría siendo un secreto entre los dos y no puso objeciones a que informara al propio Newsome dado que ya debía de suponérselo y no tenía sentido seguir ocultándoselo, pero no debía saberlo nadie más. Roger prometió guardar silencio, aunque eso significaba que no podría contárselo a sus dos socios, y comprometió su palabra también en nombre de Newsome.

En el taxi, camino del Albany, se esforzó por identificar el problema. Si tenía que establecer la inocencia de Newsome en dos raquíuticos días, tendría que ponerse manos a la obra cuanto antes, pero ¿por dónde empezar? No veía ningún punto de apoyo desde el que iniciar sus pesquisas. ¿El mayordomo y la nota, tal vez? Era el único hecho novedoso que había salido a la luz.

Lo primero que hizo al llegar a sus habitaciones fue telefonar a Pleydell. Sin traicionar su promesa, le informó de que de un momento a otro podían producirse acontecimientos de crucial importancia, por lo que era esencial que pusieran en práctica cuanto antes lo acordado el día anterior. Pleydell respondió que todo estaba arreglado, que lo dispondría para empezar esa misma tarde y que ya había informado a los sospechosos que le habían asignado. Cuando Roger le preguntó sorprendido cómo iba a hacerlo, si ya eran más de las once, le respondió lacónico que si decía que lo haría era que lo haría. Roger aceptó su respuesta y le preguntó si le importaría montar guardia esa tarde, pues él tenía otras ocupaciones. Pleydell respondió que para él sería un placer.

—Caramba, a este hombre no se le caerá la casa encima —comentó Roger al colgar el auricular.

—¿A Pleydell? —preguntó Newsome—. ¿De qué estabais hablando?

Roger le explicó lo de la sociedad que habían formado y los planes que tenían.

—Creo que deberíamos llamarla la Liga para la Defensa de Jerry Newsome —concluyó—. Por cierto, no debes decirle a nadie lo que vamos a hacer, y menos a la policía.

—Pero, por el amor de Dios, ¿hay alguna esperanza de que consigáis algún resultado?

—Yo diría que solo una lejanísima —respondió ecuánime Roger—. Si ese tipo se presenta será que es deficiente en más de un sentido y estoy seguro de que no es así. Pero, por pequeña que sea, no deja de ser una esperanza, y no veo ninguna en nuestros otros planes, por lo que al menos debemos probar suerte.

—Me apetece volver a ver a esa chica —observó Newsome—. ¡Anne Manners! ¿Quién iba a decirlo? Debe de tener muchas agallas.

—Es la chica más menuda y con el corazón más grande que he conocido —afirmó Roger con un apasionamiento inusitado—. Pienso convertirla en la heroína de mi próximo libro.

—¡Pobre chica! —comentó el señor Newsome a quien al parecer ni siquiera una detención inminente podía inspirar el menor respeto por el talento literario de su amigo de la infancia—. ¿Qué ha hecho para merecer semejante castigo?

Roger pasó por alto aquel chascarrillo.

—Déjate de bromas y dime: ¿te preguntó la policía por una nota que supuestamente te dejó lady Ursula el día antes de que la mataran?

—Sí, algo dijeron, pero no sabían lo que decían. No me dejó ninguna. Johnson (mi mayordomo) me contó que pasó por casa para lavar a su perro o no sé qué despropósito, pero...

—Vamos —le interrumpió Roger—. No tenemos tiempo que perder.

—¿Adónde vamos?

—A tener unas palabras con Johnson.

Salieron corriendo.

Johnson resultó ser un hombrecillo reseco de dientes prominentes que sentía devoción por su amo y muy poco aprecio por la policía. Al cabo de tres minutos de hablar con él, Roger empezó a comprender lo mucho que debía de haberles costado sacarle aquella información.

Sin embargo, su historia no podía ser más sencilla. Lady Ursula había dejado la nota. Johnson la había visto con sus propios ojos cuando ella entró en el dormitorio del señor Newsome para acicalarse un poco después de lavar al perro (estaba claro que las convenciones no significaban nada en la vida de lady Ursula). Sin duda era la misma nota que había encontrado la policía. Johnson no tenía ni idea de que su amo no la hubiera recibido o no habría dicho nada.

—¿Así que la dejó sin más sobre la mesa? —preguntó Roger—. ¿Sin doblarla ni meterla en ningún sobre?

—Eso es, señor, la dejó sin más sobre la mesa.

Ni que decir tiene que Johnson no la habría leído de haber sabido de qué se trataba, pero al verla allí, pensó que era algo del señor Newsome y cuando fue a recogerla reconoció la letra de lady Ursula.

—¿Qué había escrito en la parte de arriba? —preguntó Roger—. ¿Algún nombre o algo por el estilo?

—Que yo recuerde, la palabra «Jerry», señor —replicó Johnson con aire avergonzado, como si se disculpara por haber pronunciado aquel hipocorístico.

—Comprendo. Veamos, ¿vino alguien después de que se marchase lady Ursula y llegara el señor Newsome?

—No, señor —replicó Johnson con decisión.



—¿Nadie? Entonces, ¿cómo desapareció la nota?

—No lo sé, señor. No estoy seguro. Sé que la dejé aquí. Solo se me ocurre que el señor Newsome no la viera y que al día siguiente la tirase sin darme cuenta.

—¿Y que ninguno de los dos reparase en ella? No, eso no tiene sentido. Veamos, esto es muy importante, así que haga un esfuerzo y rebusque en su memoria. ¿Está usted seguro de que esa tarde no entró aquí nadie más?

—Totalmente, señor. Verá, yo mismo me fui poco después de marcharse lady Ursula. Lo recuerdo muy bien. El señor Newsome no iba a volver hasta más tarde y tuvo la amabilidad de decirme que no me quedara en casa si me apetecía salir a tomar un poco el aire. No volví hasta después de las seis.

—¿Y qué estuvo usted haciendo? —preguntó con brusquedad Roger.

Johnson pareció un poco picado.

—Fui al cine a ver una película, señor —replicó con dignidad.

Roger no quiso hacer comentarios sobre lo que entendía el mayordomo por salir tomar el aire.

—En fin, menudo misterio —dijo—. Estoy convencido de que alguien se hizo de algún modo con la carta. ¿Tiene el portero llave del piso?

—No, señor. Pero, ya que lo pregunta, le diré que nos falta una llave. Siempre habíamos tenido tres y ahora solo nos quedan la del señor Newsome y la mía. La de recambio se ha perdido.

—¿Cuándo se perdió?

—¡Oh!, hace ya varios meses. Pero no creo que tenga mucha importancia, señor. —Johnson volvió a parecer avergonzado—. El señor Newsome siempre pierde las cosas, espero que no le moleste que lo diga.

—Johnson está tratando de decirte educadamente que fui yo quien la perdí —serio Newsome—. Era mi llave y me la robaron del bolsillo. No solo perdí la llave sino también la cartera, con un montón de billetes. No tiene mayor importancia.

Roger asintió.

—Gracias, Johnson. Eso es todo.

Cuando estuvieron solos se volvió hacia Newsome.

—Qué cosa tan rara. Es imposible que ninguno de los dos reparaseis en la nota. ¿Es Johnson totalmente de fiar?

—Totalmente —respondió airado Newsome—. Lleva en nuestra familia desde niño.

—En fin, al menos nos ha dicho algo interesante —murmuró Roger—. Ya has oído que la nota no estaba en un sobre. Sin embargo, cuando la encontramos, alguien la había doblado.

—¿No sería el tipo que la cogió?

—Sí, claro. Pero lo más interesante es el modo en que la doblaron. No es que nos

sirva de mucha ayuda, y me temo que no interesará a la policía; aunque es un punto a tu favor, pero dejémoslo por ahora. Tengo que ir a Maida Vale a advertir a Anne Manners de que empezaremos esta tarde.

—Te acompañaré —dijo enseguida Newsome.

—Claro —asintió Roger—, y puedes traerte también al tipo ése que te anda siguiendo.

Salieron a la calle y Newsome miró a uno y otro lado.

—Vaya —dijo—. El tipo ha desaparecido.

Roger echó un vistazo. No se veía un alma.

—Caramba —exclamó—, no se puede negar que Moresby cumple sus promesas.

Anne y la señorita Carruthers los recibieron con amabilidad y Newsome aprovechó la oportunidad para renovar su leve amistad con la primera. Roger, en cambio, no se anduvo con tantos preámbulos, no estaba muy seguro de lo que debía hacer, pero sabía que tenían que actuar cuanto antes. Además Newsome podía quedarse allí. Por lo visto no tenía mucho más que contar y aquel lugar aún sería mejor para su moral que el piso de Roger.

Con el pretexto de despedirse, Roger llevó a Anne al rellano, cerró firmemente la puerta del salón y le informó de que empezarían esa misma tarde.

A Anne le brillaron los ojos.

—¡Cuánto me alegro! —dijo—. Los obreros vinieron a primera hora y tenía la esperanza de poder empezar hoy. Le dije al casero que eran los fontaneros que venían a revisar los desagües y pareció tan aliviado al ver que no tenía que pagarles él que no dijo ni una palabra. Vive en la planta baja.

—¿Y no está usted asustada, Anne? —preguntó Roger.

—No tendré tiempo de estarlo; estaré demasiado ansiosa por atraparle. Pero ¿le he dado permiso para llamarme Anne?

—¿No lo ha hecho? ¡Qué olvidadiza! Pero se lo advierto, siempre llamo a mis cómplices por su nombre de pila. Y a las chicas de menos de veintiún años también.

—Buenos días, señor Sheringham —dijo Anne, y dio un paso en dirección a la puerta.

—¡Oh!, y a propósito, Anne —respondió enseguida Roger—. Sea amable con mi buen amigo Jerry, ¿quiere?

—Seré educada. Aunque espero que no haya olvidado usted que está en nuestra lista de sospechosos.

—Ya no. Pero no se lo diga a nadie, ni siquiera a Pleydell. Es un secreto crucial. Entre nosotros, Anne (y esto es altamente confidencial), no es el hombre que buscamos, aunque las pruebas apuntan a que lo es.

—¿Quiere usted decir que lo busca la policía? —preguntó Anne con los ojos abiertos como platos.

—Si no es así —replicó Roger con una evasiva—, es que están incumpliendo con su obligación. Se encuentra en una situación muy delicada. Y, a propósito, le he puesto al tanto de nuestros planes.

Anne pareció dudar.

—¿Le parece prudente, señor Sheringham?

—¿Puedo permitirme recordarle, Anne Manners —replicó muy digno Roger—, que estoy a cargo de esta investigación? Manos a la obra, jovencita. Pasaré a las cuatro y media para comprobar que sigue usted con vida. Hasta entonces, *au revoir*.

Mientras bajaba las escaleras Roger miró su reloj. Eran justo las doce y media. Haría una visita a Gray's Inn Road antes del almuerzo.

Roger estaba convencido de que la única forma de exculpar a Newsome era averiguar quién había cometido verdaderamente los asesinatos; en vista de la acumulación de pruebas, no bastaría con ninguna otra cosa. Además, ¿qué otro modo había de probar que Newsome no era culpable? De momento, los hechos demostraban de forma casi concluyente que lo era. Incluso en el caso de Janet Manners había una conexión.

Pero si Gerald Newsome no había matado a Dorothy Fielder, ¿quién lo había hecho? El operario estaba libre de sospecha, el anciano caballero con pinta de abogado no se encontraba en el edificio. La única posibilidad era que el verdadero asesino hubiese llegado después de que el portero se fuese a almorzar a eso de la una. Pero Jerry había llamado a la una en punto y no había obtenido respuesta.

Sentado en su taxi, Roger trató de analizar aquel punto en particular. Dorothy Fielder le había pedido, casi con descaro, que la invitara a comer. ¿Sería posible que, de haber podido hacerlo, no hubiera respondido al timbre sabiendo por la hora que debía ser él? Sin duda no. O sea que no había podido hacerlo. ¿Por qué no? Dando por sentado que no había cambiado de opinión, la única respuesta parecía ser que se lo habían impedido a la fuerza. Sin embargo, nadie podía habérselo impedido porque el asesino no había llegado antes de la una; eso estaba claro.

—¡Demonios! —dijo Roger encendiendo un cigarrillo.

Pero ¿estaba lo suficientemente claro? Quedaba el lapso de tiempo entre las once, cuando salió la otra chica, Zelma Deeping, y las doce, cuando el portero empezó a vigilar la puerta. ¿Sería posible que el asesino hubiese llegado durante ese rato? En tal caso, debía de haber estado en el piso hasta después de la muerte de la chica a eso de la una y media. ¿Por qué, si ése había sido el caso, había tardado tanto en matarla? ¿Acaso sabía que el conserje no estaría en la puerta entre la una y las dos y que en ese momento podría salir sin que nadie lo viera? Roger pensó que era una idea muy interesante, que indicaba que el asesino estaba muy familiarizado con los horarios del edificio, en otras palabras que conocía muy bien a la propia Dorothy Fielder. ¿Cómo encajaba eso con la teoría de Pleydell de que podía tratarse de un actor?

Perfectamente. Pero entonces uno se topaba otra vez con sir James Bannister y Billy Burton y ni el elegante sir James ni el esbelto y mercurial humorista conocido por su público como Billy Burton podían ser el hombre a quien estaban buscando. ¡Maldita sea!

Pero ¿de verdad eran solo ellos los posibles sospechosos? ¿Debía el asesino haber estado en Montecarlo cuando se produjo la primera muerte? ¿No sería posible (y Roger dio un respingo) que la muerte de Montecarlo fuese un auténtico suicidio que hubiera excitado la imaginación de un sádico asesino que se había sentido obligado a seguir haciendo lo mismo? Era una idea.

Mientras le daba vueltas y más vueltas llegó a las puertas del edificio.

Decidió meditar más tarde aquella nueva posibilidad y fue a buscar al portero.

—Buenos días —dijo muy animado—. Supongo que me recordará. Estuve aquí con la policía el jueves pasado a propósito de la muerte de la señorita Fielder en el apartamento número seis.

—¡Oh, sí, señor! —murmuró el portero.

—Hay una o dos cosas que me gustaría preguntarle —prosiguió Roger con autoridad—. Por lo que nos ha contado, parece evidente que el asesino debió de llegar después de la una o antes de las doce. ¿Hay algún modo de averiguar quién entró en el edificio entre la hora en que salió la señorita Deeping, poco después de las once, y antes de las doce?

El portero negó con la cabeza.

—No, señor, me temo que no. Cualquiera podría haber entrado sin que nadie se diera cuenta.

—Comprendo. Es una lástima. Y dígame, suponiendo que el asesino entrara en el edificio entre las once y las doce, pero por algún motivo no quisiera entrar en el piso hasta mucho después, ¿hay algún sitio donde pudiera ocultarse? Digamos un armario, un desván o algo por el estilo.

Una vez más el portero movió la cabeza.

—No, señor. En las escaleras no hay nada, ni armarios ni nada parecido. A menos que se ocultara en otro apartamento, no se me ocurre cómo podría haber pasado inadvertido en el interior del edificio.

—¡Ah! —dijo pensativo Roger—. Sí, no se me había ocurrido... Oiga, necesito una lista de los nombres y profesiones de los demás inquilinos. Vaya diciéndomelos que yo tomaré nota. Usted vive en el número 1. ¿Quién vive en el número 2...? —El portero le proporcionó la información que quería—. Veo que se alojan aquí muchos artistas del mundo del teatro.

—Hay artistas y artistas —respondió sombrío el conserje—. Quiero decir que los hay que dicen que están en el teatro porque de verdad lo están, y quienes lo dicen porque algo tienen que decir.

—En otras palabras «supuestas actrices», pero no irá usted a decirme que aquí hay muchas de éstas.

—En un sitio tan grande hay gente de todo tipo —respondió el portero con aire de resignación.

—Pero ¿no es muy estricto el casero?

—Bueno, lo es, sí..., pero no siempre es tan fácil. Me refiero a que si es una señora como la del número 7, que solo tiene... En fin, a lo que me refiero es a que...

—dijo el portero dejando de esforzarse por envolver los hechos en circunloquios y explicando sin más a lo que se refería.

—Vaya, vaya —respondió Roger—. Supongo que sería indiscreto por mi parte preguntar más...

—Me pagan para tener la boca cerrada, señor —replicó el conserje con elocuencia.

Roger, que no tenía intención de pagarle para que volviera a abrirla para sonsacarle información puramente escandalosa, esbozó una sonrisa no menos elocuente y siguió con su lista.

(20)

## Alarmas y excursiones

Cuando Roger llegó al Albany, diez minutos tarde para el almuerzo, llevaba la lista en el bolsillo, pero eso no significa que supiera lo que iba a hacer con ella. Investigar personalmente las circunstancias de las veintitantas personas cuyos nombres aparecían en ella le costaría mucho más tiempo del que disponía; sin embargo, no estaba seguro de que no valiera la pena llevar a cabo dicha investigación. El caso era tan turbio que no debía pasarse por alto ningún modo posible de arrojar un poco de luz en él, y, por improbable que pudiera parecer, ¿quién sabe si la clave que estaba buscando no se hallaría en el interior del edificio en lugar de en el exterior?

Al terminar de comer ya había tomado una decisión. La policía, sin duda, sabría algo de los demás inquilinos, pero la línea de investigación que habrían seguido no sería la que habría deseado Roger, por lo que llevaría la lista a una agencia de detectives y les encargaría que hicieran un informe sin reparar en gastos en menos de treinta y seis horas. Justo después de comer telefoneó a Scotland Yard, obtuvo el nombre de una agencia dirigida por un exinspector jefe del departamento de investigación criminal y se apresuró a poner el asunto en sus manos. Le aseguraron que averiguarían a tiempo todo lo que quería (y se aseguró de especificarlo bien claro).

Su siguiente movimiento ya lo había planeado. Obviamente debía hacerle una visita a la señorita Zelma Deeping. Conocía su dirección temporal. Una vez más, llamó a un taxi (Roger tenía la sensación de no haberse ocupado nunca de un caso tan oneroso) y pidió que le llevara a Hampstead.

La señorita Deeping, a quien no había conocido aún, era una joven vivaracha y morena de unos veintiocho años. A Roger no le costó mucho tirarle de la lengua. Enseguida le dijo con franqueza que estaba dispuesta a hablar con él un año entero con tal de ayudar a atrapar al hombre que había asesinado a Dorothy. (Roger reparó en que utilizó el verbo «asesinar». Era evidente que la señorita Deeping no tenía la menor duda respecto a cómo había muerto su amiga). Sin andarse con rodeos, procedió a preguntarle lo que quería.

—¿Cómo iba vestida la señorita Fielder cuando usted se marchó?

—De ningún modo —replicó sin dudarle la señorita Deeping—. Estaba en la bañera.

—¡Ah! Así que es posible que no llegara a vestirse del todo esa mañana...

—Yo diría que sí. Era lo que llamábamos una «mañana perezosa». Lo hacíamos a veces cuando estábamos muy cansadas, nos dolía la cabeza o algo por el estilo. La perezosa se quedaba en la cama y la otra le servía el desayuno, luego se levantaba cuando le apetecía, se daba un baño y no hacía nada hasta la hora de comer.

Zelma Deeping se esforzaba en hablar en tono desenfadado, pero la voz le temblaba de vez en cuando y una vez se secó disimuladamente los ojos.

—Comprendo —dijo Roger, quien, aterrado de que pudiera echarse a llorar, adoptó un tono brusco y profesional—. ¿Cree usted probable que llevara puesta solo la ropa interior y una bata por encima (imagino que la que había sobre la silla) cuando dejó entrar al asesino?

—Sí —respondió la señorita Deeping—, supongo que sí...

Parecía albergar ciertas dudas.

—¿Por qué no está usted segura? —preguntó enseguida Roger.

—Bueno..., es que no me parece típico de Dorothy que dejara entrar a alguien llevando solo una bata. No éramos lo que puede llamarse dos chicas convencionales, pero en el teatro, cuando se sobrepasan ciertos límites, una se arriesga a echar a perder su reputación, tanto si ha hecho algo por merecerlo como si no. Dorothy y yo siempre andábamos con cuidado. No me refiero a que fuésemos tan mojigatas que no pudiéramos invitar a un hombre a tomar una taza de té si la otra no estaba en casa, pero me extraña que Dorothy recibiera a un hombre por la mañana vestida únicamente con un batín.

—Entonces, ¿qué habría hecho?

—O bien le habría dicho que no podía entrar o, si hubiese sido alguien de mucha confianza, le habría hecho pasar al salón mientras ella iba a ponerse un vestido.

—¿Y si hubiese sido el fontanero, o un empleado de la compañía eléctrica...?

La señorita Deeping sonrió.

—Bueno, eso es distinto. Supongo que es una tontería, pero es diferente. Después de todo, una no..., ¿cómo decirlo?, coquetea con el fontanero, ¿no?

—Bien expresado; sí, es diferente. ¿Y si hubiese sido un actor? ¿También habría ido a ponerse un vestido?

—Sí, estoy segura.

—Sin embargo no lo hizo —señaló Roger—. ¿Se le ocurre a usted alguna explicación, señorita Deeping? Me parece de crucial importancia.

Zelma Deeping pensó un momento.

—Lo único que se me ocurre es que la cogiera por sorpresa nada más abrir la puerta. ¿No podría haber sido eso?

—Sí, desde luego. En fin, he creído entender que la señorita Fielder no salía con muchos hombres, ¿me equivoco?

—No. No era coqueta, si se refiere usted a eso. Las dos teníamos muchos amigos. Pero no eran más que eso.

—¿Está usted segura de que la señorita Fielder no había iniciado hacía poco una relación con alguien? —Roger sabía ya que la moralidad de Dorothy Fielder había sido tan estricta como habría podido desear cualquier defensor de la pureza del teatro

británico. Pero eso no quería decir que no pudiera haber recibido en bata a un hombre concreto.

La señorita Deeping no tardó en frustrar sus esperanzas.

—No, seguro que no. Sin duda me lo habría dicho (llevábamos seis años viviendo juntas) y nunca me habló de ningún hombre en particular.

—¡Vaya! —dijo decepcionado Roger; hasta aquel momento la conversación no había llevado a ninguna parte. Probó un nuevo enfoque—. Y, claro, estará usted convencida de que, cuando usted salió, la señorita Fielder estaba sola.

—Desde luego —afirmó sorprendida la chica—, si hubiese habido alguien en el salón lo habría visto, ¿no cree?

—Sí, supongo que sí —admitió Roger—. ¿Y no vio a nadie en las escaleras, que entrara cuando usted salía o que se comportase de forma sospechosa?

—No, me temo que no.

—Lástima —dijo Roger.

—¿Insinúa usted que el asesino podría haber llegado antes de las once? —preguntó la señorita Deeping—. Porque, si es así, estoy segura de que se equivoca. Dorothy pudo recibirlo en bata unos minutos si se trataba de algo importante, pero estoy segura de que no se habría pasado así dos horas. Le aseguro que es imposible, señor Sheringham.

—¿Ah, sí? Pues ya tenemos clara una cosa. Veamos, hay otro asunto por el que quiero preguntarle, ¿le mencionó alguna vez la señorita Fielder el nombre Newsome?

La señorita Deeping movió la cabeza morena.

—La policía también me lo preguntó. No, estoy segura de que no. En cualquier caso, no me dice nada.

—¿Ni a propósito de una fiesta y un par de encuentros casuales en la calle? —le insistió Roger.

—No, lo siento, no lo recuerdo.

—Pues no sabe cuánto me alegro. Es un buen amigo mío. En fin, una cosa más. ¿Le pareció nerviosa por algo esa mañana? ¿Había dicho algo sobre una propuesta que le habían hecho, algo relacionado con el teatro, supongo?

La señorita Deeping pareció perpleja.

—No, es la primera noticia que tengo. No, sin duda Dorothy no estaba nerviosa por nada. Más bien lo contrario. Y estoy segura de que en el correo de esa mañana no había más que un par de facturas.

—¿Hay alguna otra entrega antes de las doce y media?

—Sí, pero es a las diez y media. Llegó antes de que me marchase y Dorothy no recibió nada.

Roger hizo una pausa.

—Todo esto es muy importante. ¿Está usted segura de lo que me ha dicho?



—¿De lo del correo y los nervios? Sí. Totalmente.

—¡Bien! —respondió Roger—. Bueno, creo que no tengo más preguntas por hoy. ¿Puedo volver a verla si se me ocurre algo más?

—¡Sí, por favor! Estaré en casa todo el tiempo, menos cuando vaya al teatro, claro. Haré cuanto esté en mi mano por ayudarle, señor Sheringham.

Siguió insistiéndole en que no dudase en recurrir a ella hasta que la puerta principal se cerró a sus espaldas.

¡Me gusta la gente del teatro!, se dijo Roger mientras se alejaba a buen paso.

Eran casi las tres y media y en Sutherland Avenue no le esperaban hasta al cabo de una hora. Se encaminó hacia Hampstead Heath.

Hacía una tarde cálida y soleada, y —como indicó una vez el poeta Browning— no hay tarde cálida y soleada que resista la comparación con las de finales del mes de abril. Roger encontró un banco vacío y se sentó media hora a tomar el sol. Mientras descansaba estuvo meditando el resultado de su última visita. Había varios puntos que merecían que los considerase con cierta atención.

Una hora más tarde, a las cuatro y media en punto, subía las escaleras en dirección al piso de Anne, con el corazón un poco acelerado. ¿Habían hecho bien Pleydell y él al permitir que una persona tan frágil corriera semejante riesgo? ¿Y si, por una remota posibilidad, algo hubiese...?

El ruido de voces y risas procedentes del último piso alivió su ansiedad. Llamó a la puerta del salón y la voz de Anne le dijo que entrara. De pie junto a la chimenea, fumando una pipa como si tal cosa, estaba Newsome.

—Caramba, Jerry —dijo Roger con encomiable amabilidad—. Sí que has vuelto pronto.

—¿Vuelto? —respondió sin inmutarse dicho caballero—. Todavía no me he ido. Roger frunció el ceño.

—¿No irás a decir que has pasado aquí toda la tarde?

—Pues sí, Roger. No me mires así. Perdimos la noción del tiempo.

—No deje que le tome el pelo, señor Sheringham —sonrió Anne—. No ha estado en esta habitación. Pero me temo que se negó en redondo a marcharse. No pude hacer nada.

—¿Qué hay del té que me habías prometido, Anne? —la interrumpió Newsome antes de que Roger pudiera decir nada—. Y tal vez puedas traer otra taza para Roger, de lo contrario me temo que se pondrá muy quisquilloso.

—Y otra para el señor Pleydell, debe de estar al llegar, son ya las cuatro y media —dijo Anne—. De acuerdo. Vamos, no se enfade, señor Sheringham. Gerald solo está bromeando.

—¡Gerald! —exclamó en tono incisivo Roger.

Anne se ruborizó hasta la raíz del cabello, pero conservó su dignidad.

—Bueno, prácticamente lo conozco de toda la vida..., aunque nos hayamos visto muy poco —respondió y salió bien librada.

Roger se volvió hacia Newsome.

—Jerry, ¿te importaría decirme qué has estado haciendo?

—Sí. —Newsome adoptó un gesto más serio—. Roger, creo que debías de estar loco para dejar a esa chiquilla aquí esperando a que la asesinen como a su hermana. No sé en qué debías de estar pensando.

Y siguió diciéndole otras cosas por el estilo y acalorándose cada vez más.

—¡Pero mi querido Jerry...! —respondió Roger tratando de contener la marea—. Estaba totalmente segura con uno de nosotros en la casa de al lado.

—¡En la casa de al lado! —se burló desdeñoso Newsome—. ¿De qué demonios sirve eso?

Prosiguió su monólogo. Lo malo de los amigos de juventud es que se creen con el privilegio de ponerse desagradables y no tener pelos en la lengua.

—De acuerdo, de acuerdo —le interrumpió desesperado Roger unos dos minutos más tarde—. La verdad es que quería que asesinaran a la chica, aproveché su oferta y telefoneé al asesino que había otro trabajito esperándole, no sirvo ni para proteger a una col de Bruselas. Lo admito. Y ahora, ¿te importa decirme qué has estado haciendo?

—Pues cuidar de Anne, por supuesto. Si tuvieses la iniciativa de un mosquito habrías descubierto, como he hecho yo, que hay una trampilla en el techo que conduce a una especie de altillo. Ahí era donde había que esconderse, y no montar un estúpido sistema de timbres que sin duda no funcionaría cuando hiciera falta, amigo mío.

Roger trató de explicarle que el principal objetivo había sido pasar desapercibidos para cualquiera que pudiera estar vigilando la casa, pero Newsome no le hizo ni el menor caso.

—Si quieres, puedes ir a vigilar un reloj despertador en Birmingham —dijo por fin—, pero yo pienso ocultarme en el tejado.

Roger pensó que la presencia de Newsome no plantearía ningún problema, pues aunque alguien podía saber que él mismo estaba participando en la investigación policial y que Pleydell estaba implicado en el caso, no había motivos para que el asesino sospechara de Jerry. De todos modos le hizo prometer que llegaría a la casa al menos una hora antes de que empezase la vigilancia.

—De acuerdo —sonrió Newsome—. En eso estoy de acuerdo. Incluso creo que vendré dos horas antes. Más vale no correr riesgos, ¿no crees?

Llamaron a la puerta y un momento después apareció Pleydell, que arqueó levemente las cejas al ver a Newsome.

—Vaya, Newsome —dijo con naturalidad y disimulando hasta el más mínimo

atisbo de sorpresa en su voz—. No esperaba encontrarte aquí.

—Estaba tirándole de las orejas a Roger por el modo en que habéis expuesto el cuello de la señorita Manners al cuchillo del asesino —respondió Newsome de buen humor—. De Roger podría habérmelo imaginado, pero de ti no, Pleydell.

—Por lo visto Jerry se ha unido al grupo —explicó Roger al reparar en el desconcierto de Pleydell, y le explicó lo que pretendía hacer. Pleydell asintió con su habitual cortesía, pero Roger notó que no estaba muy satisfecho con aquel arreglo. Sugirió a Newsome que fuese a ayudar a Anne con el té (propuesta que el otro aceptó con el mayor entusiasmo) y aprovechó la ocasión para decirle a Pleydell en privado que podían borrar a Newsome de la lista de sospechosos.

Pleydell pareció dudar un poco.

—¿Está seguro? —preguntó—. ¿Puede demostrar su inocencia? Admito que Newsome era mi amigo —añadió sin rodeos— y personalmente coincidido con usted en que es imposible que sea nuestro hombre, pero hasta que este asunto esté resuelto no tengo amigos.

—Sí, sí —respondió Roger un poco incómodo—. Es la única manera, claro. Pero he repasado los movimientos de Newsome y creo que podemos descartarlo.

Roger sabía que no era cierto; es más, tuvo la desagradable sensación de que Pleydell también. No era fácil engañar a aquel hombre.

—¿Por completo? —se limitó a preguntar Pleydell sin dejar entrever lo que pensaba.

—Al menos en mi opinión —replicó Roger con mucha más sinceridad que antes.

Pleydell se encogió visiblemente de hombros.

—De acuerdo, Sheringham, acordamos que dirigiría usted nuestra investigación y no seré yo quien lo discuta. Pero creo que no deberíamos considerar inocente a nadie hasta haber descubierto al culpable.

Exactamente lo que yo decía hace apenas unas horas, pensó Roger aprovechando que Anne puso fin a la conversación al aparecer con la tetera. ¡Qué extraño!

Pleydell le había dado a entender claramente que no aprobaba el ingreso de aquel nuevo miembro en su sociedad, y menos teniendo en cuenta que el recién llegado había pasado de ser sospechoso a una especie de investigador subordinado, pero se las arregló para no dar esa impresión mientras tomaban el té.

Estuvo tan serio y educado con Newsome como con Anne, aunque Roger, que se dedicó a observarlos entre incómodo y divertido, pensó que nunca había visto a dos hombres tan diferentes.

La conversación, como es lógico, versó sobre la prueba que acababa de pasar Anne, quien, ahora que había concluido, admitió que no le había gustado lo más mínimo.

—Ha sido peor de lo que imaginaba —dijo—. Intenté leer un libro, pero no podía

concentrarme. Tenía la desagradable sensación de que ese hombre horrible aparecería de pronto en mitad de la habitación y me atacaría antes de que pudiera alcanzar el timbre.

—Pues imagina cómo te habrías sentido si yo no hubiese estado en la casa —dijo Newsome con lo que Roger consideró una sonrisa fatua. Los años, pensó apesadumbrado Roger, no habían mejorado a Jerry Newsome. Siempre había sido un poco caradura, pero ahora era sencillamente un desvergonzado.

—Exactamente igual —dijo Anne en un tono que en cualquier otra habría sonado coqueto.

—Supongo que habréis acordado alguna señal que te hará caer del techo como un *deus ex machina*, ¿no, Newsome? —preguntó Pleydell—. Quiero decir que no aparecerás a menos que sea estrictamente necesario.

—¡Oh, no! —respondió enseguida Anne—. Ha prometido no salir de su escondite si no grito.

—Y tú has prometido hacerlo al menor indicio de peligro —le recordó Newsome.

—Desde luego —dijo acalorada Anne—. A propósito, señor Sheringham, tal vez le interese saber que la tarde ha sido productiva, aunque no como esperábamos.

—¡Ah! ¿Y cómo es eso?

—He estado pensando. Y he descubierto un par de cosas interesantes. La verdad es que he atado un par de cabos. ¿Sabe, señor Sheringham? Creo que ha estado usted ciego.

—No me cabe la menor duda —respondió Roger—. Pero le quedaré muy agradecido si tiene la bondad de abrirme los ojos.

—Creo que lo haré, dentro de uno o dos días —replicó sin inmutarse Anne—. Quiero darle vueltas a una teoría y, si ciertos detalles son como sospecho, tal vez les sorprenda a todos.

—Dudo que haya nada que pueda sorprenderme en este asunto —dijo Pleydell con una triste sonrisa.

—Pues esto lo hará... —repuso con dulzura Anne.

—Pero, Anne —la interrumpió Roger—, habíamos quedado en compartir lo que averiguásemos.

—Excepto esto —sonrió Anne—. Antes quiero comprobar un par de cosas. No quiero que se burlen ustedes de mí, así que no pienso apresurarme; aunque..., veamos, mañana le toca a usted montar guardia, ¿no? Pues bien, si viene solo a tomar el té a las cuatro y media, tal vez se lo cuente.

—Vaya, Anne —objetó Newsome—, ¿significa eso que yo me quedo sin té?

—¡Qué va! —respondió Anne todavía con mayor dulzura—. Hay un montón de cafeterías baratas en Kilburn High Road.

(21)

## Anne tiene una teoría

Estaban ya a jueves y, a menos que Roger encontrara motivos para impedirlo, detendrían a Newsome el sábado por la tarde. Y hasta el momento no había encontrado ninguno. Más o menos una hora después, mientras volvía al Albany con el sospechoso, admitió con franqueza para sus adentros que no había avanzado lo más mínimo. Durante su conversación con Zelma Deeping, habían salido a relucir algunos hechos curiosos, pero eso era todo.

Había invitado a Newsome a cenar con él porque estaba deseando hablar del caso. Tenía la convicción de que solo discutiéndolo una y otra vez lograría descubrir algún nuevo aspecto, o conseguiría arrojar alguna luz sobre el caso de Dorothy Fielder a partir de los datos que tenían a su disposición. Y, sin duda, había posibilidades de que así fuera. No obstante, también tenía la sensación de que, de momento, todo estaba demasiado confuso en su imaginación para dejarle ver con claridad.

Así que habló con Gerald Newsome durante los cócteles.

Y Newsome, cuyo cuello, después de todo, podía depender de aquella conversación, aguantó como un hombre.

—De manera —dijo Roger mientras tomaban el café— que podemos resumir nuestras conclusiones del modo siguiente. El asesino no pudo llegar entre las once y las doce porque Dorothy Fielder no se habría quedado con él en bata todo ese tiempo, por lo que tuvo que llegar después, digamos a la una y cuarto. Sin embargo, no abrió la puerta cuando llamaste a la una, de lo que podemos deducir que se lo impidieron por la fuerza; en otras palabras, que el asesino estaba ya con ella. No obstante a las doce y media te telefoneó y parecía totalmente normal. La conclusión parece ser que el asesino llegó entre las doce y media y la una.

—Pero según el testimonio del conserje no fue así.

—Exacto; y eso mismo es lo que debemos considerar. ¿Tiene razón el portero? Él dice estar seguro. ¿Nos equivocamos nosotros? Eso parece. Piénsalo, Jerry. Cuando Zelma se marchó, Dorothy no le habló de ninguna propuesta. Cuando te llamó, una hora y media más tarde, sí lo hizo. Por tanto alguien habló con ella en ese rato, ya fuese por teléfono o en persona. Eso está claro.

Newsome asintió.

—Ahora que lo dices, tienes razón.

—En fin, me inclino a pensar en la visita personal. También es posible que fuera por teléfono, claro, pero si hablaron con ella con la intención que supongo, debieron de retenerla por la fuerza, por así decirlo, justo después de llamarte.

—¡Demonios! ¿Y con qué intención?

Roger miró con curiosidad a su amigo.

—Caramba, Jerry —dijo en voz baja—, pues para arrojar todas las sospechas sobre ti, claro.

—¡Diablos! Pero ¿por qué?

—Bueno, creo que está muy claro. El asesino conocía tu relación con lady Ursula y sabía que, si la policía se enteraba, causaría cierta alarma y desánimo entre tus amigos. Y supongo que estaba tomando la precaución de asegurarse, mediante tu presencia en el descansillo a la una en punto, de que si sus pecadillos salían a relucir en una investigación oficial, la pista conduciría directamente hacia ti.

—¡Maldito sea! —observó incómodo el señor Newsome—. Pues lo ha conseguido.

—Y en cuanto oyó tus pasos que se alejaban por la escalera, siguió con el trabajo y procedió a ahorcar a la chica.

—Sí, pero ¿quién era?

—Tengo que reconocer —admitió Roger— que eso me tiene totalmente perplejo. De acuerdo con las pruebas, no pudo ser cualquiera. ¡Dichoso abogado! Llegó justo a la hora indicada y parece el hombre que buscamos, pero se marchó antes de que mataran a la chica. En fin, hemos decidido que el asesino debió llegar entre las doce y la una, así que la única posibilidad es que el portero se descuidara un momento. ¡Y no creo que lo hiciera!

—Estamos en un callejón sin salida —observó sabiamente el señor Newsome.

Roger se quedó un rato pensando en silencio.

—Supongamos que atase a la chica, saliera para que lo viera el portero y asegurar así su coartada, y luego volviera para rematar el trabajo. ¿Qué te parece? Eso encaja. Y supondría que estaría familiarizado con las costumbres del edificio, que como ya hemos dicho sería un dato interesante.

—Creo que has dado en el clavo —dijo Newsome en tono triunfal—. Está claro, Roger. Fue el abogado. ¿Cómo demonios vamos a atraparlo?

—¿Cómo? Eso es aún más difícil que lo otro. ¿Y qué hay de su relación con los otros casos? Por lo que sabemos, ninguna. Que yo sepa, en ellos no se ha mencionado a ningún abogado con barba.

—No —reconoció Newsome—. Sin duda es un inconveniente.

—Sin embargo, el asesino debía de ser un conocido de Janet Manners, lady Ursula y Dorothy Fielder. ¿No podríamos encontrar a alguien cuya órbita rozara el caso en esos tres puntos? Me temo que con el tiempo que disponemos es imposible.

Volvieron a quedarse callados. Roger había llevado sus conclusiones un poco más allá, pero nuevamente les habían conducido a un callejón sin salida.

—Ese condenado abogado... —murmuró Roger—. Tiene que ser nuestro hombre. —Newsome guardó un respetuoso silencio—. Probemos otra cosa —prosiguió Roger al cabo de un par de minutos—. Hay algo que me ronda por la

cabeza a propósito de Dorothy Fielder. Acabo de recordar de qué se trata: esas marcas en la parte de atrás de los muslos —le explicó lo que les había dicho el forense—. No pareció concederle mucha importancia y tampoco la policía. Pero quisiera saber si... —El público estaba tan expectante como podía desear el detective más exigente. Roger reflexionó un instante—. Se produjeron en vida, claro, y la chica llevaba tres horas muerta cuando las vimos. Eso significa que debían ser mucho más profundas en el momento de la muerte. Pues bien, ¿qué demonios pudo producir unas marcas tan profundas que la huella persistió hasta tres horas después de morir? El forense dijo que una presión constante aplicada durante un buen rato. Cuando el tipo la maniató, ¿la dejó con las piernas contra un objeto punzante, en una postura en la que todo su peso descansaba sobre ellas? Es raro.

—Pero, oye —se aventuró a interrumpirle Newsome—, respecto a lo de que la atara y saliera un rato; creía que habías dicho que no la habían atado. Que no tenía marcas en las muñecas ni en los tobillos.

Roger pareció apesadumbrado.

—Caramba, es cierto; lo había olvidado. Y tampoco había huellas en el cadáver, excepto esas dos pequeñas marcas. De hecho no había indicios de lucha. Y no creo que ella se dejara atar sin defenderse.

—¿Y no es posible que la durmiera con cloroformo?

Con unas cuantas palabras escogidas, Roger le aclaró a su compañero la fatuidad de aquella sugerencia.

—Pues que le golpeará en la cabeza y la dejara sin sentido.

—El forense no dijo nada de ningún moratón —señaló Roger—. Sin duda lo habría visto.

—Pues me rindo —dijo Newsome.

Roger recapituló sus ideas:

—Si no se produjo ninguna lucha y no la ató, tuvo que inmovilizarla de algún otro modo; de lo que estoy seguro es de que estaba con vida, pero inconsciente, cuando llamaste. Sabemos que lo estaba y también que se hallaba en el apartamento. ¿Cómo demonios lo haría? Y no me digas que con morfina y cosas por el estilo. El forense lo habría descubierto en la autopsia. Dios mío, ese hombre es un genio. —Y ahí lo dejaron por esa noche. Pues, tal como dijo Roger, habían despejado todo lo posible la cuestión y seguir dándole vueltas solo serviría para complicar más las cosas—. Quiero aclarar mis ideas y luego volveré a pensarlo —dijo—. Es el mejor modo de conseguir resultados. ¿Qué te parecería gastar unos chelines en esa birra de espectáculo donde Anne malgasta su talento y su amiga Moira pone en práctica el suyo?

Newsome aceptó sin dudar.

Fuero y Roger pasó una velada un tanto triste. Baste con decir que sentía una

respetuosa admiración por Anne y verla interpretar sucesivamente a una guapa hawaiana, una niña de seis años, un soldado en un regimiento escocés, una deportista, un pájaro (de especie desconocida), una modelo de lencería, un adorno en un pastel de boda y una belleza de Deauville en bañador, en compañía de la señorita Carruthers y otras veintitantas señoritas que sonreían con gesto mecánico, no solo le dejó frío sino helado. Habría salido del local en cuanto apareció el regimiento escocés de no ser porque el señor Newsome parecía opinar que aquellas representaciones eran el último grito en ingenio, belleza, arte y genio dramático.

En todo caso, si Roger quería un contraste con sus preocupaciones recientes, al menos tuvo el consuelo de saber que lo había encontrado.

La inspiración visitaba felizmente a Roger entre las dos y las tres de la mañana. En casos anteriores había comprobado que si les daba vueltas y más vueltas en la imaginación después de meterse en la cama y justo cuando todo parecía tan enrevesado que sería imposible sacar nada de aquel caos, algún rayo iluminador acababa por cruzar la imagen mental que se había formado de ellos. Y así ocurrió también esa noche. Decidió que lo único que podía hacer era levantarse, ir a su despacho, leer seis páginas escogidas al azar de la *Enciclopedia Británica*, beber un buen trago de whisky y volverse a acostar, y en el momento de ir a alargar el brazo para retirar las mantas y encender la luz de la mesilla vio en una especie de fogonazo lo que había hecho el malvado y anciano abogado y lo que debían significar las marcas en las piernas de Dorothy Fielder.

Acto seguido se dio la vuelta y se quedó profundamente dormido.

A la mañana siguiente aunque seguía convencido ya no lo estaba tanto. Mientras se afeitaba, Roger argumentó contra aquella idea, la rebatió y cuestionó y se esforzó cuanto pudo por reducirla a pulpa. No lo consiguió. La idea siguió intacta y resistió todos sus embates.

Impresionado, Roger trató de comprobarla después del desayuno.

Solo se le ocurrió un modo de hacerlo y eso implicaba hablar con el oficial a quien Zelma Deeping había cogido del brazo en Gray's Inn Road. Así que Roger salió en su busca y por fin lo encontró haciendo su ronda a menos de cien metros del propio edificio. Se presentó, y el oficial, que recordaba haberlo visto conversando nada menos que con el inspector jefe Moresby del departamento de investigación criminal, no dudó en proporcionarle a aquel caballero la información que necesitaba.

—Ahora piénselo bien —dijo Roger en tono muy impresionante—. Cuando abrió usted la puerta de la habitación, ¿se abrió con facilidad o estaba obstruida?

—Pues se abrió con bastante facilidad, señor, pero la silla estaba apoyada contra ella y por supuesto tuvimos que empujarla para abrir.

Roger asintió como si dicha información no le sorprendiera.

—¿Recuerda si la silla estaba apoyada contra la puerta, o la golpeó usted al abrir?



El oficial se quedó pensando un momento.

—No sé, señor, es difícil de decir, pero si no recuerdo mal estaba apoyada. Al menos no me suena haberla golpeado. Supongo que me habría llamado la atención.

—Sí. Y, cuando entró usted, la silla estaba tal como la encontramos después, ¿no? Volcada y con las patas formando un ángulo con la puerta.

—Sí, señor. Nadie la tocó hasta la llegada del superintendente y el señor Moresby.

—¿Y la bata estaba donde la vi, sobre el respaldo de la silla verde?

—Exacto, señor. No tocamos nada excepto el cadáver cuando lo levanté para ver si seguía con vida.

—Entiendo. Bueno, querría echar un vistazo al piso. ¿Aún hay un oficial de guardia?

—No, señor. Está cerrado, pero el portero tiene una llave. No puede entrar nadie si no es acompañado por la policía, pero si le acompaño y hablo con el portero no habrá problema.

Recorrieron majestuosamente la acera. Incluso en un momento tan solemne, Roger se preguntó si alguno de los viandantes creería que lo llevaban detenido y, en tal caso, qué crimen le atribuirían.

Gracias a la hosca intervención del oficial Roger pudo entrar en el piso y quedarse allí a solas. Esperó a que cerrasen la puerta, corrió al salón y examinó con atención la parte interior de la puerta. Tras una larga búsqueda encontró exactamente lo que había esperado encontrar: dos marcas muy leves en la superficie, tanto que apenas habían rascado la pintura, separadas entre sí unos cuarenta y cinco centímetros y a unos sesenta del suelo por el lado más alejado de las bisagras; desde cada marca partía una leve rozadura que llegaba hasta la parte inferior de la puerta. Roger midió la distancia con una cinta métrica de bolsillo, las observó de cerca con una lupa que había llevado a propósito y tomó un par de medidas más. Luego se incorporó, abrió la puerta y examinó con la lupa la pintura del interior del marco por el lado de la bisagra.

—¡Ah! —exclamó feliz al reparar en una marca más profunda donde se había pelado la pintura. Volvió a arrodillarse y empezó a rascar con el dedo en el ángulo donde el marco se unía con el suelo hasta sacar unos fragmentos de cáscara de nuez. Cogió el mayor de todos y lo contempló—. ¡Nueces! —murmuró satisfecho—. Sí, claro. Eso sería lo mejor.

Volvió a dejar los fragmentos donde estaban, se puso en pie y salió del piso. No era la primera vez que Roger se sentía muy complacido con Roger.

En las escaleras se tropezó con Anne Manners.

—¡Oh! —exclamó ella ruborizándose de un modo muy agradable.

—Anne Manners —dijo Roger muy serio—. La insubordinada Anne Manners..., ¿qué está haciendo aquí?

—Investigando —respondió Anne Manners en tono levemente desafiante. Roger la cogió del codo, la obligó a dar media vuelta y la arrastró hasta la calle.

—Es la hora de mi piscolabis de las once —dijo ignorando sus vehementes protestas—. Una taza de malta y un bizcocho. Y usted viene conmigo.

—¡Ni hablar! —respondió la señorita Manners, a quien no le gustaba la malta y odiaba los bizcochos.

—Claro que sí —insistió Roger—. Tengo unas cuantas preguntas que hacerle.

Anne no quería (a) atraer a una multitud al golpear a Roger con el paraguas; (b) que la arrastraran a plena luz del día desde Gray's Inn Road hasta Holborn, así que le siguió sin decir nada.

Unos minutos después, sentada en el mejor restaurante de Holborn delante de una taza de café con leche y un plato de pasteles deliciosamente indigestos, Anne renunció a sus reservas.

—Está bien, está bien... —exclamó incapaz de contener una sonrisa ante la insistencia de su compañero—, se lo diré. Quería tener una conversación sobre barbas con el portero.

—¿Sobre barbas? —repitió Roger—. ¡Ah! Ya comprendo. Es usted muy lista. Supongo que se refiere a las barbas de los abogados ancianos.

Anne asintió.

—Exacto.

Roger miró admirado a su subordinada.

—Así que usted también ha caído en lo del abogado, ¿eh? ¿De verdad? ¿Usted sólita?

—¡Oh! —exclamó nerviosa Anne—. ¿Usted también lo cree? Es él, señor Sheringham. Estoy convencida. ¿Qué le ha hecho a usted pensarlo?

—Espere un momento —dijo Roger—. ¿Se da usted cuenta de que, según el testimonio del portero, es imposible que sea nuestro hombre?

—¡Su testimonio! —dijo Anne con desdén—. Sé que es él.

—Bueno, entre nosotros, yo también. Y creo saber cómo puede serlo a pesar de lo que diga el portero. Pero, lo que ignoro es quién pueda ser. Por supuesto iba disfrazado, con sus gafas de montura dorada y demás. Es evidente que se trata de un disfraz. ¡Si hoy en día un sombrero de copa ya lo es!

—Yo sí sé quién es —dijo Anne con aire muy astuto—. Al menos eso creo. Quería hacerle unas preguntas al portero para estar segura.

—Sin duda no se las habría contestado. Así que sabe usted de quién se trata. Por eso se puso tan misteriosa ayer a la hora del té...

—Es posible —respondió muy digna Anne, y cogió otro pastel.

—¿Le parecería un atrevimiento que su oficial superior le preguntase quién es?

—Por supuesto —dijo Anne mordisqueando el pastel—. Prometí que se lo diría

hoy a la hora del té y así lo haré. Pero no antes. Entonces ya contaremos con alguna prueba más.

—¡Contaremos! —repitió Roger—. ¿Está investigando esto con Jerry?

Es difícil conservar la dignidad mientras uno come un pastel de crema, pero Anne hizo lo que pudo.

—Desde luego que no. Con el señor Pleydell. De hecho —le confesó Anne—, le telefoneé a usted justo después del desayuno, pero había salido; así que llamé al señor Pleydell.

—¿A propósito de qué?

Anne pareció dudar.

—No estoy segura de que deba decírselo.

—¿Por qué no?

—Pues porque pensamos que sería divertido ver si podíamos averiguarlo nosotros y no contárselo a usted hasta estar seguros.

—Pleydell está resultando ser un auténtico bromista —dijo con aspereza Roger.

—En realidad creo que fue idea mía. En fin, le contaré lo siguiente: ayer por la tarde reparé en lo tontos que habíamos sido al pasar por alto una importante línea de investigación. ¿No ve cuál debería ser el punto débil de ese hombre en el caso de lady Ursula?

—¿Se refiere a la posibilidad de que lo hubieran visto con ella?

—¡No! Justo al revés. Si creyera que la habían visto con él no la habría matado. Obviamente su punto débil es la posibilidad de que le hubieran visto salir sin ella del estudio.

—¡Ah! —dijo Roger.

—¿No ve —prosiguió animada Anne— que si la policía lo hubiese investigado solo habrían buscado a un hombre que respondiera a la descripción de Gerald Newsome?

—Lo dudo —la interrumpió Roger—. No son idiotas. Pero siga, siga...

—Bueno, se nos ocurrió que lo que teníamos que hacer era preguntar a la gente del barrio si habían visto salir a un hombre con barba. Por supuesto, no podía hacerlo yo misma, así que se me ocurrió la idea de contratar a una agencia de detectives cuanto antes. Le telefoneé a usted, pero había salido, así que llamé al señor Pleydell y prometió encargarse de ello. Le pareció una idea buenísima —añadió con orgullo Anne—. Dijo que esa pista nos llevaría por el buen camino.

—Pero, si la barba es un disfraz... —dijo con pasmo Roger—, no podría haber...

—¡La barba no es ningún disfraz! —le interrumpió Anne con impaciencia—. Lo demás tal vez lo sea, pero la barba no. Vamos, señor Sheringham, ¿es que no se da cuenta? En fin, supongo que puedo decírselo, aunque no se lo dije ni siquiera al señor Pleydell. Es evidente. Me refiero a que...

—¡Dios mío!

—No —dijo Anne—. Arnold Beverley.

(22)

## La última víctima

Esa tarde Roger llegó a Sutherland Avenue para montar guardia con el corazón dividido. Estaba convencido de haber dado por fin con la pista correcta, también estaba seguro de que no podría completar la investigación en apenas veinticuatro horas, de que la policía cometería un error colosal si llegaba a detener a Gerald Newsome, de que Anne se equivocaba al decir que el abogado tenía que ser Arnold Beverley, y de que él mismo no tenía ni idea de quién pudiera ser aquel hombre. En conjunto no lamentaba disponer de un par de horas tranquilas para reflexionar sobre ese asunto tan peliagudo.

Dejó el sombrero sobre una mesa que, junto con un cómodo y sólido sillón era el único mobiliario de la habitación, se sentó en este último con alivio. La tensión estaba empezando a pasarle factura y se notaba cansado. Cuando todo acabara (si es que alguna vez llegaba a hacerlo) se tomaría unas vacaciones en alguna parte.

La tarde anterior había comprobado con Pleydell que el timbre funcionaba perfectamente y que las señales de diez minutos llegaban sin problemas. Echó un vistazo al reloj mientras se instalaba cómodamente en el sillón y vio que eran las dos y media en punto. Como para confirmar su precisión, se oyó un breve y agudo timbrado en el rincón donde habían instalado el timbre. Roger dejó el reloj sobre su rodilla para ver pasar el tiempo y trató de concentrarse.

No estaba preocupado por Anne, a pesar de las observaciones que le había hecho Newsome. Cuanto más lo pensaba, más improbable le parecía que, de todas las víctimas posibles, el asesino decidiera atacar a Anne. En cuanto a la supuesta atracción que ejerce el escenario del crimen y que podría empujarle a volver a Sutherland Avenue, Roger no creía en ella. Pero a Anne se le había ocurrido aquella idea y estaba convencida de estar haciendo algo para vengar a su hermana al ponerla en práctica, así que valía la pena dejar que lo hiciera.

Hasta aquí Roger.

Poco a poco las manecillas del reloj avanzaron hasta las tres menos cuarto, las tres en punto, las tres y media; y puntualmente cada diez minutos el timbre de la esquina dio un breve y brusco timbrado. Pero Roger no tuvo ninguna iluminación. Se concentró más y más; gritó presuntuosamente en su imaginación: «¡Hágase la luz!», pero no se hizo la luz; deambuló por los interminables laberintos del caso, y en cada ocasión volvió a encontrarse en un nuevo callejón sin salida. A las cuatro en punto se había dado por vencido y estaba deseando que llegase la hora de tomar el té para poder charlar con alguien.

Miró su reloj. Eran las cuatro y tres minutos. Sintió una punzada de culpabilidad. ¿Había sonado el timbre a las cuatro en punto? Había estado tan inmerso en sus

cábalas que apenas había oído los últimos timbrazos. Sin embargo, ahora tuvo la sensación de que algo iba mal. No, estaba seguro de no haber oído el timbre a las cuatro.

Se puso en pie. No podía dejar una cosa así al azar, debía acudir de inmediato. Al fin y al cabo, tal vez hubiese menospreciado el peligro. ¿Y si el asesino hubiera descubierto su plan y, temiendo que pudieran seguirle la pista, hubiese decidido aprovechar la oportunidad para librarse de uno de sus perseguidores? Era una posibilidad que no había tenido en cuenta. Volvió a mirar su reloj antes de volver a guardarlo en el bolsillo; eran casi las cuatro y cinco. Corrió hacia la puerta. Cuando su mano rozó el picaporte se oyó por fin el timbre, pero en esta ocasión era una llamada larga e insistente: la señal de alarma.

Roger bajó las escaleras de tres en tres y corrió a la casa de al lado.

La puerta del salón resistió sus esfuerzos por abrirla.

—¡Anne! —gritó con todas sus fuerzas, sin importarle lo que pudieran pensar los inquilinos del piso de abajo—. ¡Anne!

Se oyó un golpe sordo a sus espaldas y Newsome salió de su escondrijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—La señal de alarma —jadeó Roger mientras empujaba con todas sus fuerzas—. No contesta. Creo que el tipo está dentro.

Newsome corrió a ayudarlo y empujó con sus fornidos hombros. Buscando otro modo de abrir la puerta, Roger alzó la vista y lo que vio casi le puso enfermo. En lo alto de la puerta había un gancho firmemente atornillado y atado a él una tira de un material de aspecto sedoso.

Roger cogió a Newsome del hombro y se lo indicó.

—Echémosla abajo —gritó—. ¡No hay un segundo que perder! —Dieron un paso atrás, se detuvieron por un instante y luego cargaron contra la pesada y anticuada puerta. Esta vez cedió y se abrió de par en par—. ¡Vigila la entrada! —balbució Roger al entrar en la habitación. Utilizó el propio empuje para lanzarse por el hueco de la puerta. Colgada del borde, con los pies a treinta centímetros del suelo, estaba Anne. En un mismo movimiento, Roger la levantó, gritó a Newsome que soltara la media del gancho y se la aflojó del cuello. Cuando Newsome la soltó, Roger llevó a Anne al sofá y la tendió en él con delicadeza—. Busca a ese tipo, Jerry —dijo sin volverse—. Yo me ocuparé de Anne.

Estaba inconsciente y tenía el rostro horriblemente convulso, pero para el indecible alivio de Roger todavía respiraba. Sin volver siquiera la vista hacia la habitación, empezó a flexionarle los brazos y a aplicar los medios habituales para aliviar sus pulmones.

—Caramba —dijo la voz de Newsome a sus espaldas—, es espantoso. ¿Está... viva?

—Sí, enseguida se pondrá bien. ¿Lo has atrapado?

—¡No había nadie! La habitación estaba vacía, a excepción de Anne.

—Tonterías —respondió Roger—. Tiene que estar en alguna parte. Vuelve a echar un vistazo. Y no pierdas de vista la puerta, seguro que intenta escapar. Yo cuidaré de Anne. Ya está mucho mejor. —Newsome registró la habitación y comprobó sin resultado hasta el último escondrijo posible. El pájaro había volado—. Corre a telefonar a Pleydell y dile que venga ahora mismo —dijo Roger todavía inclinado sobre la chica inconsciente—. ¡Deprisa!

—Oye, ¿no sería mejor llamar antes al médico? —sugirió Newsome al ver a Anne, cuyos labios exangües empezaban ahora a perder ese horrible color—. Tiene muy mal aspecto. Debemos...

—¡Ve a llamar a Pleydell! —le interrumpió Roger en tono autoritario—. Yo estoy al mando, Jerry. Y quiero ver a Pleydell cuanto antes. Tenemos que decidir si informamos a la policía o no, y todo depende de lo que nos diga Anne. Está bien; se recuperará en unos minutos. Y, si no es estrictamente necesario, no nos interesa que venga un médico; haría demasiadas preguntas. Sé un buen chico y ve a telefonar. No sé si hay un aparato abajo o no. Ve a averiguarlo.

Newsome dudó un momento y salió. Roger siguió con sus cuidados.

A los cinco minutos, un poco antes de que regresara Newsome, Anne movió los párpados y las manos empezaron a moverse a sus costados.

—¡Gracias a Dios! —balbució Newsome al reparar en aquellos síntomas de recuperación—. Pleydell tenía una reunión.

No está en su despacho. He dejado recado de que lo busquen y lo envíen aquí por una cuestión de vida o muerte.

Roger asintió y los dos se quedaron mirando a Anne. Momentos después, empezó a mover la cabeza sobre la almohada, alzó una mano y se la llevó a la frente.

—¡Mi cabeza! —susurró con voz entrecortada—. ¡Ay, mi cabeza!

Roger dio un súbito respingo y se inclinó sobre ella, le palpó la nuca con infinito cuidado y frunció el ceño.

—¡Qué curioso! —murmuró, y siguió palpando.

Todavía confusa, Anne empezó a murmurar.

—Voy..., voy a..., a...

Roger se volvió de pronto hacia Newsome.

—¡Jerry! ¡Sal de aquí!

—¿Qué? —preguntó dicho caballero muy sorprendido.

—Que salgas —le espetó Roger—. Aquí no se te ha perdido nada. ¡Deprisa! —Echó a empellones a Newsome de la habitación y cerró la puerta con llave.

Sacó unas hojas secas de un jarrón grande al pasar y volvió corriendo al sofá. Llegó justo a tiempo.

—Niñera, nodriza, aquí uno hace de todo —murmuraba distraído Roger tres minutos después mientras administraba primeros auxilios con un pañuelo de seda en una mano y un almohadón en la otra.

—Vamos, Anne, querida, ¿no se siente usted mejor..., aparte de más limpia?

Anne lo miró con ojos llorosos.

—Roger, es usted un encanto —dijo—. Pero no podré volver a mirarle a los ojos sin ruborizarme.

Roger echó un disimulado vistazo debajo del sofá para asegurarse de que las pruebas estaban fuera de la vista.

—La golpeó en la cabeza, ¿verdad?

—Creo que sí —reconoció Anne palpándose la nuca con cuidado.

—Lo imaginé —asintió Roger— y me faltó tiempo para sacar a Jerry de la habitación. Anne, ¿pudiste verle?

—¡Sí! —Anne se estaba recuperando deprisa—. Roger, ¡fue el abogado!

—El abogado, ¿eh? ¿Con el sombrero de copa, la barba, las gafas y demás?

—Sí, y los guantes. Apenas acerté a verlo y me golpeó antes de que pudiera abrir la boca para gritar. O más bien creo que me quedé tan helada de terror que no pude hacerlo. No le oí entrar y de pronto apareció en la habitación. Estaba leyendo, alcé la mirada y lo vi con el brazo levantado para golpearme. —Se estremeció—. Roger, ¡me quedé aterrada! ¡Y yo que me creía tan valiente! —Se echó a reír en voz baja mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Roger trató de calmarla, pero ella siguió riéndose como una loca.

—¡Anne, ya está bien! —gritó desesperado—. Pare de una vez o tendré que besarla. —Y como no paró, la besó, una dos, tres, cuatro, cinco, muchas veces...

Anne tardó medio minuto en reparar en lo que estaba haciendo Roger y entonces paró y le paró también los pies a Roger.

—¡Roger! —dijo ruborizándose hasta la raíz del cabello.

—Como vuelva a ponerse histérica, la besaré otra vez —la amenazó Roger sin inmutarse. Cualquiera cosa con tal de hacerle olvidar lo que acababa de pasar, pensó con una sonrisa, y éste parecía ser el mejor método.

—Si lo hace volveré a vomitar —repuso Anne, y Roger juzgó que la cura era completa—. Pero ¡ay! —murmuró la chica llevándose la mano a la frente—, cómo me duele la cabeza.

—¡Pobrecita! Anne, es usted la joven más valiente que he conocido. Y recuerde que ha resuelto el misterio.

—Pero seguimos sin saber quién es.

—Pronto lo averiguaremos —replicó sombrío Roger. Se agachó debajo del sofá y retiró las pruebas, que envolvió en el almohadón y se las llevó para hacerlas desaparecer—. Volveré en un minuto.



—Muy bien —dijo Anne mirando al techo y esforzándose por fingir que no sabía lo que estaba haciendo.

Fuera le esperaba Newsome con los ojos desorbitados.

—¿Está bien? —balbució—. La oí hacer un horrible...

—Sí —le interrumpió Roger—, entra a comprobarlo tú mismo.

Veinte minutos más tarde, cuando llegó Pleydell, Anne se había recuperado lo suficiente para sentarse en una silla y dejar que Newsome le mojara la frente con agua de colonia. Roger le hizo a Pleydell un rápido relato de lo ocurrido y éste, muy conmovido, felicitó calurosamente a Anne por su valor y por haber salido bien librada.

—Atrancó la puerta apoyando una silla contra el picaporte, ¿eh? —dijo observando el objeto astillado que les había dificultado la entrada.

—Sí —dijo Roger—, debió de ajustaría muy bien.

—¿Y a pesar de todo no pudo usted identificarlo? —le preguntó Pleydell a Anne. Ella negó con la cabeza.

—Me temo que no. Apenas tuve ocasión.

Pleydell frunció el ceño.

—Esto es muy grave. Sheringham, ¿se da usted cuenta de que la señorita Manners todavía corre peligro? No hay duda de que ha sido un ataque premeditado. Tenía un objetivo y no lo ha conseguido. Cuando lo descubra, mucho me temo que volverá a intentarlo.

—Sí, ya lo había pensado —asintió Roger—. Debemos sacarlas de aquí a las dos. La señorita Carruthers tampoco está a salvo.

—Estoy de acuerdo. En mi opinión deberían irse cuanto antes. No tiene sentido que vuelvan al teatro esta noche, aunque la señorita Manners estuviera en condiciones, que no lo está. —Se quedó pensando un momento—. Tengo una casita en Surrey, en las colinas de Banstead. Está a su disposición.

—Es usted muy amable, señor Pleydell —dijo agradecida Anne—. Se lo agradezco mucho.

—¿Le parece una buena idea? —objetó Roger—. Me inclino a pensar que estarían más seguras en Londres, en alguno de los grandes hoteles. Quiero decir que si alguien las siguiera hasta Surrey..., aisladas en una casa correrían aún más peligro que aquí.

—Entiendo a lo que se refiere —respondió Pleydell haciendo una pausa. Se hizo un breve silencio—. A propósito, Newsome —continuó—, ¿podrías hacerme un favor? Me sacaron a toda prisa de una reunión y he traído conmigo unos papeles que les harán falta. ¿Podrías acercarte a la City y entregarlos en una dirección de Leadenhall Street?

Newsome pareció un poco sorprendido por semejante petición y más aún cuando

Roger insistió en que lo hiciera.

—Sí, Jerry, aquí ya no puedes hacer nada y no debemos olvidar que para Pleydell el tiempo es dinero. Sé buen chico y ve a Leadenhall Street. Luego ve a cambiarte y pásate por mi apartamento. Para mi desgracia, me han invitado a cenar en Kensington y me pidieron que llevara a alguien. Tú serás ese alguien.

—Pero... —se quejó el receptor de aquellas instrucciones.

—Jerry —dijo Roger con fingida severidad—, permíteme recordarte que estás a mis órdenes. ¡Así que haz lo que te dicen!

Su tono era frívolo, pero cierto matiz daba a entender que hablaba en serio.

Newsome pareció molestarse, pero se dispuso a obedecer.

—Bueno, si tanto insistes... —dijo de no muy buen humor.

Pleydell sacó un sobre largo del bolsillo de la chaqueta, escribió una dirección en él y se lo entregó.

—Muchas gracias —dijo cortésmente—. Me ahorras muchas complicaciones.

Newsome asintió y se fue sin decir palabra.

Pleydell se volvió hacia Anne como si no notara que el ambiente se había enrarecido.

—Creo —dijo en voz baja— que si se encuentra usted mejor debería hacer la maleta cuanto antes, señorita Manners. No conviene perder tiempo, y cuanto antes se vaya usted de aquí tanto mejor.

—¡Ah, sí! —dijo alegremente—. Ya me encuentro mejor. —Se levantó y salió de la habitación.

Pleydell, que le había abierto la puerta, volvió a cerrarla con cuidado. Esperó un momento y luego se acercó a donde estaba Roger. En ese breve instante su rostro más bien cetrino se había ruborizado y Roger reparó en que estaba temblando como una hoja.

—¿Todavía le quedan dudas, Sheringham? —dijo en voz baja pero dominada por la pasión—. ¿Todavía le quedan dudas?

Con infinita parsimonia, Roger sacó la pipa y empezó a llenarla.

—¿Lo dice por Newsome? —dijo con frialdad.

Su impasibilidad causó el efecto deseado y Pleydell se dominó, aunque era evidente que le costó un visible esfuerzo hacerlo.

—Era el único que estaba en el edificio, el único que tuvo ocasión de hacerlo y el único que lo sabía —dijo con voz levemente estremecida a pesar de sus esfuerzos por controlarse—. Dios mío, he tenido que hacer un esfuerzo por no estrangularle aquí mismo.

Roger asintió como si tal cosa.

—Me temo que ya no cabe ninguna duda. Al principio a mí también me costó creerlo, pero..., en fin, como usted dice, es imposible que haya sido ningún otro. Ya

habrá imaginado que por eso le ayudé a librarse de él.

—Sí. Es imprescindible que no sepa adónde va la señorita Manners. Dios mío, Sheringham, si vuelve a intentarlo, me tomaré la justicia por mi mano. Nadie tiene más derecho que yo a castigar a ese hombre.

Roger rezó para no tener que atender a más histéricos (a él no podría aplicarle el mismo tratamiento) y aparentó normalidad al ver que el otro se acaloraba.

—¡Oh, yo no lo haría! —dijo como si estuviese hablando de la gran carrera del día siguiente—. Ya se vengará cuando oiga al juez pronunciar la sentencia de muerte. Recuerde que es tarea de la policía y que, después de este último esfuerzo, el caso volverá a sus manos. De hecho —añadió en tono confidencial—, si eso le tranquiliza, le diré que me consta que la detención de Newsome ya solo es cuestión de horas.

A Pleydell le brillaron los ojos.

—¿Ah, sí? En ese caso creo que podré pasarme sin mi venganza. Tiene usted razón, Sheringham. Es un asunto policial. Pero no imagina lo difícil que me resulta tenerlo presente. Todo este tiempo lo he considerado un asunto personal que no atañía a nadie más. Traté de involucrar a la policía (usted mismo estaba presente) y tenía la impresión de que no habían hecho nada. Así que...

—¡Oh, sí!, claro que han hecho cosas —le interrumpió Roger—. Han reunido un montón de pruebas contra Newsome y esto terminará de confirmarlas. No se preocupe por eso, Pleydell, le aseguro que no han estado mano sobre mano.

—No sabe cuánto me alegro. Pero no descansaré hasta verlo entre rejas. Tenga en cuenta que, en el momento menos pensado, puede atacar a cualquier otra desafortunada.

—Desde luego —dijo tranquilamente Roger—. ¿No vio cómo me aseguraba de eso? Le prometo que mientras siga en libertad no le quitaré el ojo de encima.

—Gracias. De lo contrario, me habría encargado yo. En cuanto a lo de las chicas, coincido con usted en que lo de Surrey podría ser peligroso. ¿Qué sugeriría usted?

—El Piccadilly Palace —respondió en el acto Roger—. Estarán mucho más seguras en un sitio tan grande y animado como ése que en otro más pequeño. Yo mismo las llevaré.

Pleydell asintió.

—Excelente. Llámeme esta noche, ¿quiere? Es muy amable al encargarse de estas cosas, Sheringham. No es que pretenda escurrir el bulto, pero lo cierto es que hoy tengo un día muy ocupado y aunque, por supuesto, estoy dispuesto a ayudarle si soy verdaderamente necesario, le agradecería mucho que se ocupara de los pequeños detalles.

—Pues claro —respondió Roger cordial—. No se preocupe. Márchese si tiene cosas que hacer. No tiene por qué quedarse. Yo me encargaré de todo.

Supongo que eso resume el punto de vista judío, pensó Roger al ver salir a

Pleydell. Lo darían todo para salvar la vida de un amigo agonizante, o incluso para ofrecerle un funeral suntuoso, pero eso no les impide pedir al enterrador que les haga un descuento. ¿Y qué tiene eso de malo? Nos parece cruel, pero en realidad es solo práctico. Ahí radica nuestra desventaja, en que no sabemos distinguir los sentimientos reales de los falsos. Y los judíos sí.

No obstante, a pesar de tan pacíficas reflexiones, habían sido diez minutos muy tensos.

## (23)

### Se tiende la trampa

Cuando un Gerald Newsome obediente pero resentido llegó esa tarde al Albany, encontró esperándole a un trío sorprendentemente alegre. Por lo visto Kensington había desaparecido del mapa. Ni Roger, ni Anne, ni la señorita Carruthers tenían la menor intención de ir a un lugar tan absurdo. Iban a cenar en el Albany y habían encargado los mejores platos.

—Deja que me disculpe por haberte hablado como un sargento de brigada, Jerry —le dijo Roger a su perplejo invitado, a quien se las arregló para abordar en el vestíbulo—. Pero noté que Pleydell quería tu cabeza, y tuve que quitarte de en medio antes de que te saltara encima.

—¿Mi cabeza? ¿Y por qué demonios...?

—Pues porque tiene muy mala opinión de ti, mi pobre Jerry. Está convencido de que eres el malo de la función y yo sabía que tratar de convencerle no serviría de nada. Era mejor aplacarlo fingiendo estar de acuerdo con él. Ahora ambos esperamos tu detención con impaciencia.

—¡Dios mío!

—En fin, la verdad es que no le culpo —observó Roger—. Aparte de las demás pruebas contra ti, ahora tenemos que enfrentarnos al hecho de que eres la única persona que pudo haber atacado a Anne. Él cree que saltaste de tu escondrijo disfrazado con las patillas y las gafas de montura dorada y te abalanzaste sobre ella.

—¡Condenado tipejo...! —dijo el indignado sospechoso.

—No, ya te he dicho que no le culpo. Pero aquí estás a salvo; aunque dijo que tenía que hacer esfuerzos para no saltarte al cuello. Bueno, ya hablaremos después de cenar. Anne tiene que recuperarse del todo y quiero que olvide el asunto por completo. He descolgado el teléfono y la consigna es no hablar más que de frivolidades hasta nueva orden. Pasa y prepáranos unos cócteles.

—¿Anne? ¿Está aquí...?

—Sí. Y también mi buena amiga la señorita Carruthers.

—¡Dios mío! Entonces... ¿no vamos a ir a Kensington?

—¿Dónde está Kensington? —preguntó dulcemente Roger.

Y el resultado fue una agradable velada que, al menos en apariencia, condujo a la completa recuperación de Anne.

A Newsome le sorprendió enterarse de que las dos chicas iban a pasar la noche en el piso de soltero de su anfitrión.

—Intenté conseguir habitación en el Piccadilly Palace —explicó por encima Roger—, pero estaba lleno. Y, si lo que necesitan es un lugar seguro, ¿dónde mejor que en el Albany? De noche este sitio es una fortaleza.

—¡Cambiemos de tema! —dijo Anne, y Roger inclinó la cabeza.

Cuando las chicas pasaron al salón y Roger y Newsome volvieron a quedarse solos, Roger abandonó el aire despreocupado que había afectado toda la tarde y se puso muy serio.

—Éste es un asunto muy desagradable, Jerry —afirmó—, y la verdad es que no sé qué hacer. Tenemos que meter a ese hombre entre rejas cuanto antes. De lo contrario, estoy convencido de que la vida de Anne no vale ni medio penique.

—Caramba —balbució Newsome—. ¿Tan mal está la cosa?

—En fin, es posible que esté exagerando, pero no lo creo. Y luego está lo de tu detención. Eso paralizará las investigaciones de la policía por un tiempo, al menos hasta que descubran que no eres el hombre a quien buscan.

—¿Y no se te ocurre quién puede ser ese tipo que se hace pasar por abogado?

—Bueno, no me importa admitir que tengo una teoría. Pero por ahora no es más que eso. Y quizá esté equivocado. No lo sé.

—¿No podríamos conseguir pruebas que la apoyaran?

—No se me ocurre ninguna; al menos sin una orden de registro. Y ni siquiera así. No puedo probarlo, aunque mi sexto sentido me dice que estoy en lo cierto.

—¿De quién crees que se trata?

Roger dudó.

—No sé..., creo que prefiero no decírtelo todavía. Pero te aseguro que si publicara mi teoría en *The Courier* las carcajadas se oirían en todo el país. Y tú, Jerry, probablemente te reirías como el que más. Me temo que, a primera vista, mi teoría parece un poco fantasiosa.

—Pero ¿crees estar siguiendo la pista correcta?

Roger se puso en pie y empezó a ir y venir por la habitación.

—Sí. De hecho, estoy casi seguro. La primera vez que lo pensé hace un rato, estuve a punto de echarme a reír yo también. Pero la he puesto a prueba y me parece factible. Es cierto que depende un poco de la probabilidad, pero al menos no es demasiado improbable. ¡Maldita sea! Estoy seguro de tener razón. ¡Pero no puedo probarlo! Y tengo que hacerlo, ¡aunque solo sea para que puedas casarte con Anne y tener una familia de pequeños Jerries!

—¡Qué! —exclamó atónito su interlocutor—. Caramba, Roger, no creerás que... Quiero decir que ella no... Dios mío, ¿de verdad piensas que...?

—¡Deja ya de balbucear! Estamos ante la situación más difícil a la que nos hemos enfrentado jamás, incluyendo la guerra, y te sientas ahí a balar como una oveja, y a preguntar que si pienso esto o lo otro... ¿Pensar? Demonios, te aseguro que esta noche tengo mucho en lo que pensar. Y tú también, así que ya puedes empezar.

—¡Qué demonios...! —murmuró el pobre enamorado, y volvió a sumirse en el silencio.

Roger siguió dándole vueltas al asunto. Al cabo de un par de minutos, exclamó:

—Recuerdo haber dicho que los métodos de Scotland Yard no nos servirían para resolver este caso, pero que los de los franceses tal vez sí. Sigo pensando que tenía razón en lo primero, pero los métodos franceses no parecen haber surtido mucho efecto, ¿no crees?

—¿Lo de esta tarde fue un método francés? —preguntó casi con timidez Newsome.

—Tanto como un *croissant* —respondió secamente Roger—. Y de no ser por sus patillas ya lo habríamos identificado.

—Oye, llevo un rato queriendo preguntártelo: ¿cómo demonios logró escapar?

—Pensó que había concluido el trabajito y bajaba por las escaleras cuando me oyó llegar haciendo más ruido que un elefante en una cacharrería. Si hubiese ido en zapatillas me habría tropezado con él. Supongo que debió de ocultarse en algún zaguán para dejarme pasar y luego salir a la calle tan tranquilo.

—¿Y supiste que algo pasaba porque no sonó el timbre? Caramba, menos mal que se os ocurrió.

—En parte. La alarma se disparó de pronto. Ese tipo debió de pisarla sin darse cuenta, ¡menuda ironía! Gracias a Dios. De lo contrario Anne podría estar muerta. ¡Menuda suerte!

—¡Demonios! —suspiró Newsome—. De todos modos es raro, ¿no crees? Pensaba que la idea era que se enterase de nuestros planes y aun así tratara de eliminar a Anne. Es evidente que de eso no se había enterado.

—Eso parece —dijo Roger con aire ausente—. Vamos, Jerry, mi excelente pero un poco cabeza hueca amigo, ¿es que no se te ocurre nada? Tenemos solo dieciocho horas para atrapar a ese tipo y tardaría dieciocho semanas en reunir pruebas para probar de forma ortodoxa mi teoría, suponiendo que sea posible. Debemos tener presente que nos enfrentamos a un loco muy astuto.

—¿Otro método francés?

—¡Una trampa! —murmuró Roger—. Deberíamos tenderle una trampa. Ya que no podemos descubrirle, tendremos que hacer que se delate, pero ¿cómo?

Meditaron la cuestión en silencio.

Roger, que iba arriba y abajo, se detuvo de pronto.

—Supongamos... —dijo despacio—, que escenificáramos un... ¿Sería posible? Dios mío, creo que sí. Es un riesgo horrible, pero la verdad es que... En fin, todo depende de Anne. Tengo que... ¡Oh, sí, creo que podría funcionar! En todo caso es nuestra única oportunidad.

—¿Qué, Roger? —preguntó Newsome muerto de curiosidad.

—Otro ejemplo del manual francés. Ve a llamar a Anne, ¿quieres? Y quédate en el cuarto dándole conversación a Moira. Todo depende de lo que diga Anne.

—Pero ¿de qué se trata?

—Te lo diré cuando haya hablado con Anne. Deprisa, Jerry, estoy a punto de estallar de emoción.

—Roger eres muy irritante —gruñó el señor Newsome antes de hacer lo que le pedían.

Al cabo de un momento llegó Anne. Roger, sentado en el borde de la mesa la contempló con interés más profesional que humano. Aunque el interés humano que podía despertar aquella chica era muy grande.

—¿Quería verme, Roger? —preguntó.

—Sí. ¿Qué tal se encuentra, Anne? ¿Ya recuperada?

—¡Oh, sí, gracias! Todavía me duele un poco la cabeza y tengo el cuello magullado, pero por lo demás estoy bien.

—Quisiera saber cómo estará usted mañana.

—Supongo que perfectamente, ¿por qué?

Roger se puso en pie y la llevó ceremoniosamente a una silla.

—Siéntese, Anne. Tenemos que hablar muy seriamente. Antes de nada quiero que comprenda que, mientras ese hombre siga en libertad y nadie sospeche de él, su vida, por decirlo francamente, no vale un penique. Acabo de decirle a Jerry que no vale ni medio.

—¡Ah! —dijo Anne con los ojos muy abiertos.

—Es más, si no lo atrapamos antes de mañana al mediodía, detendrán a Jerry; y le aseguro que cuando detienen a un sospechoso es muy difícil que vuelvan a soltarlo.

Anne asintió.

—¿Y bien?

—En fin, tengo la impresión de que debemos atraparlo antes de que sea demasiado tarde. Usted y yo, Anne, somos los únicos que estamos en situación de hacerlo. Y ninguno lo conseguirá sin la ayuda del otro. Y sobre todo, no puedo conseguirlo sin usted. No —se corrigió Roger—, no es cierto. Supongo que podría con Moira. Pero ya discutiremos eso después.

—¡Oh! ¿Tiene usted un plan, Roger?

—Sí. Un plan horrible. Es un plan detestable, pero que me ahorquen si se me ocurre otra cosa. Y con un poco de suerte debería funcionar. Pero antes de contárselo quiero que quede clara una cosa. Si ese hombre sigue en libertad, no solo usted sino docenas de chicas correrán un peligro mortal. ¿Se da usted cuenta?

—Sí.

—Pues bien, lo que quiero preguntarle es lo siguiente: ¿está usted dispuesta a arriesgar su vida para proporcionarme la oportunidad (y piense que es solo una oportunidad) de atrapar a ese hombre?

—Sí, Roger.



—No me refiero a un riesgo pequeño, sino muy grande, con todas las probabilidades en su contra. Como es natural, tomaré todas las precauciones que pueda, pero no es que pueda hacer demasiado. Quiero que lo entienda usted.

—Roger —respondió muy seria Anne—, en este momento solo tengo un objetivo. Salí de casa para conseguirlo, me he metido en un mundo que no me gusta; me exhibo cada noche en público con tan poca ropa como permiten los censores, y no hay nada que deteste más, y todo con el fin de descubrir al asesino de mi hermana. Pues claro que correré cualquier riesgo.

—Anne —dijo enfervorizado Roger—, me están entrando ganas de besarla.

Y así lo hizo.

—Ahora —dijo ruborizada Anne—, ¿quiere usted contarme su plan?

Roger se lo explicó, pero puso mucho cuidado en no hablarle de su teoría sobre la identidad del asesino. Era muy importante que Anne ignorase quién había sido su atacante. Si compartía con ella sus sospechas podía traicionarse con algún gesto o mirada que pusieran al otro sobre aviso, y el plan de Roger se basaba en la sorpresa.

Anne le escuchó con mucha atención.

—Pero si eso no tiene nada de peligroso —dijo cuando terminó.

—¿Eso cree? —dijo lúgubre Roger—. ¿Y si no llegase a rescatarla a tiempo, o se produjese una pelea u ocurriera algo imprevisto?

—Tengo plena confianza en usted, Roger.

—¡Es usted un encanto! —dijo Roger—. Pero ¿se da cuenta de que, por decirlo suavemente, va a ser muy desagradable? Es posible que, si el momento psicológico no ocurre antes, tenga que esperar a que pierda usted la conciencia.

—¡Oh!, sin duda será horrible —dijo Anne con una coqueta sonrisa—. Seguro que lo pasaré fatal y tendré mucho miedo. Pero eso no importa. Si cree que hay posibilidades de atraparlo así, puede hacer usted lo que quiera conmigo. Además —añadió en voz baja—, piense en todas las vidas que podrá salvar con unos minutos de incomodidad.

Discutieron un rato los detalles y luego Anne se fue a dormir. Moira, que estaba demasiado nerviosa por los últimos acontecimientos para recordar su cuidadosamente adquirida afectación y en consecuencia había sido una interlocutora mucho más simpática que anteriormente, recibió instrucciones estrictas de que Anne debía acostarse de inmediato y descansar toda la noche.

—¡Que me ahorquen si no lo hace! —afirmó Sally Briggs (luego Moira Carruthers)—. Aunque tenga que cantarle nanas toda la noche.

En cuanto los dos hombres se quedaron solos, Roger cumplió su promesa e informó a Newsome de sus intenciones. Había imaginado que Jerry pondría objeciones y las puso. Muchas. Muchísimas. Tenía mucho que decir y no se dejó nada en el tintero.

Por fin Roger optó por ponerse autoritario.

—Muy bien, Jerry —dijo—. Si ésta es tu opinión, no podrás participar. Vamos a hacerlo; Anne así lo ha decidido y la responsabilidad es suya, no tuya. Iba a pedirte que te encargaras de rescatarla cuando yo te avisara; pero si no puedo confiar en que te estés quieto, por muy horrible y peligroso que te parezca hasta que yo te avise, lo organizaré todo pasado mañana, cuando estés a salvo en la cárcel.

Tras lo cual, claro está, el señor Newsome no ofreció más resistencia.

—Y ahora —dijo Roger—, tengo que hacer unas llamadas.

(24)

## La trampa se cierra

Los de Scotland Yard fueron los primeros en llegar, pues Roger les había pedido que fuesen a las once y media de la mañana, mientras que los demás no llegarían hasta las doce en punto. El inspector jefe Moresby, el superintendente Green y el mismísimo ayudante del comisionado saludaron a su huésped con cierto aire de desaprobación y consintieron a regañadientes beber el pálido jerez que les había preparado para aplacarlos.

—Y ahora recuerden —dijo cuando vio que el jerez empezaba a causar efecto— que están aquí extraoficialmente. No les he pedido que vengan a presenciar mi jueguito del gato y el ratón porque sean de Scotland Yard. Ni muchísimo menos. Sino solo porque sir Paul Graham, el señor Green y el señor Moresby son amigos míos y me apetecía invitarlos a mi fiesta.

—¡Bah! —dijo hosco el superintendente Green.

—¡Ah! —dijo cordial el inspector jefe Moresby.

—Sheringham, es usted incorregible —dijo con la misma cordialidad el ayudante del comisionado—. Aunque ya sabe que no apruebo sus métodos.

—Pero, por otro lado —replicó Roger—, no los desaprueba del todo porque no sabe qué demonios voy a hacer.

—Bueno, ¿y qué es lo que va a hacer? —preguntó sir Paul.

—Está deseando saberlo, ¿verdad? —dijo Roger—. Sírvanse un poco más de jerez. —Volvió a llenar las copas entre un educado murmullo de desaprobación que pasó por alto, tal como pretendían en realidad quienes lo pronunciaron.

—Bueno, en cualquier caso —insistió el ayudante del comisionado—, ¿qué quiere que hagamos nosotros?

—Que se sienten ahí quietos y asistan a la pequeña obra de teatro que vamos a representar. Y, por encima de todo, que no interfieran ni con el menor gesto en la representación que les he preparado. Les advierto que les va a costar quedarse ahí sin decir nada, pero quiero que me prometan que lo harán, aunque crean que estoy asesinando a la señorita Manners ante sus propios ojos. ¿Estamos de acuerdo?

—Esto no me gusta —dijo incómodo el ayudante del comisionado.

Roger desplegó todo su poder de convicción. Sabía que todo dependía de ese momento. Si Scotland Yard se negaba a estar presente, el plan no serviría de nada. Señaló con elocuencia que cualquier método, por poco ortodoxo que fuese, era admisible en un caso como ése, y que Scotland Yard no tenía por qué cooperar sino que bastaba con que se quedasen allí; y les imploró patéticamente que le diesen aquella última oportunidad de impedir la detención de Jerry Newsome, de lograr que la policía no cometiera un grave error y de probar una descabellada teoría que haría

que se desternillaran de risa si se la explicaba demasiado pronto.

Al final, sir Paul aceptó. Probablemente fuera el argumento relativo a Newsome el que le convenció de honrar un escenario tan poco convencional con su presencia y la de sus dos principales subordinados; pues sir Paul no estaba tan convencido como los dos oficiales de que Newsome fuese el hombre al que buscaban. Igual que le ocurría a Roger, era incapaz de imaginarlo en ese papel; y al fin y al cabo las pruebas circunstanciales, aunque casi siempre son infalibles, no siempre lo son.

Aliviado, Roger apuró la botella sirviéndoles más jerez y procedió a darles sus instrucciones. Moresby y Green no debían dejarse ver: se ocultarían detrás de un biombo que había en un rincón y solo aparecerían cuando los llamara Roger. Presentaría, en caso necesario, al ayudante del comisionado y no revelaría su relación con Scotland Yard; debería quedarse en un rincón e intervenir lo menos posible. ¿Querría hacerlo? Sí.

—En fin, señor Sheringham —dijo el inspector jefe Moresby en tono jovial—, espero que después de todo esto nos ofrezca usted algún resultado sorprendente.

—Estoy seguro de que se sorprenderá usted, Moresby —dijo Roger.

El superintendente Green siguió sin decir nada. Ni siquiera el excelente jerez de Roger había ablandado a aquel hombre tan adusto. Excepto cuando lo bebía, su rostro expresaba con elocuencia su opinión de que todo aquello no eran más que tonterías absurdas que le estaban haciendo perder un tiempo muy valioso. Estaba claro que el superintendente Green no iba a ser un público muy entregado.

Una vez dispuestos los preparativos, Roger llamó a Anne y la presentó.

—Bueno, Anne —dijo en tono profesional—, quiero que les explique a estos tres escépticos que hace usted esto por propia voluntad, que comprende perfectamente los riesgos que va a correr aunque peligre su vida y que no quiere que intervengan a no ser que yo les diga lo contrario.

—Así es —respondió muy seria Anne—. Y querría añadir que, aunque supusiera una muerte segura, seguiría creyéndolo necesario porque estoy convencida de que vale la pena sacrificar una vida para salvar todas aquéllas con las que sin duda acabaría ese hombre si nadie lo detiene, y también que si el señor Sheringham se hubiese negado a poner en práctica su plan por considerarlo demasiado peligroso, yo misma no habría descansado hasta encontrar a alguien que estuviese dispuesto a hacerlo.

Cuando Anne terminó de hablar se produjo un silencio. Incluso Moresby pareció más o menos serio.

—¿Quiere decir que este plan supone un verdadero peligro para la vida de la señorita Manners? —preguntó incómodo sir Paul.

—Un peligro gravísimo —respondió Roger.

—En tal caso le sugiero que, por su propio bien, ella ponga por escrito todo lo

que nos ha dicho.

—Excelente idea —respondió ecuaníme Anne—. Ahora mismo lo haré.

El ayudante del comisionado, que había tenido la vaga esperanza de asustarla y que abandonara su descabellado propósito, pareció quedarse perplejo.

Anne salió de la habitación.

—¿Se da usted cuenta, Sheringham —dijo sir Paul—, de que lo que ha dicho no supone la menor diferencia desde el punto de vista legal? Si la chica muere por su culpa, usted será el responsable.

Roger asintió.

—Sí, por supuesto. Pero quería que oyesen lo que opina ella. A propósito, debo admitir que no he cumplido con mi deber. Tal vez les interese saber que, aunque todavía no hayamos presentado denuncia, ayer alguien atacó a la señorita Manners, que estuvo a punto de perder la vida.

Procedió a darles brevemente los detalles y respondió a las preguntas que le hicieron.

—¡Newsome! —dijo sin dudar el inspector jefe Moresby.

—La verdad —admitió sir Paul, casi convencido a pesar de sus sentimientos— es que parece ser nuestro hombre.

—Eso mismo dijo Pleydell —reconoció con ecuanimidad Roger—. Pero no lo es.

—¿Y cree usted saber de quién se trata?

—Estoy convencido. Pero este experimento demostrará de una vez por todas si estoy en lo cierto o no. Es el único modo. —Le entregó a sir Paul un sobre sellado—. A propósito, ahí tiene el nombre del sospechoso. Métaselo en el bolsillo y no lo abra hasta que termine el espectáculo. No me gustaría que luego dijese que no me atreví a comprometerme.

Sir Paul lo cogió con una leve sonrisa y se lo guardó en el bolsillo.

—Y ahora —dijo Roger—, creo que es mejor que ocupen sus puestos. Los otros deben de estar a punto de llegar.

Hasta entonces habían estado en el despacho de Roger. Ahora los llevó a través del vestíbulo hasta el salón. Era una habitación bastante amplia, alargada, pero no estrecha. Había una ventana en un extremo y dos en uno de los lados y la puerta estaba enfrente de la ventana. En el rincón que había junto a ella se encontraba el biombo y en el otro la silla de sir Paul. Roger se aseguró de que cada cual ocupara su puesto y luego cerró las cortinas hasta asegurarse de que ambos rincones quedaban en penumbra.

Acababa de completar los preparativos cuando sonó el timbre de la puerta y se excusó.

George Dunning fue el primero en llegar, un tanto desconcertado, pero de tan buen humor como siempre, y Roger le hizo pasar a su despacho donde se encontraba

ya Newsome, que había salido del dormitorio de Roger. Anne seguía en la habitación de invitados redactando su documento, un poco asustada, pero decidida a que no se le notara, y vigilada de cerca por Moira, que estaba mucho más asustada y tenía órdenes de quedarse, para prestar primeros auxilios en caso necesario, y no dejarse ver.

En el despacho, Roger, Newsome y George Dunning conversaban tranquilamente, pues el último era demasiado educado para preguntar a qué demonios venía la apremiante invitación que había encontrado al volver a casa la noche anterior.

No obstante, al siguiente en llegar, sir James Bannister, no tuvo tantos remilgos.

—¿El señor Sheringham? —preguntó cuando Roger le abrió la puerta (le había dado el día libre al criado).

—En efecto —respondió cordialmente Roger invitándole a pasar.

—He recibido un recado suyo pidiendo que viniera esta mañana por un asunto que afecta no solo a mi honor y reputación, sino a mi integridad física, señor Sheringham —dijo muy serio sir James—. Señor mío, esto es muy grave. ¿Puedo pedirle que se explique?

—Desde luego, sir James. Quítese el sombrero y el abrigo y pase usted. Se lo explicaré todo en unos minutos.

Sir James enarcó las gruesas cejas, pero consintió en hacer lo que le pedían. Roger le hizo pasar al salón y le invitó a tomar asiento en una de las sillas que había dispuesto formando un semicírculo mirando a la puerta. Newsome, tal como habían acordado previamente, hizo pasar a Dunning al mismo tiempo y ambos se sentaron también.

Eran las doce y uno o dos minutos y el resto de los invitados llegaron casi a la vez, al primero Roger no lo conocía, llevaba una gabardina azul con un corte precioso, aunque el efecto lo echaban a perder una corbata demasiado chillona y un par de zapatos de charol con el empeine de tela, y resultó ser nada menos que el mismísimo Billy Burton, el más popular de los humoristas teatrales, cuyos ingresos anuales eran cinco veces los del primer ministro de su país. Justo después llegó Arnold Beverley acompañado de Pleydell.

Roger se quedó un instante con este último en el vestíbulo.

—No he tenido tiempo de advertirle, Pleydell, pero necesito su ayuda. Anoche no pude decírselo, pero creo que estoy a punto de descubrir algo. Basta con que se siente ahí sin decir nada (enseguida verá lo que pretendo) y recuerde que la responsabilidad es solo mía. Pase y le diré dónde sentarse. —Pleydell pareció sorprendido, pero no había tiempo para explicaciones, y Roger le condujo a la silla que quedaba libre en un extremo del arco, justo delante del rincón donde estaba sentado sir Paul—. Y asegúrese de respaldarme si lo necesito —susurró con cierto nerviosismo. Al pasar al lado de sir Paul, puso con disimulo una nota en su regazo antes de plantarse en medio del salón.

Roger tomó aliento mientras contemplaba a su público. Estaba plenamente convencido de que uno de los siete hombres que tenía enfrente era el desequilibrado culpable de la muerte de al menos cuatro chicas y de que probablemente estaría planeando asesinar a otras. Y ahora había llegado el momento crucial en que caería o lograría escapar. Roger no acostumbraba a ponerse nervioso, pero el corazón le latió con fuerza al pensar en la enorme responsabilidad que tendría que asumir al cabo de unos minutos.

—Caballeros —dijo con desenfado—, la mayoría de ustedes no saben por qué les he hecho venir esta mañana con tanta urgencia. Permitan que les explique. Es posible que hayan leído en los periódicos acerca de una nueva forma de suicidio en el que la víctima, siempre una mujer, se ahorca con una de sus propias medias. He estado investigando esos casos de manera extraoficial, como un simple aficionado, y he llegado a la conclusión de que no se trata de suicidios sino de asesinatos.

»De ser cierto, caballeros, nos hallaríamos ante un asunto muy grave, pues equivaldría a admitir que en nuestra comunidad hay alguien tan desequilibrado que su mayor placer es matar a chicas indefensas y que es mucho peor que un maníaco homicida, pues en todos los demás aspectos puede estar perfectamente cuerdo. No les aburriré con los detalles que me han hecho llegar a semejante conclusión, aunque después estaré encantado de proporcionarles cualquier información, lo importante es que no hay una sola prueba que la apoye. ¡Ni una sola! Me encuentro, pues, en una situación muy difícil. Sé que esas muertes no son suicidios, sino asesinatos; pero si fuese a Scotland Yard y se lo contara sin tener pruebas, sencillamente se burlarían de mí.

»Así que se me ocurrió formar un comité de ciudadanos respetables escogidos de las capas más representativas de la sociedad para que compartiesen conmigo la responsabilidad de lo que sé y me aconsejaran lo que debo hacer. Ustedes, caballeros, son ese comité. No hace falta decir que pueden ustedes negarse a formar parte de él, pero antes les pido que me escuchen un poco más. —Roger hizo una pausa y se humedeció los labios. Su público seguía en silencio y saltaba a la vista que estaba muy interesado—. Para descubrir el modo en que esas desdichadas encontraron la muerte ha sido necesaria una larga y ardua investigación —prosiguió—. He tenido que deducir o averiguar muchos detalles por separado, otros tuve que imaginarlos y algunos solo salieron a la luz después de semanas de trabajo. Tardaría demasiado en explicarles todos esos pasos y enumerárselos pormenorizadamente. Por tanto he pensado ofrecerles una demostración de cómo actúa ese hombre.

»Les advierto que no será agradable. Mi propósito es que comprendan la gravedad de este asunto mostrándoles exactamente cómo han muerto esas chicas. No habrá ni trampa ni cartón. Cuento con la colaboración de una joven que está dispuesta a llegar al borde de la muerte delante de sus propios ojos; y permítanme añadir que

está tan convencida de la importancia de este asunto que me ha asegurado que si el experimento acabase costándole la vida (y debo confesar que es muy posible que así sea), considerará que el sacrificio habrá valido la pena si sirve para despertar el interés de la opinión pública y lograr la detención de ese hombre. No tengo más que decir, tan solo debo pedirles que no hablen ni se muevan de sus asientos mientras dure la demostración y que tengan presente que cualquier intento de intromisión cuando el asunto haya llegado a un punto crítico tendrá el efecto contrario al deseado y podría causar la muerte de la joven. ¡Les ruego que recurran a todo el dominio de sí mismos que puedan ejercer!

Tal como había previsto, en cuanto terminó de hablar se alzaron murmullos de protesta, pero él los ignoró, fue hacia la puerta y la abrió. Anne entró en el salón un poco pálida pero totalmente serena. Roger la había aleccionado bien y empezó a hablar de inmediato.

—Quiero añadir a lo que ha dicho el señor Sheringham —dijo con gran precisión— que la responsabilidad de lo que va a suceder es exclusivamente mía. No quiero que nadie intervenga o haga nada excepto quedarse sentado en silencio, aunque pida ayuda o dé la impresión de estar a punto de exhalar mi último aliento. De lo contrario lo echarán todo a perder. Gracias. Estoy dispuesta, señor Sheringham.

Roger se volvió hacia el público.

—Lo que van a ver —dijo— es una réplica exacta de lo que debió de ocurrir cada vez que murió una de esas chicas. Imaginen que se encuentran en la habitación del piso de una de ellas.

Salió del salón.

Anne cogió un libro, se sentó en una silla y empezó a pasar las páginas. Al cabo de un instante Roger volvió a entrar en la habitación y ella se puso en pie.

—¡Vaya, hola, señor Sheringham! —dijo en tono complacido—. Cuánto tiempo sin verle.

Se dieron la mano.

—Pasaba por aquí —respondió Roger— y se me ocurrió subir a verla. ¿Dónde está Phyllis?

—Ha salido de compras y luego iba a comer con un amigo.

—Comprendo. ¿De modo que está usted sola?

—Sí.

—Bueno. Quisiera saber si le apetecería salir a comer conmigo. ¿Tiene algún compromiso o espera alguna visita?

—No, ninguna. No tengo nada que hacer hasta la hora de ir al teatro esta tarde.

—Excelente. Bueno, ¿por qué no va a buscar su sombrero y salimos un rato?

—Sí, me encantaría. ¿Le importaría esperar aquí?

Se volvió hacia la puerta y Roger sacó del bolsillo un objeto negro parecido a la



mano de un mortero y lo ocultó detrás de la espalda.

—Permita que le abra la puerta —dijo yendo tras ella.

—Gracias. —Anne se apartó mientras le abría la puerta—. No tardaré ni un minuto —dijo e hizo ademán de salir. En cuanto le dio la espalda, Roger fingió golpearla en la nuca. Sin un ruido ella se desplomó y él la cogió en brazos, la llevó hasta el sofá que había al lado y se acercó de puntillas a la puerta.

El público había soltado un grito ahogado al ver desplomarse a Anne, pero ahora reinaba un tenso silencio.

Con infinitas precauciones Roger salió a hurtadillas de la habitación y se quedó escuchando. Luego, sacó un pequeño gancho del bolsillo lo atornilló en lo alto de la puerta, que abrió del todo para que su público pudiera ver lo que estaba haciendo. Volvió a cerrarla, fue al sofá, le quitó un zapato a la chica y empezó a quitarle una de las medias, que eran de seda y de color pálido. Después de quitársela ató los dos extremos y comprobó el nudo con la rodilla. Le pasó el lazo por encima de la cabeza y se lo dejó suelto en torno al cuello, luego volvió a ponerle el zapato.

Alguien del público se movió en su silla, pero no se oyó ningún ruido.

Sin prestarles atención, ni mirarles siquiera, Roger cogió una silla, la colocó enfrente de la puerta entreabierta con el respaldo hacia la puerta y la cambió varias veces de sitio como para asegurarse de que estaba en el sitio correcto. Satisfecho, volvió al sofá con las manos en los bolsillos y volvió a contemplar a su ocupante.

Anne empezó a dar muestras de estar recobrando la conciencia. Movi6 la cabeza y las manos. En el acto, Roger la levantó y la llevó a la puerta.

Allí, entre un tenso silencio, la dejó medio sentada en el respaldo de la silla con los pies en el asiento, y mientras la sujetaba dio tres o cuatro vueltas al lazo, lo pasó por encima de la puerta y lo ató al gancho. A continuación, la levantó, empujó la puerta para cerrarla y arrastrando la silla con el pie la dejó en la misma posición que antes, pero ahora que la puerta estaba cerrada la chica podía sostenerse así sin necesidad de sujetarla. Roger se apartó de ella.

Poco a poco Anne abrió los ojos y contempló at6nita la habitación, se agarró al respaldo de la silla y movió los labios como si quisiera decir algo.

Roger esperó hasta que estuvo claro que había recobrado todas sus facultades, luego se adelantó, la levantó y derribó la silla de una patada.

—¡Querida, Anne! —susurró tan pálido como ella—. ¡Sea usted valiente!

Acto seguido la dejó caer lentamente y retrocedió. Anne quedó colgada del cuello con la cabeza junto al quicio de la puerta y los pies a más de cuarenta centímetros del suelo. Cuando Roger la soltó, había emitido un grito ahogado, pero ahora era evidente que no podía decir nada.

Se oyó rebullir al público. Unos se habían inclinado horrorizados hacia delante, otros hicieron ademán de incorporarse. Una voz grave pero autoritaria dijo:

—Silencio, por favor.

Era Newsome, que se había levantado de su silla, justo enfrente de Pleydell, y estaba de espaldas al biombo muy pálido y haciendo valientemente lo que le habían dicho.

Todos los ojos estaban fijos en Anne con horrible fascinación. Llevaba colgada solo unos segundos, pero su rostro ya estaba distorsionado y se había puesto de color carmesí; las venas se estaban hinchando como si fuesen a estallar debajo de la piel y sus labios se habían apartado formando una espantosa sonrisa; sus pies golpeaban contra la puerta como si trataran de apoyarse en algún sitio, con una mano tiraba de la media que tenía al cuello y con la otra daba manotazos al aire.

Era un espectáculo horrible y ninguna persona normal habría podido resistirlo. Por todas partes se oía el ruido de las sillas que caían al levantarse sus ocupantes. Gritos de protesta empezaron a llenar la habitación. Aunque él mismo estaba temblando como una hoja, Newsome tuvo que impedir que sir James Bannister corriera a auxiliar a la joven.

Sin prestar atención a aquel estrépito, Roger se acercó como si tal cosa con las manos en los bolsillos hacia el rincón donde estaba sir Paul. Enfrente estaba sentado Pleydell, que era el único que seguía en su silla.

—Así es como lo hace, ¿no, Pleydell? —preguntó Roger como si tal cosa.

Pleydell alzó la mirada con ojos brillantes y desquiciados.

—No —dijo con voz grave—. Las sujeto de vez en cuando para que no... —Se interrumpió de pronto.

—¡Atrápelo, Graham! —gritó Roger, y corrió hacia donde estaba Anne.

Justo al llegar, el cuerpo convulso de la joven acababa de quedarse inmóvil.

(25)

## Apurando unas jarras de cerveza

Roger se arrellanó en su silla y aspiró complacido dos o tres bocanadas de humo.

—Los viejos métodos franceses de reconstruir el crimen en presencia del sospechoso pueden apuntarse otro tanto —dijo—. Es una lástima que en Scotland Yard sean tan conservadores, ¿no cree?

—Sea como fuere, señor Sheringham —observó el superintendente Green—, los métodos conservadores funcionan en la mayor parte de los casos.

—Pero no en éste —replicó Roger—, ya se lo advertí desde el principio. ¿Verdad, Moresby?

—Sí, señor Sheringham —admitió Moresby. No le quedaba otro remedio. Roger se lo había advertido más de una vez.

Eran las tres en punto, más de dos horas y media después de que se hubiesen llevado a Pleydell forcejeando y totalmente desquiciado del Albany, y en el despacho de Roger había un cuarteto formado por el propio novelista, el ayudante del comisionado, y los dos oficiales a cargo del caso. En la habitación contigua estaba Anne recuperándose de aquella prueba, con Moira sujetándole una mano y Jerry Newsome la otra; totalmente feliz del éxito del desesperado plan en el que había desempeñado tan valeroso papel. Había estado inconsciente solo un momento (aunque les habían parecido horas en realidad había estado colgada cuarenta segundos según el reloj de pulsera de Roger) y su recuperación había sido considerablemente más rápida y menos desagradable que el día anterior, cuando había tenido que recuperarse también de un fuerte golpe en la cabeza.

La terrible impresión de verse desenmascarado delante de todos aquellos testigos había terminado de desequilibrar el cerebro de Pleydell y de sumirlo en el abismo de la locura. Como financiero había sido un genio y, como el genio ya es de por sí una anomalía, la línea entre él y la locura es siempre muy delgada; en el caso de Pleydell no solo había sido delgada sino que estaba hecha jirones, cualquier impresión como un desastre financiero habría bastado para borrarla por completo; y ahora se había producido dicha impresión. Todos soltaron un suspiro de alivio al darse cuenta. Era, con mucho, lo mejor que podía haber pasado, pues si Pleydell hubiese conservado la cordura, renegado de su confesión y se hubiese declarado no culpable, habría sido difícil condenarlo con tan pocas pruebas. El ayudante del comisionado no había escatimado elogios ni agradecimientos y se había quedado a comer en el Albany, y los dos oficiales, después de entregar a su prisionero y cumplir con todas las formalidades, habían regresado para oír la versión de su colega aficionado. Tanto para ellos como para el propio ayudante del comisionado la identificación de Pleydell con el loco al que estaban persiguiendo había sido una

auténtica sorpresa.

—Y tampoco podemos decir que estuviera usted observándolos a todos y acusara al que le pareció el más probable, señor Sheringham —admitió Moresby—, porque había escrito su nombre en el sobre que entregó al señor comisionado.

—Por eso se lo di —sonrió Roger—. Sabía que lo dirían si no lo hacía.

—Y además el señor Sheringham me entregó una nota advirtiéndome de que no perdiera de vista a Pleydell —añadió sir Paul.

—Temí que pudiera ponerse violento —explicó Roger—. Por eso le senté a usted tan cerca.

—¿Cuándo empezó a sospechar de él, señor Sheringham? —preguntó el superintendente Green. El superintendente se había ablandado mucho desde las doce en punto, pero saltaba a la vista que seguía opinando que un aficionado no tenía el menor derecho a triunfar allí donde había fracasado Scotland Yard.

—Ayer por la tarde —respondió Roger—. Después de producirse el ataque contra la señorita Manners. No diré que no se me hubiera ocurrido antes, pero no lo pensé en serio. Y, cuando lo hice, no tardé en convencerme. Cuanto más lo pensaba, más evidente me parecía. Y sabía que el criminal, quienquiera que fuese, debía tener una llave de la puerta de Newsome, una barba falsa y un par de gafas doradas, por no hablar de la porra de goma en forma de mano de mortero; así fue como pude incluir la lista de objetos que encontrarían en sus habitaciones en el sobre que entregué a sir Paul.

—Sí, y de hecho las encontramos —admitió de buen grado Moresby—, aunque, como usted mismo dijo, no constituyan una prueba irrefutable. Pero ¿cómo descartó usted sus coartadas, señor Sheringham? Sigo sin entenderlo. ¿Cómo pudo matar a esa chica en Pelham Mansions al mismo tiempo que almorzaba con usted en su club?

Roger dio un sorbo a la jarra de cerveza que tenía al lado. Fuera, un gobierno paternalista estaba prohibiendo a sus ciudadanos saciar su sed con buena cerveza australiana; en el Albany, con la ayuda de un buen barril, tales puerilidades podían pasarse por alto.

—Sírvanse ustedes también —dijo Roger—. Todavía quedan diez o doce litros y odio la cerveza rancia. Empezaré por el principio, así que vayan preparándose.

Con una sonrisa, los dos representantes de ese mismo gobierno paternalista dieron los pasos necesarios para prepararse.

—El principio es Montecarlo —dijo Roger—, así que empezaré por ahí. En fin, lo cierto es que en Montecarlo no se cometió ningún asesinato. La policía francesa tenía razón: fue un suicidio auténtico. Así que ahí va la coartada número uno. Sin embargo, eso fue lo que le dio a Pleydell la idea. Recordarán que llegó justo después y debió de oír hablar mucho del asunto. Eso le cosquilleó la imaginación. Es posible que hubiese estado trabajando demasiado o que se encontrase mal de salud, pero sin duda estaba

alterado. Imagínenlo pensando en la chica colgada de la puerta con una de sus medias. Debió de encantarle la idea. No pararía hasta verlo con sus propios ojos. Así que lo primero que hace al volver a Inglaterra es ponerla en práctica.

»No olviden que Pleydell sufría de megalomanía. Lo pensé en varias ocasiones. “Cuando digo una cosa se hace”; “si afirmo que se hará lo imposible es que se hará”. Pero, a diferencia de los megalómanos normales que suelen ser jactanciosos, él era muy discreto y era muy difícil darse cuenta. En cualquier caso, llegó a convencerse de que no había nada imposible para él, de que si le divertía ver morir a chicas de ese modo, tenía derecho a matarlas con tal de satisfacer su deseo; y, por supuesto, de que nadie sospecharía de él y menos aún le descubriría.

»Una vez iba con él por la calle y nos encontramos con la señorita Carruthers; me sorprendió que la conociera. Luego resultó que estaba financiando el espectáculo en el que ella participa. En ese momento no se me ocurrió, pero ahí estaba su relación con Unity Ransome. Tal vez ni siquiera fuese a Sutherland Avenue con intención de matarla. Puede que viera su oportunidad y la aprovechara. Probablemente es lo que pasó.

»En cuanto a la nota dejada en ese caso y en el siguiente no sabría decirles exactamente cómo indujo a las chicas a escribirlas; pero pueden imaginar lo que ocurrió. Tal vez les regaló una pluma y les pidió que la probaran; o fingió interpretar su personalidad por su escritura, algo por el estilo. Lo único que está claro es que les dictó y les indujo a copiar al pie de la letra. Pero salta a la vista que no fue fácil, porque en el último caso no tuvo tiempo que perder y se contentó con recortar unos versos de un volumen de poesía.

»En fin, la muerte de Janet Manners le abrió el apetito. Se contuvo seis semanas, y luego atacó a esa pobre prostituta, Elsie Benham. Por supuesto, era lo más seguro. En esos casos es imposible establecer ninguna conexión. Pero no creo que eso le preocupara. Debía de darle igual. Y el paso siguiente fue asesinar a su propia prometida.

—En eso sí que no sé cómo pudo caer usted —dijo Moresby, con más sentimiento que respeto por la sintaxis.

—¿Y por qué? —respondió Roger—. Lo cierto es que a nosotros se nos ocurrió, pero solo porque ambos cometimos el mismo error. Dimos por sentado que el compromiso era feliz y resulta que no lo era. Como es lógico no salió a relucir en la investigación, pero era la comidilla de todos sus íntimos. A ese idiota de Newsome no se le ocurrió decírmelo hasta la una de la madrugada de hoy, después de casi dos horas de interrogatorio. Pero usted cometió un error mayor que yo, porque cuando se enteró de que Newsome y lady Ursula habían estado muy unidos, pensó que su compromiso con Pleydell le daba motivos a Newsome para matarla. Conociéndolo, a mí nunca se me pasó por la cabeza. Más bien proporcionaba motivos a Pleydell.

El ayudante del comisionado que ya había oído esa parte, asintió sabiamente con la cabeza.

—Por lo que he podido deducir —prosiguió Roger—, lady Ursula siempre estuvo enamorada de Newsome y se comprometió con Pleydell por pura desesperación cuando se convenció de que Newsome no la quería. Él no se enteró, claro, y sigue sin saberlo, pero yo lo veo muy claro. En fin, no creo que estuvieran felizmente comprometidos, ¿no les parece? Tal como yo lo veo se pasaban el día discutiendo y lady Ursula estaba a punto de cancelar el compromiso, hasta que se encontraron esa noche (recuerden que Pleydell no tenía una verdadera coartada) y, tras una terrible discusión, lady Ursula, nerviosa y con una fuerte jaqueca, le dio calabazas. Probablemente fuesen a aquel estudio para seguir discutiendo en privado, y Pleydell, irritado en su megalomanía, se limitó a dar los pasos que consideró necesarios para recuperar el respeto por sí mismo. En esa ocasión se produjo una lucha porque no llevaba su arma consigo y tuvo que atarla por las muñecas y los tobillos y sin duda la amordazó tal como le sugerí a usted, Moresby, la primera vez que reconstruimos el caso, ¿lo recuerda?

Moresby asintió.

—Sí, lo recuerdo. Con una bufanda o algo parecido. Pero ¿qué hay de la nota, señor Sheringham?

—Ah, sí, la nota —sonrió Roger—. Siempre tuve el pálpito de que esa nota le estaba haciendo seguir una pista equivocada, Moresby, pero usted no me escuchó. Verá, hubo algo que me llamó mucho la atención, pero no se lo dije porque sabía que no me haría usted caso. Me refiero al modo en que estaba doblada. Usted mismo dijo que el pliegue principal no coincidía con el centro y que debían de haber cortado algo de la parte de arriba; pero luego se confundió usted porque no reparó en que si hubiese sido el destinatario quien lo hubiera hecho, el pliegue habría quedado en el centro porque lo habría plegado después de cortarlo y no antes. Eso me dijo (en cuanto me enteré por el mayordomo de que no había dejado la nota en un sobre) que no había sido el destinatario, sino otra persona que se hizo con ella, la plegó y la recortó después.

—¡Vamos, señor Sheringham! —exclamó Moresby—. Es demasiado sutil.

—¡Sabía que diría usted eso! —replicó Roger—. Por eso no se lo dije. Pero deduje que alguien podía estar en posesión de una de las llaves de Newsome; y hete aquí que, cuando interrogué al mayordomo, descubrí que habían perdido una de sus llaves. A Newsome le habían robado la cartera y las llaves unas semanas antes. Fue Pleydell, claro, que buscaba cartas de lady Ursula y a quien debieron de venirle muy bien las llaves.

»Si uno lee entre líneas, la verdad no puede ser más evidente. Pleydell lo sabía todo de Newsome y lady Ursula y estaba celoso de Newsome. Estaba siempre

tratando de conseguir pruebas de que los dos estaban unidos por algo más que una simple amistad; de ahí el robo. No me cabe duda de que se dedicó a seguir a lady Ursula; en cualquier caso, debió de verla entrar en el piso de Newsome el día antes del crimen. Puede que eso confirmara sus sospechas, aunque nunca lo sabremos. En cualquier caso, en cuanto se marchó el mayordomo, entró con su llave y encontró la nota. La cogió, comprendiendo en el acto que podría serle útil. ¡Ay, Moresby! ¿Por qué no me haría usted caso y comprobaría lo que habría ocurrido si Newsome estuviera diciendo la verdad y fuesen los hechos los que estuvieran equivocados?

»En fin, no sé si Pleydell se daría cuenta entonces, aunque sin duda lo hizo después, de que había urdido, premeditadamente o no, un caso contra Newsome. Lo siguiente era aprovecharlo. Así llegamos al último asesinato.

»Hasta entonces los crímenes habían tenido dos motivos distintos. De los cuatro, solo los dos primeros habían sido puramente por compulsión. El de lady Ursula fue por venganza, o megalomanía, si se quiere. El último fue un crimen cometido con la sola intención de incriminar aún más al hombre a quien tanto odiaba. Cuando lady Ursula lo prefirió a él, fue como si Newsome cometiera un pecado imperdonable. Debía ser eliminado a toda costa y preparó astutamente una trampa contra él. —Aquí Roger hizo una pausa, para impedir que se enranciara otra jarra de cerveza—. Sí..., Pleydell era un hombre muy astuto. ¿Sabe lo que le empujó a ir a Scotland Yard, Moresby? No una vaga sospecha, como pensamos entonces, sino ese párrafo de *The Evening Clarion* que me mostró usted y que sugería que la policía estaba empezando a interesarse por la muerte de lady Ursula y que pronto se producirían nuevas revelaciones sobre el caso. Pleydell sabía que la policía no se interesa por una muerte a menos que sospeche que se trata de un asesinato. Estuvo dándole vueltas, se puso en nuestro lugar e hizo exactamente lo que esperábamos que hiciera; e interpretó muy bien su papel. Pero quería más que eso. Quería estar al tanto de nuestras investigaciones y saber lo que pensábamos en cada momento, lo que hacíamos y lo que íbamos a hacer. Y en eso admito que fui un idiota. Le di lo que quería a manos llenas.

»El caso es que a Pleydell no le preocupaba la investigación policial. La agradecía. Y le divertía terriblemente. Era imposible que sospecharan de él y ahora podía seguir tramando su caso contra Newsome. Y lo hizo. Una vez trazado su plan, se dispuso a ponerlo en práctica. Fue disfrazado a visitar a una de las chicas de sus espectáculos (¿sabían que también estaba financiando *La mujer de su marido*? La señorita Deeping me lo dijo ayer por teléfono) para que nadie pudiera reconocerlo, llamó al timbre, se quitó el disfraz y entró. Sin duda la telefoneó antes de ir o se cercioró de algún otro modo de que no habría moros en la costa hasta después de la hora de comer. Lo primero que hace es decirle a la chica que un amigo suyo llamado Gerald Newsome está interesadísimo en ella (son solo conjeturas, claro, pero deben

de aproximarse mucho a los hechos) y le ha pedido que invierta en un espectáculo en el que ella sería la estrella principal. (Por supuesto, escogió a una chica a quien Jerry conocía). Newsome ha dicho algo de invitarla a comer y hacerle la propuesta. ¿No le ha llamado?

»“No”, responde emocionada la chica. “Pues si yo estuviera en su lugar le llamaría cuanto antes para cerrar el trato”, dice Pleydell. «Y dígame que no venga antes de la una, pues antes quiero discutir algunos detalles con usted». Y, como es natural, la chica hace lo que le dice. De modo que ya tiene garantizada la presencia de Newsome a la una en punto, con la certeza de que el portero le verá entrar. Doy por sentado que Pleydell conocía la rutina del edificio y había oído hablar del portero; eso también se confirmó anoche, como les explicaré más tarde.

»En fin, de la siguiente deducción es de la que estoy más orgulloso. Se basa en las marcas de las piernas de la chica. Ya había decidido que el hombre con pinta de abogado era el asesino y que iba disfrazado, aunque no tenía ni idea de quién pudiera ser; si bien estaba seguro de que su objetivo era establecer una coartada. Y también había llegado a la conclusión de que la chica seguía con vida cuando llegó Newsome. Aunque más que de deducción debería hablar de inducción. Partí de ambos supuestos y construí un caso para probarlos. Hice mal, ¿verdad, Moresby?

»Así que me puse en su lugar y me pregunté cómo podría hacer que esa chica muriese exactamente tres cuartos de hora después de que me hubiese ido. Al principio me desconcertó, pero luego empecé a preguntarme si no habría algún modo de dejarla inconsciente y ponerla en alguna posición en la que muriese al recobrar la conciencia. Hacerme esa pregunta fue un gran paso, enseguida se me ocurrió la respuesta. Sí, dejándola inconsciente con un instrumento como un saco de arena que no llegara a romperle el cráneo. Eso no dejaría moraduras y sería casi inapreciable en una autopsia a menos que examinaran el cerebro, cosa altamente improbable. Por supuesto no necesito explicarles a los expertos que un golpe con un instrumento semejante aturde porque el cerebro está un poco suelto dentro del cráneo y se desplaza violentamente hacia el otro lado. Entonces no caí en que podía ser una cachiporra de goma, pero luego cuando la señorita Manners me contó el arma que había entrevisto caí en que debía ser eso.

»Después de propinarle un golpe capaz de dejarla inconsciente una hora, supongo que lo siguiente que haría fue colocarla apoyada contra una puerta abierta, sentada en el respaldo, con la media en posición alrededor del cuello y atada al gancho, y la silla inclinada de modo que el menor movimiento le hiciera perder el equilibrio. Así la puerta se cerraría, la silla caería al suelo y la chica quedaría colgando de la media. Y la elegancia del plan reside en que lo primero que hace alguien al recobrar la conciencia es estirar los brazos y las piernas. Sé lo que digo porque me ha ocurrido varias veces. Dicho movimiento, por supuesto, le haría apoyar los pies en el asiento



de la silla y empujar la puerta hacia atrás. El siguiente impulso, dicho sea de paso, es vomitar, pero la estrangulación lo impediría.

—¿Y lo dedujo usted, basándose solo en las marcas de las piernas, señor Sheringham? —preguntó con auténtico respeto el superintendente Green.

—Más o menos —respondió orgulloso Roger—. Eso, el tipo de silla que utilizó con un respaldo muy alto y el hecho de que no llevara puesta ninguna bata; si se había tomado la molestia de quitársela debía de ser por algún motivo y el único que se me ocurrió fue que le impedía hacer lo que pretendía con ella. Y lo que es más, cuando el superintendente y el inspector jefe terminaron de inspeccionarlo, revisé la puerta en busca de las dos pequeñas muescas que debía de haber dejado el respaldo de la silla y las leves marcas que habría hecho al caer y allí estaban.

—Caramba —dijo el superintendente, quemando noblemente sus naves—. Nunca había oído un razonamiento tan brillante.

—Gracias —dijo Roger—. Y todo basado en esos métodos inductivos de los que tanto reniegan ustedes. A propósito, también se me ocurrió otra cosa. Un cuerpo inerte es muy difícil de manejar y pensé que utilizaría algo para impedir que la puerta se cerrara antes de tiempo. Bueno, en ese caso, ¿qué mejor que una nuez colocada entre el marco y la puerta? Mantendría el equilibrio y se rompería cuando se aplicara cualquier presión adicional. Y allí, entre el polvo, encontré los fragmentos de cascara de nuez.

—¡Que me aspen! —exclamó el inspector jefe Moresby.

Abriéndose como una flor ante aquellos calurosos elogios oficiales, Roger prosiguió.

—El detalle de la bata fue el que me dio a entender que lo primero que había hecho Pleydell al entrar en el piso había sido contarle las emocionantes noticias a propósito de Newsome y que la golpeó nada más colgar el auricular. Fue una simple deducción a partir de lo que me contó la señorita Deeping de las costumbres de su amiga respecto a las visitas y las batas.

»Pues ya está. Lo único que tuvo que hacer el asesino fue volver a ponerse el disfraz y salir a la calle y el portero confirmaría su coartada. Al principio, cuando empecé a comprender que el abogado era nuestro hombre, pensé que, conocedor de las costumbres del portero, habría vuelto en cuanto el otro se fue a comer, pero acerté al pensar que el hombre no solo quería el testimonio del portero sino la confirmación de otro. Yo mismo se la di al invitarle a comer. Y cuando, según su plan, Newsome llamó al timbre la chica aún estaba con vida. No puede ser más elegante. Así es como se estableció el caso contra Newsome, tal como pretendía Pleydell.

»Y eso nos lleva al ataque contra la señorita Manners de ayer. Pleydell habría hecho mejor dejándolo correr, pues es lo que terminó de delatarle. Y lo más curioso es que, cuando tenía la chica a su merced, no solo olvidó dar la señal de los diez

minutos él mismo, como sin duda tenía pensado hacer, sino que pisó el timbre de alarma. ¿Imaginan la ironía? ¡Qué mezcla de astucia y estupidez! Sí, ese último intento fue el acto de un demente. Se dio cuenta en el acto, claro, y salió disparado a esconderse en el rellano hasta verme pasar, pero ya había echado a perder su jugada.

»Al principio me quedé totalmente perplejo. Ni por un momento había pensado que una trampa tan ingenua fuese a ofrecer resultados con un criminal tan astuto. Empecé pensando que debía de tratarse de uno de nuestros cinco sospechosos y me pregunté si de verdad podría ser Beverley, como me había dicho la señorita Manners esa misma mañana.

»Ese ataque me aclaró ciertos puntos sobre los que seguía teniendo dudas y confirmó otros. Decidió por completo la cuestión del arma y explicó la ausencia de indicios de lucha con la excepción del caso de lady Ursula; también probó que me había equivocado en mi primera reconstrucción en lo de la bufanda, pero eso no me sirvió de mucho. Luego se me ocurrió que aquel caso podía perseguir dos objetivos: no solo eliminar a la señorita Manners, sino también acumular más sospechas sobre Newsome, pues entonces ya estaba convencido de que alguien estaba tratando deliberadamente de hacerlo con una insidia que indicaba algún motivo de peso. ¿Saqué alguna conclusión? ¿Quién tenía algo contra Newsome? Por lo que sabía, solo Pleydell; y, como les dije, me reí de mí mismo.

»Luego pensé: ¿por qué iba a querer nadie eliminar a la señorita Manners? Aunque conociera la existencia de nuestro trío, ella era la menos importante. ¿Por qué no acabar con Pleydell o conmigo? ¿No podría haber otra posibilidad aparte de su pertenencia al trío? Como saltaba a la vista que no había sido un ataque al azar (o eso pensé), tenía que haber algún motivo. Y enseguida recordé la conversación que habíamos tenido esa misma mañana.

»En suma, la señorita Manners había sugerido una nueva línea de investigación: hacer averiguaciones para descubrir si, después de cometerse el crimen, alguien había visto en las proximidades del estudio de la señorita Macklane a un hombre que no respondiera a la descripción de Newsome pero llevara barba y gafas doradas. Era muy importante; además Anne había llegado por su cuenta a la conclusión de que el asesino era el hombre de la barba a quien habían visto en Pelham Mansions, aunque estaba convencida de que se trataba de Arnold Beverley y yo tenía mis reservas. Pero lo que me pareció más interesante fue que se lo había contado a Pleydell esa misma mañana y él le había insistido en que no me lo contara y en que sería divertido investigarlo a mis espaldas. ¿Comprenden? Estaba claro que había algo turbio y que él no quería que se investigase. Además, el día anterior la había oído decir que se le había ocurrido una idea, que habíamos estado ciegos y que había prometido contármelo al día siguiente. Si Pleydell era el asesino, pensé, eso le proporcionaría un motivo para librarse de ella antes de que pudiera contarme nada.

»Así fue como empecé a tomarme en serio lo de Pleydell. E inmediatamente las cosas empezaron a encajar. Pleydell no estaba en su despacho de la City cuando le telefoneamos justo después de producirse el ataque. ¿Por qué? Pues porque estaba en Maida Vale. Llegó a Sutherland Avenue mucho más deprisa que si hubiese llegado de su reunión del consejo. ¿Por qué? Porque estaba deseando saber si sospechábamos de él después del incidente con el timbre de alarma. Lo primero que hizo al quedarse a solas conmigo fue volver a acusar a Newsome. ¿Por qué? Para despistarme. Y una de las primeras cosas que afirmó fue que tenía que haber sido Newsome porque era “el único que lo sabía”. ¿Por qué dijo eso? No lo era. Pleydell había informado a otros sospechosos de la presencia de Anne en el piso. Lo importante era que Pleydell era el único que sabía que Newsome estaba en el edificio.

»Había cientos de detalles más, y no solo en ese caso sino en los otros. De hecho, una vez que empecé a preguntarme seriamente si Pleydell no encajaría, encajó en todas partes. Pasé diez minutos muy interesantes tratando de aplacarlo, fingiendo estar de acuerdo con él respecto a Newsome y procurando librar a las chicas de sus garras. Le dije que iba a llevarlas al Piccadilly Palace (donde sin duda habría vuelto a atacar a la señorita Manners en mitad de la noche), pero cuando llegamos allí, les dije a los demás que esperaran en el taxi mientras reservaba las habitaciones; luego corrí dentro, esperé un minuto, salí y les dije que estaba lleno. No quería que sospechasen de Pleydell porque no estaba seguro, pero sí quería que las dos pasaran la noche a salvo en el Albany.

»Si no estaba seguro antes de cenar, lo estuve después. Aparte de escasos pero reveladores detalles que averigüé de Newsome y por teléfono, me llegó un informe que había pedido respecto a los inquilinos de Pelham Mansions. Una de las chicas era la querida de Pleydell. Eso terminó de convencerme.

»Luego volví a enfrentarme con el problema de demostrarlo. No contaba con verdaderas pruebas. Al menos ninguna que pudiera explicarse fácilmente. Estaba moralmente convencido, pero, como dice Moresby, ¿de qué sirve eso? En cuanto a intentar ensamblarlas en dieciocho horas para evitar que detuvieran a Newsome... ¡ustedes dirán! Así que recordé el conocido método francés de reconstruir el crimen y poner a prueba la reacción del asesino, y me pregunté si podría hacer algo parecido. Y cuanto más lo pensaba, más me convencía de que no solo era el único método posible, sino que, si lo reconstruía de forma suficientemente convincente, lograría algún tipo de reacción.

»Así fue como se me ocurrió ese plan imposible, conseguí la colaboración de la valerosa señorita Manners (a cuya salud, y a la de ese cabeza hueca de Jerry Newsome que va a llevársela inmerecidamente, vació esta jarra), convencí a Scotland Yard de que asistiera a mi pequeña representación, me obligué a pasar los peores diez minutos de mi vida... y aquí estamos. Ah, y, por supuesto, no podía poner a Pleydell

sobre aviso, así que inventé ese cuento sobre el comité de ciudadanos y demás.

»Ojalá Pleydell no hubiera enloquecido al final. Me habría gustado tener ocasión de sonsacarle un poco. Su psicología, por supuesto, es absorbente. No creo ni por un momento que se considerase un asesino. Mataba, pero no asesinaba; en su imaginación debía de concebir alguna sutil diferencia. Y la verdad es que tenía mucho sentido del humor. Debió de desternillarse de risa no solo al presenciar la futilidad de nuestros esfuerzos, sino al colaborar en ellos. Seguro que le costó contener la risa al decir algunas de las cosas que me dijo. En fin, es una lástima que uno de los hombres más brillantes que hemos conocido haya terminado volviéndose loco, pero no se puede tener todo. Y creo que ya está. —El resto del contenido de la jarra siguió el mismo camino que cualquier otra buena cerveza—. *Facilis descensus taverni* —dijo Roger secándose los labios.

Miró las tres caras pensativas y esbozó una amplia sonrisa. Se sentía más complacido que nunca con Roger Sheringham y quería una víctima. Eligió a Moresby. Sintió que se lo debía.

Se puso en pie y le dio una palmada en el hombro.

—¿Sabe lo malo de los auténticos detectives de Scotland Yard, Moresby? —preguntó con amabilidad—. Que no leen novelas policiacas.

Fin



ANTHONY BERKELEY COX (5 de julio de 1893 - 9 de marzo de 1971), escritor británico del género policial que a lo largo de su vida escribió bajo varios nombres: Francis Iles, Anthony Berkeley, y A. Monmouth Platts.

Nació en Watford, Inglaterra, y estudió en el Sherborne School; University College de Londres. Ejerció la abogacía y se dedicó a la política, la diplomacia y el periodismo. Sus primeros trabajos en esta actividad, el periodismo, fueron escritos humorísticos para la revista *Punch*, en la que colaboró asiduamente.

Durante la Primera Guerra Mundial prestó servicios en el ejército y posteriormente ejerció como periodista en el *Daily Telegraph*, en la década de los años 30, después de la Segunda Guerra Mundial trabajó para el *Sunday Times* y para *The Guardian* de mediados de los años 50 hasta 1970.

En 1925 publicó, anónimamente, su primera novela de misterio y, en 1928, fundó el «Detection Club», en Londres del que fue primer secretario honorario. Firmó gran parte de sus obras con el seudónimo de Francis Iles y escribió también obras de humor. También realizó numerosos guiones cinematográficos.